3 1761 06742699 9

ANGEL GUERRA

Es propiedad. Serán furtivos todos los ejemplares de esta obra que no lleven el sello del periódico *La Guirnalda*.

138720

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

POR

B. PÉREZ GALDÓS

ANGEL GUERRA

TERCERA PARTE

PQ
6555
A76
1920
pt.3
cop.2
162330
28.5.21.

MADRID
Administracion de LA GUIRNALDA y EPISODIOS NACIONALES
CALLE DE FUENCARRAL, 53, 2.° DERECHA.

1891

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

EPISODIOS NACIONALES

EDICION ECONOMICA: TOMOS EN 8.° A DOS PESETAS

TRAFALGAR.—LA CORTE DE CARLOS IV.—EL 19 DE MARZO Y EL 2 DE MAYO.—BAILÉN.—NAPOLEON EN CHAMARTIN.—ZARAGOZA.—GERONA.—CADIZ.—JUAN MARTIN EL EMPECINADO.—LA BATALLA DE LOS ARAPILES.—EL EQUIPAJE DEL REY JOSÉ.—MEMORIAS DE UN CORTESANO DE 1815.—LA SEGUNDA CASACA.—EL GRANDE ORIENTE.—7 DE JULIO.—LOS CIEN MIL HIJOS DE SAN LUIS.—EL TERROR DE 1824.—UN VOLUNTARIO REALISTA.—LOS APOSTÓLICOS.—UN FACCIOSO MÁS Y ALGUNOS FRAILES MENOS.

Tomando en la Administración los 20 tomos, 35 pesetas.

GRAN EDICION ILUSTRADA

Diez hermosos volúmenes, conteniendo cada uno dos *Episodios*, con más de 1.200 grabados. Precio encuadernados en rústica 138 pesetas; 168 en tela. Al contado en la Administración 125 y 155. Idem á plazos 140 y 170. Por suscripción: cuadernos de cuatro entregas á peseta cada uno.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

DOÑA PERFECTA—Tomo en 8.° 2 pesetas.
GLORIA—Dos tomos en 8.° 4 pesetas.
MARIANELA—Tomo en 8.° 2 pesetas.
LA FAMILIA DE LEON ROCH—Tres tomos en 8.° 6 ptas.
EL AMIGO MANSO—Tomo en 8.° 3 pesetas.
EL DOCTOR CENTENO—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
TORMENTO—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA DE BRINGAS—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LO PROHIBIDO—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.
FORTUNATA Y JACINTA—Cuatro tomos en 8.° 12 ptas.
MIAU—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA INCOGNITA—Tomo en 8.° 3 pesetas.
REALIDAD—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA DESHEREDADA—Dos tomos en 8.° 6 pesetas
ANGEL GUERRA (1.ª y 2.ª parte)—Dos tomos en 8.° 6 pesetas.

LA FONTANA DE ORO (1820-1821)—Tomo en 8.° 2 pesetas.
EL AUDAZ, *historia de un radical de antaño* (1864)—Tomo en 8.° 2 pesetas.
TORQUEMADA EN LA HOGUERA, *El artículo de fondo*, *La mula y el buey*, *La pluma en el viento*, *La conjuración de las palabras*, *Un tribunal literario*, *La princesa y el granuja*, *Junio*—Tomo en 8.° 3 pesetas.
LA SOMBRA, *Celin*, *Tropiquillos*, *Tuertos*—Tomo en 8.° de 360 páginas 2 pesetas.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la Administración de *La Guirnalda* y *Episodios Nacionales*, calle de Fuencarral.

ANGEL GUERRA

TERCERA PARTE

I

El hombre nuevo.

I

Del Socorro no fué Angel directamente á su casa, sino que se estuvo paseando por San Cristóbal hasta la hora de la cena, y no hallándose su mente en la mejor disposición para apreciar el tiempo, llegó á la calle del Locum un poco tarde, cuando ya Palomeque y el capellán de monjas habían trabado relaciones con las sopas de ajo. Poco expansivo estuvo en la mesa, y al levantarse de ella, como sintiese una fuerte atracción hacia el inocente y sencillísimo D. Tomé, se metió en su cuarto, robándole el tiempo y la soledad que para sus estudios y rezos necesitaba. Creía que la persona á quien primero debía comunicar sus graves resoluciones era el santito aquel, capáz, mejor que nadie, de compren-

derlas y apreciarlas. Pero no se determinó á romper el sello que tales determinaciones suelen poner en los labios, y ambos frente á frente permanecieron taciturnos. Retiróse Angel á dormir, difiriendo para otra noche la confidencia, y se acostó tan tranquilo, notando en su espíritu una placidéz y serenidad bienhechoras, que le calmaban los nervios, soliviantados aún por las agitaciones insanas y el desvarío pasional de aquel crítico día. Durmió poco tiempo, pero profundamente, sin soñar con la máscara griega, ni con Ción, ni con nada, ni caerse desde un quinto piso, y madrugó para ir con Teresa á la misa del Santo en la Catedral. De allí fué á San Juan de la Penitencia, donde oyó la de D. Tomé, y vuelta á la Catedral y á embutirse en la ante-capilla del Sagrario. Mas no podía encadenar por entero su pensamiento al rezo ni á la sostenida atención que la misa exige. El pensamiento, insubordinado y antojadizo, se le escapaba de su propia cabeza, como de mal guardada cárcel, para ir hacia cosas y asuntos que con invencible fuerza le requerían.

La gravedad del compromiso contraído con Leré disculpaba la insubordinación de la mente del neófito, quien no hacía más que pensar en cómo y de qué manera sería su propia personalidad después de la transforma-

ción externa que estaba próximo á sufrir. El hombre presente ó viejo veía, con poder plástico de la imaginación, al hombre nuevo ó futuro. Eran, si así puede decirse, dos *yos*, el uno frente al otro, el uno espectador, el otro espectáculo. «Fácilmente—se dijo Guerra,—puedo figurarme cómo seré, y casi casi me estoy viendo entrar aquí á decir misa en uno de estos altares. Con toda claridad se me representa mi cuerpo vestido de sotana y manteo, la cara rapada... Esto sí que no me lo figuro bien... ¡yo sin barba!... Pero ello ha de ser, y luégo veremos la cara que resulta... Pues me parece que estoy entrando por la Puerta Llana, que tomo agua bendita, que me dirijo á la sacristía, y me revisto y salgo á este altar; digo mi misa, consagro, y realizo la oblación sublime.» Un gozo íntimo del espíritu le sobrecogía, pensando esto, gozo que en su exaltación tenía algo de temor, como la cortedad ó recelo del que de improviso fuera admitido á la presencia de un soberano poderoso á quien nunca había visto más que de lejos.

De pronto, entráronle vivos deseos de ir á pasar el resto del día al cigarral, y después de orar un rato ante la Virgen, salió de la santa iglesia. En la calle de la Puerta Llana fué sorprendido por espectáculos desagradables. Vió venir dos figuras grotescas, mama-

rrachos envueltos en colchas, el uno con careta de negro bozal, el otro representando la faz de un horroroso mico, y ambos se le pusieron delante en actitud desenfadada y un poco insolente, hablándole con voz de tiple. «Ya no me acordaba de que hoy es domingo de Carnaval—pensó Angel, apartando con un empujón á las dos máscaras, empeñadas en que les dijese si las conocía ó no. Un poco más allá, á la entrada de la calle de San Marcos, vió á un tío muy sucio, cubierto con una estera vieja, la cara y las manos pintadas de hollín, el cual llevaba una especie de caña de pescar, con cuerda de la cual pendía un higo. En derredor suyo, un apretado cerco de chicuelos, cuya algazara se oía en toda la plaza y calles adyacentes. Empujábanse unos á otros para acercarse, y con la boca abierta daban brincos pretendiendo coger el deseado *higuí*, que saltaba en el aire con las sacudidas de la cuerda, á los golpes dados en la caña por el horrible esperpento, que tan extrafalariamente se divertía. La bulliciosa inquietud de los muchachos contrastaba con la estúpida seriedad del tiznado personaje. Uno de los chicos que más brincaban y con más anhelo abrían la boca para pillar el cebo era Ildefonso. Guerra le vió, sin que el chico le viera á él, y no pudo menos de reirse de los apuros que estaba pasando el futuro cadete.

Llegóse á él, y tirándole de una oreja le sacó del grupo, mandándole ir á su obligación, y al rapáz le faltó tiempo para salir escapado con otros monaguillos hacia la Catedral.

Media hora después, Angel había pasado el puente, y marchaba con lento paso por la polvorosa carretera de Polán. Al pasar más allá de la Venta del Alma, paróse á contemplar su querido caserón de Guadalupe emplazado en una de las crestas del montuoso terreno, en situación eminente y dominadora, y se dió á imaginar la gallarda vista de la soberbia construcción que dentro de algún tiempo allí se alzaría. Por el camino bajaban carretas de bueyes cargadas de carbón, conducidas de paletos montunos con angorras de correal, chaquetón de raja, sombrero de veiludo deslucido por la edad y el polvo, y abarcas de cuero; tipos enjutos, todos sequedad y delgadéz avellanada, sin barba, y el polvo sentado en las cejas y en los labios. Algunos conocían á Guerra, de verle en la Venta Nueva cuando se paraban á descansar, recibiendo de él la fineza de un vaso de vino, y le saludaron con urbanidad campechana tan seca como sus huesos, pero cordial y bien entonada.

Al llegar al cigarral, salió D. Pito á recibirle gozoso, pues ya no se hallaba sin él. Además, el pobre marino no era tratado en Guadalupe con toda consideración cuando el

amo no estaba presente, y días hubo en que le fué preciso empalmar el bacalao asado del desayuno con las sopas de la cena, pues la Jusepa se iba á lavar al río, Cornejo á trabajar en el monte, y ninguno se cuidaba de él. Con Tirso no hacía buenas migas después de los rebencazos y la peladilla de marras; pero alguna vez, acosado por el hambre, no tuvo más remedio que acudir á él para que le diera queso y mendrugos de lo que en su zurrón llevaba.

«Gracias á Dios, hombre, que viene usted por aquí. Ya pensaba yo ir á buscarle, Carando. ¡Cinco días seguidos en Toledo! Yo, la verdad, aunque no me va mal aquí, me aburro cuando pasan días sin hablar con gente. Siempre, siempre entre animales no es para mí. Acostumbrado estoy á las soledades del mar... cosa magnífica, que ensancha el alma; pero estas soledades de tierra y firmamento, viendo lagartos en vez de peces, y piedras donde debieran estar las olas, y cruzándose con Tatabuquenque que ladra y con Cornejo que relincha, no me petan, no. Con usted sí, con usted me voy yo á donde quiera, y me establezco en la última grieta del mundo.

Bien, hombre, bien. No hay que buscar grieta mejor —le dijo Guerra.—Nos agazaparemos en ella, y aquí acabará usted su miserable vida. Yo cuidaré de que nada le falte.

—¿Nada, nada? ¡Ah! D. Angel, usted piensa jugármela; pero no, no me dejo coger. Á mí me han dicho que... vamos, no sé si será discreto repetirlo.

—Sí, hombre, desembuche todo lo que piense.

—Pues allá va. Me han dicho que usted es un santo, ó que lo quiere ser... ó... vamos... No, no se asombre. Me lo han dicho. Y nó hay inconveniente en explicarle cómo y cuándo. Porque verá usted: tan aburrido anduve estos días, solo y olvidado, como pobre en puerta ajena, que me entró la comezón de bajarme á Toledo, y fuí, y medio medio nos hemos reconciliado mi hermano y yo... ¡Si viera usted qué tiberio el de ayer en aquella casa, y cómo se puso la Catalina!... Compañero, nunca la he visto más perdida. Dijo que ella no reclama la corona de España porque no quiere chocar; pero que su dinastía es la legítima, así, así, y que D. Carlos, y Alfonso son unos usurpadores... Pero vamos al caso. *(Desmemoriado.)* ¿Qué estaba yo diciendo?

—Que le habían dicho que yo soy santo; y si fué doña Catalina quien le dió la noticia, *(echándose á reir)*, poco hemos adelantado.

—No fué Catalina; fué Casiano... digo... no sé si fué el bargueño, porque la memoria hace algún tiempo que se me ha dormido, como los compases en día de niebla. Siempre que tene-

mos calma, no sé qué me pasa, la memoria se me va, y no me acuerdo de maldita cosa ¡me caso con mi abuelo! Pero en fin, dígamelo quien me lo dijere, yo sé que usted va á fundar una cosa, una casa, un convento ó no sé qué demonios para recoger menesterosos, amparar huérfanos, vestir desnudos, curar enfermos, enderezar tullidos, y todo lo demás que es pertinente á la caridad en grande. Buena idea, buena, y el mejor trampolín para dar el gran brinco hasta el Cielo, y salvarse bien salvado. ¡Qué envidia le tengo, D. Angel! Pues no crea usted, he pensado en esto toda la noche, y me he dicho para mi capote: «Pues si este bendito de Dios piensa recoger desgraciados, aquí me tiene á mí para desgraciado fundador...

—¿Eso qué duda tiene? D. Pito el primero.

—Pero espere usted un poco, compadre. Al pensar en esto, al pronto me alegré, y después me entristecí. Primero dije: «ya hice mi suerte; ya tengo aseguradito el combustible para las singladuras que me quedan.» Pero luégo me ocurrió que... y me volví á poner triste, y así estuve entristeciéndome y alegrándome por turno hasta que me dormí.

—Ya—dijo Guerra penetrando el pensamiento de su amigo.—Es que no se puede entrar en el seno de una Congregación religiosa sin dejar los vicios á la puerta.

—Justo y cabal. Yo calculo así: «pues, como quiera que sea, Pito querido, en ese establecimiento de religión, llámese como se llame, Carando, ha de haber mucho catolicismo, ¡me caso con Judas! y mucho melindre de confesonario; y le sacarán á uno el mandamiento, y la tabla de Moisés, haciéndonos creer que en el Infierno se trinca y en la Gloria no. Pues yo digo, con perdón, que si me quitan el consuelo, no hay quien me embarque, porque el beber, más que vicio, es en mí naturaleza, y dejarme en agua pura es lo mismo que condenarme á muerte. Y si no, dígame, ¿qué va ganando mi alma con que yo beba agua, convirtiendo mi estómago en una casa de baños? No, señor: en mí no quita lo bebedor á lo cristiano, y si Dios me ampara y la Virgen del Carmen no me vuelve el rostro, al Cielo me pienso ir, sin avergonzarme de empinar, pues con ello no hago yo mal á nadie; y aunque me trastorne, ¿qué? Nada importa el trastorno de la cabeza, si aquí está la conciencia más limpia y más pura que la coronilla de los ángeles.

—Descuide usted—replicó Angel riendo, —que todo se arreglará. ¡Lucida estaría una Religión en que se permitiera la embriaguéz! Pero para todo hay bula, compañero, y no estoy porque se condenen en absoluto los hábitos arraigados en una larga vida, y que al fin

de ella vienen á ser la única alegría del anciano.

—Eso se llama cristiandad, amigo D. Angel. *(Abrazándole con entusiasmo.)* Vivan los hombres de sal... y de... gramática.

—Cuando estés conmigo—le dijo Guerra tuteándole por primera vez,—no te faltará nada de lo que necesites para vivir. Cada edad, cada estado, cada naturaleza tienen su sed. Unos la aplacan en este vaso, otros en aquel. El tuyo no es bueno; pero no seré yo quien te lo quite.

Comprendiendo la piedad suprema y un tanto sutil que encerraban estas palabras, D. Pito se conmovió. El oirse tutear pareciéle natural, como signo de su inferioridad evidente, mientras que Angel le aplicaba el *tú* casi sin darse cuenta de ello.

«Maestro—suplicó D. Pito, á quien se le vino á la boca este tratamiento para suavizar el *tú* que también empezó á usar,—si te parece, como á mí, que no es muy católico que estemos en ayunas á las doce del día, manda á esos fámulos tuyos que nos hagan un almuercito.

También yo tengo ganas, ¡vaya!—dijo el solitario entrando en la casa y dando sus órdenes á Jusepa.

II

El marino se fué á dar un paseito y á tomar el sol, que aquel día, después de una mañana calimosa, picaba bien. Se sentía ágil, vigoroso, con ánimos para tirar mucho tiempo y gozar de la vida, espíritu y cuerpo dispuestos á nuevas empresas. Conviene añadir, para completar la historia del buen navegante, ciertas explicaciones de cosas que le habían pasado aquellos días, á saber: que con la rusticación, la vida al aire libre en país tan sano, las comidas metódicas, la paz del ánimo, se le recalentó la fría sangre, despertando en él dormidos instintos, y retrotrayéndole á la mocedad. La afición al mujerío, que fué la debilidad capital de su vida y ocasión de sus quebrantos, se le reverdeció en términos que se pasaba las horas de otero en otero, soñando con poéticas aventuras y con deleitables encuentros en medio de la soledad nemorosa del monte. Pero la realidad no correspondía á sus delirios, porque si alguna hembra se parecía por allí, era comunmente más fea que el Demonio. Con su imaginación remediaba el capitán estas jugarretas de la caprichosa realidad, y no necesitaba forzarla mucho para figurarse que á la vuelta de un matorral, ó en el hueco de una peña, se iba á

tropezar con alguna zagala preciosa, ataviada de verdes lampazos.

La zagala ¡ay! en paños menores no salía por parte alguna: pero como á falta de pan buenas son tortas, empezó D. Pito á mirar con ojos poéticos á las zafias labradoras de refajo y moño que pasaban hacia el puente. Á todas les echaba piropos alambicados, llegando á proponer á más de cuatro que le quisieran, y como las tales mozas, antes que enamoradas de él, parecieran temerosas y sorprendidas de su facha, el marino dedicaba un ratito de la mañana á componerse y acicalarse, peinándose con agua las greñas, ladeándose el gorro de piel y atusándose con saliva los cerdosos bigotes. Viendo, en fin, que ni por esas daba golpe, concentró todos sus afectos y esperanzas en Jusepa, determinándose á borrar mentalmente la fealdad de la moza, transformándola en hermosura cabal y sin tacha. La Naturaleza había compuesto en ella uno de sus más esmerados ejemplares de *antídoto contra el amor*, dándole una patata por naríz, ojos de pulga, boca de serón, color de barro crudo, cabellos ralos, desiguales y no muy blancos dientes. Tenía en cambio cierta tiesura gallarda, pues la Naturaleza rara vez extrema sus agravios, ciertos andares que podrían pasar por airosos, el seno de no escaso bulto, y los brazos bien torneados. Pues estas cua-

lidades bastáronle á D. Pito para construir en su mente una diosa. Rechazado con brío á las primeras insinuaciones, se creció al castigo, y la acosaba y la perseguía sin dejarla vivir. Con los descalabros, fácilmente pasó del capricho á la pasión, y se sintió invadido de idílicas ternuras, de melancolías románticas. Hasta se le ocurrió escribirle cartas apasionadas, y momentos hubo en que se creyó el hombre más infelíz del mundo porque su ingrata no sabía corresponderle más que con un par de coces ó tal cual relincho.

«No soy tan feo yo—pensaba, componiendo la cara lo mejor que podía,—ni mi vejéz es tanta que inspire repugnancia á una buena moza. Bastantes, y bien guapas, se han vuelto locas por mí. Y aunque no soy bonito, tengo muchísima sal para mujeres.

Representábase á Jusepa como una virtud arisca y á prueba de tentaciones, y esta idea le espoleaba más para vencerla y rendirla. No poseyendo más caudal que su ternura, la derrochaba á manos llenas, y el hombre, en su crisis senil, hasta poeta se volvía. Aquel domingo, mientras disponían el almuerzo, fuése un rato al monte á contarle sus cuitas á los romeros y tomillos, echando del pecho suspiros como puños, y pidiendo á las ninfas ó genios silvestres algún talismán con que ablandar aquel pedazo de divinidad en bruto

llamado Jusepa. La misma dama de sus pensamientos fué quien le llamó á comer, desde el camino, con voces que en orejas menos predispuestas á lo ideal que las de D. Pito, hubieran sonado como el dulce rebuznar de una pollina. «¡Eh, so Mojiganga! venga... ya tié el pienso en el pesebre.»

Fué corriendo á toda máquina; pero alcanzarla no pudo, antes de entrar en casa, con el delicado objeto de darle un pellizco en el brazo, ó donde pudiera. Angel le esperaba sentado ya á la mesa, y los dos almorzaron con buen apetito. De sobremesa, el marino dió rienda suelta á su locuacidad, atizándose copas, y tanto se arreó, que hubo de desbocarse por los siguientes despeñaderos:

«Mira, maestro; yo he pensado que, pues vamos á reunirnos al modo de frailes, no debemos meternos en grandes penitencias. Lo que salva no es privarse del consuelo inocente; lo que salva es hacer bien al prójimo, dar á cada uno lo suyo, y respetar la vida, la honra y hacienda de Juan y Pedro; lo que salva es ser humilde y no injuriar. Pero porque comas pescado, porque bebas vino ó aguardiente no te han de quitar la salvación, si te la ganas con buenas obras. Y hay otro punto que debemos tratar antes de meternos mucho en honduras frailescas. ¿Vamos á ser todos hombres, ó habrá *jembrerío?* ¿Vamos á estar

separados, varones á una parte, las niñas á otra?

Angel le respondió que no se ocupase de lo que no le importaba, que ya le dirían dónde le pondrían y cómo había de vivir, sometiéndose ó retirándose según le conviniera.

«Porque yo—prosiguió el capitán, inspirado,—tengo mis ideas, y las voy á decir para que no se me pudran dentro. ¿Que son disparates? Bueno. ¿Que son acertadas? Mejor. Pues yo sostengo que eso de prohibir el amor de hombre á mujer y de mujer á hombre me parece que va contra la opinión del Sér Supremo. El querer no es pecado, siempre que no haya perjuicio de tercero, y si pusieron en la tabla aquel articulito fué por razones que tendría el señor de Moisés allá, en aquellos tiempos atrasados. Pero no me digan á mí que por querer se condena nadie.

—Presentada la cuestión así—dijo Guerra,—yo también sostengo lo mismo. Por amor nadie se condena; al contrario...

—Ni se peca, hombre, ni se peca en nada de lo que al amor toca... ¿Que tienes un retozo con mujer libre? Pues no faltas, no faltas, y asunto concluído. Vamos al caso. Á mí no me entra religión con esas abstinencias, aunque lo digan siete mil concilios, Carando, francamente, pues cuanto existe en la Naturaleza es de Dios, y no hay quien me quite

esto de la cabeza. Yo, ¿por qué lo he de negar? en cuanto veo un buen palmito, ya se me está cayendo la baba. No lo puedo remediar; no paso porque me obliguen á hacer fú al *elemento* femenino. ¡Yo con cogulla, yo bajando los ojos al pasar junto á una dama, ó pongo por caso, de una labradora! No, maestro; eso no va conmigo. Si me ponen hábito y me llevan en procesión, á la primerita mujer que vea le largo un par de besos volados, y cuatro retóricas dulces, de las que yo sé.

—No se te privará de echar requiebros á las labradoras; pero bien comprendes tú, amigo Pito, que una reunión de personas con fines religiosos no puede ser como tú la imaginas en este punto grave del querer. Proscribir en absoluto el amor, nunca... Pero la licencia, el escándalo, ¿cómo se han de permitir?

—Pues si no proscribes el amor, díme cómo lo vas á establecer.

—Si yo no lo establezco, Pito querido.

—Ta, ta, ta... Es que no tienes plan acerca de tan grave particular. Pues mira, ese plan te lo voy á dar yo. Escucha, y no te rías, porque yo soy muy serio. Cierto es que no tengo estudios; pero he viajado, he visto muchísimo mundo; la mejor lectura es el viaje, y no hay libro como el globo terráqueo. Si tratas de reunirte con otros buenos, y con otras bue-

nas, ¿por qué no rompes con estas rutinas de Europa, con estas antiguallas de las religiones de acá? Si nos vas á dar una secta nueva, ¿por qué no adoptas una que sirva para aumentar la especie humana y perfeccionarla; una que, en vez de privarnos de las gracias del bello sexo, que son la mejor hechura del divino Señor, nos las multiplique? Eso de la castidad, ¿á qué conduce? Á que se acabe el mundo. ¿Pues no es mejor repoblarlo? ¿No son los niños tan bonitos y tan queridos de Dios? Pues en vez de secarnos y consumirnos en esa castidad que daría fin á las criaturas, ¿por qué no aumentamos el número de nenes?

Angel le miraba sin saber á donde iría á parar, y la risa retozaba en sus labios.

«Las cosas claras, maestro. La mejor de las sectas es la de los mormones. ¿Á qué esas risas? ¿á qué ese asombro? Escúchame. No lo tomes á broma. ¡Ah! es que estáis aquí muy atrasados. Vete al Occidente de la gran República, y verás. *(Exaltándose.)* Yo puedo hablar, porque lo he visto, sí señor, lo he visto, Carando, y nadie me lo cuenta. ¡Me caso con mi abuela! Óyeme; no te rías; atiende á lo que digo. En un viaje que tuve que hacer de Nueva York á San Francisco por el ferrocarril de mar á mar, me puse malo y tuve que quedarme en una estación, de cuyo nombre no me acuerdo, en el estado de Utah. Yo dije:

«Pues no me voy de aquí sin vér á esos polígamos de que tanto se habla», y me planté en el lago Salado, y visité la ciudad mormónica. ¿Qué te crees tú? ¿Qué allí no hay religión? ¡Pues si oyeras aquellos cantos por las calles y vieras la devoción con que están en el templo, oyendo al mormonazo que les predica!... Cada varón tiene en su casa diez ó doce chicas... Y que las hay... de patente *(besándose las puntas de los dedos.)* ¿Pero de qué te ríes?... ¡Si creerás que allí no hay moralidad! Más que aquí, pero más. Allí ni robos, allí ni asesinatos, allí ni riñas, allí ni cuestiones. Y tan civilizados como en Chicago ó en Boston, ¡Carando! y activos y trabajadores como ellos solos. Otra cosa que te maravillará: las mujeres no arman peloteras, aunque á veces se juntan veinticinco en la casa de un mismo señor sacerdote, pues allí todos los hombres dicen misa, quiero decir, que hacen culto y ceremonias de pateta que el Demonio que las entienda. *(Sulfurándose.)* Pero si estoy hablando en serio. Te diré más: el famoso Brigham Young me convidó á comer. Es un hombre sumamente echado palante, simpático, buena persona, buena; y allí le quieren...! vamos, que se dejarían matar por él. No bajan de doscientas cuarenta y siete las prójimas que ha tenido desde que es jefe ó papa de la secta. Cuando yo le ví, sus esposas me parece

que eran veinte y tres. ¡Y qué bien le guisaban, qué bien le cosían, qué bien le planchaban las camisas! Figúrate tú si será padre el hombre, que en una semana sola le nacieron nueve chiquitines. Con los que ha tenido desde que empezó, se podría formar un pueblo... Te digo que da gusto aquel país. ¡Y qué ciudad tan bonita, tan limpia y tan floreciente! El amigo Brigham me enseñó todo, y por las noches me llevaba á su casa, donde teníamos concierto, y allí oirías á las niñas cantando salmos, con un sonsonete gangosito como las monjas de acá. Y que me quería el hombre, puedes creerlo, y hubiera dado cualquier cosa por convertirme á su religión condenada. Allí bautizan, dándole á uno un remojón de cuerpo entero en el lago. Pero yo no quise tomar baño, y me largué viento en popa. Brigham me dió unos librotes que dijo son la Biblia de ellos, y el Libro santo y la santísima qué sé yo. Nunca pensé leerlos, y se me perdieron en el naufragio del *Colorado*. No puedes figurarte cuánto envidiaba yo al sujeto aquél tan listo, y tan...! Vamos, maestro, no te rías, que lo que te cuento es la verdad pura. Para concluir: haz caso de mí, y si fundas algo, arréglanos una sectita como la del lago Salado. No creas que te van á hacer la oposición, no; tendrás prosélitos á miles. Un poquillo de alboroto habrá, pero tú no haces caso, y avan-

te. Para evitar que digan ó no digan, ¿sabes lo que haces? Pues reducir la cosa á términos discretos. No consentir que cada varón, monje, sacerdote ó lo que sea, se descuelgue con un serrallito de muchas plazas, sino establecer que el género se reparta á tanto por barba, de modo que cada hermano tenga su par de hermanitas... y basta. *(Con entusiasmo.)* Sí, hombre, decídete, y déjate de simplezas. Pero si lo enamorado no quita lo religioso. Saldremos en procesión, cantando novenas y maitines, y el rosario de la aurora; educaremos muy bien á las criaturas que vayan saliendo; y todos, hombres y mujeres, quedan obligados á trabajar de sol á sol; viviremos en paz, sin envidias, ni celos, ni trapisondas, y practicaremos las obras de misericordia, curando tiñosos, refrescando sedientos y albergando á todos los peregrinos que caigan por aquí. Pocos sitios habrá en el mundo más al caso que este cigarral, y se le pondrá un nombre bonito, que disimule bien, como por ejemplo: la *Ciudad Salada*, ó *San Bolondrón bendito*... Eso tú.

Oyó Guerra estos despropósitos, primero con tentaciones de risa, después con enojo, por fin con lástima, sentimiento más adecuado que ningún otro al lamentable desorden cerebral del pobre marino. Intención tuvo de echarle un buen sermón contra el mormonis-

mo; pero luégo cayó en la cuenta de que sería pedantería inútil disparar razones contra un entendimiento completamente embotado por la chochéz y el vicio. Vió á D. Pito como un caso admirable para ejercer las obras de misericordia, un enfermo que necesitaba asistencia, y nada más.

III

La primera persona á quien Guerra confió el secreto de su resolución fué D. Tomé, en la estrecha sacristía de San Juan de la Penitencia, después de misa; y tan de sorpresa cogió al capellán la revelación, que su linfático temperamento no pudo recibirla con el asombro y júbilo que parecían del caso. Un rato estuvo el hombre suspenso y como entontecido, soltando monosílabos que más bien expresaban susto que otra cosa, y por fin dió rienda suelta á su alegría, poniéndose á punto de llorar de gozo. «Supongo—dijo á su amigo,—que entrará usted en el Seminario.»

Guerra no supo qué contestar. No había pensado entrar en el Seminario, ni creyó que tal entrada fuese menester. Asustóle la idea de someterse á disciplina escolástica, y convertirse en motilón aunque por poco tiempo, y su mal domado carácter dió un brinco, ha-

ciéndole decir: «¿Al Seminario? No será preciso. Veremos.»

Encargó después al capellán que no divulgase la noticia hasta que llegara la ocasión, y se fueron á su casa. Aquel día, ó quizás el siguiente, pues sobre esto no hay seguridad, recibió Angel una carta de Leré, bastante extensa, llena de exhortaciones y consejos emanados de la sabiduría divina, trazándole un plan de conducta para la preparación. Sin mentar para nada el Seminario, le recomendaba que se viera con D. Laureano Porras, hombre muy al caso para llevarle derechito á donde se proponía ir. Al propio tiempo le indicaba que las visitas al Socorro debían ser ya menos frecuentes, quedando reducidas á una por semana, los lunes, á las cuatro de la tarde. Que esto le supo mal al aspirante á clérigo, por sabido se calla; pero como procedía de su doctora infalible, concluyó por creerlo bueno y razonable. Dos días después de la carta fué, según en la misma le indicó su amiga, á la calle de los Aljibes á presentarse al Sr. de Porras. Pero Dios lo dispuso de otra manera (sus razones para ello tendría), y cuando Guerra entró en la casa, creyendo habérselas con el capellán del Socorro, encontróse delante de una señora gruesa, ó más bien hinchada, que por las trazas parecía hidrópica, la cara de color de cera tirando á

verde terroso, mal vestida y peor tocada, con una especie de turbante por la cabeza, en la mano un palo, la cual entre lágrimas y suspiros le notificó que su hijo Laureano había caído con pulmonía doble, y que mientras el Señor decidía si se lo llevaba ó no, quedaba encargado interinamente de la dirección espiritual del Socorro D. Juan Casado. Acompañó Angel en su tribulación á la excelente y por tantos motivos compasible doña Cristeta, y se volvió á su casa, donde seguramente recibiría nuevas órdenes de Leré. En efecto, las órdenes llegaron, no en esquela ni recadito, sino que fué portador de ellas el propio Casado, con toda su fea personalidad.

Al cuarto de hora de palique en la salita baja de Teresa Pantoja, mirábale Angel como un buen amigo; de tal modo le cautivaron su gracejo, su naturalidad, el tono sencillo y sin afectación con que hablaba de asuntos religiosos. No mentó el capellán interino á la novicia del Socorro, y díjose enviado por su prima Sor María de la Victoria, Superiora de la Congregación. «Me ha dicho que tiene usted que consultar conmigo importantes resoluciones, y los caminitos que hay que seguir para pasar de la vida seglar á la vida eclesiástica. Bien, me parece bien. Hablaremos cuando usted quiera y todo el tiempo que usted quiera, porque mientras no venga la época de sem-

brar el garbanzo, de Toledo no pienso moverme... Ya sabe usted que soy labrador... tengo ese vicio, esa chifladura. No sé si en mi estado, y vistiendo estas faldas negras, resulto un poquitín extraviado de los fines canónicos. Yo creo que no; pero bien podría ser que mi pasión del campo menoscabara un poco la santidad de la Orden que profeso. No me atrevo á rascar mucho, no sea que debajo del estripaterrones aparezca el pecador. Lo único que digo en descargo mío es que hago todo el bien que puedo, que no debo nada á nadie, que mi vida es sencilla, casi casi inocente como la de un niño; que si ahorqué los libros, no ahorco los hábitos, y siempre que se me ofrece ocasión de ejercer la cura de almas, allí estoy yo; que no me pesa ser sacerdote, pero que si me pusieran en el dilema de optar entre la libertad de mi castañar y la sujeción canónica, tendría que pensarlo, sí, pensarlo mucho antes de decidirme. Por esto verá usted que no me las doy de perfecto, ni siquiera de modelo de curas... ¡Bueno está el tiempo para modelos! Ni hallará en mí un hombre de ideas alambicadas y rigoristas, de esos que todo lo ajustan á principios inflexibles, no señor... Ya sé yo lo que quiere el Sr. de Guerra: en mí tendrá un consejero leal, un buen amigo, un compañero, que desea serlo más y con lazos de estado común y de amistad más firme.

Ya nos conocíamos, Sr. D. Angel; ya bregué yo en otra parte con personas muy ligadas á usted... cuando el Diablo quería. En fin, que me tiene muy á sus órdenes en mi casa, que es suya, todas las mañanas y tardes y noches... hasta la siembra del garbanzo. *(Echándose á reir.)* Después, ni un galgo me coge. Tendría usted que ir á buscarme allá, y me encontraría á la sombra de un olivo, ó con la escopeta, dándoles un mal rato á los conejos. Ya he dicho á esas buenas señoras y á mi prima Victoria que cuenten conmigo mientras esté enfermo el pobrecito Porras. Con que, ya sabe, calle del Refugio, vulgarmente llamada *de los Alfileritos.* Con Dios, y hasta cuando guste.»

No tardó Angel en plantarse allá, tal prisa tenía de entrar en consorcio espiritual con un sujeto que le era simpático, que le parecía instruído, fuerte en toda la ciencia humana, así la que se aprende en los libros salidos de la imprenta, como la que anda y habla y come en los textos vivos que llamamos personas, escritos á veces en lenguas muy difíciles de entender. Guerra, no obstante, se ponía en sus manos por vía de ensayo leal, esperando á conocerle de cerca para decidir si debía entregarse definitivamente á él en cuerpo y alma. Más que por su inteligencia tolerante y por su afabilidad seductora, Casado le

atraía por una cualidad resultante de la combinación felíz del carácter con circunstancias y accidentes externos. El hombre era absolutamente desinteresado, quizás por la independencia dichosa que gozaba. Sin la seguridad de esta independencia en el que había de ser su iniciador, Guerra no se habría entendido con él, pues quería que su padrino tuviese no sólo el desinterés personal sino el colectivo, es decir, que no apostalizase por delegación de una de esas órdenes poderosas y de organismo unitario, que aspiran á absorber ó desleir al individuo, haciéndole desaparecer en la masa común. Así, aunque Angel había llegado á admirar á los jesuítas y á comprender su irresistible fuerza de catequización, no quería meterse con ellos, porque... lo que él decía: «Me quitarán mi individualidad; perderé en el seno de la orden toda iniciativa, y la iniciativa es parte integrante de la resolución que he tomado. Porque yo me consagro á Dios en cuerpo y alma; le entrego mi vida y mi fortuna; pero quiero entenderme directamente con él, salvo la subordinación canónica y mi incondicional obediencia á la Iglesia; quiero conservar dentro de las filas más libertad de acción de la que tiene el soldado raso, lo cual no impedirá que yo someta mis planes al dictamen augusto del que en lo espiritual á todos nos gobierna. Huiré, sí, cui-

dadosamente de englobar mi persona y mis bienes en un organismo que admiro y respeto, pero que va á los grandes fines por camino distinto del que yo quiero tomar. Y que hay diferentes caminos lo dice la variedad de familias eclesiásticas existentes dentro del Catolicismo, institutos nacidos de las diferentes fases que en el transcurso del tiempo va presentando la sociedad. Yo no entro en la Iglesia docente como átomo que á la masa se agrega; creo que mi misión es otra, y que no soy soberbio al expresarlo así.»

Con tales ideas, no es extraño que viera en D. Juan el hombre como de encargo para apadrinarle y dirigirle en aquella empresa. El único pero que, alambicando mucho las cosas, podía ponerle, era el profundo egoísmo que revelaba su exclusivo amor á las delicias del campo y de la agricultura, relegando á segundo término sus obligaciones sacramentales. Pero este egoísmo, como elemental y, si se quiere, constitutivo en la Naturaleza humana, no resultaba odioso, máxime cuando Casado no era tirano con sus deudos y arrendatarios, y hacía mucho bien á la gente menesterosa de la región agrícola en que tenía sus propiedades. No quedaba, pues, como argumento de algún valor en contra suya, más que la afición loca del campo, por el regalo, la libertad y los mil gustos y satisfac-

ciones que le producía, sin los apuros del labrador pobre. Vivía en medio de todos los bienes, paladeando la vida, no dando más que lo sobrante y muy sobrante, viendo trabajar á sus sirvientes, recreándose con los frutos de la Naturaleza, sin ninguna clase de angustias ni afanes para obtenerlos. Pero esta clase de egoísmo, tan refinado y sutil que apenas se distingue entre otros egoísmos groseros y de bulto que hay en la sociedad, no le quitaba la estimación de su apadrinado, el cual era bastante listo para comprender que no se puede pedir á la humanidad, fuera de ciertos casos, más de lo que naturalmente puede dar. Los santos son rarísimos, las criaturas excepcionales, como Leré, nacen de siglo en siglo. Si D. Juan Casado no hubiera sido, de oficio, vendimiador de almas, no habría que ponerle tacha por mirar más á las viñas del hombre que á la del Señor. Seglar, sería un modelo de ciudadanos, perfecta partícula del Estado, piedra robusta y bien cortada de la arquitectura social. Su pasión era la más noble que existir puede, la más útil, y á boca llena lo repetía, apropiándose un texto del amigo Cicerón: *Nihil est agricultura melius, nihil uberius, nihil dulcius, nihil homine libero dignius.* Ah! pues si él fuera libre! Pero no lo era: en su coronilla llevaba un disco sin pelo, bien rapado, marca de pertenencia á un amo que

cultiva y pastorea tierras y ganados mejores que los de Cabañas de la Sagra.

IV

En casa propia vivía Casado, la cual era de las mejores de la calle de los Alfileritos, antigua, con el escudo de cinco estrellas, emblema del cardenal Fonseca, á cuya familia perteneció, habiendo pasado después á ser propiedad de la hermandad del Refugio, que no era otra que la *Ronda de pan y huevo.*

Nada de particular tenía el patio, de columnas de granito en los cuatro lados. Los *evónymus,* plantados en enormes macetas rojas como tinajas habían adquirido extraordinario desarrollo: eran verdaderos árboles que elevaban hasta el piso alto sus copas de perenne verdor.

Al entrar de visita, Angel se pasmó de la longitud de la sala en que le recibieron, pieza que podía competir en dimensiones, si no en ornato, con la Sala Capitular de la Catedral. Las puertas vidrieras que en las cabeceras comunicaban por un lado con el gabinete y alcoba de Casado, por otro con el comedor, eran monumentales, de arco ondulado á estilo de cornucopia, y pintadas de azul. Sus vidrios cortos y el plomo inseguro de las uniones hacían al abrir y cerrar, ó cuando pasaba

alguien, una especie de musiquilla semejante á la de un piano antiguo, de esos que llevan ya cincuenta ó sesenta años sin que hieran sus cansadas teclas más que los chiquillos de tres generaciones. Las paredes de esta disforme cuadra se veían apenas, tan bien cubiertas estaban de objetos mil, por los cuales atónita se esparcía la vista, solicitada de tanto colorín y de tanto mamarracho heteróclito. No era nuevo para Guerra aquel ordenado desorden de cosas diversas, y vió en él la mano de una de esas mujeres hábiles y apañadoras que de todo sacan partido para engalanar su vivienda. Porque no existe cosa alguna de trabajillos manuales ni de habilidades monjiles ó de colegio de señoritas, que allí careciese de representación. No faltaba ninguna casta de perritos bordados, ni modelo alguno de marcos para estampas y fotografías, pues los había de paja, de papel cañamazo, de flores de cuero, de talco, de conchitas, de hilillos de vidrio, de cañas, de ramitas de ciprés, de obleas, de peluche y de cuentas ensartadas en alambre. La cantidad de retratos era tal, que con ellos se podía formar un pueblo. Angel se entretuvo un rato mirando las cartulinas descoloridas ó flamantes, grupos de familia, señoras gordas, señoritas flacas, cadetes novios, grupos de niños, criaturas muertas, curas, militares, toda una sociedad, toda una

generación, en esas posturas que jamás toman las personas en la realidad. La vista se extraviaba entre tanta baratija, pues todos los espacios, encima y debajo de los muebles, hallábanse ocupados por muñecos mil, frágiles y grotescos, figurillas de nacimiento, y entre ellos, arrimados con cierto arte á los objetos de bulto, cromos pegadizos de los que dan de premio en los colegios, ó de los que visten las pastillas de chocolate. Por aprovechar todo, la mano allegadora de la diosa que en aquel recinto imperaba, había colocado también allí, adhiriéndolos á la parte inferior de los fanales que tapaban floreros, envolturas de cajetillas habanas, de esas que ostentan la fábrica de cigarros ó un vapor pasando por delante del Morro. Hasta las cubiertas de los librillos de papel de fumar tenían allí su puesto.

Pues digo; si se fueran á examinar una por una las cajitás de cartón, no se acabaría en media semana, pues las había de cuantas clases ha imaginado la industria tenderil, de dulces, de pastillas para la tos, de jabones finos, de paquetes de polvos, todas colocadas buscando la simetría en tamaños y colores. Los caracolitos de diversa forma, los tarros de pomada con el retrato de la emperatríz Eugenia, las tazas sueltas de juegos de té, los palilleros sin palillos, las vajillas de muñecas, los pitos de feria, no se podían contar. De lo

que Guerra se admiraba más era de que todo aquel sin fin de cachivaches estuviese limpio de polvo, todo perfectamente ordenado y dispuesto, señal de que existía una persona exclusivamente consagrada á cuidarlos. Sobre las láminas, que eran la historia de Moisés, de lo más malo que en el género de estampas se conoce, con marcos de caoba, lucían algunos penachos blancos, de esa espiga que llaman *cinerea*, y por aquí y allí colgaban cintajos y lazos que fueron moños de guitarras ó panderetas. El sofá y los sillones no podían en rigor carecer de los *antimacasares* de rosetas de crochet, blancos con motita roja en el centro, y había un almohadón que semejaba un puerco-espín con picos de lanilla de todos colores. Ni faltaba tampoco la alfombra casera, de pedacitos, ni el gorrete tapando el tubo de la lámpara de petróleo, jamás encendida, ni la canastilla de flores de trapo colgada del techo y con funda de tul verde. De antigüedades sólo había un fragmento de bajo relieve en madera estofada, que debía de ser de algún retablo, con una cabeza como de sayón, con turbante, cara grotesca enseñando la lengua, y la mitad de otra cara. Cubría el pavimento de la vasta pieza alfombra de fieltro, flamante, bien cuidada. Cuando no había visita, las pesadas maderas de las dos ventanas se entornaban para que no entrase la luz

solar á comerse los colorines de la estampada alfombra; y en el centro, frente al sofá, campeaba un brasero de copa, que por lo limpio brillaba como el oro, y nunca tuvo lumbre. Pero se quería obtener con él sin duda un efecto de calefacción moral, porque las visitas sólo con mirarlo se iban consolando del frío de la sala, aun en la estación más rigurosa.

Más interesante que aquel templo de las baratijas era la divinidad, llamémosla así, que en él moraba, Felisita Casado, viuda de Fraile, hermana del cura, la cual apareció en la sala antes de que Angel tuviese tiempo de examinarla toda. Era de bastante más edad que su hermano, y habría pasado por su madre si en la fealdad se le pareciese. Pero no: tenía Felisita mucho mejor lámina que el clérigo, y en su rostro, más bien envejecido que viejo, algo había que daba fe y testimonio de no haber espantado á la gente. Ni asomos de presunción quedaban en ella, y se presentó con el busto cruzado por una toquilla obscura, falda de hábito del Carmen con cordón, zapatos de orillo y mitones color de tabaco. Su cuerpo se encorvaba ligeramente como si padeciese un dolor de cintura, y su cabeza no se mantenía bien derecha. Recibió á Guerra con agrado, diciéndole que su hermano no podía tardar, que le esperase. Mirábale con cierto recelo, como si temiera que al sentarse

le chafara el cojín de picos, ó le ensuciara la alfombrita con el fango pegado á las botas. Quizás por no ver profanado su santuario, en el cual, abierto el balcón para la visita, entraba un sol descarado que se iba á comer los colores de la alfombra, invitó á Guerra á pasar al comedor. «Usted es de confianza—le dijo,—y estará mejor y más á gusto aquí.»

Antes de que Angel pasara al comedor, Felisita entornó las maderas, expulsando al sol con un gesto tiránico y de pocos amigos. ¡Bonita se pondría la alfombra, y todo, Señor, todo, con aquella luz que entraba tan atrevidamente á curiosear en la sala! En el comedor ya podía colarse de rondón, porque el piso estaba cubierto de estera de empleita ordinaria, amarilla y roja, formando algo como las barras de Aragón, y aunque las paredes y el aparador igualaban á la sala en lujo de chucherías, éstas no eran tan selectas como las otras. Dos señoras bastante entradas en años, amigas de la viuda, se congregaban junto á un brasero, no simbólico como el de la sala, sino lleno de cisco bien pasado. El comedor tenía cierro de cristales á la calle, con dos jaulas de codornices y una de jilguero ó verderón. El gato hermosísimo, gordo, manso, perezoso, de color cenizo y ojos de topacio, se amodorraba sobre el sofá de Vitoria con cojinetas de percalina encarnada.

Atendía Felisita al visitante, sin olvidar á sus dos amigas, y mientras le hablaba para entretenerle, no podía dejar de pensar que los paños de crochet de los sillones de la sala se habían torcido con la visita; que uno de ellos, pegándose á la espalda del Sr. de Guerra, al levantarse éste, se había caído al suelo, y que la alfombrita de pedazos quedó con la punta doblada y con algunas impresiones de barro sobre sus inmaculados colorines. ¡Vaya que tener las cosas tan bien arregladitas, y pasarse la vida cuidándolo todo, para que lo desarregle y lo ensucie el primero que viene de la calle! ¡Qué vida esta, Señor, tan miserable y angustiosa!

Pero nada de estas quemazones internas dejaba traslucir Felisita conversando con Angel, y en tono gangoso y con los más comunes y manoseados conceptos hablábale del frío extremado de aquel año, de las funciones de la Catedral y de la subida del pan. La buena señora compartía su vida entre dos afanes: consistía el primero en madrugar y ser de las primeras que aguardaban, en la Puerta Llana, á que Mariano el campanero abriese la Catedral, y de allí no salía hasta después de misa mayor, para volver por la tarde á vísperas. El resto del tiempo consumíalo el afán de arreglar su casa y tener bien limpio todo aquel matalotaje, cada cosa en su sitio. Y tan

á pechos tomaba estos dos órdenes de ocupaciones, que por cualquier falta ó contratiempo que en una ú otra ocurriera se ponía mala. Lo mismo le daba el mal de corazón ó la dispepsia flatulenta cuando alguien le ensuciaba la sala ó le descomponía sus altaritos, que cuando al señor Deán le dolían las muelas y no podía asistir al Coro, ó cuando Palomeque, por ser un tumbón muy amigo de su comodidad, dejaba de decir la primera misa del Sagrario. La vida de Felisita era un contínuo sufrir. Tres días horribles de flato y acideces y rescoldera de estómago pasó una vez porque al pertiguero D. Lucio de la Rosa se le cayó la peluca en una festividad solemne. La distribución de su tiempo y de su atención entre estas dos esferas de actividad variaba según las ausencias y presencias de su hermano. Hallándose Juan en Toledo, acortaba la señora por el lado eclesiástico, aumentando por el doméstico, y al revés cuando el clérigo se iba á Cabañas. Eran en sus gustos y aficiones tan contrarios, que Felisita detestaba el campo, y por nada de este mundo habría acompañado al clérigo en sus excursiones fuera de la ciudad natal. Las hermosuras de la Naturaleza eran para ella como caracteres de un idioma desconocido. Su verdadero campo era la Catedral, y el ambiente más regalado el que á incienso y cera tras-

cendía. ¿Qué árboles más bonitos que los haces de columnas que sostienen las bóvedas, ni qué cielo más hermoso que éstas? ¿Qué pajarillos más canoros que el flauteado del órgano? ¿Qué mugido de buey igualaba á la voz de Fabián? ¿Ni cómo habían de compararse las faenas de la recolección con una fiesta doble de primera? ¡Cuánto más simpáticos los canónigos, salmistas, pertigueros y monagos que toda la caterva de mozos de labranza, peones, gañanes y pastores, gente ruda, mal hablada, con aquellas manazas que parecen pezuñas y aquellas greñas sin peinar... puf...!

Su contínua presencia en la Catedral durante luengos años habíale dado un saber litúrgico que ya quisieran para sí muchos clérigos. Sin haber hojeado nunca la cartilla de la diócesis, se sabía el color de las vestiduras para todos los días del año, y en cuanto al complejo ceremonial de las dominicas de Adviento, y desde Septuagésima á Resurrección, podría dar quince y raya al propio maestro de ceremonias. Conocía la serie de arzobispos desde D. Gil de Albornóz para acá, sin que se le perdiera uno en la cuenta, llamándolos el *señor Tal*, el *señor Cual*, y su hermano le consultaba más de una vez, por no tener tan bien ordenados los catálogos de su memoria.

Cuando Juanito estaba en el campo, la viuda de Fraile y su criada, una chiquilla sa-

greña, vestida de estameña de Madridejos y pañuelo de talle de los llamados *del zurriago,* figurilla parecida á las de nacimiento, se mantenían con muy poco. Un diario de cinco ó seis reales les bastaba. Hallábase entonces Felisita en sus glorias, porque en la cocina no había nada que hacer, no venían visitas á revolver la sala, y todo estaba limpio, ordenado, cerradito. Podía eternizarse en la Catedral sin limitación de tiempo, hasta que bajaba el campanero con las llaves y el perro para cerrar la Puerta Llana.

Menos tiempo del empleado en dar á conocer á Felisita tardó en llegar D. Juan, quiero decir, que se apareció en ocasión que corresponde á la mitad de las referencias que acaban de leerse: al concluir éstas, ya el catecúmeno y el sacerdote se habían ido al cuarto de éste, pasando por la sala, y allá estaban metidos en substanciosa conversación, de la cual algo, desde fuera, al través de los frágiles vidrios, se traslucía.

V

Entre otras prendas eminentes, dió el Cielo á Felisita una curiosidad á prueba de secretos, pues mientras más enigmáticas eran las cosas, más empeño ponía ella en descifrarlas. No habría tenido precio para egiptóloga,

y si la emprende con los jeroglíficos de Menfis ó con cualquier clase de garabatos en piedra ó papyro, de seguro que les saca toda la enjundia que tuvieran, y aun un poco más. Su vista era de lince: su oído cazaba al vuelo toda sílaba perdida y las inflexiones lejanas de la voz. Desde que su hermano y Guerra se encerraron en el despacho ó gabinete del primero, no tuvo sosiego, y para poder arrimar el hocico á la vidriera, despidió á sus amigas á fin de quedarse sola. Deslizóse á lo largo de la sala, cuyas maderas cerró completamente para rodearse de obscuridad; sus zapatillas de fieltro eran el silencio mismo; pasó, cual si fuera á caza de un ratón, agachándose junto á los vidrios y aplicando la oreja derecha, que era la más lista de las dos y la que principalmente funcionaba en casos de espionaje mayor.

«¿Qué tratarán? Será cosa de compras de tierras? No sé para qué quiere este hombre más fincas, cuando tiene ya media Sagra. ¡Ay, las tierras! no las puedo ver. Siempre pensando en el nublado, en el pedrisco. Y por causa de las condenadas tierras, tiene una que alegrarse cuando llueve, yo que detesto la lluvia.

Á la primera sílaba pescada, entendió que no se trataba de tierras, sino de cielos, es decir, de cultivos espirituales. «Es cosa de con-

ciencia—se dijo relamiéndose de gusto.—Ya; este señor será algún pecador muy malo, que quiere enmendarse, ó algún marido burlado que pide el divorcio, y quizás están de por medio hijos naturales ó esposas artificiales... Anda, anda, parece que hablan de una monja, de una hermanita del Socorro...»

Aguzó de tal modo el oído, que era como una lezna. ¡Y qué conceptos tan raros ensartó en el aire la sutil punta! Juanito preguntaba al señor aquel si su vocación era sincera, si no habría en ello alguna jugarreta de la imaginación, de esas que, por lo bien tramadas, engañan á la misma sabiduría. Luégo contestaba el otro en voz baja y apenas perceptible, con gran impaciencia y enojo de la viuda de Fraile, que habría querido que gritara como un energúmeno. En cambio don Juan todo lo decía tan clarito, que un aspirante á sordo lo podría entender desde la sala. «Porque hay casos, se han dado y se dan casos de pasiones que á sí propias se creían espirituales y místicas, y luégo ha resultado que por dentro de ellas corría el aliento de Satanás. Hay que estar muy en guardia y escarbar mucho, hasta descubrir el tuétano.» Felisita sonreía admirando el talento de su hermano. ¡Pasión mística, resabios de amor mundano, vocación de sacerdote, monja de por medio! ¡Qué comidilla más sabrosa! La

espía se chupaba los labios, como si tuviera entre ellos una pastilla dulcísima ó un licor delicioso. Pero aquel condenado de hombre no se explicaba claro. Su voz era un mujemuje, del cual apenas se destacaba tal cual sílaba, ó alguna frase más bien adivinada que oída. Supliendo el conocimiento auditivo con la interpretación libre, entendió Felisita que la cosa había empezado por noviazgo, ú otra forma cualquiera de amoroso enredo. Pero al fin, todo era puramente espiritual; y en cuanto á su vocación... Aquí la voz de Juanito arrojó nuevamente claridades deslumbradoras sobre el obscuro diálogo, y la escuchante pudo comprender que el sujeto aquel deseaba cantar misa. Realizada cumplidamente en él la más radical metamorfosis, el hombre viejo había perecido, cual organismo que muere y se descompone, saliendo de sus restos putrefactos un hombre nuevo, un sér puro... Luégo siguieron palabras en tropel que apenas se entendían, porque D. Juan se puso de espaldas á la vidriera y echaba la voz para el otro lado.

Felisita no volvía de su asombro. ¡Aquel señor quería ser presbítero! ¡Cosa más rara! ¡Y ella creía que el presbítero nace y no se hace, es á saber, que la carrera eclesiástica se empieza siempre en la juventud, mejor dicho, en la niñéz, y que sólo la siguen muchachos

pobres y campesinos, rarísima vez los señoritos de familias urbanas y acomodadas! Entre las frases sueltas que pudo pescar, había oído «mi hija». ¡Luego era viudo, ó tenía familia á espaldas de la Iglesia! Y sin duda era rico, porque algo dijeron también de cuantiosos intereses y de fundar un Asilo para pobres... ¡Vaya, vaya, que un caso como aquél no lo había visto la viuda de Fraile en todos los días de su vida! ¡Un caballero de buen porte, viudo, rico, meterse cura, consagrarse á cuidar enfermos y recoger mendigos callejeros! ¿En qué tiempos vivimos? ¿Podrá tal cosa suceder? El sueño, la historia, que viene á ser como un sueño retrospectivo, ¿pueden acaso revestirse de realidad y hacerse sensibles á la vista y al tacto del hombre despierto? La dama curiosa pensaba que es muy divertido vivir, cuando viviendo se ven cosas tan raras, y se puede llegar á la consoladora tesis de que nada es mentira.

Gran confianza tenía Casado en su hermana, y de todo le daba noticia, exceptuando, claro está, los asuntos de conciencia. Así pues, en cuanto se retiró el otro, no fué preciso que Felisita le instara para saber de su boca lo que en buena ley podía ser contado. Escuchólo con avidéz la viuda, coordinándolo con los retazos tomados al oído por ella, y de todo formó su composición. Dígase en honor suyo

que la curiosidad y manía de enterarse no iban acompañadas del furor chismoso, máxime en asuntos que pudieran relacionarse con su hermano. Era incapáz de profanar las confidencias delicadas que éste le hiciese, llevándolas á las tertulias de beatas que suelen improvisarse en algún rincón de Reyes Nuevos ó de San Ildefonso, antes y después de las misas tempranas, ó al círculo de cotorronas que en el comedor de su propia casa y al amor del brasero algunas tardes se formaba.

Pero de nada valía la discreción, pues á los dos días de la visita de Angel á D. Juan, observó Felisita que era público y notorio parte de lo que ella escuchó pegada á la vidriera. En la casa de Mariano el campanero, allá en las alturas de la torre, donde tiene su vivienda el que modula todo aquel vocerío misterioso de los sonoros bronces, oyó hablar del caso, como noticia corriente en Toledo. Á Guerra le conocían de vista dos señoras que hablaron de su próxima investidura eclesiástica; pero entre las verdades metieron mil exageraciones y patrañas: que el tal D. Angel había sido masón de los peores: que en una de las trifulcas de Madrid mató él solo más de doscientos militares, y que su fortuna era tan grande, pero tan grande, que gozaba una renta de tantísimos miles de duros diarios. Á cada paparrucha, seguía otra mayor,

desafiándose las bocas á cuál disparataba más. Salió á relucir allí la rutinaria conseja, ordinariamente atribuída á un inglés, de que el Sr. de Guerra quería comprar al cabildo el cuadro del *Expolio,* dando por él la cantidad de onzas que cupieran bien colocadas sobre la tela, hasta cubrirla, y la otra fábula, también antiquísima y popular, de que el edificio proyectado por D. Angel había de tener un número de puertas y ventanas igual al de los días del año. Todo esto se picoteaba en la galería de piedra del frontispicio de la Catedral, sobre la puerta llamada de los Escribanos ó del *Infierno,* tomando el sol de la tarde. La tal galería, que corresponde á la morada del campanero, y es como balcón ó solana á más de veinte metros de la calle, no tiene precio para sitio de tertulia. Los únicos ruídos que allí pueden turbar la placidéz de la charla son el mugido del viento forcejeando con la torre, y el clamor vibrante de las campanas próximas. Entre las columnas de granito hay algunos tiestos, que alteran, desde fuera, la severidad arquitectónica. Las palomas, avecindadas en desconocidos agujeros de aquellas alturas, cruzan sin cesar por delante de la galería, desde la cual se ven también, considerablemente agrandados, los profetas y obispos que decoran el frontis, disformes, cabezudos, unos con mitra colosal, otros con emblemas

de bronce ó hierro en sus manos ingentes. El gato del campanero suele familiarizarse con toda aquella vecindad escultórica, y no tiene que brincar mucho para echar una siesta sobre el libro de San Fulgencio, que parece un Diccionario, ó sobre el arpa de David.

Pues, como se iba diciendo, Felisita, en la tertulia campaneril, á la cual no pocas tardes concurría sin temor de los ciento diez escalones, se dió bastante tono, manifestándose mejor informada que las preopinantes, poniendo las cosas en su verdadero lugar, y atribuyendo á su hermano el mérito de la preciosa conversión del madrileño. Se habían hecho tan amigos, que D. Angel no daba paso alguno sin previa consulta con su director, y no pasaba día sin que á la puerta llamara dos ó tres veces. «Ya no tengo manos para tirar del cordón, y el tal entra ya en casa como si fuera la suya propia. Eso sí; es hombre fino, que cuando le estropea á usted un cojín ó le deja barro en las alfombras, pide mil perdones, y á la chica me la tiene trastornada de tantas propinas como le da. Enjambres de pobres le esperan á la puerta cuando sale, por lo cual tengo el zaguán perdido de pulgas... y de otra cosa peor. Mi hermano le da libros y papelorios para que lea y se vaya enterando.» Alguien dijo después haber oído que en cuanto Guerra se ordenase le harían arzobispo, pues

era hombre muy bienquisto en la Corte, y se tuteaba con Ministros y personajes que fueron compinches suyos en la masonería.

VI

Era la viuda de Fraile gran madrugadora. Al toque de alba (doce solemnes campanadas que da Mariano poco antes de romper el día, y que se oyen de toda la ciudad), saltaba de su lecho y presurosa se vestía. En ayunas salía de casa, y arrebujada en su mantón color de papel de estraza, con zapatos de paño grueso y mitones obscuros, emprendía la marcha hacia la Catedral, por el jardinillo de los Postes y el Nuncio Viejo, comunmente sin encontrar un alma. Ya los pájaros piaban saltando de rama en rama en las acacias de la plazuela de San Nicolás. La luz de la aurora, tímida y soñolienta, principiaba á dar vida y color á las partes altas de la ciudad; las sombras de las calles se atenuaban; oíanse cantos de codornices y algún esquilón de convento lejano, cuyo sonido parecía temblar de frío, como la mano de la monja que desde el coro tiraba de la cuerda. En las boca-calles refilaban corrientes de aire glacial, cortantes como espadas de la tierra. Aun no se oían los pregones del lechero y carbonero, ni el trote vivo

de los caballos en que se reparte el pan á domicilio.

Llegaba Felisita á la Puerta Llana antes que las otras abonadas, á excepción de una de ellas, ciega, que debía de ir á media noche, pues la más madrugadora siempre la encontraba allí, hecha un ovillo junto á la verja. No tardaba en comparecer doña Mauricia, la tía de los dos capellancitos muzárabes, Úrsula Morote y otras beatas más ó menos viudas, con quienes la de Fraile conversaba un ratito, echando pestes contra Mariano por su tardanza en abrir. Llegaba también un viejo con trazas de obrero inválido, capa raída de raja parda color de regalíz, calzón azul manchado de yeso, y montera ó boína de lo más traído. Éste y otro de igual empaque eran candidatos á apóstoles, es decir, que habían puesto en juego sus influencias para figurar en el lavatorio del próximo Jueves Santo. Felisita les apoyaba con toda su privanza sacristanesca y capitular; pero se temía que vencieran otros pretendientes con mejores aldabas. Luégo aparecía el monaguillo que ayudaba la misa del Santo, y al poco rato otros que para entrar en calor se ponían á jugar á la pelota contra el muro de la Catedral. Abríase la confitería de enfrente, y un señor arreglaba en el escaparate las bandejas de yemas y bizcochos.

La conversación de los fieles cristianos versaba sobre cosas pertinentes al objeto que allí les llevaba. «Hoy no nos dice la misa D. Julián, porque está de semana...» «Pues la del Cristo Tendido la dice hoy el Sr. Luque, porque el Sr. Cascajares sigue fastidiado con sus dolores de estómago, y el médico le ha prohibido coger los fríos de la mañana...» «Don Francisco la dice hoy, pero no en San Ildefonso, sino en el altar de la Señora...» «¡Pero cómo se le pegan las sábanas á este Mariano! No tardarán las seis.» El reloj confirmó esta opinión cantando por todo lo alto las seis, á punto que asomaba por el extremo occidental de la calle, como viniendo de San Justo, el canónigo Sr. Luque, tapándose boca y naríz con el manteo, y antes de llegarse á la Catedral se metió un momento en la confitería. No tardó en recalar por el Pozo Amargo don Francisco Mancebo, también embozado hasta los ojos, mejor dicho, hasta las vidrieras, que aquel día estaban de servicio. Oyóse por fin el áspero chirrido de la llave con que Mariano abría, y fué saludado con un murmullo de satisfacción, como el que suena en los teatros cuando dan gas. La pesada puerta se abrió despacio, y apareció el campanero, de capa, con un gorro negro calado hasta el pescuezo, y el manojo de llaves en la mano. Mientras abría la verja, las personas que esperaban le

recriminaron por su tardanza, y él les gruñía, menos amable que su perro Leal, negro y de hermosa estampa, el cual salió brincando, dejándose acariciar de las beatas y olfateando á todos, dueñas y monaguillos. Precipitóse dentro el grupo impaciente, y Mariano, seguido del perro, corrió hacia el otro lado de la iglesia para abrir las puertas de la Feria y las dos del Claustro.

Los feligreses madrugadores se esparcieron por las naves solitarias, frías, obscuras aún, anegadas en una penumbra suave que atenuaba los ángulos, profundizaba las concavidades y estiraba los haces de columnas. La luz matutina se introducía por lo más alto, y las ventanas orientales del crucero eran las primeras que se teñían de vivos colores, proyectando tonos naranjados sobre los segmentos de las bóvedas. La sombra se iba contrayendo hacia abajo, cortada duramente por las claridades azules que penetraban al abrir y cerrar las hojas de los canceles. Las lamparitas de la Capilla Mayor y del Sagrario, lucían como lejanísimas estrellas, moteadas sobre las masas confusas de arquitectura, que á cada instante se iban desnudando más de la sombra que las envolvía. Pocos minutos después de abierta la iglesia, salía la primera misa, que en tiempo frío se celebra en Reyes Nuevos, como el lugar más abrigado de la Cate-

dral. Felisita y sus protegidos los presuntos *apóstoles,* algunas veces Teresa Pantoja, la oían, y ésta y la viuda de Fraile solían comulgar después de ella.

No pocas veces fué también D. Angel, y una de las mañanas más frías de Marzo, cuando Felisita embocó á la Puerta Llana media hora antes de abrir, le encontró allí hablando con la ciega, que era la primera que llegaba. Saludáronse, y charlaron de cosas pertinentes al ramo de misas matutinas. Al entrar, propúsose ella no perderle de vista; pero por más que ojeó, no le fué fácil seguirle dentro de la vastísima cavidad del templo. En Reyes Nuevos no estaba, y mientras oía su misa, la Casado se devanaba los sesos calculando si D. Angel oiría la del padre Mancebo en la capilla de San Ildefonso, ó la de D. Julián en en el Sagrario. Esto la desazonaba, porque ¿no era más natural que oyese las misas que á ella se le antojara designarle? «Nada, Señor, que estos hombres convertidos no saben lo que se pescan. Grandes zozobras turbaban su espíritu, produciéndole, como fenómeno reflejo, dispepsia flatulenta y una molestísima opresión del epigastro. Las causas de su mal eran muy complejas: que D. Angel no hacía las cosas á gusto de ella; que á la sobrina del canónigo Tesorero se le habían enconado los sabañones, y que se susurraba que

aquel año no daría el Gobierno los ocho mil reales para el Monumento. Así se lo dijo un *vara de plata*, añadiendo otras noticias lastimosas, á saber: que las monjas de San Juan de la Penitencia, al arreglar las planetas moradas que debían usarse el Domingo de Ramos, las habían dejado cortas, y los señores canónigos y beneficiados no querían ponérselas ni á tiros.

¡Cuánto chismorreó la viuda de Fraile aquellos días, los de la primera y segunda semana de Cuaresma, ya en la tertulia de Mariano el campanero, ya en los corrillos que se formaban á la salida de la santa iglesia, en los cuales solía meter baza Teresa Pantoja, y algunas veces también D. Francisco Mancebo! Baste decir que allí se comentaron sucesos diferentes relacionados con lo que aquí se va contando; algo se dijo de la profesión de Leré, verificada sin ningún aparato en el Socorro, con asistencia tan sólo de Guerra, los de Mancebo y los de Suárez, comenzando la nueva hermanita, desde el siguiente día, á prestar el servicio de enfermera en las casas que lo solicitaban. Algo se habló también de la prosperidad del Socorro con el dinero de tantísima limosna, mientras perecían las pobres monjas de los monasterios de clausura. (Grandísima pena de Felisita, con bolo histérico, pirosis y titilación del párpado de-

recho), y de paso se dijo que el Sr. de Guerra tenía encantados á sus maestros por la inteligencia y aplicación que desplegaba. Mas era un hombre que no se sometía enteramente, y algo traía entre ceja y ceja. Mancebo no supo disimular bien la dentera que le causaba el verle en manos de D. Juan Casado.

Á los graves motivos de pena que hacían infelíz á la viuda, debía unirse pronto otro de los más terribles. Fué á su casa, y ¡oh sorpresa dolorosa! su hermano y D. Angel habían tomado la sala por suya, y se paseaban en ella de largo á largo como si fuera el Miradero ó la alameda de Merchán. ¡Pero qué insolencia y qué desparpajo y qué falta de respeto al sagrado de una sala tan bien puesta! Acechando desde la puerta vidriera del comedor, vió que no sólo había osado el intruso abrir de par en par las maderas, sino que con los pisotones que daba había convertido la alfombrita en un guiñapo; los paños de crochet yacían arrugados en el suelo, revueltos con papeles rotos. Felisita ¡ay! observó aquellos estragos con amargura hondísima, considerando las pruebas horribles á que somete nuestro Padre Omnipotente á las criaturas. ¡Que vivamos para ver tales cosas! ¡Que de ningún modo que miremos el mundo deja de presentársenos como un valle de amargura, duelo y tristeza!

¿Y qué demonios trataban? ¿No podían platicar en el cuarto de Juan? ¿Acaso el asunto exigía las amplitudes de la sala, para manotear como molinos de viento? ¿No se podía discutir todo lo divino y lo humano sin arrojar colillas sobre una alfombra riquísima, de á veinte y dos reales la vara, y que se conservaba como el día que salió de la tienda, con sus flores tan preciosas y frescas como las flores de verdad? Vaya, vaya, todo aquel exterminio, y las voces que uno y otro daban, á manera de estudiantones en casa de huéspedes de á seis reales, eran porque D. Angel sostenía... que... Pero la cólera no permitió á la viuda enterarse. Hubiera entrado con un zorro y les habría echado de allí á zurriagazos para que se fueran con sus teologías á otra parte, y despotricaran todo lo que quisieran en mitad de un corral.

VII

La amistad de Casado y Guerra crecía y se afianzaba con el trato. La copiosa biblioteca del cura feo iba pasando, volumen á volumen, por las manos de su discípulo, el cual se permitía comentar sus lecturas con una libertad que otro menos despierto y tolerante que D. Juan no hubiera consentido. Charlaban más que discutían, aunque á veces Angel

hizo gala de opiniones extrañas y un tanto sediciosas, que el otro celebraba por su originalidad, y rebatía con la argumentación de carretilla usada por los escolares en las academias de gimnasia dialéctica. En cuanto á los estudios, no toda la ciencia eclesiástica era igualmente atractiva para Guerra, pues si los *Lugares teológicos* le causaban tedio, la Liturgia le enamoraba, como arte de los ritos que tiende á sensibilizar todas las ideas cristianas. Estudiábalo con deleite, admirando el poder imaginativo de los creadores del maravilloso simbolismo, inspirador del arte religioso, sistema que entraña una peregrina adaptación de las ideas á la forma, y que ha tenido la mayor parte en la universalidad y permanencia de la fe católica. No hay que decir que le bastó ejercitar un poco el latín eclesiástico para dominarlo.

Lectorem delectando, pariterque monendo, logró Casado arrancar á su discípulo multitud de preocupaciones, y quitarle repugnancias de antiguo existentes en su alma, entre las cuales la más difícil de extirpar fué la que el Seminario le inspiraba. Era como un miedo pueril que se cura mirando de cerca el objeto de que proviene. Trabajillo le costó á don Juan llevarle al Seminario, como de visita: pero una vez allí, la aprensión se disipó como por encanto. Casi todos los profesores eran

amigos y compinches del cura sagreño, personas simpáticas y agradables, que recibieron bien y agazajaron á D. Angel, poniéndose á sus órdenes, franqueándole la biblioteca, y mirándole, en suma, como una adquisición preciosa que debía ser tratada con todo miramiento. Al salir le decía Casado: «¿Lo ve usted? Estos infelices no se comen los niños crudos. Pertenecen á lo que, no sé si con bastante razón, se llama el *elemento ilustrado.* Hay de todo, naturalmente; pero uno con otro, resulta un conjunto muy bonito. Lo que á usted le ha puesto carne de gallina es la idea ó el temor de que la enseñanza estuviera en manos de la célebre Compañía. Tranquilícese, amigo. En Toledo no tienen casa los jesuítas ni se les ha ocurrido restablecer la que tuvieron en San Juan de la Leche. ¿Para qué la quieren, si Toledo es pueblo pobre?»

Resultado de esta visita y de las buenas amistades que en el Seminario hizo, fué su asistencia á la cátedra de canto. Casado no le podía enseñar esta parte importante de la Liturgia, no sólo porque su oído era detestable, sino porque desconocía la técnica musical. Con el profesor de solfeo y canto litúrgico hizo el aspirante á clérigo buenas migas desde el primer día, y ambos pasaban ratos muy agradables, examinando teórica y prácticamente la inagotable riqueza coral de la Igle-

sia. Como Angel tenía buen oído y excelente gusto, aquellas conferencias, que á veces se prolongaban dos horas después de clase, eran fuente de purísimos deleites, no sabiendo en rigor si era el sentimiento religioso ó el artístico lo que despertaba en su alma tan grande y puro entusiasmo.

El cura sagreño llegó á sentir por su educando simpatía profunda, y si al principio el carácter del maestro al del discípulo se impuso, apareciendo éste en una especie de subordinación filial, lentamente se iban cambiando los términos de aquel parentesco del espíritu; pues con movimiento de balanza, pausado y casi inapreciable, el subordinado se iba poniendo por encima del director, y el carácter firme de D. Juan parecía plegarse ante las durezas mayores del de Angel. Verificábase este fenómeno en la esfera de las opiniones más que en la del sentimiento, y lo más raro era que igual supremacía iba adquiriendo el neófito sobre otros clérigos que con curiosidad mezclada de respeto le trataban. Todos creían ver en él una adquisición inapreciable. No había otro ejemplo de persona de viso y de gran fortuna que abrazase el estado eclesiástico en tiempos tan de capa caída para la religión.

Si las tardes venían buenas, ahijado y padrino se iban al cigarral. Allí, el cura cam-

pestre no se podía contener, y dando de mano á las teologías y rúbricas, dejaba correr la vena de su saber agronómico. Tiraba chinas á Cornejo por la detestable poda de los árboles, daba su opinión sobre la manera de cavar, uniendo la acción á la palabra si á mano venía. Jusepa les hacía chocolate, y se lo tomaban plácidamente sentados á la sombra de los cipreses, contemplando el cielo purísimo, y embebeciéndose en la dulce melancolía del paisaje rocoso salpicado de olivos. Los almendros y albaricoqueros hallábanse ya cuajados de flores, blancas en unos, rosadas en otros, y los efluvios de la vegetación naciente inundaban el aire de aromas, llevando al sentido la idea de renovación de la existencia, del vivir otra vez y tornar á la juventud.

Algunas tardes, cuando Guerra estaba solo, íbase paso á paso hacia la Virgen del Valle por la vereda polvorosa y solitaria, entre cercas de tapial de tierra, de un color de ocre tan vivo que parecen amasijos de rapé. La tosquedad primitiva de las construcciones agrarias le encantaba, el desorden de los plantíos, lo accidentado del terreno, el árbol que se sale por medio del tapial ostentando sobre el camino sus ramilletes de flores, el derrengado puentecillo, el arroyo que se desliza entre peñascos con tan poca agua que apenas se le siente, las casitas humildes, blanquea-

das, las pitas de un verde cerúleo, con sus pinchos como navajas, y que parecen defender la heredad como la defendería un perro de presa. Excitada su mente en aquellos días por la estética musical, aplicaba con avidéz el oído á cuantos rumores venían de las fragosidades que por todas partes le rodeaban. No tardó en afirmar que ninguna música escrita por los hombres igualaba á la sonatilla de los cencerros de las cabras que se precipitan por aquellas barranqueras, de regreso del monte. El encanto de la tal musiquilla ¿consistía, más que en los sonidos, en la serenidad inefable de la hora crepuscular, reflejando las vibraciones recónditas del alma del oyente? Ello es que le sumía en dulce éxtasis, y la estaba oyendo hasta que se perdía por el alejamiento del rebaño, y después de perdida llamábala á su cerebro, y en él la voluntad la repetía.

En la Virgen del Valle solía detenerse hasta muy entrada la noche. Bajaba después por la rápida pendiente, para pasar el Tajo en la barca, y en verdad sentía que el viaje fuese tan corto, pues gozaba lo indecible con el espectáculo de las márgenes de áspero cantil, que á la luz de la luna ofrecen un claro obscuro pavoroso y sublime, paisaje dantesco en el cual las calvas peñas, la corriente cenagosa y arremolinada, la barca misma, herma-

na de la de Aqueronte, sobrecogen el ánimo y encariñan la voluntad con las arideces de la vida ascética. Si no le daba por quedarse un rato platicando con los barqueros en el más próximo ventorrillo, subía hacia San Pablo, en cuya vecindad solía hacer una visita antes de dirigirse á su casa.

Don Tomé, desde principios de cuaresma, no era ya huésped de Teresa Pantoja, pues habiéndose establecido en Toledo unos tíos suyos, se fué á vivir con ellos. Eran marido y mujer, él de extraordinaria flaqueza, por lo cual irónicamente le llamaban *Anchuras,* ella no menos seca y amarilla, sin más apodo que la supresión de la primera sílaba de su nombre. Trabajaba él en curtidos, y había venido de Cebolla para ponerse al frente de un taller de pellejos y botas en las Tenerías. Con lo que allí ganaba y la ayuda del capellancito, se mantenían todos con relativa holgura. Para D. Tomé, el tío Anchuras era como un segundo padre, pues le había costeado la carrera y auxiliado siempre en sus necesidades. En cuanto á la tía *Gencia,* mujer de pocas palabras y de sórdidos instintos, nacida y criada en Erustes, bien puede decirse que era la persona más inteligente y dispuesta de la familia. La casa en que vivían, en la calle de los Doctrinos, era un tabuco arqueológico de los más peregrinos de Toledo, y Anchuras se ma-

ravilló de que una madriguera que le costaba seis duros al mes fuese tan á menudo visitada de extranjeros y de pintores que llegaban á la puerta pidiendo permiso cortesmente para examinar el patio. En su espacio breve, ofrecía á la admiración de los artistas dos puertas platerescas, un par de arquitos árabes, zapatas y canecillos tallados con gracioso arte y una ventana gótica cubierta de cal. D. Tomé llevó á su amigo Palomeque, el cual, absorto ante aquella olvidada joya, aseguró de buenas á primeras que allí había vivido el Greco. Mentira: el Greco vivió hacia San Bartolomé. Á los pocos días sostuvo que el morador de la casa fué Diego Copín. En las paredes de una habitación alta se encontraron, rascando cuidadosamente el revoco, algunos dibujos plateresecos que concordaban con los de la cajonería de la antesala capitular.

La tal casucha era un encanto. Para hacerla más bonita, Anchuras embadurnó de color sangre de toro los pilastrones de madera, las puertas bajas y las tinajas que hacían de tiestos con plantas diversas, blanqueó las paredes, remendó con yeso el brocal del pozo, y tendió de una parte á otra cuerdas para colgar la ropa lavada. Los domingos trabajaba de carpintero, y de albañil, ó de adornista, pues con unos cuantos colores de temple pintó en la galería alta unas cenefas que pare-

cían chorizos colgados al humo, y unas flores que semejaban huevos fritos. «Ya que vienen tantos señores á verlo—decía el buen hombre, —que lo vean bien pulido.»

Pues en aquel nido se pasaba Angel algunos ratos, mayormente si volvía del cigarral por la barca. Ocupaba D. Tomé la mejor pieza de la casa, y allí tenía su inocente biblioteca de manuales y libros de rezo, la mesa con los apuntes de historia, las varias colecciones de acericos, y una detestable reproducción del Cristo de la *Cruz al revés*. Después de charlar un poco con su amigo, Guerra se iba á su casa, que por San Juan de la Penitencia, San Justo y el callejón del Toro no distaba más de diez minutos de la calle de los Doctrinos.

Y conviene advertir que en aquella temporada había momentos en que la soledad nocturna de las calles toledanas llegó á imponer cierto temor á la misma persona que otras veces tanto había gustado de ella. Durante toda la Cuaresma, parte por desgana, parte por imposición propia, Angel comía muy poco, á veces tan sólo lo preciso para tenerse en pié; no reparaba con el sueño la falta de nutrición, porque apenas dormía, y se pasaba las horas meditando ó leyendo, sin sentir la necesidad del descanso. De aquí provino tal vez que algunas noches le turbaran alucinaciones

que si al principio le hacían cierta gracia, concluyeron por producirle indecible inquietud. Ya no era nuevo en él contemplar mentalmente su propia persona ya transformada; pero de esto á verla con los ojos de la cara había gran diferencia. Dentro de la Catedral, á la hora postrera de la tarde, poco antes de cerrar, cuando todo es allí silencio y sombras que convidan á místicos ensueños, Angel veía que un clérigo de buena estatura atravesaba por el crucero de Sur á Norte. Desde la obscura capillita del Cristo de la Columna le miraba pasar, reconociéndose en él. «Soy yo mismo—se decía,—sólo que sin barba y con traje clerical. Bastante más delgado, eso sí; pero soy el mismo: no tengo la menor duda.» El misterioso sacerdote se perdía de vista, y con la mayor ingenuidad del mundo murmuraba Guerra: «Vaya, me he metido en la antecapilla del Sagrario. Tengo costumbre de orar allí todas las tardes.» Una fuerza psíquica bastante poderosa le impulsaba á seguir al que creía su propio sér, pero otra fuerza más grande, como instintivo miedo, le paralizaba. Á los pocos minutos, el clérigo salía del Sagrario, atravesaba el crucero, y haciendo genuflexión ante la Capilla Mayor, iba derecho á la Puerta de los Leones, y en ella se desvanecía. «Esto sí que es gracioso—dijo Guerra, que habiendo seguido de lejos á su *alter ego*,

se detuvo al verle desaparecer.—¿Cómo es que he salido por la Puerta de Leones, estando cerrada?» La confusión y el mareo que sintió no pueden definirse. Las naves se agrandaban desaforadamente, hasta el punto de que viendo venir á Mariano y al perro Leal, que hacían la ronda por las capillas antes de cerrar, tardó, á su parecer, más de media hora en llegar hasta ellos. «Mariano—preguntó á gritos al campanero,—¿está abierta la Puerta de Leones?

—El Sr. Palomeque no ha venido esta tarde.

—¿Cómo explica usted que, estando cerrada esa puerta, he salido yo por ella?—dijo, aplicando la boca al oído del campanero, que era sordo como una empanada.

—Mañana es doble de segunda, con cuatro capas—replicó Mariano con afabilidad.

Salió Angel murmurando: «Pues yo tengo que poner esto en claro. ¿Y á dónde habré ido ahora con mi cuerpo, y mi sotana y manteo, que bien se ve que son nuevecitos? Vaya usted á saber á dónde he ido yo ahora...»

VIII

Por la noche, equilibrado su espíritu, consideró el caso como un fenómeno mental muy en consonancia con la vida que hacía. Pero no dejaba de pensar en él. Después de las

nueve, volviendo de la casa de D. Tomé, en medio de una gran obscuridad, vió delante de sí al clérigo, andando á distancia como de veinte pasos. Al principio dudó si era la imagen que en la Catedral había visto; pero pronto la tuvo por la misma que calzaba y vestía, el propio hijo de doña Sales con teja y manteo. «Me reconozco—pensó;—soy yo mismo; es mi aire, mi andar.» Si aceleraba el paso, el clérigo también iba más de prisa; á veces se le perdía en las obscuridades proyectadas por las paredes de San Juan de la Penitencia; á veces, pasando bajo un farol del alumbrado público, veíale tan claro, tan claro, que todas las dudas se disipaban. Dió el fantasma la vuelta de la Cuesta de San Justo, y al ir hacia la devota imagen de Cristo que en el ángulo de la parroquia se venera, cantaba en voz clara el gradual *Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem.* «Es mi propia voz —decía Angel, casi sin aliento.—Y ¡qué casualidad! ese mismo gradual lo canté yo esta tarde en la lección del Seminario; luégo lo he repetido durante todo el paseo, y paréceme que ahora mismo, sin darme cuenta de ello, repitiéndolo estoy.»

Al llegar junto al Cristo, ya no vió más al clérigo, y tan sobrecogido estaba, que se arrodilló un ratito con intención de rezar. Otra noche, entrando por el callejón del

Toro, que es el paso más breve para la calle del Locum, sintió pisadas que venían hacia él. Arrimóse todo lo que pudo á la pared, pues resulta bastante difícil el cruce de dos personas en aquel estrechísimo conducto, más bien camino de topos que de cristianos. Aunque la obscuridad era densa, como de viaje subterráneo, Guerra vió claramente su propia personalidad vestida de sacerdote, y cuando se encontraron, detuviéronse ambos, por la imposibilidad de salir de allí sin que uno de los dos retrocediera. Vió su cara como si se hallara delante de un espejo que tuviese la virtud de limpiar de barbas el rostro. Los ojos, la mirada, la expresión, el aliento eran los mismos. El fantástico presbítero le puso ambas manos en los hombros, y él puso las suyas con confianza enteramente autopersonal en los del otro. Á un tiempo y con una sola voz dijo el clérigo al seglar, y el seglar al clérigo: «*dómine, ¿quo vadis?*»

Y en el mismo instante, Angel sintió un golpe en el cráneo, y despertó en el sofá de su cuarto de la calle del Locum. Apoyada la cabeza en la palma de la mano, ésta hubo de deslizarse, y la cabeza rebotó contra el duro brazo del mueble.

«Ha sido sueño—se dijo.—Pues otras veces no lo fué, porque despierto y bien despierto estaba.

Tres días después, la misma historia. A eso de las ocho de la mañana vióle pasar por la calle de San Marcos en dirección como de San Cristóbal... Pronto se le despareció, dejándole confuso. «Sin duda—se dijo,—voy á celebrar en el Socorro.» Y aquel mismo día, cansado de dar vueltas, se metió en Santa Isabel, y sentándose en el banco próximo á una de las rejas del coro, se quedó como en éxtasis, es decir, que perdió la noción del tiempo, y aun la del lugar en que se encontraba. En medio de aquella vaguedad soñolienta se le presentó su misteriosa imagen, saliendo de la sacristía y avanzando hacia él con decidido paso. Sentóse á su lado, y en tono de reprensión amistosa le dijo: «¡Tú aquí tan tranquilo, rondando monjas, mientras nuestro buen amigo D. Tomé se muere! ¿No sabes que cayó gravemente enfermo hace dos días y que los médicos dicen que no la cuenta?» Restregóse Angel los ojos, y salió de la iglesia como alma que lleva el Diablo, pensando así: «Pues sueño no es, que bien despabilado estuve... Como que ví á la monja sacristana recogiendo las ropas por el cajón del coro. Bien claro lo ví... no tengo duda.»

Fué corriendo á casa del capellán, y en efecto, el pobrecito había caído con una gástrica, que pronto degeneró en tifoidea de las más malignas. Á Gencia y Anchuras se les

podía ahogar con un cabello, tan afligidos estaban con el triste pronóstico que hizo el médico aquella misma mañana. «Luego no fué sueño—pensaba Angel, razonando la última aparición de su yo clerical.—Y lo demuestra el haber resultado cierta la enfermedad de este bendito... Luego yo existo en otra forma, soy un sér doble, soy una proyección de mí mismo en el tiempo futuro...» No tardaron en apuntar en su mente algunas dudas, que se diseñaron mejor al poco rato, porque dió en sospechar que Teresa Pantoja le había dado cuenta la noche antes del grave mal de D. Tomé. «Hay en mí como un eco apagadísimo de la voz de Teresa contándomelo... No lo puedo asegurar; pero tampoco puedo negarlo. Es fácil que Teresa me lo dijera, y que yo lo oyese con poca ó ninguna atención. No me enteré; pero en mi cerebro quedó como un dato sueìto, caído, que después, al revolverse las ideas, asoma por donde menos se piensa, y lo ve uno, y... De alguna manera tuve noticia del hecho, y me lo recordé mediante el fenómeno ese del dualismo... Y en último caso, ¿á qué devanarme los sesos indagando lo que hoy no es accesible á mi razón, mientras tengo delante un hecho real que reclama toda mi energía?»

Pronto echó de ver que su amigo estaba mal cuidado, pues los tíos, principalmente la

señora Gencia, tenían más fe en supersticiones y artes charlatánicas que en la ciencia médica. Guerra fué á ver al Deán, protector decidido de D. Tomé; el buen señor se trasladó lo más pronto que pudo á la calle de los Doctrinos, y enterado de las condiciones deplorables en que el enfermo se hallaba, propuso que se llamase á una hermanita del Socorro.

Las aficiones de Anchuras al arte pictórico tomaron un vuelo colosal, y sus ratos de ocio, que eran muchos por estar en reparación aquellos días la fábrica de curtidos, dedicábalos al manejo constante de brochas y pinceles. Sintiéndose agitado del numen divino, quiso que su vivienda fuese digna de las visitas de los rebuscadores de rarezas, y no se le ocurrió nada mejor que pintar de amarillo y rojo todo el gracioso ornamento de las dos ventanas del patio, esmerándose en las bichas y en los flameros para que destacaran bien. En las habitaciones altas cubrió con lechada de cal hasta las vigas añosas, de un precioso tono de melaza con vetas de carey, y no pareciéndole bien el azul pálido, al temple, de puertas y ventanas, les arreó dos manos de verde de persiana, al óleo, sin repárar que en la estancia donde así desplegaba su genio artístico dormía el pobrecito D. Tomé. Entre humedades de cal, y colores frescos de aceite

pasó el bendito capellán noches y días sin chistar, insensible á los accidentes de la naturaleza física, é incapáz de protestar contra las molestias aunque las notara.

Á mayor abundamiento, Gencia tenía instintos prenderiles y una predisposición genial al acopio de restos, desperdicios y menudencias. Aprovechar quiso su estancia en Toledo para reunir cuanto trasto viejo cayera en sus manos, con objeto de escoger lo utilizable y llevárselo á su residencia de Erustes. Lo mismo se traía á casa la mitad de un anafre que una silla con sólo dos patas, un paraguas sin tela que una muñeca descabezada. Todo lo recogía y apilándolo iba en la sala baja y en el patio, sin perjuicio de clasificar y apartar el género con criterio genuinamente mercantil. De semejante morralla pensaba sacar partido en Erustes, en Cebolla ó en el mismo Talavera, vendiéndola á buen precio. Con el trabajo crecía y se afinaba la afición, tentándole la codicia y acariciando la idea de traficar más en grande, por lo cual, á los pocos días empezó á traer trapos de diferentes telas, cascos de vidrio, fragmentos de hierro de todas clases, huesos no enteramente mondados de carne. «Yo creo—dijo á Guerra el señor Deán, al salir, echando una ojeada de repugnancia sobre aquellas improvisadas *Américas,*—que esto es muy malsano, y que

hay aquí, con los pinceles del uno y los trebejos de la otra, bastante veneno para inficionar á media humanidad.»

Tan trastornado estaba el enfermo por la fuerza de la calentura, que á nadie conocía. Su boca habíase vuelto negra; sus dedos no cesaban de pellizcar las sábanas, y á ratos deliraba espantosamente, queriendo echarse del lecho. Frecuentes hemorragias agotaban sus fuerzas, y el delirio versaba entonces sobre historia de España para niños. Su amigo Angel era D. Fernando el de Antequera, el conde D. Julián, ó Recesvinto en persona, y su tía Gencia doña María de Molina, ó la propia mamá de San Fernando. Preguntábales su significación histórica, con las mismas fórmulas de catecismo del *Epítome* que había compuesto. Anchuras, al darle friegas en el espinazo, oyóse interpelar de este modo: «Y qué hizo usted, Sr. D. Alonso, después de lo del Salado?»

Angel tuvo con los dueños de la casa más de una reyerta, porque Gencia porfiaba que el más eficáz remedio de la calentura era un escapulario dentro del cual se introdujera bien dobladita la oración de San Casiano, y que al exterior tuviera el aditamento de la muela de un difunto. Igual fe tenía en los exorcismos y proyecciones de vaho sobre la boca, pecho y estómago del enfermo, mar-

cando al propio tiempo cruces, con la punta del dedo mojado en aceite de una lamparita que hubiera estado encendida tres viernes delante de cualquier estampa de la Virgen.

Felizmente, llegó por la tarde la hermanita del Socorro, una tal Sor Facunda, madrileña, y desde entonces tuvo D. Tomé la esmerada asistencia que su acerbo mal exigía. El buen amigo se pasaba allí largas horas del día y de la noche, observando el proceso terrible de la enfermedad, que á los siete días de iniciada llegó á tomar un carácter aterrador, excluyendo toda esperanza. Un lunes por la mañana salió para ir á su casa, llevando la seguridad de que á la vuelta encontraría difunto al capellancito. Al regreso encontróse con una novedad que le causó gratísima sorpresa, mejor dicho, con dos novedades: la primera fué que en vez de Sor Facunda estaba allí Leré. La superioridad las había cambiado de casa. La segunda era que D. Tomé vivía.

«Milagro, milagro—dijo Guerra sin poder contener el júbilo que se desbordaba en su alma.—Contigo ha venido Dios á esta casa, y por entrar tú, ya el enfermo parece otro. Satanás te tiene miedo, y en cuanto te ve, recoge sus bártulos, enfermedades y pestilencias, y sale como un cohete.

IX

—Tiempo hacía—replicó Leré riendo,—que no oíamos al amigo D. Angel desatinar de esa manera. ¿Es que se le ha concluído la formalidad que adquirió no hace mucho? Quiá! no, no. Ahí donde le ven, es menos niño de lo que parece. Si D. Tomé está mejor, hombre de Dios, es porque el Señor lo había dispuesto así. ¿Qué tiene que ver eso con que yo venga ó deje de venir?

—Piensa tú lo que gustes, conforme á tu santa modestia, y déjame. Lo único bueno que hay en mí es esta idea que tengo de tu poder espiritual, y si la perdiera, quedaría reducido á un hombre insignificante y vulgar. ¿Por qué es disparate creer que Dios obra maravillas por intercesión tuya? Bendito error el mío, si lo es, pues equivocándome me salvé.

Á todas estas, D. Tomé se había despejado, y hablaba como el que despierta de un largo sueño ó vuelve de un remoto viaje. La remisión demasiado brusca anunciaba una crisis favorable. Leré le observó cuidadosamente, enterándose del plan prescripto, y examinó las medicinas, haciendo observaciones de enfermera experimentada.

«¿Tanta, tanta quinina será conveniente?

Esperemos á ver lo que dice el médico. Dígame, D. Tomé: ¿no le duele el oído derecho? Puede que tenga algo de supuración. ¿Comería usted un alón de pollo? Tiene repugnancia del caldo? Le gustaría que se le añadiera un poquitín de Jeréz?

La alcoba era irregular, lóbrega y mal ventilada, sin ventana á la calle. Seguía una sala grandona, por el estilo de la de Casado, desmantelada, sin estera, fría como un panteón. Allí, sobre la propia mesa en que el capellán tenía sus libros y papeles, veríais el arsenal farmacéutico, recetas y frascos de diferentes drogas, cucharillas, mostaza, la candileja de las veladas, el termómetro clínico y todo lo que tratamiento tan complejo exigía. Guerra explicó á Sor Lorenza el plan del facultativo, quien no tardaría en llegar, y como expresara ideas optimistas acerca de aquella favorable crisis, la enfermera movió la cabeza y dió un suspiro, indicando que no participaba de tal confianza. «En poco tiempo he visto algunas caras de enfermos, y la de este pobrecito capellán me parece que no es cara de vivir mucho. Desconfiemos de las remisiones bruscas. La tifoidea se retira, sí, pero endosando el caso á otra enfermedad peor. Dios resolverá.»

El médico, que entró poco después, hombrecillo microscópico y nada joven, bastante

práctico en el oficio, pareció contento de la vuelta que había dado el mal, aunque algo dijo de los peligros de la convalescencia y de si los pulmones estaban así ó asá. Transcurrió el día con esperanza; D. Tomé molestado á ratos por una tos ronca y dolores vivísimos en el pecho; Leré asistiéndole y consolándole con palabras cariñosas, á veces humorísticas, atendiendo á todo con ligereza y prontitud increíbles; Angel ayudando en lo que podía y se le mandaba, gozoso de que su maestra compartiera con él obra tan meritoria y santa.

Por la tarde se dejó ver Palomeque, y no pudo resistir la tentación de rascar las paredes de la sala buscando trazos de Diego Copín, y aunque es cierto que no encontró ni rastro de ellos, no había quien le apeara de sus temerarias opiniones. También fué Casado, que se llevó á Guerra á dar un paseo, y al volver éste, ya de noche, encontró á Leré comiendo con Gencia en un cuartito próximo á la sala, lleno de trastos viejos. Hacía las veces de mesa una voluminosa caja de cartón colocada encima de dos sillas, y las comensales se sentaban, la una en una cesta boca abajo, la otra en un rollo de persianas liadas con bramante. Aparecieron los postres dentro de un morrión de miliciano, y la botella de vino, de la cual sólo Gencia bebía, asomaba por la boca de un saquito de viaje. Otra bote-

lla desempeñaba muy bien el papel de candelero. Guardaba la tía del capellán algunas cosas dentro de la caja de un violín, igual á un ataúd de niño. Semejante instalación hubo de provocar algunas risas y comentarios graciosos. Leré, concluída la comida, se puso á rezar el oficio de la Virgen, junto á la mesa de la sala, y Angel daba conversación á don Tomé, que parecía muy animado. Desde su lecho, por la vidriera entreabierta, contemplaba á la hermanita del Socorro, cual si con los ojos se la quisiera tragar.

«Creo como usted—dijo con recatada voz á su amigo,—que mi enfermera tiene algo de sobrenatural.—Lo mismo es verla que sentir en mí un alivio, un descanso... Hasta el aire que hace al entrar consuela. ¿Qué tiene esa mujer en los ojos, que al mirarle á uno parece que le mira la propia esperanza?

Guerra oyó estas palabras con asombro, no porque su sentido le extrañara, sino porque era la primera vez que hablar le oía con tanta animación. Nunca había sido el capellán muy amañado para expresar su pensamiento; siempre fueron sus conceptos descoloridos y vulgares. Pero acaso deliraba otra vez, y la fiebre le concedía facultades imaginativas y retóricas que jamás tuvo? Mirándole de cerca, observó Angel que los ojos del enfermo brillaban; luégo siguió éste hablan-

do de un modo tan reposado y discreto, que no cabía suponer que delirase.

«Sí—le dijo Guerra,—esta mujer es excepcional. El Espíritu Santo mora en ella. Posee un saber inspirado, revelado más bien, que excede á cuanto pudiéramos imaginar. Es la pureza misma, el compendio de todas las virtudes, persona escogida por Dios y destinada á grandes fines... lo ha de ver usted...

—Vaya si lo es—dijo D. Tomé mirando al techo.—Así lo he pensado hoy, viéndola al lado mío. Santa entre las más santas... Hoy me dormí dos veces, y las dos veces soñé que me llevaba en sus brazos hacia el Cielo... No, no crea usted que es cosa muy disparatada. ¡Peso tan poco! Soy como una pluma, y un niño me llevaría en volandas.

Guerra se asombró más, y no supo qué contestar á su amigo, el cual volvió á extasiarse contemplando á Leré, que en la sala próxima, junto á la luz, continuaba absorta en su lectura, sin sospechar que se hablaba de ella.

«De veras le aseguro, amigo D. Angel—prosiguió el autor del *Epítome* dando un suspiro,—que desde que nací hasta hoy, vamos, en todo el tiempo de mi vida, no he visto una persona que me haya impresionado como esta benditísima hermana.

—Y la impresión ha sido honda - dijo el

otro, algo picado,—porque se le desata á usted la lengua; piensa con más libertad y más brío, y encuentra las palabras más fieles al pensamiento. Parece usted otro hombre, amiguito D. Tomé. La crisis de anoche le ha transformado.

—Puede... La crisis fué como nube tempestuosa, de la cual salió esta hermana, esta virgen mandada por el Cielo, al modo de centella, para prender en mí y no dejarme apagar. ¡Qué mudanza de ayer á hoy! Ayer muriéndome, hoy vivo. Sin duda esta señora benditísima trae á Dios en sí. Y su entrada en esta casa fué señal de salir yo de àquella caverna dolorosa en que me consumía.

—Don Tomé *(en el colmo del estupor),* algo pasa en ese cerebro. Ahora por primera vez, desde que le conozco, le oigo á usted emplear figuras en la conversación.

—Es que parece que siento en mí una transfusión de talento. La ideal enfermera ha penetrado en mi cerebro con una luz, y adiós tinieblas, adiós telarañas que en él entretejían mil obscuridades polvorientas.

—Vaya, vaya, que estamos inspirados. Ea, no conviene excitarse, amiguito. Me temo que no va á dormir esta noche si sigue tan dado á la retórica. Déjese de hacer figuras, y consuélese con la idea de su rápida mejoría, y de que ha escapado milagrosamente.

—¡Ay, no! *(Dando un gran suspiro.)* Alguien me secretea en el fondo del alma que esta mejoría es para cambiar de género de muerte.

—¿Pues no dice que la hermanita es la esperanza, y que cuando le mira...? Descuide usted, que ella pedirá á Dios por su salud, y Dios no le niega nada.

—Creo, como esa es luz, que estoy sentenciado á morir pronto, y que la hermanita no podrá salvarme. Bien lo sabe ella. ¿Cree usted que no lo sabe? ¡Ay, si tuviera crueldad bastante para decir ciertas verdades, vería usted qué pronto nos desengañaba. Adviértole, amigo D. Angel, que no temo la muerte, que casi la deseo; pero me moriría más gozoso, me moriría en la plenitud de la dicha, si la hermana Lorenza y yo expiráramos juntos.

—¡Caramba!

—Porque juntos nos iríamos á la morada celestial, y eternamente juntos viviríamos, gozando de Dios.

X

«Pobre niño!— se decía Angel, que sólo le contestaba con monosílabos, incitándole de contínuo al descanso. Anchuras, que acababa de cenar en la cocina, entró en la sala, de puntillas, mientras la señora Gencia, desba-

ratándose de sueño, bajaba casi á gatas para acostarse. La primera mitad de la noche fué mala para el pobre enfermo, que parecía deshacerse con la tos, y extinguirse en cada acceso de disnea. Sobre las once, se tranquilizó. Anchuras, que ya había descabezado más de un sueñecico, enroscándose en una silla, cogió la puerta y descendió á los aposentos del patio. Quiso Leré que Angel se marchara; pero éste no la obedeció, temiendo que el capellán se agravase. Á las doce, D. Tomé dormía, y ambos enfermeros platicaban en la mesilla de la sala, separados por una luz y varias medicinas.

Hablaron reposadamente, sin recelo alguno, con infantil abandono, Angel dándole cuenta de su preparación para la nueva vida, Leré animándole á seguir sin vacilaciones ni desmayos. Luégo se trató del Socorro, y sostuvo la hermana que la Congregación, tal como estaba constituída, apenas podía remediar parte mínima de los males que afligen á la humanidad.

«La mía, la nuestra—dijo Guerra con ardor,—tendrá una esfera mucho más amplia. Ya el arquitecto me está trazando los planos del santo retiro que levantaré en Guadalupe. Aguarda... ya sé lo que vas á decirme. El edificio no puede existir sin cimentación, y por ésta entiendes no sólo el fundamento y afir-

mado de piedra, sino las bases morales del instituto. Á eso vamos.

—Créame, D. Angel, el cuaderno que me llevó hace tres días no contiene más que generalidades, muy bonitas, sí, pero que no me dan luz sobre cosas tan importantes como la regla ó canon que debemos seguir. Ha escrito usted cosas muy buenas acerca de nuestras relaciones con los enfermos y menesterosos; pero lo de nuestras relaciones con Dios se le quedó en el tintero. Ya sé que ello saldrá, y lo estoy esperando.

—Esa parte tan principal es de tu incumbencia.

—¡Ay, no!... Sería soberbia en mí ponerme á dictar reglas... No faltaba más... Conste que yo no soy quien funda, sino usted. La gloria, si gloria resulta, mía no será. Yo no tengo que hacer más que aceptar el puesto que me señalen, y desempeñar en él las funciones que en él me correspondan. ¿Que me echan al último lugar? Pues en él me estoy. ¿Que me ponen, como usted desea, al frente de la sección de mujeres? Pues allá me voy, y veremos si sé gobernar, pues esta es la hora en que ignoramos si saldré enteramente inepta para todo lo que no es obediencia.

—¡Inepta tú! No te achiques. Sirves para meterte en el bolsillo, no digo ya la sección de mujeres, sino la de hombres, y para regir

la cristiandad entera. La persona que ha tenido poder bastante para hacerme á mí clérigo, será capáz de mover de un soplo las montañas.

—No soy yo quien ha obrado ese prodigio, D. Angel *(gozosa, con gracejo, doblando y desdoblando un papelito.)* No me cuelgue usted milagros. El Señor es quien lo ha hecho, tocándole á usted en el corazón.

—El Señor lo confirmó; tú lo hiciste. Sobre cosa tan grave, no se puede llegar á una afirmación categórica sin ahondar mucho en la conciencia. Lo que hemos escarbado y revuelto en ella no te lo quiero decir. Por fin, con ayuda de Casado, hombre muy práctico y muy buen minero de estas capas profundas del alma, he logrado encontrar la verdad, y vas á saberla, aunque te escandalice un poco. Pues...

—¿Pero qué? ¿se va á confesar conmigo? *(Sonriendo, sin quitar los ojos del papelito que doblaba.)*

—¿Y por qué no? ¿Por qué no repetirte lo que hemos hablado D. Juan y yo, en secreto íntimo, tratándonos de sacerdote á sacerdote, ó como amigos del alma que nada deben ocultarse? Cuanto pasa en mí debes saberlo tú, que eres mi maestra, mi doctora...

—No... *(Asustadilla, sin mirarle.)* Guarde sus confesiones para D. Juan, y déjeme á mí.

—Don Juan es hombre observador, muy sagáz, muy zahorí, y á poco de empezar nuestras conferencias... no hará de ello más de quince días... me dice: «Amigo D. Angel, la vocación de usted es una vocación contrahecha. La loca de la casa le engaña. Su inclinación á la vida mística no tiene más fundamento que el hallarse revestida de misticismo la persona de quien anda enamorado...» y lo soltó así, en crudo. «Trátase de una pasioncilla mundana como otra cualquiera, de las que para bien ó para mal perturban á los hijitos de Adán.» Yo le contesté que mi pasión mística había tenido quizás el origen que él decía; pero que ya, transvasada enteramente, era puro amor de las cosas divinas, y por lo que á tí respecta, adoración santa de un sér superior, digno de estar en los altares.

—Y D. Juan ¿no se reía de tantísimo disparate? *(Mirándole con ligera expresión burlona.)*

—Pues se mofaba de mí, llamándome niño inocente. Instábame á examinar bien mi conciencia, y así lo hice. En ella permanecía estampada la locura que me inspiraste, Leré de mis pecados, locura que aún miro dentro de mí, como cosa relegada á segundo término. De tí dependió que aquella fiebre se convirtiese en esta otra, ya limpia de toda lívian-dad, en esta ansia de nueva y mejor vida. Hay que decirlo todo muy claro para que se

entienda bien. Tú, quitándome toda esperanza por el lado humano; tú, obstinada en no quererme más que en Dios, cambiaste la dirección y el carácter de mis afectos. Siempre te quiero; me dejaría matar por tí; pero el cariño que ahora te tengo es fraternal, al modo angélico. ¿Si vieras qué trabajo me costó hacerle comprender esto á Casado? Se obstinaba en que eso del amor angélico no es más que fantasmagoría... Pero tanto le argüí, y de tal modo afiné la dialéctica, que al fin no tuvo más remedio que admitir como buena nuestra mística unión.

—Eso de mística unión—dijo Leré, mordiendo el papelito tantas veces doblado,—no me hace ninguna gracia, amigo D. Angel. Déjese usted de uniones.

—Llámala amistad.

—No prodigar vocablos que den á entender algo parecido á esos delirios tontos, que dice usted fueron origen de... *(Inquieta.)* Á mí no me hable usted de esas cosas. Cierto que el mal pasó, pero una vez curada la llaga, no conviene manosearla, no sea que reverdezca. Todo eso que usted me cuenta de enamorarse, de querer con fuego distinto del que Dios pone en nuestro corazón para adorarle, todo eso, Sr. D. Angel, es para mí... como si me hablara usted en chino. Ya se lo dije otra vez, si no recuerdo mal. Y lo que de ello re-

sulta es que no reconozco ningún mérito en mí por ser como soy. No hay lucha, porque no hay estímulos de pecar. He venido al mundo con esa bendición, y Satanás maldito, que lo sabe, ni siquiera se me acerca. De modo que no me vuelva á contar si tuvo ó no tuvo locura por mí, pues soy yo muy cuerda, don Angel, y aunque no estuviera imposibilitada de corresponderle por la religión que profeso y los votos que hice, jamás me encontrará en ese terreno, del cual no digo nada, ni sé si es bueno ó malo. Póngase siempre en el terreno de la religión y nos entenderemos.

—En él estoy. No hago más que referir historia, y mostrarte la evolución de mi espíritu. Me has acrisolado, hija mía, y la prueba de ello es que puedo hablar contigo de cosas tan delicadas sin peligro ninguno, sin recelo de que vuelva yo á los diabólicos orígenes de esta veneración que siento por tí. No creas que esto es nuevo. Si se hubiera escrito todo lo que han sentido muchos que fueron santos, leeríamos páginas semejantes á esta que hoy saco á relucir ante tí. Que te quise con amor distinto del que ahora siento. Que me hubiera casado contigo. ¿Pues qué duda tiene? ¿Por qué no he de decirlo si es verdad? No, no puedo abominar de haberte querido en otra forma. Ya, ya sé que no me habrías correspondido nunca. No hay que repetirlo tanto.

No podemos variar la naturaleza de las cosas, y el ser tú como eres es la causa verdadera de que yo haya venido á ser como soy. Y si ahora...

Á esto llegaba cuando D. Tomé, despertando, dijo en alta voz y tono de canto llano: *Salvum me fac Deus: quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam. Infixus sum in limo profundi: et non est substantia.*

XI

Nunca le había oído Guerra cantar en voz alta, como no fuera en los oficios. Sano y en la iglesia, nunca entonó tan bien ni con tanto brío como postrado en el lecho, medio cuerpo ya dentro de la sepultura. Fué verdadero canto de cisne. Pasó el resto de la noche inquietísimo, entre toses horribles y disneas que le ahogaban. No quería que la hermana se separase de él ni un minuto, y para suplicarle que estuviese presente, su voz tomaba tonos infantiles, quejumbrosos. Semejante transformación del carácter anunciaba una crisis nerviosa de las más profundas, y el médico lo declaró así por la mañana, con pronóstico muy poco lisonjero. Si Dios no hacía un milagro, D. Tomé sucumbiría de una tisis pulmonar galopante, y á la ciencia no le que-

daba nada que prescribir, como no fuera paliativos. La exaltación afectiva marcábase más á cada instante, determinando un desusado brillar de la inteligencia. Bien pudiera decirse que le *había salido* imaginación, como pudiera salir un tumor. En las cavidades cerebrales debió de verificarse fenómeno parecido á la erupción volcánica, al modo que en un olvidado y frío monte se abren cráteres que vomitan fuego. Fuera de los accesos que avisaban la muerte, como delanteros ó heraldos, D. Tomé no padecía físicamente, y en lo moral, el delirio de amor sobrehumano producíale delicias inefables que arrebolaban su rostro y encendían su mirar. Al contrario de lo que en las postrimerías de los tísicos suele acontecer, el capellancito no hacía proyectos de vida, sino de muerte, ni perseguía la quimera de ponerse bien. La ilusión que teñía de áureos matices sus últimos instantes era morir santamente. ¿De dónde provenían las palabras tiernas que brotaban de sus labios, de dónde las ideas luminosas que relampagueaban en su cerebro? No es fácil decirlo. Pero aquel arrebato de amor espiritual no habría sido tan vivo y ardiente sin la presencia de la hermanita del Socorro. Mirándola se quedaba como en éxtasis, y pronunciaba frases y expresiones que podrían conceptuarse dichas por un sér intruso, escondido en

la caduca armazón corporal del pobre don Tomé.

«Bien veo ahora—le decía,—que somos hermanos, que nuestras almas suenan acordes. ¿Por qué no nos conocimos antes? Dios dispuso que viviéramos ignorado el uno del otro, hermanos místicos que vagan errantes por diferentes regiones, y que se juntan en el abrazo de la muerte, en ese abrazo que nos da la impresión de calor del seno de Dios nuestro Padre... Hermana Lorenza, ¡qué dicha tan grande morir en vuestros brazos! Vos deseáis morir también. ¿Cómo no, si apenas sois humana? Dios dispone que á mí se me acabe el destierro antes que á vos, porque no tengo aquí ninguna misión grande que cumplir. Mi insignificancia me redime antes que á vos vuestra grandeza. Pero se os guarda en la mansión etérea un trono de los más altos, y cuando vayáis, me encontraréis prosternado en el más bajo escalón de él.

Leré no sabía qué responderle. Semejante lenguaje no concordaba con su manera llana y natural de producirse. Sus palabras piadosas eran glosadas al instante por D. Tomé con el énfasis sermonario de que atacado estaba, como de intensa fiebre. «Mirándoos, parece que me encandilan los resplandores de la celestial Sión, esa cumbre excelsa cuya luminosa gala no es apreciable á nuestros flacos

sentidos. Oyéndoos, paréceme que oigo las armonías angélicas. Miradme, sostenedme con vuestra voz mientras yo tuviere algo de vida, pues cuando os alejáis de mí, véome rodeado de tinieblas y de un silencio triste.»

Gencia se apartaba llorando y decía: «¡Pero qué malito está! No habla cosa alguna al derecho.» Por la tarde, la inquietud insana se había calmado, y la beatífica adoración de su enfermera presentó carácter más humano y razonable. Ya no usaba el enfático tratamiento de *vos*. «Hermana Lorenza—le dijo, —dichosos los enfermos que usted asiste, porque se ven tocados por esas manos divinas y alentados por ese corazón que á Dios pertenece. No sé en qué consiste que ahora, próximo á entregar mi alma á Dios, todo lo veo claro, y á usted la veo como una santa. Déjeme besar la orla de su vestido.

—Don Tomé, por Dios *(con afabilidad graciosa)*, no me confunda con alabanzas tan estrepitosas. ¡Santa yo! ¿en qué lo ha conocido?

—¡Ay, no me equivoco... hermana! Sin acabar de salir de este mundo, principio á llegar al otro. Tengo la mitad de mi sér aquí, la otra mitad allá. La mitad de allá me da la penetración de las cosas humanas. No me parezco á mí mismo. Mi entendimiento siente ya las ramificaciones con la ciencia eterna. ¿Cuándo me veré enteramente libre? ¿Cuándo podré

exclamar con toda mi alma: *exultet jam angelica turba cælorum?*

En esto, entró Guerra de la calle, y el capellán le dijo: «D. Angel, habría sentido irme sin darle un abrazo. Es usted de los buenos. Pero aún le falta andar parte del caminito para desprenderse de algo malo que se adhiere á su costra mortal. Viva como yo en la obscuridad, en la pobreza humilde, sano de cuerpo y espíritu, sin pretender nada, en absoluta castidad, sin las sacudidas de la pasión mundana, amando sólo á Dios y la mirada siempre fija en la muerte. Así, cuando le llegue la hora, estará tan tranquilo cómo ahora yo lo estoy.»

Guerra le abrazó conmovido, y no supo qué decirle. El consuelo vulgar de ilusionarle con la vida le pareció improcedente.

«La hermana seráfica—prosiguió D. Tomé,—queda encargada del amigo querido para encaminarle allá, y así nos juntaremos los tres en la eternidad dichosa.

Leré se apartaba para que no la viese llorar, y volvía con semblante risueño á satisfacer el ansia de oirla y verla que aquel bendito sentía, satisfacción que era como anticipado goce de la dicha celestial. Luégo rezaron los tres, y por iniciativa de D. Tomé leyeron el oficio de difuntos. Alternativamente leían Leré y Angel, y el enfermo, que se sabía de

memoria casi todo el texto, cantaba de vez en cuando con entonación fervorosa algún versículo: *Audivi vocem de cœlo dicentem mihi: Beati mortui qui in Domino moriuntur... Requiem æternam dona eis, Domine. Et lux perpetua luceat eis.*

Temiendo fatigarle, suspendieron la lectura; pero él les incitaba á seguir, y no quería más conversación que aquélla, ni otras suertes de distracción. La hermanita rezó un rato en voz baja, el rosario entre los dedos; D. Tomé le respondía sin quitar de ella los ojos. Por último rompió á cantar con exaltado acento la antífona: *Vidi turbam magnam, quam dinumerare nemo poterat, ex omnibus gentibus, stantes ante thronum.* Y después: *¡O quam gloriosum est regnum in quo cum Christo gaudent omnes Sancti! Amicti stolis albis sequuntur Agnum quocumque ierit.* Vinieron luégo los comentarios del texto, en los cuales desplegó todo su entusiasmo y exaltada facundia. Leré no le quitaba los ojos cuando el pobrecito capellán describía la turbamulta de santos en las regiones de bienaventuranza, vestidos de blanquísimos cendales, siguiendo al *Cordero,* al Cristo por donde quiera que iba.

Aunque el médico auguró aquella tarde que D. Tomé no llegaría al día siguiente, ello fué que pasó la noche con relativo bienestar, y la aurora le encontró como dispuesto á se-

guir tirando. Su propio fervor de muerte prolongaba las palpitaciones de la vida, y reanimaba el cuerpo miserable. Fué el Deán á verle y también Casado, y hallándole con bastante despejo, ordenaron que se le diera el Señor, lo que se cumplió con humilde majestad, si así puede decirse, en la tarde de aquel día. D. Tomé parecía iluminado por resplandores sobrenaturales. Su rostro no era el mismo. Su demacración le embellecía, y el gozo vivificaba sus muertas facciones. Sin haberle visto no se podría formar idea de la unción ferviente con que dijo las palabras: *Domine, non sum dignus*... etc.

Á la conclusión cantaba á media voz el salmo: *Celestis urbs, Jerusalem—Beata pacis visio—Quæ celsa de viventibus—Saxis ad astra tolleris,* etc..., llegando hasta el final sin olvidar un solo verso. Leré y Guerra no podían contener sus lágrimas. Y él les dijo: «¿Á qué ese llanto, si debéis festejar mi partida y despedirme con canciones de triunfo?»

Cayó después en un colapso, del cual no creyeron que saldría; pero la vida se agarraba al cuerpo por vicio de costumbre. Lo más particular fué que hasta tuvo apetito aquella noche, y tomó algún alimento, quedándose dormido después con tranquilo sueño. Leré, rendida, se fué á descansar un rato en un cuarto próximo al de los trebejos, en el cual

Gencia le había puesto un colchón sobre el duro suelo y una manta. Angel en tanto hizo la guardia en la sala, primero leyendo ó meditando, y atormentado al fin por pensamientos que le hicieron pasar horas amarguísimas, las cuales habían de ser, por razones que él mismo dirá, memorables.

A la madrugada, sintió rezongar á D. Tomé, y acudió junto al lecho. Reclamó el capellán su enfermera, sin cuya vista no podía pasarse, y Guerra le dijo que convenía no interrumpir el sueño de la pobrecita hermana, pues no podía tenerse ya de puro fatigada. Convino el enfermo en dejarla descansar, y entabló con Angel uno de aquellos diálogos espirituales que eran como el numen sibilítico de su vida expirante.

«¡Qué felíz soy, amigo mío! ¡Ay, quién tuviera autoridad para dar á usted un consejo, en mi despedida de la existencia, al estrechar por última vez la mano de un amigo que ha sido conmigo tan bueno!

—No es preciso que usted se muera—le dijo Guerra,—para tener autoridad ante mí.

—Pues si mi palabra tiene algún valor para usted, las últimas que le digo son que persista en su idea de hacerse sacerdote, sobreponiéndose á los desfallecimientos y flaquezas que pudieran asaltarle. ¿Verdad que hay flaquezas, dudas y desmayos?

—Ya lo creo... ¡Cómo adivina usted, y qué claro lo ve todo!—dijo Guerra afligidísimo, pues aquella noche su alma se había llenado de sombras.—No merezco la benevolencia de un sér tan puro y santo. Amigo mío, soy un miserable: lo digo sin atenuación alguna, sin falsa modestia. Nada más tonto que la ilusión de querer regenerarme. Mis caídas son tremendas. La indignidad de mi sér al propio Satanás espantaría.

—¿Qué es ello? ¿Ha tenido algún mal pensamiento?

—¿Uno solo? *(Golpeándose la cabeza.)* Diga usted que no hay en mí pensamiento que no sea malo.

—Cuando salen víboras, se lucha con ellas y se las extrangula.

—Eso intento, eso quiero; pero... ellas son las que me extrangulan á mí.

—Encomiéndese á Dios y á la Virgen.

—Ya lo hago, hombre, ya lo hago, y... Gracias á mis esfuerzos no me he perdido aún; pero me perderé, crea usted que me perderé. Hay dentro de mí una raíz mala, que á veces parece muerta; pero está tan viva como yo, y cuando menos lo pienso, echa unos brotes que me cogen toda el alma y me la ahogan, me la envenenan.

—Ánimo, D. Angel. No se conquista en una hora la fortaleza tremenda de uno mismo,

defendida por nuestros hábitos, por nuestros apetitos que, como familiares, conocen muy bien todas las entradas y salidas.

—Pero usted, ¿cómo sabe esas cosas?

—Por experiencia propia nada sé. He sido desde chiquito un caso de hombre teórico. Mis ideas vienen de fuera, no de dentro.

—Bienaventurados los que no conocen el mal sino por lo que oyen, ó por lo que les cuenta un libro.

—Al contrario, bienaventurados los que lo ven vivo, dentro ó alrededor de sí, porque esos tendrán el gusto y la gloria de patearlo.

—Cuando no son pateados por él. *(Con amargura.)* No, amigo D. Tomé, vale más ser así, como usted; nacer inmune, nacer tibio y refractario á las pasiones.

—No, no, vale más luchar... Amigo D. Angel, sea usted animoso; hágase fuerte. Meta en un puño á esa maldita concupiscencia, que es la que surte de condenados el Infierno.

—Lo sé ¡ay! lo sé.

—Paréceme que ya es de día—dijo el enfermo, variando bruscamente de ideas.—Entra la claridad del sol, de ese sol que ya no veré más, porque hoy me muero, hoy sin falta. ¿Qué quiere usted apostar? Pero valiente cuidado me da á mí de no ver esta candileja, cuando veré otras, y miles de millones mucho más resplandecientes.

—¡Y que serán bonitas! Pero á mí me da el corazón que no las verá en algún tiempo. Hoy está usted mejor.

—¿Mejor? Por dentro empezó ya la desbandada. La vida se va retirando. Ya no la siento sino en algunas partes de mi naturaleza... Y cuanto más pronto mejor. Dios que me ha hecho tantos favores dándome unas cosas y privándome de otras, me concederá una agonía fácil... *(Con volubilidad.)* Dígame... en confianza. Estos días pasados, cuando deliraba, ¿he dicho muchos disparates?

Guerra le tranquilizó, asegurándole no haberle oído nada que no fuera la misma discreción. «Hablaba usted de Historia.

—Ah! *(Dándose una palmada en la frente.)* Ya no me acordaba de que he sido profesor de Historia. Veo mi sér antiguo como si fuera una vida lejanísima, una vida mil años há, con largo espacio de muerte entre ella y la actual, si es que la actual merece nombre de vida. ¿Con que hablé de Historia? Ahora recuerdo que me atormentaba la idea de numerar los Reyes de Castilla con la cifra que les correspondía como de León... Y dígame: en otro orden de cosas, ¿no disparaté? Porque la hermana Lorenza, por su bondad y su cara risueña y tranquila, me impresionó de tal modo que creo haberle echado flores, como si en mí resurgiera un sér nuevo.

—Nada le dijo usted que no pudiera decirle yo, ú otro cualquiera de los que tanto la admiramos.

—Bien; me tranquilizo. Criatura sin igual es la hermana Lorenza. Yo, si pudiera, la cogería entre mis brazos, la apretaría fuerte, muy fuerte, y me la llevaría conmigo. Hágase usted cargo de la absoluta pureza de este amor, remedo del de Cristo á su esposa mística la Iglesia. Me creerá usted cuando le diga que en mí no existe ni ha existido jamás nada que ni remotamente trascienda á sensaciones de amor físico ó sensual. El Señor me hizo este beneficio desde que me puso en el mundo.

—Lo creo, lo creo.

—Y soy tan puro hoy como el día que nací. Por eso, no vacilo en abrazarme con la hermana Lorenza y en regalar su oído con palabras cariñosas. El lenguaje místico se parece al que no es místico. La diferencia está en la limpieza de los labios que lo pronuncian. Los míos no articulan palabra que no se pudiera decir á la hostia consagrada. Y lo mismo que beso el ara donde consagramos el pan y el vino, besaría el rostro de la hermana Lorenza. ¿No haría usted lo mismo?

—Yo?... Creo que no.

—¿No lo intentará siquiera? ¿No se educará para llegar á eso?

—¡Educarme! ¿Cómo?

—Azotando la propia naturaleza con disciplina de pensamientos castos, y si es preciso punzantes. Así lo recomiendan las obras piadosas escritas por santos y sabios que fueron pecadores. Yo, como no lo he sido, repito la receta, sin añadir nada por cuenta mía. Sólo digo á usted que nunca tuve de hombre más que la apariencia, y esa no muy clara, porque un amigo mío que conmigo tenía gran confianza me dijo un día: «Tomé, ¿sabes lo que cuentan de tí los compañeros? Pues dicen que tú no eres hombre; sino una mujer disfrazada.» Al oir esto, amigo D. Angel, sentí cólera, la única vez que en mi vida la he sentido, y cierto rubor, cierta vergüenza... Me eché á llorar... Después, en distintas ocasiones de mi vida, me atormentaba la idea de que la gente creyese, como dijo aquel pícaro, que yo era mujer disfrazada de cura. Disparate, Sr. D. Angel; pero disparate á medias, porque yo no soy mujer, pero tampoco hombre: soy un serafín... ¿Qué... no lo cree?

—¿Pues no he de creerlo?

—Quiero decir que en la tierra he sido todo lo serafín que se puede ser, ó de pasta y pura calidad serafinesca.

XII

Apareció Leré, la cara risueña, fresca, recién lavada con agua fría, y sus primeras palabras fueron para informarse de cómo estaba el niño. Empleaba un tono semejante al que se emplea con las criaturas. «Bendita sea usted y benditísima la hora en que vino al mundo — le dijo D. Tomé cruzando las manos. Púsose á rezar mientras Leré cogía la escoba para barrer la sala. No tardaron en sentir á la señora Gencia, revolviendo en el patio, y ella y Anchuras, saltando sobre montones de trapos, huesos y herrajes, subieron á ver cómo había pasado la noche el sobrinico. Quiso Gencia quitarle la escoba á la hermana; pero ésta no lo consintió. Al fin tuvo que soltarla, porque al capellán le dió una congoja tan fuerte que creyeron se quedaba en ella. La tía, que fácilmente se acobardaba, empezó á llorar como un ternero. El médico, que vino cuando D. Tomé no había salido aún de su paroxismo, mandó que trajeran la Extremaunción, y Angel fué á avisar á San Justo. Al llegar con el cura que traía los Santos Óleos, D. Tomé se había repuesto, y recibió el Sacramento en estado de completo despejo mental. Conmovedora fué la ceremonia, y admirables la serenidad y alegría con que el

moribundo se dejó imponer la cristiana unción, señal de ser despachado irrevocablemente para el otro barrio.

Concluído el acto, y retirado el coadjutor de San Justo, D. Tomé se despidió de todos, haciendo á Gencia y Anchuras mil prolijas recomendaciones para que las transmitieran á la familia, y distribuyendo su peculio, consistente en setenta y dos reales y algunos céntimos, entre los parientes más pobres. Los efectos que poseía los repartió también, dando á Guerra casi todos sus libros, á Teresa Pantoja, que se apareció por allí, los acericos y un San Antonio, y á Palomeque dos mapas y el Cristo de la *cruz al revés*. Mandó que su ropa se repartiera entre los pobres que la quisieran, y tuvo un recuerdo de piadosa amistad para el rector del colegio en que daba lecciones, para los alumnos, para las monjitas de San Juan de la Penitencia, que seis veces al día mandaban á la portera con afectuosos recados. Quitóse luégo dos escapularios que tenía, y los destinó á su madre, entregándoselos á Gencia. El breviario fué para Guerra, y un librito de rezos en castellano, muy mono y con viñetas, para Leré, acompañado de dos ó tres medallas y de una cruz con el corazón de Jesús en medio y un pelícano en la cabeza.

«Sería gracioso — dijo recostándose fati-

gado del esfuerzo de la distribución, —que listo ya para marchar, y bien despedido y encomendado, resultara que la muerte me desprecia. No, Señor mío amantísimo, no, Virgen Santa, no me digáis que tengo que vivir más. ¡Viva la muerte, y muera la vida! Pronto, pronto. Quítenme, quítenme esta putrefacta envoltura, que me pesa y me incomoda. Pase á ser propiedad de los señores gusanos; y que les aproveche. Ya no respiro más que con la cuarta parte de un pulmón; ya no sé lo que es paladar; ya no puedo mover las piernas. El oído me falta, y la vista se me enturbia. Hermana Lorenza, aunque me quede ciego y vivo, os veré, porque estampada estáis en mi alma. Muerto y renacido, allá os veré mejor, y vos me veréis á mí, porque entre uno y otro no mediarán las tinieblas de la muerte. Vos viva, morís conmigo, y yo muerto, vivo en vos, porque nuestros espíritus no reconocen distancias de tiempo ni obscuridades de espacio... Señor y Padre mío, acogedme; no me dejéis aquí... ¡Ah! por fin me lleváis, ¡oh dicha! Ya subo. ¡Qué tristes estarán allá abajo los que siguen en aquel horrible destierro, cargando un cuerpo todo miseria y necesidades asquerosas! ¡Y cómo les deben pesar aquellas carnazas, todo aquel matalotaje de piernas, brazos y estómago! Yo sí que soy felíz ahora: ya no tengo huesos, ni pul-

mones, ni corazón, ni nervios, ni nada de aquella piltrafería inmunda. Apenas me queda un poquillo de sesos, que se van escurriendo y dejándome limpio... Ya se acabaron los sentidos; ya no tengo tacto, ni vista, ni memoria... no me acuerdo de nada... ya no sé lo que es hambre y sed. Las últimas gotas de sangre se desprenden y caen. Las siento escaparse de mí y dejarme puro. Dentro de un momentito veré á Dios con otros ojos, con otra suerte de mirar y de ver, y por más que discurro no acierto á figurarme cómo será. Es que aún no me he desprendido de toda aquella costra grosera... Ya, ya... ya no padezco, no siento nada; ya no...

Las diez serían cuando el pobre D. Tomé, inerte en el lecho, balbucía con incierta voz aquellas descosidas expresiones. Lo que dijo después no se entendió. Eran sonidos inarticulados que se confundían con la cadencia lenta de la ya difícil respiración. La agonía fué larga, pero serena, sin sufrimiento, y expiró cuando el reloj de la Catedral cantaba con pausada retumbancia las doce.

Anchuras y Gencia hicieron duelo estrepitoso en una tessitura que no podía durar. En la primera media hora, creyérase que perdían un hijo; en la segunda, que era sobrino el muerto; en la tercera, primo en tercer grado, y á la cuarta ya era D. Tomé pariente le-

jano. Retiróse Leré, después de orar un buen rato de rodillas junto al cadáver, que amortajaron Angel y Anchuras, poniéndole un hábito de San Francisco mandado por las monjas de San Juan, y encima el traje de cura. Como no tenía carnes que perder, no se desfiguró, ni parecía menos vivo en el féretro que cuando yacía durmiendo en su angosta cama. Angel no se separó de él sino el tiempo preciso para ir á cenar á su casa.

Día fué aquel para Guerra de los más críticos de su vida, lleno de cruelísimas dudas, de abatimientos que le desplomaban el alma á los profundos abismos, de negra tristeza y de presagios horribles. Caldeada la cabeza por un contínuo batallar con dos ó tres ideas, salió después de anochecido, y no había llegado á San Justo, cuando apareció delante de él la visión del clérigo, su propia persona con sotana, manteo y teja. En vez de temor, como otras veces, sintió enojo de aquel encuentro, y acelerando el paso se aproximó al fantasma y le puso la mano en el hombro. Volvióse la sombra, y al mirarle de cerca la faz, Angel dió un grito de sorpresa, pues el tal no era una imagen de simple apariencia espectral, sino el propio D. Eleuterio García Virones, muy conocido en Toledo, de complexión fuerte, clerizonte llorón, estrafalario y mísero que pasaba por buen latino, y solía predicar

sermones gerundianos en los pueblos de la provincia.

«Dispénseme—le dijo Guerra.—Yo creí que era...

—¿Quién?

—Un amigo mío... pero muy amigo. El andar, la estatura... vamos; que se confunde usted con...

—Celebro confundirme con sus amigos para tener el gusto, el honor...—dijo D. Eleuterio con refinada amabilidad,—de que usted me hable. ¡Ay, Sr. D. Angel! este encuentro casual me parece á mí que es cosa de la divina Providencia. Si yo le asegurara que en el momento de sentir su mano en mi hombro, venía pensando en usted... ¿qué diría?

—Pues diría que... no diría nada.

—Pensaba en usted ahora, sí señor; recordaba que sólo una vez tuve el gusto de verle en el cuartito bajo de Granullaque, y me condolía de no tratarle más para atreverme á pedirle un favor.

—¿Un favor... á mí?

—Á usted que tan grandes los hace á cuantos tienen la suerte de... Dispénseme; este encuentro providencial me produce tal trastorno...

—Explíquese mejor y dígame en qué puedo servirle.

—Pues como los tiempos están tan malos,

Sr. D. Angel (*dándole la derecha y caracoleando á su lado con oficiosa cortesía*), he pensado que esa capellanía de monjas que ha dejado vacante el pobrecito Tomé, le vendría muy bien á un servidor. En ello venía pensando ahora, y decía: «Si ese D. Angel Guerra me quisiese apoyar, estábamos de la otra parte. Porque él tiene gran metimiento con las monjitas de San Juan, y metimiento con el cabildo catedral, y metimiento en Palacio...»

—Calle usted, hombre, y ponga punto á esos metimientos, que sólo están en su imaginación.

—Yo sé lo que me digo, y dispense. Me llamo Eleuterio Virones, muy servidor de usted. Si se digna echar un memorial por mí, y lo toma con empeño, mía es la plaza; dos mil cochinos reales al año; ya ve usted qué turrón. Pero con eso y algo que saque por otro lado, nos iremos arreglando. Creen algunos que no hay más pobres que los que piden á las puertas de las iglesias, y otros andan por ahí, vestidos de paño negro, que merecen más el óbolo de las personas caritativas.

—Pues que Dios les ampare—dijo Guerra, que aquella noche no estaba en disposición de soportar tales acometidas en medio de la calle.—¿De dónde saca usted...? Yo no puedo, no puedo...

Y se alejó rápidamente hacia la Tripería

para poner punto final. Quedóse el otro en medio de la plazuela de San Justo, sorprendido de las despachaderas poco urbanas del Sr. de Guerra. El cual no se había alejado cien pasos cuando sintió resquemor de conciencia por su desconsideración con aquel infelizote; y como hombre de impresiones repentinas y de cambiazos bruscos en el temperamento, volvió á la plazuela, y viendo al clérigo retirarse cabizbajo hacia la Cuesta de San Justo, le llamó con grandes voces.

«Eh! D. Eleuterio... venga acá... dispénseme... iba distraído. Yo tendré mucho gusto en servirle, sí, hombre, mucho gusto, y haré los imposibles. Si de mí dependiera, mañana mismo.

Poco faltó para que el otro le besara la mano. Fué dándole matraca hasta la calle del Locum. Cenó Angel de prisa y corriendo, y se volvió á la guardia y vela del cadáver de su amigo, no separándose ya de allí hasta la hora del entierro, las diez de la mañana, el cual fué modestísimo, acompañado de unas veinte personas, entre las cuales descollaban el Deán, Palomeque y D. Juan Casado. Los anónimos eran dos ó tres caballeros de paño pardo, naturales de Cebolla ó Erustes, otros tantos compañeros de Anchuras, algún profesor del colegio en que el difunto enseñaba Historia, el sacristán y acólitos de San Juan.

Pocos llegaron hasta el cementerio, entre ellos Guerra, con quien volvió su inseparable amigo Casado, platicando de cosas tan interesantes, tan íntimas, tan graves, que bien merecen ser puntualmente referidas.

II

Casado confesor y consejero.

I

Dieron tierra al inocente D. Tomé poco antes de las doce de un día espléndido, sin una nube en el Cielo, día primaveral, risueño y consolador que se metía por los poros y por los sentidos, alegrando sangre y alma, y fortificando las fuentes de la vida. Aun dentro del cementerio no resultabà triste la mañana. Cantaban los pajarillos sobre las sepulturas, y en las abiertas y vacías se colaba el sol vivificador como si de broma quisiera enterrarse. La caja que guardaba el cuerpo seco y frío de D. Tomé cayó en lo profundo silenciosa, y se agazajó allí dentro como en un nido, que había de ser eterno. Los que conocían bien al muerto se figuraban á éste gozoso en el acto de recibir encima la sábana de tierra y abrigarse con ella. No se oyeron lástimas tiernas ni suspiros hondos. El sacristán de las monjas echó de menos un ramo de azucenas en las manos yertas del difunto.

Guerra y Casado salieron. El segundo no podía estar triste, aunque las conveniencias se lo ordenaran, y la mascarilla fúnebre, de

rúbrica en todo entierro, se le iba cayendo á cada paso que daba hacia la ciudad. Á los doscientos pasos, ya la mascarilla se había desprendido enteramente del rostro feo, que por compensación era simpático, y fiel espejo reproductor de las alegrías de la Naturaleza. Atravesando el Campo de tiro en dirección á Merchán, entablaron un diálogo memorable del cual no conviene perder punto ni coma.

CASADO.—¡Pobre D. Tomé, alma de Dios! Dentro de un mes, dentro de pocos días, mañana quizás, ya nadie en el mundo se acordará de él, como no sean su madre y hermanos.

GUERRA.—Vea usted... Un sér puro, que llega á la edad viril conservándose niño, conservándose ángel, desaparece sin dejar rastro de sí, sin que la humanidad experimente la menor emoción. No hizo mal alguno, representó en la Tierra la doctrina pura de Cristo, y la Fama no se ha enterado de su existencia. Cae con menos ruído que la hoja del árbol.

CASADO.—¿Y qué? ¿De cuándo acá los escogidos de Dios necesitan bombo de gacetilla como el que se administra á los autores de comedias, ó á las señoras que dan un baile?

GUERRA.—Se ha dicho: «Bienaventurados los pobres de espíritu...» Y yo pregunto: «¿Hay alguien, entre los que hoy se conceptúan personas superiores dentro del catolicismo, que envidie al pobre D. Tomé y que de-

see vivir y morir como él?» Más claro, ¿hay alguien que se proponga tomarle por modelo?

CASADO.—En vez de hacer preguntas, amigo mío, afirme usted, propóngase tomar por modelo al susodicho D. Tomé, que de Dios goza. Por mi parte, creo que cada cual debe cultivar el bien en sí, según las condiciones de su propia naturaleza. La condición angélica no es concedida á todos, mejor dicho, hay distintos modos de ser angélico, sin fijarnos en este ó el otro caso. Variadísimo es el reino de la naturaleza espiritual. Hay mamíferos, aves y moluscos. Qué ¿se ríe usted? Pues yo sostengo que nunca el caballo debe echarse á volar, y que el pájaro no debe hacer vida de ostra. Con que, á otro tema... ¿Pero ha visto qué día tan hermoso? ¡Qué bien viene la hierba, qué florido está el campo! La nostalgia de mi querida Sagra me consume ya, y, Dios me lo perdone, mal año para las señoras esas del Socorro que me tienen preso, ausente de mi afición. Si Laureano Porras sigue mejorando, con la ayuda del Señor, no es mal esquinazo el que les voy á dar el mejor día á mis ovejas provisionales.

GUERRA.—Egoísta. ¡Y que están poco contentas las hermanas con su pastor interino!

CASADO.—Yo también lo estoy con ellas; pero ovejas por ovejas, me divierten más las merinas. Llámeme usted egoísta: sé que lo

soy. Llámeme enamorado: tengo mis amores allá, y estoy como los novios ausentes que miran á la luna. Dentro de algunos días no habrá quien me vea el pelo en esta ciudad que dicen es un tesoro de arqueología cristiana. Yo se lo regalo á los anticuarios, á los artistas españoles y extranjeros que vienen en bandadas por ahí, y me voy á mis geórgicas prácticas y reales, harto más bonitas que las que compuso el Mantuano. No quiero nada con Toledo. Harto estoy de ver curas feos y cadetes bonitos, paredones mudejares y cresterías góticas. Con que si quiere venirse conmigo, verá qué buenos días pasamos.

GUERRA.—No puedo. Y siento mucho que usted se me vaya, porque ahora quizás le necesite más que nunca.

CASADO. *(Con extrañeza.)*—¿Para qué me necesita, voto á tal, si ya puede soltar los andadores? Ahora vamos como por carriles... *(Observándole preocupado.)* Pero qué? se tuerce la vocación? Ocurren dudas, vacilaciones?... Dios nos tenga de su mano.

GUERRA.—Ocurre algo de lo que usted dice, y algo más. Ocurre que me tengo por hombre indigno de abrazar el estado eclesiástico.

CASADO. ¡Ay de mí! ¿tropezoncitos tenemos? Pues al caballo de buena sangre, se le tira del freno y arriba con él... Pronto, dígame qué le pasa. ¿Es cosa de conciencia?

—De conciencia.

—¿Actos ó simplemente pensamientos?

—Pensamientos que no son menos graves que los actos, amigo D. Juan.

—Pues á desembuchar... Pero aguárdese un poco. Somos naturaleza flaca, y los grandes problemas morales no deben impedir que nos alimentemos. Al contrario; en cuerpos desmayados no anidarán jamás grandes resoluciones. Por consiguiente, almorzaremos, si usted no se opone á que rindamos este tributo á la vil materia. ¿Quiere hacer una cosa?

—Lo que usted disponga.

—Pues vámonos á casa del amigo Granullaque; nos meteremos en el cuartito bajo, y charlaremos allí todo cuanto nos dé la gana. ¿Conformes? Pues ahora, vaya desembuchando por el camino... ¡Ah! no olvidar que hoy es vigilia: supongo que la vil materia no se opondrá á que cumplamos con la Iglesia. Bueno: conformes también. Adelante... ¿No se atreve con el grave caso de conciencia? ¿Quiere que le haga preguntas como á los niños y á los soldados?

—No, no necesito anzuelo. Pues verá usted. Estos días últimos... y noches, debo añadir... pasados junto al pobre D. Tomé con la hermana Lorenza...

—¡Ay, ay! D. Angel de mi vida.

—No... no crea...

—Me asustó usted. Vamos, siga.

GUERRA.—Pues anteanoche, sí, la noche antes de morir el capellancito, me quedé allá. Por el día ví á la hermana Lorenza y hablé con ella, sintiendo en mí la adoración respetuosa que tanto ha influído en la mudanza de mi carácter y de mis inclinaciones. Nunca me pareció tan divina, nunca tan ideal, nunca tan adornada de esa belleza mística y...

CASADO.—Malo, malo... Esas místicas hermosuras me escaman á mí mucho, porque fácilmente se come el diablo lo místico dejando sólo lo plástico. Siempre quiebra la soga por lo más delgado.

—Cuanto ella dijo parecióme lo más hermoso, lo más sabio, lo más tierno...

—Tampoco lo tierno me gusta. Ojo con esas blanduras que...

—En resumen, que en toda aquella parte del día, no sentí ninguna turbación malsana, como no fuera un sentimiento de celos ó envidia de D. Tomé, por figurarme que Lorenza le creería más cristiano á él que á mí, y le amaría más... Pasó aquel desvarío, dejándome una exaltación de piedad, un ansia vivísima de ser puro y santo como ella, una impaciencia abrasadora de entrar en la vida eclesiástica. Pero á la noche...

—Ya, ya lo veo. Que no todas las horas son

iguales. El sol las trae buenas y la luna las trae detestables. No bastan á veces los mejores propósitos. Se necesita cálculo para evitar las ocasiones, y huir de las horas malignas como de trampas dispuestas por ese peine de Satanás, que es más listo, pero más listo...!

—Cuando volví de cenar en mi casa, ya un poco tarde, Gencia, que estaba de guardia junto al enfermo, me alumbró al sentir mis pasos en la escalera, y después se marchó. D. Tomé descansaba. La hermana Lorenza, después de cuarenta y tantas horas de trabajo sin probar el sueño, se había echado sobre un colchón en el cuartito próximo al que llamaremos comedor, y dormía como una criatura.

—También me cargan esos cuartitos próximos. Mucho ojo con ellos. Yo suprimiría en toda casa los cuartitos mediatos é inmediatos... Y en conclusión, todo se redujo á un mal pensamiento.

—Pero tan malo, que tardaré en arrojar de mí el rastro de vergüenza que me dejó. Á un hombre como usted no debo ocultarle ni el más ligero detalle de lo que en mi interior ocurría. Hablemos como penitente y confesor, y también como amigos.

Casado *(al pasar por la puerta del Cristo de la Luz)*—Sí, amigo mío. Hablando con franqueza y con toda la libertad que la decencia

permita, nos entenderemos mejor, y podremos analizar más claramente el caso. El lenguaje encogido y de circunloquios obscurece los asuntos. La amistad y el campechanismo saben presentarlos en su realidad sinuosa, alumbrándolos por delante y por detrás.

GUERRA.—Corriente. Pues resultó, amigo mío, que al encontrarme allí, solo, viendo por una parte al enfermo profundamente dormido, y á la enfermera por otra, mi sér sufrió uno de esos vuelcos súbitos que á veces deciden del destino de un hombre. Todo el espiritualismo, toda la piedad, toda la ciencia religiosa de que me envanecía, salieron de mí de golpe. ¿Ve usted cómo se vacia un cántaro de agua que ponen boca abajo? Pues así me vacié yo. No quedó nada. Era ya otro hombre, el viejo, el de marras, con mis instintos brutales, animal más ó menos inteligente, ciego para todo lo divino. De puntillas me acerqué al cuarto en que reposaba la hermana Lorenza, y á la escasa claridad que allí entraba de la sala, la ví... medio la veía y medio la sentía. Ya sabe usted que duermen vestidas, tan sólo aflojándose el justillo y quitándose la toca. La manta la cubría de las rodillas abajo. No me pregunte usted si había suficiente claridad en el cuarto para verla bien; yo sólo sé que la ví, y que consideré la mayor felicidad posible en este mundo y en

el otro, felicidad superior á la bienaventuranza eterna, la de... *(Expresábase en voz tan baja que apenas se oía.)*

CASADO.—Vaya, vaya. *(Serio.)* Una pérfida emboscada de ese tunante... Pero acabe usted. ¿No fué más que tentación?

GUERRA.—Tentación horrible. Mi sangre era fuego, y al propio tiempo un frío mortal me corría por el espinazo. Mis ideas... Pero no había ideas en mí, sino un apetito primordial, paradisiaco... lo llamo así porque relaciono mi estado con el de los primeros pobladores del mundo, en la fecha remota del pecado original. ¿Qué dice usted? que si me parecía hermosa? No puedo responder categóricamente. ¡Hay tantas clases de hermosura! La que yo apreciaba entonces era algo que de mi propia imaginación emanaba y á ella volvía entre llamaradas. Si en aquel momento me ofrecen lo que yo deseaba, á cambio de la bienaventuranza eterna, lo acepto sin vacilar. No me importaba una eternidad de tormentos á cambio de...

CASADO.—¡Pues no estaba usted poco tremendo! D. Angel, hay que domarse. De lo referido hasta ahora, deduzco que usted no podía satisfacer sus deseos sino empleando la violencia. ¿Llegó ese caso?

GUERRA.—No... por Dios, no me suponga usted tan perverso. Hubo un instante en que

medí mentalmente mi fuerza muscular... Pero aquello pasó, por fortuna mía. Lo repugnante, lo odioso y villano de tal intención se presentó á mi espíritu con tal claridad, que en este sentimiento de mi infamia me apoyé para luchar con la tentación y vencerla, como la vencí.

CASADO.—Bien, hombre, bien. Quedando circunscripto á la esfera de las intenciones, el caso, aunque grave, no es desesperado. Tiene cura, sí señor, tiene cura... Y ahora voy á hacerle á usted una observación, no de sacerdote á penitente, sino de hombre profano á hombre corrido en estas árduas materias; y conste que aquí hablamos como amigos, en la intimidad más llana y familiar. *(Parándose por centésima vez en medio de la solitaria cuesta del Cristo de la Luz.)* Pues no comprendo que provoque esas insurrecciones terribles de la carne ninguna mujer del ramo de monjas, sobre todo de estas callejeras. Son por lo común tan sin gracia, cuidan tan poco de su persona, usan unos trajes tan esmeradamente apartados de todo artificio satánico, y unos zapatones tan feos, que... vamos, que no lo entiendo. Me parece que tentar en el terreno ese es ya el colmo de la travesura infernal... Claro que hay desvaríos muy extraños; pero no creí... que... vamos... hablo por apreciaciones puramente teóricas... No sé...

Eso allá ustedes, los que han cursado la mundología hasta el grado de doctor.

Guerra.—Amigo D. Juan, imposible que un hombre aprecie con exactitud las vibraciones cerebrales y nerviosas de otro. Cada hombre es un mundo. La *impulsología* humana (valga la palabra) está por descubrir. Yo le concedo á usted que en la mayoría de los casos, son poco ó nada tentadoras las santas mujeres que se consagran en público á la caridad, y esto, naturalmente, contribuye al prestigio de tales Órdenes. Pero hay casos excepcionales, circunstancias y antecedentes personalísimos. ¿Cómo se explica usted que quien es el mismo recato, la personificación de la honestidad y de la virtud, haya provocado sin conocerlo un conflicto de conciencia como aquel en que yo me ví? Quizás por lo mismo, quizás por esa ley de maldición que ordena pisotear lo más puro y cubrirlo de lodo. Quiso valerse de mí el espíritu malo para satisfacer su eterna envidia, para escalar las regiones celestiales y profanarlas, convirtiendo los ángeles en bestias. De veras digo que si yo no creyera en el Diablo, en aquella noche tremenda le habría tenido por la cosa más real del mundo. Yo le sentía, le tenía metido dentro, y su boca era mi boca, sus nervios mis nervios, su sangre mi sangre... Por fin, lo que me salvó fué la repugnancia de

apelar á la violencia y á la traición. El sentimiento del honor hizo más fuerza en mí que la moral pura. El desprecio de mí mismo me contuvo más que el temor de Dios.

II

CASADO *(acelerando el paso para ir decididamente á donde guisaban).*—¿Pero no le pasó por las mientes pedir auxilio al único que lo da eficáz contra el Demonio? Volver la voluntad á Dios, invocar á la Virgen son remedios infalibles cuando el alma no está dañada.

GUERRA.—Nada de eso se me ocurrió, ni me acordaba yo en aquellos instantes de que tal Dios ni tal Virgen existen en el Universo. Cuando pensé en la divinidad, ya había conseguido amarrar la bestia con la cadena del honor y de la dignidad, los primeros instrumentos de defensa que encontré á mano. Un accidente externo vino en mi ayuda. D. Tomé llamó. Acudí á su lado, y la presencia de aquel bendito moribundo puso fin á mis angustias. Ví salir á Satanás rechinando los dientes. Digo que le ví, porque aquella idea de mi salvación, como las anteriores ideas de mi peligro y lucha, tomaba tal fuerza en mi mente, que casi casi le daban forma sensible mis sentidos. Le prevengo á usted que ten-

go una increíble facultad de materializar las ideas, y cuando la mente se me caldea con un pensar fijo y tenáz, suelo ver lo que pienso. En esta temporada, cuando la idea de hacerme cura ha secuestrado mi pensamiento con exclusión de toda otra idea, ¿sabe usted lo que me ha ocurrido? Pues que he visto en la Catedral y en las calles, de noche, un clérigo que al encuentro me salía ó iba delante de mí, un sér corpóreo y tangible, mi misma persona, mi propia cara, y con él, ó sea conmigo mismo, he hablado como hablo ahora con usted.

—Eso sí que es raro. Apresurémonos, amigo, que es poco higiénico platicar de esas cosas con el estómago vacío.

—¿Quiere usted otro ejemplo? Pues al amanecer de aquel día, cuando la hermana Lorenza se apareció ante mí por primera vez después de la tentación que he referido, venía rodeada de piés á cabeza de una luz cegadora, y sus ojos me miraron con una severidad que me hizo estremecer, y echándose mano al seno, se arrancó un pedazo de carne... me parece que lo estoy viendo... de carne, sí, grande y blanquísimo, chorreando sangre, y me lo arrojó á la cara, diciéndome con más compasión que ira estas palabras que nunca olvidaré: «Toma... para la pobre bestia.»

—¿Pero es eso verdad...?

—Las dudas acerca de la realidad del caso

me atormentan desde aquel momento. A veces creo que fué tal como acabo de referirlo, y juraría que oí las palabras y que ví los ojos acusadores; á veces dudo y niego. Lo que sí aseguro á usted es que me alegraría de que hubiera sido verdad. Una de las ansias que más me atormentan es la de lo sobrenatural, la de que mis sentidos perciban sensaciones contrarias á la ley física que todos conocemos. La monotonía de los fenómenos corrientes de la naturaleza es desesperante. Lo sobrenatural, lo maravilloso, el milagro, me hacen falta á mí, y por encontrarlos diera todo lo que poseo.

—Me temo, Sr. D. Angel *(suspirando)*, que no encuentre usted esa joya, aunque á peso de oro la pague. Pero examinemos ahora el estado de la víctima después de esa semi-catástrofe ó caída moral, que caída es, y en un muladar. De que está el hombre manchado hasta el cogote no cabe duda. Falta saber si podrá limpiarse; porque si no...

—¡Ah! yo le juro á usted que el desprecio de mí mismo por aquella acción pensada no puede ser mayor. Mi abatimiento es tal que creo que Dios no ha de querer perdonarme.

—Eso no. No achiquemos la misericordia divina. Proponiéndose no reincidir...

—Por proponérmelo no quedará. Pero...

—Aprisita, que ya estamos cerca. *(Atrave-*

sando Zocodover.) Allí le diré á usted más de cuatro cosas.

Llegan á la hostería de Granullaque. Casado empuja la vidriera y penetran ambos, encontrándose frente á la boca del horno, guarnecida de azulejos. En el reducido espacio que media entre la vidriera y el horno, hay un mostradorcillo, y tras éste un hombre, de gorra y blusa, fumando en pipa corta, en la mano la pala con que mete y saca los bartolillos ó las cazuelas de cabrito y besugo... «Buenos días—dícele Casado.—Que nos den prontito de almorzar.»

—¿De vigilia, D. Juan?

—Pues claro. No faltaba otra cosa.

—Mire que la vigilia se está acabando. Muy poco quedará.

—Magnífico. Eso prueba que hay cristiandad en la feligresía. Vamos allá.

Pasan al patio, donde hay no pocos parroquianos almorzando de tenedor ó pasteleando con copas, y se meten en una salita baja, donde no penetra el público. Es lugar reservado á los amigos de la familia. D. Juan toma posesión de una mesa, saludando desde lejos á dos personas que divisa en la habitación próxima, un clérigo y una señora mayor. Palmotea. Preséntase el mozo, la servilleta al hombro.

«Pronto; encarga una tortilla con jamón.

¡Ah, qué disparate!... Quiero decir con espárragos... tampoco, que no es el tiempo. Pues tráenos una tortilla con nada, con huevos. Pero listo, que estamos pereciendo. Venimos nada menos que del cementerio, y con la pena y el aire de la mañana nuestros cuerpos no son cuerpos, sino más bien ánimas del Purgatorio... Oye: tráete en seguida una botella de Valdepeñas. Del bueno, ya sabes. Y que nos preparen un plato de pescado, sea lo que fuere.

Hasta después de la tortilla y de los primeros tragos, no estuvo D. Juan en disposición de ocupar su mente en cosas tan sutiles como los problemas de conciencia. Hallábanse enteramente solos, y del cuarto próximo, separado de aquél por grueso cortinón de fieltro, sólo llegaba el sordo rum rum de una cháchara familiar. El diálogo se reanudó en esta forma:

Casado.—Pues ahora, Sr. D. Angel, acabe de ilustrarme, y sepamos si el caso de autos le ha producido, como parece natural, aversión ó desgana de la carrera religiosa.

Guerra.—No señor. Del suelo hondísimo y asqueroso en que caí, me he levantado con mayor anhelo de la vida contemplativa. Creo que, una vez en ella, no he de tener esos arrechuchos infames.

—¿Está seguro de ello?

—Seguro, seguro, no; lo presumo, lo espero.

—Pues opino, salvo mejor parecer, que el sacramento del Orden debe aplazarse hasta que haya seguridad completa de que esos arrechuchos, como usted dice, no han de reproducirse. Amigo mío, esto no es cosa de juego. Otros tal vez, indulgentes con esa fragilidad, no le pedirían más que un simple propósito de enmienda; y con tal que quedara á salvo el dogma, la pureza del principio, le darían á usted el pase. Para mí, tan importante como el dogma es la disciplina moral, y no le dejo pasar, no, mientras no le vea bien curado y limpio. Todo se reduce á sofocar los malos pensamientos por medio de la oración, la compunción, el trabajo, las buenas obras y una contínua vigilancia de la bestia.

—He comenzado á emplear parte de ese tratamiento.

—Sin resultado?

—Así, así. Llevo desde ayer un trabajo mental de los más rudos. No puede usted figurarse cuánto me impresionó la muerte del pobrecito capellán. Creí que presenciaba mi propia muerte. Velando su cadáver, solos él y yo, he tratado de purificar mi espíritu. No estoy descontento. Pero veo á Dios ceñudo, á la Virgen ocultándome su rostro divino, y desconfío del perdón.

—No, ¡vive Dios! no haya desconfianza. *(Partiendo un besugo asado y emprendiéndola con su ración.)* Varones eminentes de la cristiandad, patriarcas y santos han pasado por ese crisol terrible de las tentaciones. Pues qué, ¿creía usted que la *turbamulta cœlorum* se compone toda de séres como el virginal D. Tomé? No; de todo hay; hombres fueron los más, sujetos á las flaquezas de nuestro infelicísimo linaje. Las vencieron, las lloraron como David con acentos sublimes, y allá están en el quinto cielo. *(Bebiendo.)* No hay que acobardarse, amigo mío. ¿Quién no ha sido tentado alguna vez? Sólo nuestro Señor Jesucristo pudo decirle al pillo ese: «*Vade retro.* No tentarás al Señor tu Dios.» Pero los demás, nosotros, el mísero gusano terrestre...? Caemos siete veces al día, y otras tantas, si se puede, volvemos á levantarnos... Pero qué es eso, ¿usted no come?

—Ya como.

—¡Hijo, ni que fuéramos anacoretas! ¿Y no bebe?

—También; pero no mucho.

—No condeno la sobriedad. Pero créame, conviene alimentarse, sobre todo cuando es rudo y contínuo el trabajo cerebral. Si tuviera usted que meterse en uno de esos confesonarios de monjas que parecen cisternas, y estarse allí toda la tarde oyendo pecaditos ó

más bien escrúpulos que se quiebran de sútiles, ya me diría si se puede trabajar sin comer... Con que decíamos que habrá perdón siempre que tengamos arrepentimiento de verdad.

GUERRA.—Y en cuanto á si debo persistir ó no en mi propósito, observaré que se ha hecho de tal modo mi espíritu á la idea de pertenecer al estado eclesiástico, que me será difícil renunciar á él. ¿Á dónde voy yo ahora con mi persona, solo, sin familia, sin afecciones, con los gustos enteramente cambiados? He tomado grande afición al ritual católico; me enamoran, me seducen los actos religiosos, particularmente el ceremonial de la misa, todo amor, piedad y poesía. «¿Será esto, me pregunto á veces, *dilettantismo,* delirio estético y amor de la forma?» No lo sé. Pero sea lo que quiera, adoro el simbolismo del culto, y quiero ser artista de él. Es una clase de vocación que usted no puede rechazar, porque la rúbrica me hace amar el dogma.

CASADO.—Eso es empezar por el fin; pero no importa. Adelante... Ah! *(Después de beber un buen trago.)* Se me ocurre una gran idea. Establezcamos una distancia prudencial entre usted y esa hermana del Socorro, que es quien nos perturba, y habremos ganado el pleito. Yo haré que la manden á otra provincia.

GUERRA. *(Excitado.)*—Eso no. De ella han partido las inspiraciones de esta mudanza mía. Si es cierto que en momentos breves, peligrosos, fué causa inocente del trastorno que he contado, en todo tiempo su presencia, su mirar, su voz, acortan la distancia entre mi pensamiento y la divinidad. Cualquier exhortación suya me hace amar el bien y la virtud con pasión verdadera. Dejarla, dejarla, si no se quiere que yo me convierta en el más vulgar de los hombres.

CASADO.—Bueno... transigiremos. Amigo D. Angel *(con alegría decidora)*, todo se arregla, habiendo buenos deseos y espíritu de verdad... *(Al mozo.)* Oye tú, ¿no nos traes algún postre?... Pues decía que vamos bien, bien. Yo, sin embargo, me permito proponer que no nos precipitemos en el cambio de estado. No quiero sobre mí la responsabilidad de un siniestro grave. Porque el otro, el malo, el sinvergüenza ese que por buen nombre llaman *ángel de las tinieblas,* podría armar un lío muy gordo con todo eso de la estética del culto, y la musiquita, y la hermana inspiradilla, los ojos que miran, el espíritu que hace de las suyas, y la materia que se dispara... y tal y qué sé yo. Á Segura le llevan preso. Sigamos instruyéndonos, sigamos preparándonos. Buenas son las lecciones de canto; pero no hay que olvidar la teología dogmática y mo-

ral. La historia eclesiástica, el derecho canónico, son magníficos sedantes para los nervios excitados. Y por encima de todo eso recomiendo el reposo, que nos trae la claridad de entendimiento; la vida metódica sin abstinencias ni paseos solitarios que suelen dar de sí desvaríos y alucinaciones. Conviene además no arrojar del pecho la alegría, no zambullirnos en metafísicas agotantes, ni empeñarnos en buscar lo sobrenatural, pues las leyes físicas no son cosa de juego, y no las ha hecho el caballero ese de arriba para que cualquier barbilindo de por acá las altere á su antojo... Si le parece, tomaremos café... Y volviendo al caso grave, perdonado queda; pero se me ha de dar cuenta diaria de las disposiciones en que cada día se encuentra el sujeto, para ver si asoma algún síntoma sospechoso... Mediazillo está el brevaje, que llamaremos *pseudo-café*. Vea usted, no puedo meterle á esta gente en la cabeza la rúbrica de hacer el café como Dios manda... Fumaremos un cigarrito... Con que ¿se ha enterado? Un parte diario de la situación moral, y si hay palques con la hermanita quiero saber qué efectos...

Guerra.—Créame, D. Juan: de mis conversaciones con ella salgo siempre dispuesto á dejar tamañitos á los santos del cielo.

Casado.—Eso no está mal... El cigarro es

infame. Este debe de ser de las tabaquerías del Infierno, y de los que se fuma el perro cabrón ese, más feo que yo, y más malo que su madre, la serpiente del Paraíso... Y para concluir, sepamos también de una vez cuándo se pone mano en esa fundación, que Toledo aguarda como la novena maravilla. ¿Es una secuela del Socorro, con más amplitud, con más elementos? ¿Es algo nuevo que exige autorización pontificia? ¿Será simplemente toledana, ó tendrá ramificaciones en toda la Península, radicando aquí la casa matríz? ¿Abraza la beneficencia domiciliaria y la hospitalaria? ¿Qué nombre, qué advocación llevará?

GUERRA.—Ahora mismo le sacaré á usted de dudas.

III

No contaban con las interrupciones impertinentes. Apenas había empezado Angel á explicarse, cuando entre su palabra y la curiosidad de su amigo se interpuso un cuerpo extraño, que hizo suspender la relación. No era otro que D. Eleuterio García Virones, pretendiente fastidioso de la capellanía de la Penitencia, el cual, al proyectar su estampa sobre la mesa, llenó de consternación á los dos que en ella charlaban.

«Ya sabía que estaban ustedes aquí... muy señores míos... Me lo dijo el mozo, y no he querido pasar sin saludarles. ¡Carambo! parece que lo ha hecho la Divina Providencia. Pasar yo... decirme el otro... ¡qué casualidad! las dos personas que podrían, si quisieran, conseguirme la plaza...

Dijo esto apoyadas las manos en la mesa, inclinándose hasta tocar con su desteñida teja las cabezas de ambos comensales.

CASADO.—Mire, D. Eleuterio, aquí hace usted tanta falta como los perros en misa. Hablábamos de cosas reservadas...

VIRONES.—De cosas reservadas. Pues entonces... *(sentándose)* me voy al momento. Pero antes prométanme...

CASADO.—Le prometemos nuestra gratitud si se larga.

VIRONES.—No dé tan fuerte, hermano. Tenga piedad de un clérigo pobre *(cogiendo un terrón de azúcar.)*

GUERRA.—Lo que el señor quiere es que le convidemos á café.

VIRONES.—Si usted se empeña...

CASADO.—¡Dale! Si se le convida, ya tenemos Virones para todo el día. ¡Café! Mejor querría él una copa de aguardiente.

VIRONES.—Bien sabe usted que no lo cato.

CASADO.—Vaya, tome un cigarro, y retírese por el foro.

Á la luz del día, vió Guerra la persona del clérigo en muy distinto aspecto y forma que cuando se le apareció, de noche, en la plazuela de San Justo. D. Eleuterio revelaba en el descuído de su traje y en el poco aseo de su cara y manos cierta conformidad ó naturalización con la miseria. Su cara redonda, cetrina, untuosa cual si le hubieran dado aceite; su barba de seis días; sus lagrimales como acabados de salir de un largo sueño; sus labios carunculosos, teñidos de zumo de tabaco; su collarín grasiento; la sotana manchada de babas, de caspa y de ceniza; las manos pringosas y el manteo con tornasoles, declaraban el santo horror al agua, la abstinencia del jabón, y absoluto desprecio del bien parecer.

CASADO.—Haga el favor, amigo Virones, de no acercarse tanto á mí cuando habla, que trae aliento de vinazo.

VIRONES.—No es verdad. ¿Vino yo? No lo pruebo más que cuando consagro. Esas bromas, Juanito, son de mal género. Podría creer el Sr. de Guerra que yo tengo el vicio.

CASADO.—Creería la verdad. En fin, ahí tiene el café con su ron correspondiente.

VIRONES.—Lo tomo por ser obsequio del Sr. de Guerra. ¡Ay Dios mío, qué mal año para los curas pobres! Mire usted, D. Angel, si pide para mí la placita esa y no se la con-

ceden, le harán un desprecio... vamos, que será una cochinada.

CASADO.—¡Qué le han de dar! Á usted, para que coma, hay que mandarle á una parroquia de las más montunas de la diócesis, allá, entre cerdos, que es donde encaja bien. D. Angel lo pedirá y yo lo apoyaré, para que se nos vaya usted lejos y no nos tumbe con ese tufo que echa de sí.

VIRONES.—No me gustan á mí las aldeas, donde todo es miseria y basura. Aquí me bandeo mejor, y si me dan la capellanía, con eso y algún sermón de los de moco-suena, moco-suena, defiendo las arrastradas sopas de ajo... ¿Pues no me ha dicho Mancebo esta mañana que pretende la plaza el chico de doña Pepa la Manchada, ese mariquita que se ordenó hace dos meses y que no sabe ni ponerse el manípulo? Estamos ya de injusticias hasta la corona. D. Angel, ¿echará usted un empeñito por mí? Mire que andamos mal, pero mal.

GUERRA.—Pero, hijo mío, ¿de dónde saca usted que yo puedo sacarle la plaza? Yo no soy nadie...

VIRONES.—Que no es nadie, ¡carambo! Y no saben dónde ponerle. Y cuando va por la calle, la gente se le queda mirando, y dice: «ese es ese tan rico que va á cantar misa.» Cualquier día cantaba yo misa si tuviera la décima parte de lo que tiene usted. ¡Vaya un

oficio y vayan unos tiempos! Por un sermón del Patrocinio de San José, que tiene miga, vaya si tiene miga, ¿sabe lo que dieron? Seis duros, dos en calderilla. Vale más procurarse una borrica y ponerse á llevar agua ó carbón á las casas. ¡Cuando me acuerdo de que hice ascos á la carrera de albéitar! El maldito latín me perdió. Le tomé afición como se podría uno enviciar con el aguardiente ó el tabaco. Me gustaba Cicerón. ¡Maldito sea, y toda su casta! Alguien me susurró al oído que me darían una prebenda. Tragué el anzuelo con voracidad de tiburón, y aquí lo siento clavado todavía en el mismo buche. Me pescaron, y aquí me tiene usted fuera de mi elemento...

CASADO.—No nos venga usted con la historia de que su elemento es el agua...

VIRONES.—Mi elemento es el trabajo, *quærens panem.*

GUERRA. (*Con prontitud.*)—Sr. Virones, si no lo lleva á mal, yo me permito aconsejarle que no piense más en la capellanía. Otra cosa mejor y más propia para usted he de conseguirle yo.

VIRONES.—No me lo diga, D. Angel, que del gusto paréceme que me desmayo. ¿Qué va á ser ello?

GUERRA.—Un curato de pueblo.

CASADO.—Hombre, sí. Se ha muerto el ecónomo de Pelahustán, partido de Escalona.

VIRONES.—Pues á Pelahustán me voy, si me nombran. Vegetaremos. ¿Pero de veras...?

GUERRA.—Hoy mismo veré al Secretario del Cardenal.

CASADO.—Se hará, D. Eleuterio; pero á condición de que usted nos deje en paz, y se vaya á tomar el aire.

VIRONES. (*Suplicante.*)—D. Angel, por la preciosa sangre de Cristo, no deje pasar el día de hoy sin dar el golpe. Yo le acompañaré. Ahora está el Secretario en la oficina.

GUERRA.—Pues ahora. (*Levantándose.*)

CASADO.—¿No lo dije? Ya le cayó que hacer.

VIRONES.—El llanto sobre el difunto.

CASADO.—Buena breva le ha caído á usted, compadre Guerra.

VIRONES. — Cállese, sagreño maldito, y déjele entender la caridad como entenderse debe. Jesucristo dijo: «lo que has de hacer mañana, hazlo hoy.»

CASADO.—Jesucristo no dijo tal cosa.

VIRONES.—Lo dijo Franklin: lo mismo da.

CASADO.—Lo mismo no da, hereje.

VIRONES.—Pues lo digo yo: «si me has de dar el pan, dámelo pronto.» La diligencia es prima hermana de la caridad. *Pax multa diligentibus.*

CASADO.—¡Pobre D. Angel! Día de prueba. Á la noche me lo contará.

GUERRA.—¿No hemos de hacer algo por el prójimo?

VIRONES.—¡Á Palacio! ¡Vivan los hombres de resolución! Casadillo, fastidiarse.

CASADO.—Divertirse.

(*Salen Guerra y Virones.*)

Retiróse D. Juan, después de charlar un ratito con el hombre situado en la boca del horno, y al atravesar el callejón que conduce á Zocodover, encontróse de manos á boca con su amigo Casiano, el cual le dijo: «Á buscarte iba. Ya supe que almorzabas en el comedor bajo de Granullaque. Me lo dijo Bartolo. Entré y te ví desde la puerta; pero como estaban contigo el Padre Virones y D. Angel, el masón ese que ahora estudia para cura, no quise pasar.

—¿Has venido hoy?

—Esta mañana, y no quiero volverme sin parlamentar contigo.

—¿Cómo anda aquéllo? (*Con vivo interés.*) ¿Está bien nacido lo mío? ¿Sabes si compró Palomo las dos mulas que le encargué? ¿Qué tal pinta tiene el sembrado de la suerte de abajo? Supongo que no habrá humedades por allá. ¿Será tarde ya para sembrar el garbanzo? ¿Y qué tal estamos de gallinas? ¿Viste mis tres cerdos? ¿Te parece que podremos trasquilar dentro de un mes?

A este aluvión de preguntas contestó el bargueño con brevedad, ansioso de abordar otro tema; pero cuando iniciarlo quería, el amigo le tapaba la boca con sus nostalgias campesinas. «¡Ay, Casiano de mi alma! ya no puedo más. Estoy de monjas hasta aquí. En mal hora me comprometí á sustituir al amigo Porras, que ya va bien: Dios le conserve. Pues digo, esta tarde tengo que ir allá y sepultarme en un lóbrego confesonario, donde debo llamarme Jonás, porque me parece que estoy en el vientre de la ballena. Y oiga usted allí, hora tras hora, los tremendos pecados de esas benditas. Ya me los sé de memoria. Y mañana función y misa cantada; comunión general; manifiesto. Por la tarde, reserva. No va á ser mala carrera la que eche yo el día que me suelten. No me vuelven á ver aquí hasta el Corpus lo más pronto. Con que díme, ¿qué tal trabaja la *Capitana* que me compraste en Villaluenga? Empareja bien con la *Republida?*

—Parecen mellizas la una de la otra, y hermanas de ellas mismas enteramente,—replicó el de Bargas, y sin más se fué al bulto:—¿Vas á tu casa? Pues iré contigo: tengo que hablarte *sobre* lo que me urge.

—Pues habla pronto, aunque sea *debajo* de tus urgencias.

—Nada; que yo ando irresoluto, Juan, y el

cuento es que no tengo sosiego, y quisiera decidirme por el sí ó el no. Necesito un consejo de amigo, y tú vas á dármelo. Es caso de conciencia.

—Por lo visto, hoy se saca ánima. Estoy de suerte, y hasta las piedras de la calle se me vuelven casos de conciencia. Casiano, por ser tú quien eres, no te pego un empujón. Vámonos á casa.

Diez minutos después, hallábanse ambos en el gabinete de D. Juan, la puerta vidriera cerrada, y á obscuras la sala próxima.

«Pues llegó el momento, Juan amigo, de decirte con todas mis potencias naturales que esa mujer me tiene trastornado.

—Lo sabía, Casiano, lo he visto, y he pedido á Dios por tí. Dulce es guapa, graciosa, sentimental, requete-fina y elegante. Tiene, pues, todas las hierbas maléficas para trastornar á un bárbaro como tú, que en tu vida las has visto más gordas, digo, más flacas, pues en el ramo de carnes, hay que confesar que tu prima no está de buen año... Pero entendámonos, y fuera caretas. ¿Has pensado en casarte?

—¡Ay, hijo de mi vida, ahí está el *basilio!* La muchacha me peta. ¿Á qué andar con rodeos? Yo soy más claro que el sol. Me gusta como el agua en tiempo de sequía, como el sol en humedades. Vamos, que me gusta como

el santísimo pan que uno come cuando tiene hambre. Pero...

—Pero... Por ahí. La chica de por sí te llena; pero tiene más peros que un peral.

—Así es, y no se atreve uno con tanto pero.

—Algunos de ellos gordos, de tres libras.

—¡Que no fuera ella sola, caída de las estrellas, sin padre ni madre!

—Ni hermanos.

—Dígote que el padre es un punto como pocos. Su madre, mi tía Catalina, no es mala en el fondo.

—¡Qué ha de ser mala en el fondo!... pero cuidado con la superficie!...

—No hay más sino que está más loca que todos los que moran en el Nuncio.

—Pero en su locura es un ángel... de cornisa. No hace mal á nadie, como no sea á los republicanos, por aquello de mentar tanto á los reyes, que fueron sus abuelitos.

—Pues dígote de los hermanos... ¡Potra, qué par de pillos! Para un rato, pasen; pero si les dejas tomar confianza, te sacan los ojos.

—Lo que es á mí...

—Cada sablazo que me dan, crugen los andamios del firmamento.

—Y tú tan tonto que te lo dejas dar.

—Potra, ya no. Hoy les metí á entrambos el resuello en el cuerpo.

—Así, así. Y que te traigan ratas, ó cuña-

dos con sable. Si Dulce ha de ser tu mujer, ponle por condición que se declare huérfana de padre y madre, y de hermanos. Tú haces una raya, y de allí no te pasa ningún Babel.

—¿Pero qué has dicho? ¡Casarme! ¿Me lo aconsejas tú?

—Yo no te aconsejo nada. Dígolo porque si no hay más peros que esos...

—Hay más peros, Juan; quedan por relatar los peros peores.

—Dios nos asista. Querido Casiano, se me ponen los pelos de punta oyéndote. Si has de contarme alguna cosa muy tremenda, prepárame en forma gradual, porque me dañan las emociones fuertes.

—Juan, no necesito prepararte *paliativamente* ni aun decirte nada, porque tú todo lo sabes.

IV

El grandísimo socarrón de Casado se hacía de nuevas, viendo venir á su amigo y conociendo el intríngulis de su grave consulta.

—¿Á qué es engañarnos?—dijo el guapo sagreño. Lo que yo sé, sábeslo tú, lo supíste antes que nadie, porque contigo tuvo Dulce confianzas, cuando se desbarató de los nervios irracionales, y estuvo si casca ó no casca.

—Pero qué pretendes tú? Que yo te revele secretos de confesión?

—No es eso, ¡potra! Sin confesarla, sabías tú que Dulce ha tenido sus más y sus menos. Aquel Madrid es de muy malas circunstancias, y las muchachas más honestas se pierden en un tris, aunque no quieran. El cuento es que desde que se empezó á correr que la susodicha me gustaba, no han faltado acusones y chismosos que vengan á traerme mil catálogos de ella. Que si fué, que si hizo, y dale que es tarde. Yo aparto las mentiras inventadas por la envidia; pero por más que quito *jierro,* siempre queda algo. Lo que no tiene duda es que Dulce estuvo casada, vamos al decir, por la iglesia civil, con ese amigo tuyo que dicen fué masón y republicano federal de los del petróleo, y que ogaño se ha convertido y quiere entrar de fraile descalzo. ¿Es verdad, sí ó no, que estuvo casada con él?

—Hombre, casada precisamente no.

—No seas materialista, hombre. Es un decir... vamos. El cuento es que á mí me lo dijeron, y, pásmate, lo creí. Me dió el corazón que era verdad, porque estas cosas parece que se adivinan, putativamente. Hace días que la propia Dulce, portándose como una señora, me dijo al verme sumamente adelantado en mi querer: «Casiano, tú no mereces que se te engañe, ni es leal en mí presuponerme lo que

no soy.» La pobrecita quería hablarme claro y contarme sus contras; pero la vergüenza no la dejaba. Yo digo que donde hay vergüenza natural no ahonda la maldad... Pues verás: esta mañana cogí por mi cuenta á la tía Catalina, y solos ella y yo, le dije: «¿Qué hay de esto, tía Catalina?

—Y la pobre señora se echó á llorar, y cantó de plano. Como si lo viera.

—Lo adivinas. Se arrodilló delante de mí, y al modo que parlan en el teatro, me dijo: «Noble Casiano, perdóname. Ya no puedo más, y rompo el silencio. Mi conciencia se oprime ocultándote la verdad. Cierto es que á la niña no se la podría enterrar con palma, como no fuera la del martirio, porque ese pillo la defraudó, dióle palabra de consiguiente matrimonio, la perdió, como quien dice, valiéndose de nuestras circunstancias miserables. Pero yo te aseguro, que, aparte lo material, la niña es un ángel, y te quiere de veras. Tú dispones de su suerte.» Esto dijo, y siguió llorando y echando babas más de media hora. Luégo entró Dulce, que venía de la Magdalena, y adivinando con su buen entender lo que habíamos hablado, se echó á llorar también, y á mí, la verdad, se me puso un nudo en la garganta.

—No está mal la escenita. Vamos, las dos te han conquistado con sus babas.

—No, ¡potra! Yo no me determino hasta que tú me des un buen consejo con toda ilustración. Díme con franqueza: ¿crees que ya no hay nada entre mi prima y el que va á ser clérigo?

—¡Oh! nada, absolutamente nada. Te lo garantizo. Cosa concluída desde hace tiempo, y según creo, sin soldadura posible.

—¡Ay, potra, qué peso me quitas de encima!

—¿Pero te basta eso? ¿Te satisfaces con el presente, y echas un velo sobre...?

—Déjame á mí de velos. Lo que hay es que siempre es un consuelo saber que ogaño no hay mácula. Lo pasado, siempre es pasado, y nadie lo puede resucitar más que con el pincha y raja de las habladurías. Yo te digo con verdad una cosa: si tu amigo se hace cura, es lo mismo que si se muriera para la efectividad del querer. De modo que bien puedo hacerme la cuenta de que Dulce es viuda.

—Chico, ¿sabes que manejas bien el sofisma?

—¡Potra, no!... Pero no seamos materiales. (*Impaciente.*) Todo se reduce á que no hubo bendiciones. Suponte ahora tú que yo no hubiera estado casado con mi difunta, y que mi difunta, en vez de fallecer de calenturas, se hubiera metido monja. ¿Pues dejaría yo de ser en tal caso tan viudo como ahora lo soy?

—Casiano (*dándole un abrazo*), eres un escolástico de primera y un ergotista como hay pocos. Casi casi me has convencido. Y todo eso es para pedirme un consejo. Pues voy á dártelo. No te cases.

—Pero, ven acá. (*Con abatimiento.*) ¿Crees tú por ventura que Dulce no es de franca ley, y que volverá á las andadas?

—No. Te digo en conciencia que la tengo por corregida radicalmente, y que me parece mujer de buen natural, capáz de ser honradísima si la ponen en camino de serlo.

—Entonces... Ven acá: hay virtud ó no hay virtud. Si la hay, ¿crees tú que la virtud se debe castigar? ¿No lo crees? Pues si cuando Dulce se decide á ser inocente, se la desprecia, ¿te parece á tí que eso es justicia?

—Casiano, dame otro abrazo. Eres un abogado de tomo y lomo, y para pica-pleitos no tendrías precio. ¡Qué bien trabajas la sentencia! Voy á dártela. Cásate, hombre, cásate.

—No; es un supongamos. Yo no digo que me case, ni eso se puede resolver así, del tirón.

—Hablemos claro, Casiano: en esto el primer consejero es tu corazón. Oígalo tu conciencia, y obre según lo que él te diga.

—Pues mi corazón y los sentidos racionales me dicen una cosa, y el miramiento, la idea de si hablarán ó no hablarán en el pueblo me dice otra.

—Bueno; figúrate tú que en el pueblo no dicen nada, porque no se enteran. Supon que ocurre ese milagro, pues milagro sería. No queda más juicio que el tuyo propio, el de tu conciencia.

—Con la conciencia me entiendo yo: le echo cuatro satisfacciones, y en paz.

—Tu conciencia y tu corazón lo han de resolver. En cosas tan delicadas no se pide consejo á nadie, porque figúrate que yo te quito de la cabeza ese cariño, y tú caes en profunda melancolía, te desmedras, te pones á mirar á las estrellitas, y al fin te mueres de amor, como dicen que se han muerto otros, que yo no lo he visto; figúrate esto, y ya comprenderás que no quisiera yo cargar con tal responsabilidad. ¿Á tí te gusta Dulce?

—Como gustarme, ¡potra! *(turbado)*, creo que no cabe más gusto, ni más ilusión...

—Como bonita, lo es. *(Con acento de conocedor.)* Y después que volvió sus ojos á Dios, se hizo mucho más simpática, pero mucho más. En las mujeres cae muy bien la devoción y el creer de firme. Con eso tienen la mitad del camino andado para ser honestas. Pero... todo se ha de decir, Casiano; todo se ha de pesar, y ya que tú no ves más que perfecciones en tu novia, yo voy á señalarte los defectos. ¿No te parece á tí que es algo flaca?

—¡Flaca!

—De carnes quiero decir; no interpretes mal...

—Chico, sobre este particular te diré una cosa que no quiero se me pudra en el cuerpo. Á tí no te oculto nada de lo que me anda por los interiores. Pues sabrás que una de las cosas que más me enamoran en ella es su delgadéz.

—Ah! lo flaco, hay que reconocerlo, no perjudica á lo elegante; al contrario. Talle más esbelto no lo encontrarás. Como que puedes decir que te casas con un junco. Pero sepamos qué demonio de chiste le encuentras á flaqueza tan extremada.

—Juan, tú te acordarás de mi difunta Librada. (*Rascándose la cabeza.*) La pobrecita, parte por su figuración de naturaleza, parte por aquella enfermedad que no sé cómo se llama, se puso tan gorda, pero tan gorda, que era como una pipa. Cada pierna era así, y ya no tenía en ellas movimiento. La delantera había que llevarla por delante en un carro cuando salía de casa. ¡Y qué tripona más desaforada, y qué...! En fin, que cuando me quedé viudo, gracias á Dios, digo, gracias no, que la sentí; pues cuando Dios se la llevó, dije: «ya no quiero más mujeres gordas, aunque por cada libra de sebo me traigan un millón.»

Casado rompió á reir con tal estrépito, que atronaba la casa.

«Pues sí, chico, déjame á mí de mujeres de libras, y de esas carnazas que le ahogan á uno. La mujer, que sea esbeltita y de buena estatura. Pues digo, cuando en Cabañas vean aquel tallecito tan elegante, aquel aire de señorío, aquella manera de vestir y llevar la ropa.

—Basta, hombre, límpiate esa baba, que se te está cayendo. No seas tan meloso, ni quieras ahora darnos dentera á todos con las gracias enjutas de tu mujer.

—¡Mi mujer! (*Con inquieta duda.*) Muy pronto lo has dicho. No, todavía no han madurado las uvas.

—Anda, que bien maduro estás.

—No, ¡potra! hay que mascarlo mucho. ¿Sabes cómo me decidiría de un golpe? (*Con arranque.*) Pues si tú me lo mandas...

—¿Yo? Quita, hombre, no seas bruto.

—Tú, que sabes tanto del mundo y de lo que no es mundo; tú, que entiendes de circunstanciales de mujeres...

—¿Yo?

—Por las rejas santificadas del confesonario, hombre. No creas que digo otra cosa.

—Sí; pero eso no vale, eso no instruye. Yo no la he corrido nunca, ni cuando era estudiante. Como tengo la dicha de ser feo adrede, todas me hacían fú, y quedéme á obscuras. Pero aún quién sabe... Puede que salte algu-

na que... Ya no me asombro de nada, y pues hay quien se prenda de la flaqueza (*con gracejo zumbón*), podría haber quien de la fealdad se enamorase. Pero mientras me cae esa breva, yo no soy ducho en mujerío, como no sea en algo que se relaciona con las tretas que suelen gastar...

—¿Te parece poco?

—Pero es un saber que no basta para que yo te ilustre, ni menos para que te mande casarte, como pretendes. No te precipites. Piénsalo algún tiempo más; procura serenar tu espíritu antes de tomar una resolución. Nos vamos á Cabañas dentro de unos días, y allí estaremos un mes, reflexionando...

—¡Un mes sin verla! Eso sí que no lo conseguirás de mí.

—Pues ¡hala! (*Levantándose.*) Ahórcate mañana mismo.

—¿De veras?

—Haz tu santo gusto, y no pidas consejo. Basta, basta ya de consulta. Déjame en paz, Casiano; tengo que hacer.

Despidióle con cierta sequedad, y solito en su gabinete, midiéndolo con las piernas de largo á largo, se dejó caer en meditaciones profundas. ¿Todos vienen á pedirme consejo; el uno me trae gravísimos conflictos de la conciencia; el otro casos delicados de convencionalismo social. ¿Y á mí qué? Nada, nada,

Juanito mío, vete pronto á tu castañar, y vive para tí, dejando á los demás que se arreglen como quieran. El amigo Angel quiere entrar en la vida eclesiástica sin desprenderse de ciertas efervescencias imaginativas muy peligrosas... Á mí, que entre. Vaya bendito de Dios, y cante misa. El otro, este pedazo de alcornoque bargueño, ahogando escrúpulos, apechuga con la prójima de Babel, que es simpática, sí señor, por su propia historia lamentable y su cara expresiva. Enhorabuena vayas, hombre; cásate. Estas resoluciones heróicas que desafinan con tanta gracia el llamado concierto social, tienen cierto mérito, sí señor. En fin, que todos me piden el consejo que desean, y yo, que les veo venir, á todos digo: «adelante con vuestros faroles.» No, no me meteré yo á torcer el destino de nadie. Que cada cual siga su inclinación, pues las inclinaciones suelen ser rayas ó vías trazadas por un dedo muy alto, y nadie, por mucho que sepa, sabe más que el destino... Con que, á vivir se ha dicho. Corra la fuente abundantísima de los hechos humanos, y oigamos su ruidillo gracioso sin meternos en variar el curso que las aguas llevan. Apárteme yo á un lado, yo, perteneciente al reino vegetal... yo, que por mi estado y por otras causas tengo que mirar las pasiones humanas como se miran los retozos de los animalitos de Dios en

medio del campo. Guerra y Casiano, brincad todo lo que gustéis. Y yo pregunto ahora (*dando un gran suspiro*): ¿Llegará á ser Angel una gran figura de la Iglesia católica? Puede que sí. ¿Será felíz Casiano con su belleza flaca, toda sentimiento, fragilidad interesante y modosa? Puede que sí lo sea. Vivamos y veremos. Y tú, pobre cura malcarado y silvestre, nada tienes que hacer en medio de estas alegrías triunfales. ¿Cuál es tu amor, tu único consuelo? La tierra. Pues á la dulce tierra, que te espera con los brazos abiertos. Ya no puedo más. Me ahoga esta vida. Un poco de paciencia, hijo. Esta tarde, al vientre de la ballena. Mañana, al campo libre.» (*Pónese la teja y sale.*)

V

Vírgen Sacratísima del Sagrario; santos gloriosos Ildefonso y Eugenio; Leocadia y Casilda, mártires benditas; *Cristo Tendido,* Santiago caballero y Pedro guardián de las puertas celestiales, todas cuantas imágenes pobláis la sacra iglesia toledana, sin excluirte á tí, San Cristóbal granadero, que tocas el techo con las manos: acudid en auxilio de vuestra fiel parroquiana Felisita, que no sabe á cuál de vosotros encomendarse, tan trastornada entra en vuestra casa, á la hora de vís-

peras, aún no repuesta de la impresión que le causara lo que oyó aquel día pegándose á la vidriera! Y tan nerviosa salió de su casa, que sus piés no acertaban á fijarse en el suelo, y al pasar bajo el arco de Palacio, en el momento de sonar la campana gorda, se llevó ambas manos á la cabeza, pensando que la torre se le iba encima poniéndosele por montera. Atormentada por la dispepsia, sentía sus ardores como si se hubiera tragado el anafre de la plancha con fuego y todo.

Pues ahí era nada en gracia de Dios lo que escuchado había. Casiano, aquel bruto bargueño de lucida estampa y entendimiento caballar, quería casarse con una que fué de cáscara amarga. ¡En el nombre del Padre, del Hijo...! Mas no era esto lo peor entre los horribles descubrimientos de aquel día, sino que... la ninfa de Casiano había sido antes ninfa de D. Angel, el que estudiaba para cura. Una de dos: ó se hundía el mundo, ó amenazaba caer sobre Toledo otro cólera como el del 84... Intentó rezar. ¿Pero quién rezaba con aquel barullo dentro del cerebro? Se volvió medio loca recordando uno de los más inverosímiles detalles de la confidencia pescada. El animal de Casiano amaba á su novia ¿por qué creerán ustedes? ¿Por bonita? No. ¿Por honesta? Menos. Pues ¿por qué? Por flaca. Se había prendado de los huesos. ¿Cuán-

do se vió capricho más extravagante? Los esqueletos, ó las *esqueletas* estaban de enhorabuena.

Á la mañana siguiente, la viuda no pudo oir con devoción la misa de Reyes Nuevos. La distraían dos señoras que entraron poco después de ella, y se pusieron á examinar los sepulcros antes de que saliera el sacerdote. Mal rato pasó discurriendo quiénes podrían ser aquellas dos mujeres, y la pena de su curiosidad no satisfecha prodújole un intolerable amargor de boca. Rara vez veía en Reyes Nuevos, á tal hora, personas desconocidas, como no fueran ingleses irreverentes, que todo lo quieren fisgonear. De las dos señoras, la mayor enseñaba las regias sepulturas á la más joven, alta y de agraciado rostro. ¿Serían protestantes, Dios Sacramentado? Ah! no, porque al salir el sacerdote se hincaron ambas y oyeron su misa devotamente. De Madrid debían de ser. Concluída la misa, la señora mayor volvió á extasiarse en la contemplación de las estátuas yacentes de los Enriques II y III, y sus respectivas consortes. Acercóse la de Fraile con disimulo y oyó estas palabras: «Mira, mira qué guapetona está la Reina doña Catalina. Según dicen, el retrato vivo de mamá. Este D. Enrique era la persona más corriente que puedes figurarte. Como que empeñó el gabán para salir de un

apuro. Aquel otro de barba cerrada, y que parece hombre de malas pulgas, es el de Trastamara. Le quiero y le respeto como de la familia; pero no me gusta que matara á su hermano Pedro, aunque en rigor, de aquella trapatiesta tuvo la culpa un francés, un lipendi que llamaban D. Claquín...

No necesitó Felisita oir más. «Ellas son, la madre y la hija, la madre loca, que se cree emparentada con estos reyes... nuevos, y la hija flaca, la reina vieja de D. Angel, y ahora reina nueva de Casiano. ¡Tanto como me habló de ellas Juan, y yo rabiando por conocerlas! ¡Qué casualidad conocerlas ahora! Virgen Santísima, ten compasión de mí. Que no me dé ahora el arrechucho gordo. Me sentaré hasta que pase este sudor frío, y este bulto que me sube de la boca del estómago, como si me inflaran un globo aquí dentro. ¡Con que las Babelas! Y verdaderamente es guapa la chica. (*Mirándolas desde un banco de enfrente.*) Ésta es la que, según me contó Juan, se curó del amor con unas terribles borracheras, y luégo le mataron el vicio con la religión bendita... Pues lo que es yo no me voy sin echar un parrafito con ellas. ¿Qué haré para trabar conversación? No se me ocurre nada. Me consta que aprecian mucho á Juan, y en cuanto me conozcan... Á ver si me atrevo... Ahora quieren ver de cerca el enterramiento

de D. Juan I, que tiene corrida la cortina. Si viniera Pepe, él la descorrería. ¿Dónde demonios se habrá metido ahora este pelmazo de sacristán? Vamos, la descorreré yo misma, y así trabaremos conversación.» Dirígese á la cabecera de la capilla, y tirando de la cuerda, descubre la estátua orante de D. Juan I.

«Gracias, señora—dijo doña Catalina con muchísimo remilgo.

—Ya, ya sé que son ustedes de sangre real —afirmó Felisita echando por la calle de en medio.

—Ay, señora, me alegro de que usted lo sepa y lo declare, para que no me digan que lo invento yo.

—Mamá, mamá—murmuró Dulce á su lado, tirándole de la manga del abrigo.

—Porque nadie quiere creerme, ¡ay de mí! y mis propios hijos se burlan cuando les digo y les demuestro que la sangre que llevamos... Estáte quieta, hija...

—Todo sea por Dios—murmuró Felisita, que no hallaba medio de presentarse mientras doña Catalina no abandonase su real manía.

Dulce contemplaba la estátua, y doña Catalina seguía desbarrando, hasta que la de Fraile metió baza, diciendo:

«Usted no me conoce. Yo soy la hermana de Juanito Casado.

La de Alencastre prorrumpió en chillidos.

«Dulce, hija mía, mira, ven. La hermana de D. Juan. ¡Qué felicidad conocerla! Pues no se parece... digo sí. En los ojos tiene un no sé qué... Señora mía, ¡cuánto gusto...!

Hiciéronse las tres los cumplidos de ordenanza, y Dulce preguntó á Felisita, con grandísimo interés, por su hermano.

«¡Qué caro se vende el pícaro! Tantísimos días sin dejarse ver. Yo creí que había marchado á la Sagra.

—Ocupadísimo, hija. Las hermanitas no me le dejan vivir. Gracias que el amigo Porras va mejor... Pero díganme: ¿piensan ustedes oir otra misa? En esta capilla ya no hay más. Pero podremos alcanzar la de D. Mateo en el Sagrario.

—Vamos allá, vamos—dijo la de Alencastre.—Si usted la oye, nosotros también, que harto necesitamos pedir á Dios que nos saque del berengenal en que nos vemos metidas.

Oyeron la misa de D. Mateo, y durante ella, ardía en febril curiosidad la viuda por saber en qué berengenal habían caído las Babelas. No fué preciso pinchar á doña Catalina para que hablase, porque la buena señora sentía verdadero furor de comunicación y familiaridad, y en cuanto salieron al cláustro por la Puerta de la Feria, se franqueó con su flamante amiga cual si tuviese con ella conocimiento de muchos años.

«Ay, señora mía, tengo unos hijos que son las plagas de Faraón. Así como de ésta no hay quejas, porque es, ahí donde usted la ve, más buena que el pan, virtuosísima y trabajadora como ella sola, los varones, ¡ay! los varones me consumen la figura, y acabarán por llevarme al panteón antes de tiempo. Por el lado de ésta, todo es felicidad, y ahora vamos á casarla con un conde...

—Mamá, por Dios... mamá.

—Quiero decir... con... No seamos materiales.

—Con Casiano... Si le conozco. Es amigo nuestro.

—Y algo pariente, según creo. De modo que vamos á emparentarnos todos. ¡Qué dicha!... Pues decía que mis hijos... El mayor, hombre de gran talento, de presencia tan elegante y fina que cuando estrena ropa me le tomarían por duque ó vizconde, tiene la desgracia de que todo lo que emprende le sale al revés, y el pobretín se ve metido en unos enjuagues...! El cuento es que no trabaja, y quiere hacerse capitalista en un abrir y cerrar de ojos. Hay tan malos ejemplos, señora, que no es de extrañar que los jóvenes pierdan el sentido y salgan con la antigua martingala de *lo que es de España es de los españoles*. En fin, que mi Arístides ha tenido que esconderse porque un juececillo de Madrid dictó auto

de prisión contra él... Verá usted... el desventurado se metió á empresario de circo, contrató la compañía y los caballos, tomó dinero, y ahora dicen los saltimbanquis que no les ha pagado, y que si vendió ó no vendió las caballerías.

—¡Cosas de chicos!—indicó Felisita con cierto flujo de adulación.

—Justo y cabal. Pero váyale usted al juez con esas chiquilladas. El otro hijo mío, no menos despejado que su hermano, sólo que le da por las matemáticas, también ha tenido que escurrir el bulto porque un señor de aquí, que le llaman D. José Suárez, fué al juez con la cantinela de que le habían estafado con una letra falsa. Los criminales debieron de ser unos tipos venidos de Madrid; pero como tuvo mi hijo la mala suerte de pasear con ellos, vea por donde el pobre Fausto es quien paga los vidrios rotos. Y el juez quiere trincarle. Hemos pasado ayer un día infernal. ¡Qué de menos echamos al buen D. Juan para que nos consolara y nos diera un consejo de los que él reserva para los amigos, con aquel talentazo de Dios!... Mi marido no sirve para estas cosas, y en cuanto oye hablar de justicia, no le llega la camisa al cuerpo. Hombre de bien á carta cabal, podría ocupar las más altas posiciones sólo con echarse á la espalda sus ideas de toda la vida. Pero es tan delica-

do, que no ha querido nunca destinos pingües, sino alguna placita modesta y obscura, porque, lo que él dice: «no se debe vivir para comer, sino comer para vivir, y estoy más tranquilo en un rincón, que no quemándome las cejas en una dirección general ó desempeñando una cartera.» Lo mismo pienso yo, y aunque por mi parentela pico muy alto, también me inclino á la obscuridad sin afanes, y más me gustaría que mis hijos fuesen carpinteros ó albañiles y me trajeran un jornal, que verlos, como he visto á mi Arístides, hoy tirando millones y mañana buscando una triste peseta.

Aunque gozosa de conocer personalmente á la original familia, Felisita principiaba á cansarse de las jeremiadas de la rica-hembra, y procuró llevar la conversación á otro terreno. Dieron varias vueltas en el ala del cláustro, y en una de ellas las invitó á volver á entrar para oir otra misa. Vacilación de Dulce; desgana de doña Catalina, que ya creía haber cumplido con Dios. Decidieron por fin separarse, y la viuda de Fraile, que de buena gana habría seguido con ellas hasta introducirse en su casa, y registrarla toda, y ver cómo vivían, se asustó de las trapisondas que la Babel contó de sus hijos, y con exquisita prudencia se abstuvo de intimar con semejante gente. Despidiéronse con mucho melin-

dre, mucho dengue y mucho ofrecimiento de visitas, y la Casado se metió otra vez en la Catedral, diciendo: «¡Ay! me han dejado la cabeza como un bombo.»

Sus nervios, no obstante, se tranquilizaron, y la mañana habría sido de las más apacibles, si uno de los *apóstoles* no le hubiera llevado el cuento de que ya estaban elegidos los trece pobres del Lavatorio, y que él y su amigo (el otro protegido) no iban incluídos en la lista. (Berrinche, acideces, timpanitis y regurgitaciones intolerables.) Marchóse á su casa de muy mal talante. y lo primero que hizo al ver á su hermano fué contarle el encuentro de aquella mañana, y repetirle con fiel memoria todos los disparates dichos por doña Catalina, con lo que se divirtió mucho el buen clérigo.

III

Caballería cristiana.

I

Antes de marchar á la Sagra quiso don Juan despedirse de su amigo, que se había encerrado en Guadalupe, y una mañanita con la fresca, vestido de balandrán y empuñando el bastón nudoso, tomó el camino de los cigarrales y se plantó allá, tan terne. Antes de llegar á la casa vió entrar albañiles y un carro de ladrillo. «¿Pero qué? ¿Ya empiezan las obras? No puede ser... Pues sí, parece que...» D. Pito, que le salió al encuentro, comiendo su ración de bacalao chamuscado, le sacó de dudas.

«Hola, señor navegante, ¿cómo va por aquí? Qué es esto? Obras tenemos?

—Bien venido sea, compadre Casado. ¿Obras dice? No son más que chapuzas... cosa provisional, para atender á necesidades del momento. Ya sabrá que hemos comprado el cigarral de Turleque, ese que linda con Guadalupe.

—No lo sabía. Y ese perdido, ¿todavía en la cama?

—Quiá! Ya hemos dado un paseo, y ahora

trabaja en su cuarto. Yo voy á coger grillos... Me divierte mucho. Hasta luégo.

Entró D. Juan en la casa, y su primera sorpresa fué la transformación del piso alto en que el dueño moraba. En pocos días se habían arreglado allí dos aposentos cómodos, uno de los cuales era gabinete de trabajo, con muebles de pino, ancha mesa, estantes, tablero de dibujo. Tomaríase por oficina de ingeniero.

«Hola, hola, compañero Guerra, parece que hay preparativos. Me huele á construcción. ¿Y qué es esto? Planos. Bien, magnífico. Hermosa planta. Y la alzada me gusta también. Á ver, á ver, explíqueme esto.

Sentóse el cura, y Angel le fué mostrando las trazas que allí tenía, obra de un hábil arquitecto de la localidad.

«Hombre, déjeme que le felicite—dijo el sagreño con calor,—porque veo que adopta usted el estilo toledano. ¡Gracias á Dios que me echo á la cara un arquitecto con sentido común! Porque en esta histórica ciudad, que es por sí un sistema completo de arte constructivo, siempre que emprendemos alguna obra, nos salen con esos adefesios á la francesa ó á la madrileña, edificios que en otra parte serán muy bonitos, pero que aquí parecen obra del Demonio. Bien: mampostería concertada, con verduguillos y machones de

ladrillo, y éste dispuesto con toda la gracia mudéjar... Bien.. las puertas principales de piedra, y de esa elegantísima y robusta composición que constituye un tipo de arquitectura esencialmente toledano. Soberbio... sí señor.

—Fué lo primero que le encargué al arquitecto. «Tome usted de los monumentos de esta ciudad los elementos artísticos de la obra.»

—Todo ello, amigo D. Angel, por la sola razón de la forma, ya resulta simpático. Veo dos grandes cuerpos de edificio, independientes, unidos por arcadas á un cuerpo central... Aquí está la iglesia.

—Y los locutorios, y las dependencias administrativas, todo lo que es común...

—Ya, ya comprendo. Los cuerpos laterales son, como si dijéramos, ellas y nosotros. Aquí los religiosos; aquí las religiosas.

—Exactamente.

—¿Y qué advocación, señor mío?

—Cualquiera. Lo determinará otra persona.

—Ya... Aquí leo: *Puerta de la Caridad.*

—Sobre esa puerta habrá una campana que se toque desde fuera. Toda persona que necesite nuestros auxilios, ya por enfermedad, ya por miseria, ya por otra causa, llamará en esa puerta, y se le abrirá. Nadie será rechazado, á nadie se le preguntará quién es, ni de dónde viene. El anciano inválido, el enfermo,

el hambriento, el desnudo, el criminal mismo, serán acogidos con amor.

—Muy bonito, pero muy bonito. Váyame explicando. ¿Habrá en uno y otro sexo vida reglar, con profesión, votos...?

—Sí señor.

—Y para la turbamulta de asilados, refugiados, penitentes, ó como se les quiera llamar, ¿habrá número limitado de plazas?

—Para el auxilio inmediato y de momento, no pondremos limitación. Todo el que necesite socorro, por una noche, por un día, cama, abrigo, alimentos, lo tendrá. Luégo, el que quiera quedarse, se queda si hay sitio. Las puertas se abren en toda ocasión para los que quieran salir. Libertad completa. No hay rejas, ni aun para las personas profesas. El pueblo, la humanidad que padece física ó moralmente, entra y sale á gusto de cada individuo.

—Muy bonito, pero muy bonito. Otra cosa: ¿Y el sostenimiento...?

—Por de pronto, yo atiendo á todos los gastos de creación. He calculado bien, y me queda renta bastante para sostenernos durante algunos años sin ningún ingreso. Para proveer á las necesidades del porvenir, suponiendo que vengan ampliaciones, que establezcamos casas en otras partes, ó ensanchemos la de Toledo, admitimos limosnas y donaciones

entre vivos. No se admiten legados, ni ninguna donación en forma testamentaria.

—Bonito de veras. Se necesitará licencia pontificia, porque ofrece ciertas novedades de importancia la constitución de estas casas.

—Ya está pedida.

—Y los hermanos y hermanas congregantes, ¿á qué regla monástica se ajustan?

—Á la suya propia. Vida común; cada sexo en su casa, en contacto y familiaridad con los acogidos. No se excluye la vida puramente contemplativa en los que de ella gusten. Pero la misión principal de todos es el consuelo y alivio de la humanidad desvalida, según la aptitud y gustos de cada cual. Habrá hermanos enfermeros, hermanos penitenciarios...

—Y penitenciarias y enfermeras á la otra banda... Bonitísimo, sí; pero me parece, con perdón de usted, que se abarca demasiado. Los enfermos requieren salas aisladas...

—En nuestras casas se proscribe el aislamiento riguroso, y se prescinde de esas reglas anticristianas de la higiene moderna que ordenan mil precauciones ridículas contra el contagio. Se prohibe temer la muerte, y huir de las enfermedades pegadizas. El que se contagia, contagiado se queda, y si se muere, se le encomienda á Dios. No habrá más higiene que un aseo exquisito y las precauciones de sentido común.

—Y las dolencias morales, veo que también tendrán aquí su medicina, ó por lo menos su higiene.

—El tratamiento del cariño, de la confraternidad, de la exhortación cristiana, sin hierros, sin violencia de ninguna clase. El pecador que aquí venga no podrá menos de sentirse afectado por el ambiente de paz que ha de respirar. Si los medios que se empleen para corregirle no hallan eco en su corazón; si se rebela y quiere marcharse, no le faltará puerta por donde salir, con la ventaja de que pudo entrar desnudo y sale vestido, pudo entrar hambriento y sale harto. Descuide usted, que ya volverá.

—¿Y si el pecador es criminal, de los que caen bajo el fuero de la justicia humana?

—Si lo reclama la justicia, esto no es burladero de las leyes. Así como entran y salen los pecadores y los necesitados y los enfermos, la justicia tiene también la puerta franca. No se le disputa al César lo que le pertenece. Aquí, ni negamos consuelo á quien lo há menester, ni ocultamos al que no lo merece, ni vendemos á la justicia secretos de nadie. Nos entendemos con Cristo, y creemos trabajar por Él organizando nuestros auxilios en la forma que va usted viendo. Viene á ser esto la casa temporal de Dios, donde se entra por amor, se reside por fe, y se sale fran-

queando una puerta en cuyo frontón está la Esperanza, porque el que sale, fácil es que vuelva, y los que permanecen dentro ruegan por su vuelta y la esperan.

—Bonito, bonito á no poder más. *(Meditabundo.)* Sí, aquí veo una puerta que se llama *de la Esperanza.*

—Abierta está al costado del Ocaso, y por ella salen los que se cansan de estar aquí y son llamados de la liviandad ruidosa del mundo. La otra puerta, la de la *Caridad* ó del *Amor,* ábrese al Oriente.

—¿También simbolismo?

—El Oriente es la vida nueva. El Ocaso es una muerte transitoria, de la cual nos consuela la seguridad de la resurrección del día.

—Muy bien. Fáltame saber una cosa importante. ¿Y aquí los votos serán perpétuos ó temporales?

—Al entrar haránse por cinco años, siendo revocables al espirar este plazo. Pero en el grado segundo, ó sea al renovar los votos, hácense perpétuos.

—¿Habrá absoluta incomunicación entre los hermanos y hermanas?

—Absoluta en lo que se refiere á la vida interior. Pero asistirán juntos al culto, y podrán reunirse á ciertas horas en una sala ó locutorio donde conversen libremente. ¿Á qué ese miedo ridículo á la comunicación?

—No, si yo no he dicho nada.

—Hay además el capítulo ó junta general de la comunidad, que se reunirá cuando ocurra alguna duda sobre la aplicación de la regla, y en dicho capítulo tendrán voz y voto las mujeres lo mismo que los hombres.

—¿Y la indumentaria?

—Los hermanos vestirán el traje común eclesiástico fuera y dentro de la casa; las hermanas un hábito semejante al del Socorro. Quisiera que fuese enteramente blanco. Pero eso no es de mi incumbencia decidirlo.

—Pues, compadre Guerra, le diré con franqueza que lo que conozco de su fundación me gusta. No habrá nada, dicho se está, que indique desconocimiento de la jurisdicción ordinaria, nada que disuene dentro de las armonías del catolicismo.

—Cierto; así será. Si diferencias nota usted entre ésta y otras congregaciones poco menos modernas que la mía, son puramente de forma. En lo esencial, quiero parecerme á los primitivos fundadores, y seguir fielmente la doctrina pura de Cristo. Amparar al desvalido, sea quien fuere; hacer bien á nuestros enemigos; emplear siempre el cariño y la persuasión, nunca la violencia; practicar las obras de misericordia en espíritu y en letra, sin distingos ni atenuaciones, y por fin, reducir el culto á las formas más sencillas dentro

de la rúbrica; tal es mi idea. Soy un pecador indigno; espero redimirme con la oración, con este trabajo en pró de la humanidad y en nombre de Cristo Nuestro Señor. Mi alma llenóse de lepra: de ella me limpiará el amor en su acepción más lata y comprensiva, el amor, que como Dios es trino y uno, quiero decir, múltiple y uno, porque en diversas formas se enciende en el corazón de los humanos, pero es uno en esencia. Fuera distingos: el amor único y soberano vive y alienta en mí. En él hallarán calor todos los desgraciados que me busquen, vengan de donde vinieren.

—Don Angel, toque usted esos cinco—dijo Casado, estrechándole con efusión la mano.—Todo ello es muy bonito; pero... yo conozco el mundo y le advierto que ha de tener contrariedades, que no ha de faltarle oposición.

—Se vencerá. *(Con extraordinaria confianza.)* Lucharemos.

—Luchar, ¡ay! Buena falta hace. ¡Estamos tan muertos, espiritual y religiosamente hablando...! Convengamos en que los españoles, los primeros cristianos del mundo, nos hemos descuidado un poco desde el siglo XVII, y toda la caterva extranjera y galicana nos ha echado el pié adelante en la creación de esas congregaciones útiles, adaptadas al vivir moderno. Pero España debe recobrar sus grandes iniciativas.

—Cabal; esa es mi idea. *(Con entusiasmo.)* Inteligencia soberana la de usted, D. Juan.

—Sí, amigo mío. *(Acorde con el entusiasmo del otro.)* Esa invasión de hermandades de extranjis es una humillación para nuestro país. Ya me va cargando á mí tanto Sagrado Corazón, tanta María Alacoque, Bernardette, y qué sé yo qué. Sí señor, seamos claros: ¿no es una vergüenza que se haya despertado esa devoción de la Virgen de Lourdes, con romerías estrepitosas que son un río de ofrendas, mientras que nadie les dice nada á nuestras gloriosas advocaciones del Pilar de Zaragoza y del Sagrario de Toledo? ¿Y dónde me deja usted la venerable Guadalupe? Ya que España en todos los órdenes parece moribunda, renazca siquiera en el religioso, en que ha picado tan alto.

—Sí, sí. *(Con exaltación.)* Parece que soy yo quien habla por esa boca. Concordancia mayor de pensamientos no puede darse. D. Juan, abráceme. Aún no le he mostrado más que una parte de mis ideas. Saldrán á su tiempo las otras, que todavía están fermentando aquí, y espero que las aprobará y hará suyas. Y ahora, compañero, salgamos, que quiero esparcirme un poco y tomar el aire.

II

Salieron á recrear la vista en la hermosura del campo florido, ya con toda la lozanía y frescura de Abril, y Angel dió explicaciones á su amigo sobre las novedades que allí encontraba. Habiéndole propuesto en buenas condiciones la compra del cigarral colindante, no vaciló en adquirirlo para ensanchar sus dominios. Más que por su extensión, superior á la de Guadalupe, gustóle Turleque por su espaciosa casa, la cual, modificada en su distribución interior, podría servir de albergue cómodo para quince ó veinte personas. En ella pensaba el fundador instalar, por vía de ensayo, á unos cuantos infelices que, arrimados ya al calorcillo de su caridad, formaban parte de su familia doméstica y en cierto modo religiosa. Los albañiles que Casado vió al entrar trabajaban en la reparación del edificio de Turleque, recorriendo el tejado, armando tabiques y abriendo puertas y ventanas. En otra casa de la misma finca vivían los cigarraleros de ella, marido y mujer, ambos de ancianidad bíblica, que Angel no quiso despedir, aunque no los necesitaba.

Y que no faltarían habitantes para el retiro provisional de Turleque y Guadalupe, lo

probaba la prisa que algunos desheredados de la fortuna se daban para pedir albergue en él. Allí vió D. Juan á la ciega madrugadora, primera ocupante de la Puerta Llana, una hora antes de que se abriera la Catedral. Vió también á dos de los llamados *apóstoles*, uno de ellos cegato, cascarrabias y paticojo, el otro bastante tieso todavía; como que estaba ayudando á los peones que destruían la tapia divisoria de las dos fincas, y cargaba espuertas de tierra, despacito, eso sí, para no sofocarse. Hablaron con la ciega, que se dijo contenta en aquella vida; sólo echaba de menos la misita de alba que era su espiritual desayuno. «No apurarse, hermana—le dijo el amo,—que ya tendremos catedral.» La ciega dió las gracias sin poner ninguna expresión en su cara inmóvil, muerta, privada de todo signo de lenguaje fisionómico. Era joven y había perdido la vista á los doce años, de viruelas, que le dejaron el rostro como un rallo.

«Dios se lo pagará á usted, amigo D. Angel—le dijo el clérigo cuando á la casa volvían,—y le dará prosperidad en su empresa, y quizás victoria completa contra los enemigos que han de salirle.

—Allá veremos. Yo voy á mi fin, sin acordarme de que puede haber obstáculos... Pero todo esto, amigo D. Juan, honra y prez de la Sagra, no impide que almorcemos, porque

usted tendrá apetito, téngolo yo también, y no faltará en la despensa algún forraje que echar á la bestia.

—Hombre, me parece muy bien. El espíritu es un caballero que merece toda mi estimación; pero el cuerpo no es ningún hijo de tal, y debemos tratarle como de casa por los servicios que nos presta con sus piernas, llevándonos de aquí para allá; con sus brazos, alcanzándonos las cosas que están lejos; con su estómago, que es el laboratorio y almacén de fuerzas vitales, y por fin con esta olla, donde el pensamiento tiene su oficina. Démosle lo que pide... y pronto, señor castellano de Guadalupe y Turleque, pues he de volverme pronto á Toledo para tomar el coche de Cabañas, que sale á la una.

Almorzaron solos, porque D. Pito, no contando con que se anticipara la hora, se entretuvo toda la mañana en su cacería grillesca. No eran las doce cuando el cura feo salió de Guadalupe, y es fama que iba diciendo para su balandrán: «Muy bonito, Juan, muy bonito. Pero no te metas en esto. Allá él.»

Antes de llegar al puente, vió una figura negra y deslucida que hacia arriba presurosa caminaba, y cuando la tuvo cerca reconoció á D. Eleuterio García Virones con toda su humanidad descuidada y pringosa, sus hábitos en que la mugre de rúbrica se amasaba

con el polvo del camino, su desteñida teja echada hacia atrás.

«¿Viene de allá, Casado?—le dijo en cuanto estuvieron á distancia de poder hablarse. —Pues allá me voy yo, ¡carambo! harto ya de la vida. No puedo más, no resisto más. Usted, el hombre de las chiripas, que ha nacido de pié, no comprenderá mi desesperación.

—¿Pero qué le pasa, pedazo de...?

—Pues nada. Si le parece poco... Que nos prometieron, como usted sabe, el curato de Pelahustán, y acabo de saber que se lo han dado á otro. Así, como usted lo oye. ¡Valiente feo le han hecho á D. Angel! Había usted de oir las razones que da el Secretario, grandísimo mamalón... Ahora sale con que me darán el de Arisgotas cuando vaque, pues parece que anda mal de la vejiga el titular. De modo que tengo que estar pendiente de si al párroco de Arisgotas le cuesta trabajo ó no le cuesta trabajo hacer aguas menores. Estoy que bramo.

—Tenga paciencia, D. Eleuterio, y deje el bramar para los toros. Un sacerdote debe conformarse con la adversidad.

—La injusticia, la indecencia de no darme la plaza, habiéndosela prometido á D. Angel, me sacan de quicio. Voy corriendo allá, porque ya no puedo más con la adversidad, que á usted le parece tan bonita... ¡Carambo, ca-

rambómini! como no le ha visto la cara de cerca!... Pues D. Angel me dijo: «Carísimo D. Eleuterio, si le birlan el curato y se ve en gran necesidad, váyase á Guadalupe, donde tendrá hospedaje y manutención todo el tiempo que quiera.»

—Pues ande ligero, que está la mesa puesta.

—Voy, sí que voy. No más pobreza vergonzante, no más humillaciones en silencio. Vale más vestir el chaquetón de un hospicio. Que me quiten los hábitos. Para lo que me han servido, ¡carambo! Que me pongan un camisón y una soga á la cintura. Mejor, más comodidad. Que me suelten en el monte. Me basta con un pedazo de pan y cualquier bazofia caliente. ¡Qué delicia, qué descanso, Dios de Israel! ¡No pensar en que hay que mandar á la compra todos los días; no ocuparse de si salen sermones ó entran funerales, ni de si sube la carne ó bajan las misas, y olvidarse de que una peseta, por mucho que usted la sobe, no da de sí más que veinte perras grandes!

—Pues D. Angel le recibiría con repique de campanas, si las tuviera. ¿No sabe? Quiere poner capilla en Guadalupe. Me figuro que caerá usted allí como agua de Mayo.

—¡Ay, Juan, qué consuelo! Á este hombre le debían hacer arzobispo. Si me acoge, crea usted que no vuelvo á pasar el puente de San Martín. ¿Sabe lo que hice esta mañana, cuan-

do determiné venirme aquí? Pues le dije al ama que me sirve: «Señá Rosa, coja toda su ropa y la mía; métala en un saco y sígame.» Ahí detrás viene. Ya la encontrará usted con todos nuestros ajuares á la cabeza. *Omnia mea mecum porto.* Pues qué, ¿iba á dejar á la pobre señora en medio de la calle, una mujer apreciabilísima, viuda de un peón caminero? Creo que D. Angel me la admitirá, si me admite á mí. También me traigo... con ella viene detrás... el sobrinito que tengo conmigo, huérfano de padre y madre... ¿Le parecerá á D. Angel mucha familia?

—Hombre, no sé...

—¡Ay, el Señor sea conmigo! Siento no haberme anticipado, para cogerle á usted allí y tener un apoyo en el caso de ser mal acogido.

—No lo necesita usted. Vaya, corra y expóngale su situación con sencilléz ingénua y sin aspavientos... Y no le detengo más, que es tarde. Temo perder el coche...

Siguió camino abajo D. Juan, y camino arriba el angustiado Virones, que llegó á Guadalupe como un pavo, no tanto por el calor del viaje como por la ansiedad que le cortaba el resuello. Recibióle Guerra sin alardes de protección, y cuando balbuciente y cortado le manifestó el clérigo la impedimenta que traía, se echó á reir y le dijo con buena sombra: «Y el gato no viene también? Tranquilí-

cese, D. Eleuterio, que para todos habrá un rincón. Me alegro de poder darle hospitalidad con toda su gente. Luégo veremos de colocarle, si no es que prefiere seguir aquí. Por de pronto, instálese con su ama y su niño en esta casa del cigarralero de Turleque, en compañía de la señora ciega que usted ve sentada en aquella piedra, junto á las pitas.

Encantado de tan gallardo recibimiento, no sabía el mísero Virones cómo expresar su gratitud, y casi soltaba la moquita para echarse á llorar. «Dígame, señor y dueño mío, qué tengo que hacer aquí, pues en algo he de ocuparme, y los beneficios que recibo, en alguna forma he de pagarlos. En mi niñéz, como hijo de canteros, supe hacer pared. ¿Quiere que ayude á los que trabajan en la cerca?

—Si le gusta y le conviene el ejercicio corporal, puede ayudar á los canteros, ó bien traer tierra de aquel desmonte. Si prefiere la ocupación contemplativa, emplee mañana y tarde en esparcirse por estas fincas y la Degollada, que no está lejos. Si se cansa de leer en el entretenido libro de la Naturaleza, y prefiere los de letra impresa, ahí tengo algunos, que le franquearé cuando los necesite.

—No, libros no, ¡carambóbilis! Les tengo odio y mala voluntad. Ellos son los que me han perdido. ¡Cicerón infame, Séneca maldito!...

—Pues paséese, ó trabaje de peón ó albañil. Aquí disfruta de completa libertad, y cuando se aburra y quiera marcharse, solo ó con su séquito, se va usted tan fresco, sin más obligación que la de advertírmelo con dos palabritas: «me voy.»

—Paréceme sueño—dijo el cuitado sacerdote.—¿Es esto la edad de oro, la *felice* Arcadia, ó qué carambólibus es? D. Angel, bendiga el Señor sus santas intenciones. Dígame otra cosa: ¿qué vestido usaré? ¿me van á poner algún hábito?

—Vístase como quiera. Le prevengo que tendremos capilla, y que podrá celebrar...

—¡Celebrar! *(Con desabrimiento.)* También había tomado odio al oficio... Pero, en fin, lo que usted disponga. D. Angel, yo le seré muy poco gravoso. Tanto yo como la señora Rosa, que es persona muy cabal y circunspecta, estamos hechos á la sobriedad sin melindres. Por mi estampa y este color sanguíneo, créenme algunos glotón. Pues nada de eso. Apenas como lo necesario para sustentarme, y resisto hambres calagurritanas, si es menester. ¡Lo mismo que la fama de borracho que me han dado mis enemigos! Yo le juro á usted que es calumnia, y que no bebo más que agua.

—Mejor.

—El único vicio que tenía en mis tiempos juveniles era jugar á la barra.

—Aquí puede tirar todo lo que quiera.

—Y entiendo un poco de animales, pues estudié un año de albéitar, y el tío que me crió era el mejor veterinario del partido de Orgáz.

—Me alegro. Eso me conviene. Va á resultar que el amigo Virones es un estuche. ¿Le gustaría ponerse al frente de una escuela de párvulos?

—No me pregunte cuál es mi gusto, sino dígame el suyo para mirarlo como mandato. Albañil ó cantero, cura de almas ó albéitar, jugador de barra ó maestro de escuela, soy su criado humilde.

En esto llegaron el ama, desgarbada, escueta, tímida y sin ninguna gracia, y el sobrino, la más gallarda, la más interesante estampa de chiquillo que se pudiera imaginar, lindo como un ángel, con cierta gravedad melancólica en su rostro murillesco. Fueron bien recibidos, y el propio Virones les notificó la vida libre, cómoda y placentera que todos se iban á dar en aquel campo hermosísimo. Creyeron, como lo había creído el clerizonte, que soñaban. Parecióles aquello el final obligado de todo cuento infantil: «Después de tantos trabajos y fatigas, recibióles el Rey en su corte, les colmó de favores y obsequios, y todos fueron tan felices.»

III

A los pocos días de aquella campestre actividad y de casi contínuo vivir al aire libre, mejoró notablemente el estado nervioso del neófito, que dormía bien, y ni de día ni de noche volvió á tener alucinaciones, como el encuentro con su propia imagen vestida de cura. Adquirió su alma una serenidad apacible, en la cual veía claramente los nuevos horizontes de su vida. Sentíase fuerte contra las tentaciones, y aun robustecido por la lucha para combatirlas y vencerlas. El estado eclesiástico que pronto abrazaría, representábasele como el más hermoso, el más perfecto, el más adecuado á las ansias de su espíritu, y cuando atrás volvía los ojos para echar un vistazo á su vida pretoledana, sentía tal repugnancia, que antes quisiera mil veces la muerte que volver á ser lo que fué y á pensar lo que entonces pensaba.

El constante trato con sus huéspedes, amigos ó hermanos, servíale de distracción y enseñanza, pues observaba sus caractéres, sus buenos ó malos hábitos, y de ello inducía reglas prácticas para lo porvenir. Á los dos días de residir en Turleque, D. Eleuterio Virones se había convertido en el más desaforado ganapán que jamás se vió en aquellos campos.

No pudiendo resistir á la instintiva comezón de ejercitar su titánica fuerza, cargaba piedras enormes, poniéndolas al pié de obra, hacía pared, ayudaba á Cornejo en algún trabajo agrícola, se encaramaba en las techumbres para colocar tejas, y era, en fin, de suma utilidad. Y no le hablaran á él de libros, ni de latines, ni de cosas espirituales ó sabihondas. No le hablaran tampoco de embobarse delante de una puesta de sol, ni de poner los ojos en blanco porque olían los tomillos ó cantaban los pájaros. No era poeta, ni entendía de tales cosas. Así pues, aunque se llevaba muy bien con D. Pito, no concordaban en sus gustos y aficiones, pues si al capitán no le daba el naipe por el trabajo físico, ni por la constructividad, Virones no se divertía cogiendo grillos, ni saltando de peña en peña, ni hocicando en los espesos matorrales por ver si había nereidas de refajo escondidas en ellos.

En buena armonía con la cigarralera de Turleque, doña Rosa preparaba la comida para los acogidos y arreglaba la casa y las camas. Con Jusepa no se llevaban bien ni el ama de Virones ni ninguna otra hembra del lado de Turleque, porque Jusepa era geniuda, envidiosa, con más púas que una zarza, y como animal doméstico acostumbrado á campar solo en la finca, gruñía y mordisqueaba

á los intrusos. Igual inquina sentía Cornejo hacia toda aquella tropa advenediza, que no iba allí más que á estorbar: pero no dejaba traslucir sus rencores delante del amo.

De los dos *apóstoles*, el paticojo gruñía sin cesar, por si doña Rosa y señá Liboria, que tal era el nombre de la cigarralera de Turleque, no le daban ración tan grande como él creía merecer. Cuando no devoraba el tío aquel, echaba sapos y culebras por su boca desdentada. Había sido carretero, llamado por mal nombre *Maldiciones*. El otro, todo humildad y compostura, tenía cara de santo, pareciéndose mucho, pero mucho, al retrato del Maestro Juan de Ávila, obra del Greco, que es una de las mejores galas del Museo Provincial: la misma expresión de simplicidad piadosa, de modestia, de ternura inefable. Llamábanle Mateo á secas. Si este infelíz no daba nada que hacer, su compañero traía revuelto todo el cotarro. Una mañana, la ciega fué á D. Angel con la requisitoria de que la noche anterior el *apóstol* le había hecho proposiciones amorosas de lo más indecente, amenazándola con una mano de palos si no se dejaba seducir. El amo llamó aparte al pérfido, y le echó una peluca como para él solo. Pero en vez de humillarse, Maldiciones se plantó, diciéndole con la mayor insolencia: «Para lo que usted me da, ¡cójilis!... Mátanle á uno de

hambre, y luégo le piden virtud... ¡re-cójilis!»

Recogió sus alforjas vacías, y se fué. No podía vivir sino en la mendicidad vagabunda, y sentía la nostalgia de las puertas de las iglesias, en las cuales llevaba veinte años de honrada profesión de cojo. Por una irónica fatalidad, la pobre ciega llamábase Lucía. Su única exigencia era que la dejaran ir á oir misa, y tomando por lazarillo al sobrinuco de Virones, íbase á Toledo los domingos y algunos días de precepto. No tenía más familia que una hermana, mujer de un trabajador de la Fábrica de Espadas, hombre de poca cristiandad, según decía, que la consideraba como carga difícil de llevar, por lo que era felíz *en su nueva posición,* sin más familia ni más amos que Dios y el señor de Turleque y Guadalupe.

El chiquillo de Virones (sobrino se quiere decir, y lo era realmente), la más preciosa adquisición de la flamante hermandad, tenía todo el desarrollo propio de sus seis años, cosa rara en estos tiempos de raquitismo: su perfecta hechura de cuerpo, su rostro de peregrina belleza recordaban los inspirados retratos que hizo Murillo del Niño Dios, de ese niño tan hechicero como grave, en cuyos ojos brilla la suprema inteligencia, sin menoscabo de la gracia infantil. Para mayor encanto llamábase Jesús, y no era ésta la última coinci-

dencia: había nacido en un pesebre, yendo su madre de Cuerva á Mazarambróz en una fría noche de Febrero. D. Eleuterio contaba el caso con prolijidad; como que acompañaba á su hermana María (ya viuda del Secretario del Ayuntamiento de Ajofrín) en aquel trance mal previsto, pues la señora se equivocó en la cuenta, y no creía librar hasta Marzo. Unos pastores les prestaron auxilio, llevándoles alimento. Á no ser por la fecha y porque no vinieron reyes de Oriente, ni tampoco de Occidente, el caso habría ofrecido, según Virones, una perfecta semejanza, en lo accidental, con el nacimiento del Redentor del mundo.

Encantaban á Guerra la dulce seriedad de aquel niño, su quietud, su docilidad, sus travesurillas, de lo más cándido que puede imaginarse, su lenguaje claro y con acentos de misteriosa ternura. Manso como un cordero, se habría dejado castigar sin protesta, si hubiera sido alguna vez merecedor de castigo. El amo le llevaba de la mano, pareciéndose al San José del Greco que decora la capilla de Guendulain; sólo que le faltaba la capa amarilla con que la iconografía cristiana viste al carpintero de Nazaret. Se entretenía conversando con él, y á veces, quizás por espejismos de su propio pensamiento, encontraba cierto sentido profundo y simbólico en lo

que el chiquitín decía. Un buen rato consagraba diariamente á darle lección de lectura y escritura, en su despacho, tarea sumamente grata, porque Jesús era la misma obediencia, se aplicaba un poquitín, y al trazar con sus dedos rígidos el palote ponía unos hocicos muy monos. Expresaba su cansancio suspirando, por no atreverse á manifestarlo de otro modo, y entonces el maestro le mandaba á jugar.

El resto del tiempo consagrábalo á madurar su proyecto, y á discurrir sobre los inconvenientes que cada día iba descubriendo en él. La última visita de D. Juan habíale dejado la impresión de que alguna particularidad importante no gustaba al sagreño, á pesar de los elogios que al conjunto y á la idea tributó con más cortesía que sinceridad. Esto le traía intranquilo, y no cesaba de pensar en ello, ya manteniéndose firme contra la rutina, ya inclinándose á la transacción. «No sé qué razones de peso pueden oponer á mi plan de instalar cada sexo en sendas alas de un edificio, unidas por la fraternidad, separadas por la decencia. Esta prevención contra la proximidad de hombres y mujeres, es quizás la causa de la mayoría de los escándalos que ocurren en el mundo. ¿Á qué ese temor? ¿Á qué ese alejamiento absurdo, con tantísima reja y con el valladar de la distancia? El trato honesto,

la decente aproximación son mejor defensa de la virtud que los desvíos huraños. Contra tales rutinas tengo yo que sostener una lucha, en la cual no pienso ceder ni un ápice de terreno. La verdadera santidad no se asusta de la vista y trato entre personas de distinto sexo: al contrario, más expuesta es la soledad soñadora. Hizo Dios al hombre para la sociedad, y en ella es mayor mérito la pureza... Por consiguiente, diga lo que quiera Casado, no habrá quien me apee de esto... Es fácil que clamen: «escándalo, escándalo», y que alguien intrigue para que no me concedan la autorización indispensable. Pero no me importa. Lucharemos. Ya sabré dar mis razones. ¡Pues no faltaba más!... *(Exaltándose.)* La mujer es la gala de la Naturaleza, el encanto del hombre así en la vida casta como en la que no lo es. La razón, que es el hombre, no daría de sí jamás ningún fruto, sin que el sentimiento, ó sea la mujer, no la alentara y encendiera. Sin mujer, somos como lámpara vacía y sin mecha. La castidad, el más perfecto y sublime estado, no es tal castidad, no es virtud, no es nada, sino en la comunicación decente de los dos sexos. Para luchar con el mal social, se necesita del conjunto de todos los elementos sociales. Aislándonos, no valemos nada. La noción primera del amor no surge sino en medio de la vida, en el inmenso

escenario poblado de seres distintos, y en el tumulto de las varias pasiones que los unen y los separan. Tanta reja, tanta precaución y tanto encierro entre paredes, extinguen la fuente del amor. En cambio, el trato social y la castidad misma, aunque extraño parezca, la enriquecen de aguas purísimas. Esto diré yo á los rutinarios y cortos de entendimiento que escrupulicen sobre el particular. Defenderéme con brío, y mis ideas prevalecerán pese á quien pese.»

IV

Llegada Semana Santa, se suspendieron los trabajos, con gran disgusto de Virones, que, según decía, *estaba en su elemento* cargando peñascos y abriendo cajas de cimientos. No quiso ir á Toledo ni á tiros, y se pasaba el tiempo trayendo leña de la Degollada. En cambio, el *apóstol* Mateo decidió echarse á pechos todas las funciones de la Semana Mayor en la Catedral, y aunque se sentía lastimado en su amor propio, por el desprecio que el Cabildo hizo de su persona en la elección de los trece pobres para el Lavatorio, no le fué difícil perdonar tamaña injusticia.

La ciega también quiso ir á la Catedral, y Jesús servíale de lazarillo, no muy á gusto, la verdad sea dicha, porque el señor le había

dado para que jugase un cabritillo precioso, blanco y saltón, y todo el santo día se lo pasaba el chico con su animal atado de una cuerda, paseo arriba paseo abajo, estimándole más que á las niñas de sus ojos. El niño y la bestiezuela graciosa hacían un grupo encantador.

Guerra fué el domingo á la función de las palmas, cuya solemnidad melancólica le embelesó. D. Francisco Mancebo llevóle á un buen sitio del presbiterio, desde donde pudo ver y oir cómodamente la lectura de la *Pasión,* verdadero paso escénico, lleno de austeridad majestuosa. En él, la liturgia no se contenta con el simbolismo del ritual ordinario, y aspira á producir las desgarradoras emociones del drama. Angel no quitaba los ojos de los tres sacerdotes que en diferentes púlpitos, y revestidos de alba y estola atravesada, dialogan el texto evangélico, haciendo el uno de Cristo, el otro de Evangelista, y el tercero de Turba. No necesitaba seguir las palabras de San Mateo en el breviario de Semana Santa que Palomeque puso en sus manos, porque había leído el Evangelio detenidamente la noche antes, y la voz clara y bien modulada de los tres cantores permitía la fácil inteligencia del texto. Durante todo el tiempo que duraron las recitaciones, su emoción fué tan honda que apenas respiraba, y cuan-

do oyó cantar el *emisit spiritum*, se le puso un nudo en la garganta y sintió un dolor agudísimo en el corazón. En todo aquel día, repitiendo con fácil retentiva la salmodia, no pudo desechar su oído la vibración de la robusta voz del capellán salmista que cantaba por Cristo.

Á la conclusión tuvo la mala suerte de tropezarse con D. León Pintado, con Felisita, con doña Mayor y María Fernanda, que le entretuvieron, le marearon y no le dejaron paladear libremente toda aquella miel mística que había libado en la patética ceremonia. Obsequióle el Deán con un palmito, que fué cedido á Teresa Pantoja, y á Guadalupe se llevó el que le regaló Mancebo. Por éste supo que Leré prestaba servicio en una casa pobre del cerro de las Melojas, asistiendo á una mujer á quien habían cortado los pechos, esposa de un obrero de la Fábrica de Espadas, llamado Zacarías Navarro, hombre hábil pero muy pendenciero, trapalón y algo sacerdote de Baco.

Al retirarse al cigarral con Jesús y la ciega, ésta le refirió mil particularidades de su familia, por las cuales vino á comprender que el domicilio pobre donde actuaba de enfermera la divina Leré, no era otro que el de la hermana de Lucía. Para cerciorarse dióle las señas, y ella contestó:

«Sí señor, me dijeron que la hermanita es una á quien se le zarandean los ojos: y cuentan que es santa.

—Según mis noticias, el cuñadito de usted debe de ser hombre muy dado á camorras.

—¿Pues por qué me salí yo de allí, señor de mi vida, sino porque no le podía aguantar? Y el caso es que María Antonia, ¡la mi pobre! para la operación que le han hecho, está mejor allí que en el hospital. La hermanita tiene mismamente los serafines dentro del cuerpo. ¿Sabe, señor? El cura de San Andrés fué quien la llevó. Pero Zacarías es muy cabezudo, y aunque habla poco, da más guerra...! ¡Qué cáscara de hombre! Lo sabe ganar cuando quiere, porque es muy mecánico de suyo; pero ahora está, como quien dice, más allá de la cuarta pregunta. Ni viendo á su mujer como la ve, y la casa tan revuelta, y los niños sin más madre por hoy que la hermanita, no se cura de sus mañas, y siempre anda entre mala gente.

En estas y otras informaciones menos interesantes pasaron el camino, y en Turleque encontraron á Virones jugando á la barra, y ganando á cuantos con él, en tan vigoroso ejercicio, se atrevían á contender. D. Pito era el menos afortunado de la partida, lo que le tenía furioso. Todo lo soportaba menos ser vencido por un clérigo en empuje de brazo,

y se amoscaba cuando los espectadores se reían de su flojedad. Tatabuquenque era el único capáz de medir sus fuerzas con D. Eleuterio; pero no le llegaba ni con mucho. Viéndose el último, D. Pito no hacía más que despreciar los ejercicios corporales, ensalzando los del entendimiento, y sosteniendo que la idea más trivial de un tonto vale más que todas las proezas gimnásticas de atletas de circo y curas gigantones.

El lunes volvió Guerra á Toledo con Mateo, llevándose por delante á Jesusito y á la ciega. Á ésta le encargó fuese á visitar á su hermana, por enterarse de cuanto allí ocurría y de si trataban bien á la enfermera. «La función de hoy en la Catedral no tiene nada que ver ni menos que oir. Váyase al cerro de las Melojas, y llévese al chiquillo. Pero no tarden mucho, que luégo estaré con cuidado. Al medio día les esperamos en el puente de San Martín, para volvernos juntos á casa.»

Fueron allá Lucía y el Niño Dios, después de oir misa en San Juan de los Reyes, y les recibió Leré, á quien contaron que vivían en el cigarral con D. Angel, lo que interesó mucho á la hermanita. Mil preguntas les hizo de la vida Guadalupense y Turlequina, de la gente que allí moraba, de los edificios que iban á construir, á lo que respondía Jesús con grandísimo tino y discreción: «Ahora no

estamos haciendo más que paderes, para que no salte nadie á robarnos la fruta, y dimpués vamos á hacer unas casonas mu grandes, donde habrá curas, monjas y sacristanes... Yo tengo un cabrito que entiende todo lo que le digo... Por la mañana tomamos chocolate, al medio día nos ponen tajadas y sopa, higos pasados y nueces; por la noche tajadas otra vez y ensalada de escarola, que á mi tío le gusta mucho... Mi ama Rosa, que sabe de sastra, le está haciendo una chaqueta nueva àl Sr. Mateo. D. Angel llevó de Toledo la tela... Don Angel me da lección, y dice que yo sé mucho, y que voy á ser un sabio, y qué sé yo qué... Hay uno allí que le llaman Sr. de Pito, que era el que pasaba la barca en unos ríos grandes de agua que llaman la mar, y tiene mal genio... Anda dando trallazos á los árboles y á las piedras, y dice que se... casa con los Reyes Magos.»

Leré no podía tener la risa oyendo estas inocencias, y le dió mil besos, admirada de su hermosura y gentileza. Dejóle jugando con los niños de María Antonia, y se fué á sus quehaceres. Lucía encontró á su hermana muy abatida, prisionera en el lecho, llena de vendajes que no la dejaban moverse, circundada de horror y pestilencia. Gracias á la prodigiosa enfermera y á su omnímoda disposición, apenas se conocía en la casa la te-

rrible situación de su dueña. Tempranito barría Sor Lorenza toda la casa, preparaba el desayuno para Zacarías y el almuerzo que había de llevar á la Fábrica. Después levantaba á los niños, hembra de seis años y varoncillo de dos, les lavaba, les vestía, les daba de comer, y sin descansar de esta faena, á la alcoba de la enferma á curarle las terribles heridas, á darle los medicamentos, á oir las órdenes del médico para ejecutarlas puntualmente. «Si estas mujeres no se van derechas á gozar de Dios—opinaba María Antonia,—no sé yo quién ha de ir. Como si no le bastara con asistirme, me acompaña, procura distraerme, reza conmigo, me cuenta cuentos, me anima, me alienta...»

Extrañó Lucía el sentir pasos como de hombre en la habitación alta ó desván de la casa, y María Antonia, después de vacilar y desmentirse varias veces, le dijo en baja voz: «Pues sabrás... Pero esto es un secreto, y no lo has de contar ni á tu sombra. Me temo que Zacarías, mala y todo como estoy, me arme un zipizape. Ahí arriba tenemos á un amigote suyo, que está escondido porque anda buscándole la justicia. Le llaman Fausto, y sabe de hierros y máquinas tanto como mi marido. No sé qué diabluras ha hecho que le quieren meter en chirona... La verdad, molesta poco; pero siempre estoy sobre ascuas, no sea que...

(*Alzando la voz.*) Hermana Lorenza, ¿le ha dado de almorzar al bergante de arriba?

—¿Qué años hace?—dijo Leré risueña, entrando de la habitación próxima.—Ya se ha puesto entre pecho y espalda una chuleta como la rueda de un carro, y todo el vino que había. ¡Qué risa con el hombre! No hace más que dar patadas y echar mil herejías indecentes por aquella boca... y que el juez es un pedazo de tal. ¡Pobrecillo! Yo le digo que sea bueno y no haga picardías. Pone la cara muy afligida y me contesta: «¿Por qué cree usted que me persiguen? Pues porque quiero hacer un gran bien á la humanidad y sacarla de la esclavitud. Aquí donde usted me ve, soy un *petit* Mesías. Pero los hombres... ¡qué atajo de animales! se los come la envidia y no me dejan funcionar.

—Buenas funciones serán las suyas—dijo la enferma con desfallecimiento.—Pero este marido, ¡qué incumbencias me trae!... Y que estoy yo para bromas, hecha una carnicería...

—Pues oiga—añadió Leré, riendo.—Esta mañana va y me dice: «Compañera, si usted quiere, le puedo dar la clave para averiguar los números que han de salir premiados en la Lotería. De modo que si no se saca el premio gordo es porque no le da la gana.» Me eché á reir. «Si á mí ya me cayó—le respondí.—Buen tonto es usted si sabiendo el intríngulis,

no tiene ya en el bolsillo todo el dinero del Gobierno.» ¡Pues si le vieran cuando le da por tirarse de los pelos y echar maldiciones...! Yo le riño, le digo mil barbaridades, y concluye por echárseme á reir. Me pide papel y tinta, se lo llevo, y se pone á hacer garabatos, rúbricas, firmas y unas escrituras tan monas, que parecen de letra antigua. Á lo mejor se vuelve tierno. Me dice que yo soy santa, y que él también lo sería... si tuviera dinero.

—¡Valiente trápala!—murmuró la ciega, y ya no hablaron más del huésped. Lleváronle á María Antonia los niños para que los acariciara sin aproximarlos á su cuerpo herido, escena por demás triste y conmovedora. Por fin, retiráronse Lucía y su lazarillo, tomando el camino del puente de San Martín, donde el señor de Guadalupe les esperaba. Todo el resto del día estuvo Leré trajinando en la casa, sin un momento de descanso. Los ratos que no pasaba junto á la enferma, asistiéndola con manos blandas y espíritu de excelsa caridad, empleábalos en sus rezos y meditaciones, ó en entretener á la paciente con charla de cosas santas, dulcemente festivas y consoladoras.

Al anochecer llegó Zacarías, hombre de buen ver, recio, delgado y flexible como el puro acero, la faz morena, algo impregnada de ese tizne lustroso que no pueden desechar

los que trabajan en hierro; los ojos como ascuas, reflejando siempre las chispas de la forja sobre el negro profundo del carbón; más vivo de genio que de lengua. Acarició á los chiquillos, sentado junto al lecho de su mujer, haciéndose el cariñoso, en realidad más compasivo que amante, y mostró esperanzas (que no tenía) de verla pronto curada. Fué después cautelosamente al desván del recluso, con quien estuvo charlando más de media hora, en tanto que Leré le arreglaba la comida, y bajó con cara fosca y mirar atravesado. Mientras comía no desarrugó el ceño. Chupando un cigarro salió á la puerta, y examinó cuidadosamente la calle, como receloso de que alguien vigilaba su morada.

María Antonia dormía. Leré rezaba, de guardia junto al lecho. Zacarías la llamó con un ps, ps, y llevándola á un rincón de la salita, le habló en esta forma:

«Hermana Lorenza, me parece que fisgonea la calle uno de policía. Si alguien ha llevado el soplo, y ese alguien es usted...

—¡Yo! Déjeme en paz. Yo no llevo soplos, bien lo sabe Dios.

—Ya, ya sabemos que va para santa. Por tal la tengo. Pero podría creer que la santidad... pues... obligaba á denunciar... Este amigo mío es un chico honrado.

—Mejor. ¿Y á qué me viene usted á mí con

esa historia? Yo estoy aquí para cuidar á su pobre mujer. Si mi asistencia no le conviene, me retiro.

—No, no es eso: de la asistencia no hay queja... (*Agarrándole un brazo y apretándoselo como con tenazas.*) Pero así y todo, ¡Dios! si usted lleva el cuento de mi amigo, ¡Dios! yo no reparo, y sin dejar de mirarla como santa, como ángel y como todo lo que se quiera, ¡Dios! le corto á usted el pescuezo.

—Ea, suélteme el brazo, que me duele, pedazo de bruto—respondió Leré, animosa.—Yo estoy aquí cumpliendo con mi deber y sirviendo á Dios, y no temo nada, pero nada, ¿lo entiende usted? porque Dios vela por mí; y ni usted me ha de cortar la cabeza, ni se ha de atrever tan siquiera á rasguñarme con la punta de un alfiler. ¿Qué modos son esos, Zacarías? ¿Qué es eso de cortar pescuezos? ¡Ah, pensaba el muy tonto que yo me iba á poner á temblar y á dar chillidos! Más miedo le tengo á una pulga que á usted.

—Si no hay soplo, nada digo... (*Desconcertado.*) Era un supongamos. No hay ofensa, ¡Dios! Portándose bien...

—No es usted, el bobo de Coria, quien ha de juzgar mi comportamiento. Ea, bastante hemos hablado. Es tarde: acuéstese, que aquí no hace ninguna falta.

—¿Pero también vela usted esta noche?

—¿Pues para qué estoy aquí? He dormido la siesta. Más cansado está usted que yo, con la cabeza más caliente. Váyase á la cama, y déjenos en paz.

—No tengo sueño.

—Pues entreténgase en afilar el cuchillo con que me quiere descabezar.

—Bien afilado está—gruñó Zacarías, sacando de debajo de la blusa una faca tremenda que abrió, mostrando la brillante hoja, cuya sola vista causaba estremecimiento de las carnes, cual si éstas presintieran la fría desgarradura del corte. Los ojos de Leré pestañearon ante el espantoso acero, como aves que aletean asustadas, y su rostro palideció un poquitín, pero nada más que un poquitín.

—No crea que tengo miedo—le dijo dominándose.—Pero guarde el chisme ese, que María Antonia me parece que ha despertado. Buena se va á poner si oye las gracias de su querido esposo. Váyase á dormir la mona, y mañana tempranito, con la fresca, entra y... aquí me encontrará, ya con la cabeza preparada para que me la corte. Ea, buenas noches.

El bárbaro aquel se introdujo, rezongando, en el lóbrego mechinal donde dormía, y Leré contó todas las horas de la noche junto á su enferma, que tuvo ratos larguísimos de insomnio y crueles sufrimientos.

V

No esperó Angel á llegar al cigarral para hacer á Lucía y su acompañante preguntas mil. Como se le había encargado el secreto, la ciega no mentó al pajarraco que en la vivienda de su hermana se escondía. Jesús fué sometido á un prolijo interrogatorio. «Qué has visto? Á ver; cuéntame.

—Una monja.

—¿Y cómo era?

—Bonita.

Guerra se detuvo en el camino más de una vez para mirarle atentamente, escrutando sus pupilas de Niño Dios. Creía distinguir en el fondo, muy en el fondo de ellas, la imagen de Leré, del tamaño de un cañamoncito.

«Y no te dijo nada?

—Me preguntó que si era amigo tuyo.

—Tú le responderías que sí. ¿Y no te dió nada?

—Pan y cinco pasas... Adentro había una mujer mala.

—¡Una mujer mala!

—Sí, acostada y llorando, porque le han cortado el cuerpo... No, el cuerpo no... esto.

—Ya.

Jesús se cansaba de la caminata, y Mateo

se lo echó á cuestas. Resultaba un auténtico San Cristóbal, *Christo ferens.*

El miércoles volvió Guerra á la Catedral para oir la Pasión según San Lucas, y aquel día, el hermoso canto impresionóle aún más que el domingo. Al oir la robusta voz del Cristo diciendo: *Filiæ Jerusalem, nolite flere super me, sed super vos ipsas flete, et super filios vestros*... no pudo reprimir las lágrimas; y cuando el pueblo, por boca de los seises acompañados de fagot, clamaba: *Tolle hunc et dimitte nobis Barabbam... Crucifixe eum...* le faltó poco para perder el conocimiento. Al concluir, sudor frío mojaba su frente. Cerrando los ojos, y concentrando el pensamiento, veía la escena del Calvario, clara y viva, y la majestad inenarrable del Dios sacrificado, los ladrones retorciéndose en sus cruces, tumulto y confusión en la tierra circunstante, el cielo lleno de congoja y tinieblas.

El jueves madrugaron para no perder nada de la imponente festividad *In cœna domini.* Á las ocho empezaba con el Lavatorio; seguían la misa y comunión general, luégo el acto de bendecir los óleos, y la procesión con *Pange lingua* para encerrar el Sacramento. Como era día de tanto barullo, y el regreso había de ser muy tarde, porque la ciega no quería perder el sermón del Mandato, Angel determinó que no fuera Jesús, y que antes de ano-

checer saliera con su cabritillo á encontrarles. Pusiéronse, pues, en marcha tempranito. Mateo iba delante con la cigarralera de Turleque, ávida de contemplar el Monumento y de visitar diez ó doce Sagrarios; detrás Guerra con la ciega, á quien servía de lazarillo, practicando así la humildad sin ninguna afectación. La gente que encontraban por el camino se reía del grupo, y algunos no pudieron menos de considerar que el señor de Guadalupe había perdido el seso. Mateo y Liboria andaban tan á prisa, que al llegar los otros al puente se habían perdido de vista. Entraron Lucía y su conductor en la Catedral poco antes de las ocho, y ya campeaban los trece pobres en el tablado del crucero, vestidos de blanco, con una especie de toalla por la cabeza. Parecían realmente hebreos de los tiempos bíblicos. Colocada la ciega en sitio donde pudiera enterarse bien, Guerra se subió al presbiterio, no sin que le atisbara D. Francisco, que oficiosamente acudió á saludarle y á ofrecerle breviario. Por él supo que la familia no tenía novedad, y que el mónstruo le había pegado tal mordisco á su tía que por poco le arranca el dedo. Ello fué un movimiento instintivo, como los de los perros cuando alguien les quita la comida. También se tropezó con Ildefonso, ya tan disgustado de la sotana roja, que no veía las santas ho-

ras de ahorcarla para entrar en el colegio.

Durante la misa y comunión general, el presbiterio era un ascua de oro. La riqueza y arte supremo de los accesorios del culto concordaban con la hermosura del ritual. El prefacio de la Santa Cruz que en tal día se canta elevó el alma del neófito á las más altas esferas de la poesía religiosa, y prosternado repitió el *Sanctus, Sanctus*. Antes de empezar la bendición de los óleos, en una tregua ó descanso de las complejas ceremonias de aquel día, fué visitado otra vez por Mancebo, el cual le dijo: «Ya, ya sé que tiene usted allá al bueno de Virones. Es una obra de caridad que el Señor ha de premiarle. Y que le será útil el tío, porque para tirar de un carro no hay otro.»

En la cara y en el acento se le traslucía el desconsuelo por no ser partícipe de los beneficios que el fundador de Guadalupe entre los necesitados tan generosamente repartía. No supo disimular la tristeza que el favor de Virones le causaba, y cuando Guerra encareció la pobreza de éste, se aventuró á decir: «Desgraciado es sin duda alguna. Pero otros le dan quince y raya, no sólo porque miran más al decoro y se avergüenzan de la miseria zarrapastrosa, sino porque llevan sobre sí mayor carga de familia y se ven rodeados de increíble número de bocas.»

Angel sintió que ante el anciano clérigo, sustentador de tanta familia, se le redoblaba el anhelo humanitario de que se hallaba poseído. Por aquellas fechas, la exaltación mística encendía en su corazón un desatinado amor á la humanidad, inspirándole deseos ardientes de remediar toda desventura, de perseguir el mal, y derramar tesoros de bienestar y alegría entre toda clase de gentes. Quería que nadie padeciese de necesidad ó de escaséz, que todos viviesen gozosos, con la corta medida de bienes que á cada humano corresponde. Habiendo calado con perspicacia de hombre de mundo las aspiraciones de Mancebo, ¿cómo no satisfacerlas, cuando tan fácilmente le conmovían necesidades m nos abrumadoras y postulantes de menor mérito? El fervor humanitario se desbordó en su corazón, y no pudo menos de decir: «Amigo don Francisco, perdóneme si antes no le he dicho que necesito de su cooperación. Usted vale mucho; yo necesito que me ayude.

—Sr. D. Angel—replicó Mancebo balbuciente, viendo abrirse ante sí las puertas del cielo,—ya sabe que puede disponer de mi inutilidad.

—Fuera modestia. Usted es hombre de grandísimas disposiciones para administrar, y además un santo varón...

—Don Angel, no me avergüence con tantos

elogios. *(Casi llorando.)* Ordéneme lo que guste... Precisamente me he puesto ahora tan bien de la vista, que podré desempeñar... Y aunque viejo, conservo el caletre como un reloj para todo lo que es traqueteo de números.

—Cuento con usted. Cuando le sobre un rato, váyase por Guadalupe.

—Con alma y vida... Dispénseme ahora... Tengo que ir al coro... Hablaremos...

Salió del presbiterio tan ágil como si le hubieran quitado treinta años de encima. El crucero ofrecía un aspecto de magnificencia oriental. Los curas de todas las parroquias, vestidos de casullas ó dalmáticas blancas, desfilaban ante las ánforas entonando tres veces el *Ave sanctum oleum.* El acto resultaba lento, teatral, deslumbrador. Pero como grandiosidad patética, nada podía compararse á la procesión, con el incomparable himno *Pange lingua.* Allí se sintió Angel en la plenitud de su vocación eclesiástica, se reconoció definitivamente admitido en el apostolado de Cristo, y digno de que á sus manos descendiera el cuerpo vivo del Redentor. Desprendido ya de las últimas costras de la materialidad terrestre, era todo espíritu, todo amor á Dios Omnipotente y á su hechura la mísera humanidad redimida. Al concluir la ceremonia, delante del Monumento alumbrado con millares de luces, y que fulguraba en el fondo de la nave obscu-

ra, entre terciopelos de color de sangre cuajada, hallábase como suspenso, respirando en esferas y regiones muy distantes de las humanas.

Lucía y Mateo se fueron á recorrer las estaciones, y él les siguió de lejos. En poco tiempo visitó bastantes iglesias de conventos, con toda la cera de sus sagrarios encendida, las ventanas tapadas para rodear de dulce obscuridad la urna resplandeciente. Algunas ostentaban paños estupendos, tiestos de flores y objetos de peregrino valor artístico. En todas reinaban un silencio y reposo dulcísimos que infundían la idea de profunda veneración al misterio. «Misterio» decía el centelleo de las luces, formando como una constelación ininteligible; «misterio» la obscuridad muda y las telas moradas que cubrían las imágenes; «misterio» los grupos que entraban y salían, rezando entre dientes. En algunas iglesias vió pelotones de tropa, que penetraban marcando el paso militar. El ruidillo de sables y espuelas decía también «misterio», y «misterio» el áspero sonido de las carracas en las torres, como patadas de caballerías que trotaran por un cielo de madera.

Volvió á la Catedral para oir el sermón del Mandato, y quiso Dios que no lo oyese con el recogimiento debido, porque al acercarse al púlpito, topó de manos á boca con Justina,

que alegrándose mucho de verle, le dijo cosas que profundamente le perturbaron: «¿No sabe, D. Angel, lo que ha pasado? Pues que la niña ¡pobrecilla! ha tenido que salir á escape esta mañana de la casa en que asistía, ahí en el cerro de las Melojas, porque el bruto ese, el marido de María Antonia, la quiso matar.

—¿Qué me cuenta usted? *(Absorto, suspenso.)* ¡Matarla!

—Lo que oye.

—¡Si D. Francisco, á quien he visto hace un momento, no me ha dicho nada!

—Como que no lo sabe. No hemos querido decírselo, porque es capáz de revolver á Roma con Santiago. La niña salió esta mañana y se fué al Socorro. Dice que Zacarías sacó un cuchillote muy grande y la amenazó con segarle el pescuezo. ¡Figúrese qué susto!... La causa no la sé; pero no hay que discurrir causas, sabiendo que ese Zacarías empina el codo un día sí y otro también.

La irritación de Guerra, oídas estas cosas, era tal, que si en aquel momento le dan un arma y le ponen delante al bárbaro agraviador de su ídolo, allí mismo, sin acordarse de la santidad del templo, lo pasa de parte á parte.

«Y Leré?

—Pues buena, sin un rasguño. No fué más que amenaza. Pero qué amenaza sería, que

la niña, tan templadita como es, no tuvo más remedio que tomar la puerta.

Angel apretaba los puños y mascaba con nerviosa fuerza, comiéndose los pelos del bigote. Dejóle solo Justina y se fué á oir el sermón. «¡También mártir, Dios mío, ó á punto de ser mártir! Es lo único que le faltaba.» Poco á poco se fué serenando. El predicador se desenvolvía muy bien. «Amaos los unos á los otros. Perdonad á vuestros enemigos. Haced bien á los que os aborrecen.» Si Cristo avanzó su mejilla para que el traidor Judas se la besara, si reprendió á los apóstoles cuando sacaron las espadas en el huerto, si tantos ejemplos nos dió del perdón de las injurias, y hasta intercedió por sus asesinos, ¿qué remedio quedaba más que perdonar al cafre de Zacarías, fuera quien fuese? Vaya, que si llega á matarla!... Pero ¿por qué sería?... ¿Qué móviles, qué impulsos...? Forzoso era saberlo.

VI

Salió de la Catedral medio trastornado. Las carracas anunciaban la procesión, y un gran gentío se agolpaba en la calle de la Trinidad esperándola. Fué por allí en busca de Mateo y Lucía para recogerles, y alcanzó á ver sobre la movible muchedumbre las figu-

ras de los pasos, que avanzaban con ese balanceo peculiar de las imágenes llevadas al hombro, sacudiéndose á derecha é izquierda en su rigidéz estatuaria. Parecióle todo irrisorio y populachero, triste desilusión del ritual de por la mañana, tan hermosamente ideológico. Alejóse buscando su camino, y allá por la Judería encontró á la ciega y al *apóstol* que le habían tomado la delantera. Siguióles á cierta distancia; á ratos se les unía y les hablaba; luégo quedábase atrás, ansioso de soledad y meditación. Tal era el cansancio de todos, que echaban una sentadita siempre que encontraban dónde. Por fin, con estas paradas, se les vino la noche encima, y más allá del puente observó Angel el cielo cargadísimo y ceñudo por la parte de Occidente, con cáriz de chubasco. La atmósfera pesada y bochornosa amenazaba con algún trastorno meteorológico, que á Guerra le pareció de rúbrica en tal fecha, y que concordaba muy bien, además, con la tempestuosa opresión que él en su espíritu sentía.

Más arriba de la venta del Alma, vieron venir á Jesús con el cervatillo. «Pero, hijo mío—le dijo Guerra adelantándose á encontrarle,—¿para qué has venido con este tiempo? Nos vamos á mojar. Démonos prisa.»

Cuando esto decía, levantóse un viento que les rodeó de sofocante nube de polvo. No

se veían. La racha vino con tal ímpetu, que por poco les tira al suelo. La ciega empezó á dar gritos, desenvolviéndose de sus sayas, que silbando se le subieron á la cabeza. Guerra cogió de la mano á Jesús. El ventarrón trajo más nubes de polvo, que recogía del camino seco y esparcía con furia y bramidos horripilantes. El cabritillo brincaba como atacado de locura, y rompiendo la cuerda, apretó á correr fuera del camino, hacia el fondo del barranco pedregoso. Jesusito chillaba. Angel le dijo: «Espérate aquí», y bajó en seguimiento del azorado animal, que más bien parecía que volaba, y á cada instante torcía su rumbo, describiendo ángulos y curvas mareantes. Túvole á ratos casi al alcance de sus manos; pero de repente se despeñaba desde lo alto de una roca y á increible distancia se ponía.

Llegó por fin Guerra á encontrarse en una profundidad cavernosa; miró para arriba, y no vió á Jesús ni á los otros dos. El choto se perdía de vista, para asomar después donde menos se pensaba. En esto empezó á caer una lluvia torrencial, goterones como nueces que hacían al caer ruído semejante al de las carracas en los campanarios. Angel trató de subir, y no acertaba con el sendero. Un relámpago iluminó con violada claridad aquella hondura, y no tardó en sonar el trueno, tan

violento que parecía que la bóveda del cielo se cascaba en dos. Al retumbar en las concavidades peñascosas, redobló la lluvia, azotando la tierra cual si quisiera desmenuzarla. Angel corrió por un sendero que delante tenía, buscando una oquedad en que guarecerse: el cabritillo vino á metérsele entre las piernas, rindiéndose al peligro, y ambos se escabulleron por el desigual piso, resbalando aquí, saltando allá.

De repente cesó de llover; pero aun sonaban truenos, y la repentina iluminación eléctrica pintaba en aquellas profundidades antros terroríficos, abismos que causaban vértigo, y contornos recortados, como fantásticos bocetos de animales monstruosos. En los intervalos, la obscuridad lo borraba todo, y no se veía más que la quebrada línea de los bordes superiores, dibujándose sobre un cielo pardo. Angel notó entonces en sí prurito de movilidad y extraordinario vigor físico: su sangre circulaba ardorosa, y un calor de estufa le sofocaba. Veía el bulto blanco del cabritillo que andaba delante de él, meneando el rabo, y le siguió sin ver dónde ponía los piés. Pero el terreno iba siendo cada vez más seguro, así como el barranco más estrecho. Llegaron hasta penetrar en úna angostura tortuosa, formada por paredes altísimas y verticales: arriba el cielo como una faja ondulada. Llegaron

por fin á terreno más espacioso: la barranquera se abría formando como un tazón ó cráter de conglomeraciones caprichosas, alumbrado por claridad semejante á la de las lámparas de alcohol, azulada, incierta, volátil. No sonaban truenos ni fulguraban relámpagos. El aire quieto y mudo parecía muerto. Angel echó la vista para arriba, y vió á *Régulo,* el corazón del *León,* sobre un cielo limpio, profundo y sereno.

El paso irregular del chotillo pronto le llevó á la boca de una gruta en cuyo interior se veía luz. Penetraron en ella el animal y el hombre, hallándose éste en tal manera poseído de la situación, que nada de lo que veía le causaba sorpresa; antes bien, todo lo hallaba natural y conforme consigo mismo. Franqueada la cueva, encontráronse en otro cráter mayor que el primero, y de cantiles más altos y escabrosos, en los cuales había pasos ó grietas ascesibles, con peldaños tallados en la roca. Por una de estas escaleras vió descender á Leré, vestida de hermana del Socorro, pero toda de blanco, alzando un poco la falda por delante para no tropezar en ella. En la derecha mano traía una luz que le teñía el rostro de resplandor rojizo. Tan natural consideró Guerra aquel encuentro, que se adelantó hacia la mística joven como si la esperase.

Leré soltó la falda y se llevó un dedo á la boca, imponiéndole silencio. Metióse por una cavidad, que á su paso se iba iluminando del mismo resplandor sanguinolento que su lámpara despedía, y tras ella siguieron el cabritillo y Guerra. Pero éste no pudo contenerse, y abalanzándose hacia la doctora, le echó ambas manos al cuello. La doctora se desligó suavemente de aquel abrazo y siguió. Angel, furioso, dió un salto para cogerla de nuevo; pero lo mismo era tocarla que la gallarda imagen se deshacía entre sus brazos como si fuera humo. El infelíz, exhalando un mugido sordo, cayó en tierra, y en el mismo instante se le echó encima el cabritillo, poniéndole las dos patas delanteras sobre el pecho... ¡Horrible transformación del animal, que de inocente y gracioso chivato convirtióse en el más feo y sañudo cabrón que es dado imaginar, con cuernos disformes y retorcidos, y unas barbas asquerosas! Angel no podía respirar. El feróz macho le oprimía el tórax y le echaba su resuello inmundo y pestilente. Invocando todas las fuerzas de su espíritu, pudo al fin el hombre sacar su voz del pecho aplastado, y clamó con angustia: «Huye, perro infame. No tentarás al hijo de tu Dios.»

El esfuerzo de esta exclamación hízole perder por un instante el conocimiento. Al recobrarlo, vió á Leré ante sí, con el pecho

descubierto, y éste era como manantial del cual afluía un arroyo de sangre. Sin mirar á su amigo, arrancóse un pedazo de carne blanca y gruesa, y lo arrojó al animal, que hocicaba junto al desdichado Guerra. Éste pudo advertir que el cabrón devoraba lo que le arrojó la santa. La cual había vuelto á cubrirse el seno, y fijaba en el amigo sin ventura sus ojos de enfermera piadosa, como si contemplara un cruel padecimiento imposible de remediar. Los resoplidos de la fiera infundían al pobre pecador un terror angustioso. Quiso levantarse: con ojos suplicantes pidió auxilio á su maestra, que no hacía más que suspirar, sentada, apoyando el codo en su rodilla y la cabeza en la palma de la mano. Angel se puso á rezar. El cabrón le hocicaba, le mordía, gruñendo desaforadamente. Suplicio mayor, ni en los mismos infiernos lo habría de seguro. «¿Qué haces, Leré de mi vida, que no me socorres?—logró al fin exclamar el cuitado.—Si te ofendí, ¿no eres tú la misma piedad? ¿No eres mensajera del que perdona? ¿No eres tú el ángel de la compasión y el consuelo de los que sufren? Ampárame. Ten lástima de mí, y no me dejes devorar. ¿Tan cruel castigo merecen un mal pensamiento y una acción instintiva?»

Leré miraba al suelo, del cual cogía chinitas para arrojarlas lejos de sí. Después le-

vantóse, y lentamente se alejaba sin hacer caso de los tormentos ni de las desesperadas voces de su amigo. El cual se vió entonces acometido de animales repugnantes y tremebundos, culebras con cabezas de cerdos voraces, dragones con alas polvorientas y ojos de esmeralda, perros con barbas y escamas de cocodrilo, lo más inmundo, lo más hórrido que caber puede en la delirante fantasía de un condenado. Todos aquellos bichos increíbles le mordían, le desgarraban las carnes, llenándole de babas pestíferas, y uno le sacaba los ojos para ponérselos en el estómago, otro le extraía los intestinos y se los embutía en el cerebro, ó de una dentellada le dejaba sin corazón. Aún conservaba el martirizado bastante conciencia de sí para exclamar con el pensamiento: *Crux fidelis, dulce lignum,* ven en mi ayuda. ¡Dios mío, Virgen santa, Leré bienaventurada, socorredme!

Creyó al fin que volvía de un fuerte paroxismo, y se encontró tendido, imposibilitado de moverse, ciego, con agudísimos dolores en todo el cuerpo. Las infernales alimañas habían desaparecido, ¡gracias á Dios! Soledad y silencio profundísimo le rodeaban... Creyó sentir á lo lejos el balar del choto. Levantóse con gran trabajo, y poniendo atención á otro rumor más intenso, pudo discernir que era un cántico de mujeres. Más bien arrastrándose

que andando, acercóse al sitio de donde á su parecer tales rumores venían, y el órgano de la vista volvió á funcionar. En un alto, varias mujeres de blanco vestidas parecían tomar agua de una fuente: unas con el cántaro al hombro, otras sentadas esperando que el cántaro se llenase. Entonaban con clara voz un himno, que primero le sonó á profana música; pero pronto hubo de advertir que era el himno de la iglesia, *Vexilla regis*. Lo sabía de memoria, y unió su voz á la de las mujeres. «Leré, Leré—gritó después,—por qué no me miras? Qué fuente es esa de que cogeis agua? Si no es la del perdón, que eternamente mana y jamás se agota, ¿qué fuente puede ser?

Trató de ir hacia allá; mas las piernas no le obedecieron. En esto observó que el cabritillo reaparecía, como antes, travieso y saltón, meneando la cola. Al volver á mirar para la fuente, ya las blancas mujeres desfilaban una tras otra, y desaparecieron en pocos minutos. Tratando de avanzar, metió los piés en un charco, y el frío le refrescó la memoria de los sucesos precursores de las singulares escenas terroríficas que se han descrito. Entonces empezó á gritar: «Jesús, Jesús, ¿dónde estás?» Nadie le respondió de lo alto de la tenebrosa y áspera sima en cuyo fondo se encontraba. Trató de subir, mas no halló la vereda. «¿Qué hora será?—pensaba, y mirando

al Cielo, vió á *Régulo* donde mismo le había visto antes.

VII

Noche de zozobra y susto fué aquélla para los habitantes de Guadalupe y Turleque, viendo que transcurrían las horas y el amo no parecía. Por fin salieron á buscarle, siguiendo las indicaciones de Mateo y Jesús, y exploraron con hachas de viento toda la barranquera sin hallar ni rastros del descarriado D. Angel. Divididos luégo los buscadores, D. Pito y Cornejo, que habían tomado la vuelta del arroyo de la Cabeza, encontráronle al romper el día, como á una legua del sitio en que según Mateo se había perdido.

«¡Ay maestro de mi alma—le dijo D. Pito abrazándole,—yo creí que te habías largado al otro mundo! Tremendo fué el ciclón de anoche. En dónde te cogió?

Observaron las ropas de D. Angel desgarradas y su cara llena de cardenales. No contestó á las preguntas que le hicieron, y fué con ellos á Guadalupe, donde lo primero que hizo fué tomar alimento, pues no se podía tener. El cabritillo no pareció hasta el viernes por la tarde, hallado por un pastor.

Repuesto un poco de su quebranto, y ya cambiado de ropa, Angel salió de su habita-

ción sobre las ocho, y llamando á Mateo y á la ciega, les dijo: «Id á la adoración de la Cruz en la Catedral. Yo también iré. Después de la función, llegáos á esa casa del cerro de las Melojas, y enteráos de lo que allí ocurre para que puntualmente me lo contéis á la tarde.»

Y salieron el *apóstol* y la ciega. Y D. Pito, llegándose al amo con cariñosa solicitud, le dijo: «Querido maestro, échate á dormir, y déjate de más viajatas á Toledo para ver funciones de iglesia, que te trastornan el sentido. ¿Qué necesidad tienes hoy de adorar cruces ni calvarios? Que los adoren ellos, y tú te estás aquí quietecito viéndonos jugar á la barra.

—No sabes lo que te dices, querido Pito. Haz lo que te cuadre, y déjame á mí. ¿Me aconsejas que duerma? No puedo: oigo la voz que me dice: «*Surgite et orate, ne intretis in tentationem.*»

—¡Ay, Dios mío, tú deliras con las tentaciones! Sin cuidado me tienen á mí... ¿Que vienen los demonios á hacerme cosquillas?... Pues dejarlos. Esta vieja carne, ya ni el Demonio la quiere. El muy perro cabrón sabe que ya no tiene uno con quién ni con qué pecar. ¡Triste cosa es la vejéz, y considerarse uno despreciado, y ver que le falta la única alegría humana, que es el querer y el ser querido! ¿De

qué le sirve encontrarse con una hembra más hermosa que el sol? Yo pregunto: ¿dónde están aquellas tretas satánicas de que hablan fábulas antiguas, y que consistían en volverle á uno la juventud á cambio de una firmita en pergamino donde constaba la venta del alma? ¿Ha pasado eso alguna vez? ¿Puede acaso volver á pasar? Pues que venga el escribano de rabillo y cuernos, y yo le prometo mi firma en el documento azufrado, y cátame aquí hecho un mozalvete y con la cara frescachona. Pero ya verás tú cómo no vienen diablos con rabo ni sin él á proponerme tal cosa; que todo eso es música celestial y sueños de poetas.

—¿Para qué quieres volver á la juventud?—le dijo Guerra seriamente.—¿Para volver á sufrir y á encenagarte de nuevo en el pecado? Piensa en la muerte, Pito, piensa en tu salvación.

—La salvación la tengo segura, ¡me caso con San Pedro! que así me lo ha prometido la Virgen del Carmen, á quien rezo alguna vez. Siempre me protegió la Señora, salvándome de ciclones, abordajes y temporales duros del Sudoeste. Ella es la estrella de la mar que luce después de las tempestades, consolando al marino y diciéndole que volverá á ver á la familia... Pero esto no quita que yo haga mis gustos, si puedo, pues bastantes

amargores tiene la vida para que uno se prive de un retozo inocente. Ya se sabe que al llegar la hora de rendir viaje, se acuerda uno de toditos los pecados, y los echa fuera de un limpión, y mirando para las cruces dice: «tan amigos como antes.» Yo creo en la cruz, y si el Demonio me trae el papelito para que le venda el alma á cambio de la juventud, al echar la firma hago con mucho disimulo una crucecita en medio de garabatos. Claro: luégo resulta que no vale la firma, y deshacemos el contrato, y el otro tiene que devolverme el dinero... digo, me devuelve mi vejéz, y yo me quedo tan fresco, después de haberle dado el gran timo.

Esforzándose en contener la risa, Angel habló á su amigo con severidad, recomendándole que pensara más en Dios y en la muerte que en las chicas guapas y en la juventud. Pronunciada la exhortación, que fué larga y oída con respeto por el estrafalario capitán, se fué á Toledo con Jesús.

Inquieto como nunca estuvo aquel día don Pito, corriendo de mata en mata y de peña en peña, oscilando entre la cólera insana y el aplanamiento sentimental, y tan pronto le entraban ganas de armar una tragedia, como de echarse á llorar con ternezas indignas de un varón. Los desvíos de la para él oronda Jusepa le trajeron á tan lastimoso estado, y el

caso era que mientras más coces le atizaba la ninfa guadalupense, más sublimemente guapa y apetitosa le parecía. Ya ni á seguir se determinaba sus gallardos zancajos y trotes desde la Degollada á Turleque ó viceversa, porque la moza tenía la mano como un martillo, y en una revirada que dió con el brazo derecho, por poco le manda á paseo las pocas muelas subsistentes. Veíala pasar desconsoladísimo, tiernos los ojos, plegada la boca, suspirante el pecho, llamando en su aüxilio tan pronto á los ángeles como á los demonios.

Allá se queda D. Pito, y sigamos á Jusepa, que también á ella le pasan cosas dignas de ser referidas. El Sábado Santo, día en que empezaron de nuevo los trabajos, fué la moza á la Degollada á llevar la comida á Cornejo, que estaba sacando piedra con otros canteros en lo más lejano de la finca. Al filo de las doce volvía por aquellos andurriales, y al atravesar un trozo de monte espesísimo en el cual los tomillos, cornicabras y enebros, entrelazando sus ramas, apenas dejan paso, sintió ruído entre el follaje. Al pronto creyó que era algún animal, cabra perdida ó perro vagabundo; detúvose á mirar, y vió salir de entre la espesura ¡ánimas benditas! la cabeza, los brazos, el cuerpo de un hombre. Su primer impulso fué de espanto. Pero ni de atemorizarse tuvo tiempo, porque el aparecido,

agachándose entre las hierbas, le habló en términos tan insinuantes y lastimosos, que antes de verle bien ya la mujer le compadecía. Lo que principalmente le sorprendió fué la hermosura del hombre, que era mozo, afeitadito como los toreros, esbelto y flexible, de hablar dulce y amoroso, cual Jusepa no lo había oído nunca.

En resumidas cuentas, el tal, en pocas y apremiantes palabras, le pidió socorro. Andaba fugitivo, huyendo de la justicia por causas no vergonzosas, y no había comido en dos días. Sintióse Jusepa traspasada de pena, y con ganas vivísimas de ampararle, no contribuyendo poco á esta efusión de piedad las gracias del rostro del sujeto, las cuales pareciéronle á ella el acabóse de la gentileza varonil. El duro corazón de la sobrina de Cornejo se reblandeció de súbito como pedazo de resina arrojado en una hoguera, y aunque al principio se mostró arisca, fué por el rigor de la costumbre. Sentía que algo se desquiciaba en su interior, que todas las rigideces de su alma se trocaban en blanduras; en suma, quedóse la pobre aldeana como si un poder milagroso le infundiera nuevo espíritu. No fué preciso que el otro insistiera en su demanda para que ella le diera unos pedazos de pan que en su cesta llevaba. Devorólos con ansia el desconocido, y mientras comía le echó á su

favorecedora un sin fin de requiebros amorosos, llamándola *ángel*... como quien dice.

«Aquí pueden verle—indicóle Jusepa temblorosa.—Escóndase allá. *(Señalándole una casucha destechada que había sido cabaña en tiempo de los Jerónimos.)* Anochecido volveré, y le traeré algo de mantención.

El otro le dió las gracias, y vuelta á echarle flores á granel con su lengua de inflexiones blandas, á la andaluza. Jusepa siguió su camino: no es hiperbólico decir que iba absolutamente trastornada. En su vida había visto ella un corte de cara más bonito y saleroso. Era como un sueño, como la ilusión de toda la vida realizada de repente por milagro de Dios y de las ánimas benditas. ¿Pues y aquel mover de brazos tan gracioso? ¿Pues y el habla, que era como una música que acariciaba el sentido? Ráfagas de poesía atravesaron el alma de Jusepa, y hasta aquel día nunca sintió rebullir y patalear dentro de sí un sér divino, rasgando las fibras endurecidas de su tosca naturaleza.

Toda la tarde estuvo pensando en el hombre, creyéndole á veces apariencia fingida, ó hechura de su pensamiento supersticioso. ¡Y qué cosas tan bonitas le había dicho! ¡Vaya que llamarla *ángel!* Nunca oyó Jusepa dulzuras semejantes, como no fuera de la boca horrible de D. Pito. Pero el desconocido las

decía con toda su alma. ¿Cómo no, si parecía el perfecto tipo del conquistador de mozas? Y que debía de ser tan valiente como cariñoso, torero quizás, hombre que sabía ponerse delante de una fiera, y que arrodillado á la verita de una buena hembra, sería las puras mieles.

Al anochecer volvió allá, so pretexto de haber olvidado algo, y no llevó cesto, para no infundir sospechas, sino un pañuelo bien liado con algunas cosas de comer, pan, jamón y dulces. En la casa sin techo halló al hombre majo, el cual, presentándosele en pié, acabó de enloquecerla con su apostura gallarda. ¡Qué talle, qué piernas, qué bien sacado cuello! ¡Y con qué gracia, sombrero en mano, la saludó, arrojando á borbotones de su boca lisonjas y finezas que emborrachaban!

Entraron en conversación, y pronto supo la villana que el doncel, aunque de apariencias andaluzas, era madrileño neto, y que pertenecía á la carrera tauromáquica. Sólo esto faltaba para que Jusepa se despatarrara de admiración. Pues sí: el tal mataba en la Plaza de Madrid, y ganaba muchísimo dinero. Por salir á la defensa de una mujer, armó bronca con un señor cortesano, conde nada menos, y del coraje con que le atizó, cátale muerto. Claro, no tuvo más remedio que salir pitando, para que no le prendieran. Oía-

le Jusepa embobada, pendiente de aquellas palabras ceceosas, que debían de ser el lenguaje que hablan los serafines cuando se ponen peneques. Para mayor efecto, era soltero, y tenía en Madrid más de cuatro novias que se despepitaban por él. ¡Eterna gratitud á su favorecedora debía! Como que estaba muertecito de hambre, cuando ella se apareció por allí. ¡Qué encuentro, qué felicidad! Y allá te va otra vez el *ángel de mi salvación.* Cuando se oía llamar así, creía Jusepa que el sol, la luna y las estrellas se le paseaban por el cuerpo. Para completar sus explicaciones, el guapo desconocido le dijo que había venido en el tren, pero que en la estación de Algodor entendió, por soplo que tuvo, que al llegar á la de Toledo le prenderían, y andando el tren saltó á la vía, con riesgo de su preciosa existencia: se subió por los vericuetos que dominan el ferrocarril, y estuvo vagando dos días sin tener que llevar á la boca. En Toledo no le faltaban amigos y parientes, personas de mucha suposición, con los cuales quería comunicarse, para ver si podían esconderle convenientemente ó facilitarle el paso á la frontera de Portugal.

Grande interés despertó en la montaráz Jusepa todo este relato, que creyó como el santo Evangelio. Decidida á prestar al prófugo todo el auxilio posible, díjole que, por

de pronto, lo mejor era quedarse en aquella guarida, hasta ver. Ella procuraría traerle una manta, bien escondidita para que nadie la viera. Y *mantención* no había de faltarle. En lo que hizo el hombre más hincapié fué en la necesidad de que le avisara tan pronto como viese en cualquiera de las fincas próximas asomos de Guardia civil, á pié ó á caballo. Sí, porque la justicia y los parientes del conde muerto habían de despachar en persecución de él lo menos un tercio de la Benemérita. Convino en ello la *angelical* tarasca, y le dió un pañuelo de seda para que se lo atase en el brazo derecho, que le dolía por haber hecho gran violencia con él al arrojarse del tren. Vestía pantalón ceñido, chaqueta y faja, con sombrero blanco de castor, bastante destrozado, lo mismo que las botas de caña clara y de intachable forma. ¡Y qué anillos tan lindos en sus dedos lucía! Por cierto que en cuanto Jusepa se fijó en ellos para alabar su hermosura, él se quitó con gentil desenfado el mejor de los tres, y se lo dió. No quería ella tomarlo; pero hubo de ceder á instancias ardorosas, sumamente zandungueras.

Á la tercera entrevista, que fué tempranito, casi al rayar el día, le llevó tabaco, porque el pobre rabiaba por fumar, dos pañuelos de la mano, finos, con faja de color, lo mejorcito del arca, una empanada y una bo-

tella de vino del superior que había en Guadalupe. No cesaba de recomendarle la permanencia en aquel escondrijo hasta que ella proporcionarle pudiese otro mejor, ó llevarle á Toledo. El madrileño se encontraba bien allí, y le hizo mil preguntas acerca de la finca donde servía, de sus parientes, de sus amos, etcétera, y oyendo nombrar á D. Angel, dijo que le conocía, y que era buena persona; pero que una monja endiablada le tenía sorbido el seso, y pensaba gastarse toda su fortuna en conventos, misas y procesiones. Á Jusepa se le iba el tiempo insensiblemente, escuchando á su ídolo, pues ídolo llegó á ser para ella, en tal manera sagrado y querido, que habría dado su sangre toda y su vida por salvar la de él. Su loca pasión no reconocía freno alguno. Con semejante hombre habría ido á donde él quisiera llevarla, á la santidad ó al crimen. La confianza se estableció pronto, porque la sobrina de Cornejo, que nunca había querido á nadie, echó de sí en un punto y de un vuelco todos los tesoros de su alma. Fué como incendio repentino en almacén cerrado y olvidado, lleno hasta el techo de materias inflamables.

VIII

No era fácil que estos encuentros de la loba y el zorro en medio del monte se sucedieran sin el obstáculo de algún indiscreto testigo. Si no hay pared que no tenga oídos, tampoco hay soledad, por silvestre que sea, en la cual no se abran algunos ojos, y éstos fueron en aquel caso los del salvaje Tirso, que con sagacidad cinégetica siguió el rastro de la moza bravía, y descubrió el enredo que entre las ortigas y malezas de la casucha se ocultaba. Pero Jusepa, á quien la pasión había dado agudezas y previsiones á prueba de cazadores, entendió al momento que la malicia del pastor había tirado de la manta, y avistándose con él en un recodo solitario, cuando volvía con las cabras, le habló resueltamente, haciendo como que le confiaba el secreto. «Es un señorón de Madrid, que se oculta porque le andan persiguiendo por esto de la libertad, de los milicianos, y por el sufragio de las ánimas universales. Cuidado como le vendes, Tirso, y si dices algo lo has de pasar mal, pero mal. Porque es gentilhombre de la boca del rey, tiene muchismo poderío, y no la contamos, Tirso, no la contamos si se mus va la lengua. Vicevérsa, si te callas, tendrás todo lo que quieras. Te daré jamón.»

El jamón le gustaba tanto al salvaje, que por tan exquisito manjar firmara él un pacto con el Demonio, como el que por jamones de otra clase estaba dispuesto á firmar D. Pito.

«¿Me darás de anquel que tiés en la ispensa y que trasciende á las puras glorias, to guarnío de unos pelos de mieles rubias como el oro?

—Sí, jamón en dulce con huevo hilado. Todo aquel piazo grande que viste allá será para tu boca, si haces lo que te digo y callas.

Conformóse el bruto, que además recibió de la moza unas perras grandes que ésta llevaba en el bolsillo, y se fué decidido á tapiar con piedra y barro la puerta cochera de su boca, no menos embelesado en su mente con la idea de mascar *mieles de oro,* que pudiera estarlo su señor con una visión angélica. Jusepa, en tanto, no era la misma mujer, y si alguien se hubiera cuidado de observarla, habría notado en ella radical mudanza, cierta irregularidad en su trabajo, á veces despachando las obligaciones con desusada prontitud, á veces desentendiéndose de las cosas más importantes. Pero como Cornejo apenas paraba en casa por el día, y el amo no se fijaba en tales menudencias, sólo Dios se iba enterando. Los cigarraleros de Turleque, Mateo, y aun el mismo Virones notaron, sí, que la fiera se componía y acicalaba más que an-

tes; sus polvorosas greñas lucían peinadas y engrasadas, con alguna ondita sobre la frente, que era gran novedad. Bien ceñido el cuerpo, su mejor pedazo, parecía otro; bien lavadas cara y manos, si otras no parecían, porque la fealdad y aspereza ni Dios se las había de quitar, resultaban menos desagradables á la vista. Esto, sin contar con fregoteos menos al alcance del público fisgón. Algo había de hacer para justificar exteriormente aquello de ser *arcángela.*

Pero aun hubo en Jusepa transformación de calidad más noble, afectando á la esfera del sentimiento y del carácter. Hízose menos áspera, más complaciente. La que jamás acarició á un niño, y por lo común les despedía de su lado con soplamocos y refunfuños, se recreaba ya con Jesusito, besándole y estrechándole contra sí, y lo propio hacía con las demás criaturas que andaban por Guadalupe ó Turleque. Iguales efusiones de cariño sentía por los viejos, asombrados de que tan pronto hubiera perdido el puerco-espín todas sus púas. Á D. Pito, sin dejarle tomar las confianzas que él tomarse quería, tratábale con más miramiento, con cierta consideración filial, que el maldito viejo aprovechaba como huésped, pero no agradecía como pretendiente.

Cada día empleaba más precauciones para

acercarse con cautelosa pata al refugio del zorro, impaciente ya por salir de allí, y abrirse paso entre el sinnúmero de guardias civiles que en aquellos caminos prestaban servicio. Una noche, disfrazado con gorra de pellejo que Jusepa le dió, y una manta parda, se aventuró á ir á Toledo, escurriéndose por el barranco hasta el puente, y tornando á su escondite antes de que rompiera el día. Según dijo á la tarasca, en Toledo estaba la persona que *le tenía el dinero;* pero no había podido encontrarla. Con esto, la moza le ofreció todo cuanto ella poseía, que no era mucho, y él hubo de aceptarlo, después de mil melindres, porque no lo tomara á desprecio. Charla que te charla, la loba llegó á insinuar al zorro ideas muy donosas, verbigracia: Su amo, el Sr. de Guerra, tenía la hormiguilla de socorrer á todos los desgraciados que quisiesen acogerse á él. El mayor gusto que se le podía dar era pedirle hospedaje, contándole alguna desgracia gorda ó miseria irremediable. ¿Por qué el madrileño no se presentaba, pidiéndole asilo y amparo? Entonces viviría tan ricamente en Turleque, quizás en Guadalupe por ser persona fina, y podrían verse á todas horas. Un rato estuvo él pensando la contestación, y al fin salió con la música de que no era inválido ni pordiosero. Claro que podría pedir hospitalidad; pero al

instante le conocería todo el mundo, por ser persona célebre, cuyo retrato andaba en los papeles y hasta en las cajas de cerillas. Y lo que él principalmente quería evitar era que su popular rostro le denunciara. Como en aquellas fechas ya la justicia le supondría internado en las Alemanias ó en las Rusias, mejor era esperar guardando el incógnito, hasta que tuviera medios de irse á Portugal. La idea de partir para tan lejos ponía fuera de sí á la inflamada Jusepa, que con suplicantes ojos y voces de flauta ronca le rogaba que no se fuese, y él fingía acceder á las ansias de su ángel salvador, diciéndole que si no podían largarse juntos (y á esto no se determinaba la villana) se quedaría en aquellos contornos todo el tiempo que pudiese.

También del nombre y apellido trataron; y antes de declararlos á su adorada, hízose muy de rogar, aparentando recelos y vacilaciones, como si se tratara del más grave secreto. Por fin dijo llamarse D. Álvaro, y ser de una de las primeras familias de España, de los Fernández de Córdoba y Téllez Girón. Sus padres le habían hecho aprender francés y le dedicaban á la carrera diplomática (Jusepa no sabía lo que esto era); pero él desde chiquito mostró tal afición al toreo, que no le podían sujetar, y contra la voluntad de sus papás y hermanos, y de toda la grandeza, tomó

la alternativa en Madrid, siendo ya un espada de los más famosos, y habiendo matado más toros que pelos tenía en la cabeza, arrancando siempre, sin haberle visto nunca las orejas al miedo. Todas estas cosas tragábaselas ella y á gloria le sabían. Las creía como artículo de fe, tales eran su ceguedad y trastorno, amén de que siempre fué persona de escasísimo despejo.

IX

No muchos días después de Pascua de Resurrección, dispuso Angel explanar el terreno en que había de asentarse la proyectada casa religiosa, y no bajaban de cuarenta los trabajadores que en esto se emplearon. Virones hacía de listero, y Mateo de capatáz. El *apóstol* llamado *Maldiciones* volvió el domingo de Pascua, muerto de hambre, y pidió perdón al amo, rogándole que le admitiese, juntamente con un compañero que traía, *apóstol* auténtico, pues fué de los agraciados aquel año con la limosna del Lavatorio. Uno y otro fueron bien recibidos, y por cubrir el expediente hicieron como que trabajaban; pero no hacían más que charlar y fumar cigarrillos, esperando las horas de comida y cena.

Confirmó Lucía la noticia de que la hermana del Socorro no prestaba ya servicio de

enfermera en casa de Zacarías. La razón de su ausencia ó la ignoraba ó no quería decirla. Lo que sí aseguró fué que su hermana, desde la partida de Sor Lorenza, carecía de asistencia formal, que allí escaseaba todo, los medicamentos y hasta la comida, porque Zacarías miraba más á sus amigotes que á su mujer. Oir esto y decir Guerra «vamos allá», fué todo uno, y la ciega con grandísima efusión de fe y cariño le contestó: «Si el señor va, la paz será con mi pobre hermana. El señor lleva consigo los consuelos de Dios, y allí donde él entra no puede durar la tristeza.»

Pusiéronse en camino sin pérdida de tiempo en la mañanita de un día despejado y fresco, él actuando de lazarillo, ella mas contenta que unas pascuas, porque en las tinieblas de sus ojos había empezado á ver en el amo un sér extraordinario, encarnación de todas las virtudes, y no ciertamente parecido á los demás hombres. Lo que á todas horas oía contar de su bondad, de su caridad, de sus colosales proyectos filantrópicos y cristianos, llegaba á su mente agrandado en las bóvedas negras y cavernosas de la ceguera, en las cuales la imaginación trabajaba libremente, sin que la perturbaran las realidades de la luz. Por el camino no cesaba de decir: «Si el señor se digna visitar aquella pobre casa, mi hermana mejorará. Hace días que ven-

go pensando en esto; pero no me atreví á decirle al señor que fuera. Anoche soñé que el señor iba... me lo daba el corazón. Pues soñé que lo mismo era llegar el señor, que animarse verídicamente mi hermana y volverse otra. ¡Cosas del sueño son éstas que á veces salen verdad! Y yo acá me sé que todo lo que veo durmiendo, se cumple de una manera ó de otra... Pero tenga el señor cuidado cuando entremos, no sea que esté Zacarías y al pronto nos reciba como acostumbra, con gruñidos de perro guardián. Y no será malo que el señor eche unas cuantas bendiciones y rece lo que se acostumbra para espantar al demonio, porque me temo que algún diablillo se esconda en los agujeros altos de la casa.

—Verás tú—le dijo Guerra,—cómo no aparece por allí ningún diablo; y aun confío en que se ablande Zacarías. Todos estos que se comen los niños crudos son los más tiernos cuando alguien les habla al corazón.

Al subir desde el puente á la puerta del Cambrón, encontraron á Mancebo que bajaba.

«¡Zapa! esta sí que es buena. Allá iba yo.

—Me alegro de encontrarle, D. Francisco. Nos viene usted como anillo al dedo. Véngase con nosotros.

—¿Pero á dónde demonios vamos, señor D. Angel? ¿Es lejos?

—El que se decide á trabajar conmigo y á

seguir mi camino, no pregunta nunca si es lejos ó cerca.

—Pues vamos, hombre, vamos—murmuró D. Francisco un si es no es contrariado, pero decidido á obedecer con tal de entrar en la *Compañía* y encargarse de algún grave negocio de ella.

Atravesaron la Judería, encaminándose hacía los Gilitos y á las tortuosas callejuelas que rodean la parroquia de San Cipriano. Un poco fatigado de la caminata, harto presurosa para sus flacas piernas, Mancebo refunfuñaba para su sayo: «Pero este D. Angel me toma á mí por un azacán. Harto sabe que yo soy un águila para funciones administrativas, y no para corredurías sofocantes, echando un palmo de lengua. Pero aguardemos á ver en qué paran estos trotes.

—Pues Sr. D. Francisco, nos viene usted de perillas—le dijo Guerra abrazándole familiarmente poco antes de llegar á las Melojas. Hoy mismo queda encargado de...

—¿De qué, hombre, de qué...? Satisfaga mi curiosidad.

Tanteando las paredes, Lucía indicó que habían llegado. El clérigo palideció, y echándose atrás dijo:

«Por las trazas del edificio y por el barrio que pisamos, esta es la casa donde quisieron matar á mi sobrina... D. Angel de mis peca-

dos, ¿á dónde, con cien mil gruesas de demonios, me trae usted?

—¡Ay, que tiene miedo, que tiene miedo! —exclamó Guerra con hilaridad zumbona.— Pues amigo, el cobarde no sirve para andar conmigo. ¿Qué teme usted? ¿que nos asesinen á los tres? Pues por su parte, después de una larga vida honrosa y santa ¿qué más puede desear que el martirio? ¡Morir en el ejercicio de la caridad! Ó somos cristianos ó no lo somos.

Haciendo de tripas corazón, D. Francisco entró receloso y precavido, á bastante distancia de Angel, que daba su mano á la ciega.

Los dos hijos de María Antonia jugaban en la sala tirando de un carretoncillo con una sola rueda, cargado de pedazos de baldosín. Dos vecinas acompañaban á la enferma, bastante agravada, tan abatida que apenas podía hablar. Angel sintió mucho que no estuviese Zacarías, por ver si era el león tan fiero como le pintaban. Lo primero que hablaron las vecinas presentes fué para expresar la absoluta precisión de llevar á María Antonia al hospital, si había de tener mediana asistencia.

«Nosotros—díjoles Guerra,—traemos el hospital aquí. ¿Qué hace falta? ¿Tres ó cuatro visitas diarias de médico? Las tendrá. ¿Medicinas? Todas las que sean necesarias, sin tasa alguna. ¿Qué más se pide? ¿Una persona que

cuide á la enferma y de ella no se aparte? Bien; pero como, por el genio que gasta el señor de la casa, no puede encargarse de la asistencia una mujer sola, pondremos una mujer y un hombre. La mujer será cualquiera de las que me oyen, si tiene algún tiempo que perder; el hombre será mi amigo Mancebo...

—Querido D. Angel... yo...—dijo el beneficiado balbuciente.—Verá usted... yo...

—Ya sé lo que me va á decir. Sus ocupaciones... Corriente. Yo le ayudaré: turnaremos en la guardia. Usted por las mañanas: después del coro, una horita; dos horitas por la tarde. El resto del día y toda la noche, yo. Me parece que no se quejará de exceso de trabajo.

Don Francisco sintió un nudo en su garganta. Eran las objeciones que querían salir, y que se tropezaban con la saliva entrante. No se atrevió á indicar que á él no le daba el naipe sino por la contabilidad monda y lironda. Adelantándose á su pensamiento, Guerra le dijo: «En cambio de la brevedad de la guardia, amigo Mancebo, queda encargado usted de la administración de este hospital domiciliario; usted toma nota de todos los gastos y los abona con los fondos que recogerá del Sr. D. José Suárez, mi pariente. Cómprese un libro, en cuya primera hoja abrirá la

cuenta de esta asistencia inaugural, y continúe la serie hasta que podamos llevarnos á Turleque á nuestros pobres enfermos desvalidos.»

Mancebo, algo consolado con aquello de tomar dinero, distribuir fondos y anotar números en un libro, expresaba su aquiescencia con expresivas cabezadas.

«Y ya deseo empezar mi guardia—añadió Guerra mirando á las dos vecinas,—porque tengo ganas de que salga el Zacarías ese tan fiero, que tuvo el increíble valor de amenazar de muerte á una hermanita del Socorro. Veremos si se atreve conmigo.

—Señor—dijo Mancebo receloso,—permítame... Ese Zacarías será todo lo bruto que se quiera, pero es dueño de su casa y jefe de su familia, y nosotros, con fines muy santos y muy buenos, eso sí, nos hemos colado en su domicilio, somos unos intrusos, y nada tendría de particular que el hombre se amoscara y nos pusiera en la calle. De modo que, á mi juicio, lo primero es traernos un permiso de la autoridad para allanar moradas caritativamente, y lo segundo, que dicha autoridad nos dé una parejita de la Guardia civil por lo que pudiera tronar.

—Déjese usted de autoridades, y de permisos, y de guardias civiles—replicó Angel nervioso.—Los que se presentan desinteresa-

damente en la casa del dolor con el doble carácter de médicos del cuerpo y del espíritu, no necesitan la papeleta de un alcalde. Nuestros poderes vienen de más arriba. Si no quieren recibirnos, si nos ultrajan, si nos arrojan, salimos tan frescos y nos vamos á otra parte. Verá el descreído y expedientero D. Francisco cómo al fin somos admitidos y agazajados. Cierto que al principio hemos de tropezar con la ingratitud y la barbarie; pero ya verá, ya verá cómo luégo se allanan nuestros caminos. Por eso quiero yo hacer esta prueba; quiero asaltar con mi ejército de caridad la casa de un enemigo. ¡Que nos rechaza! Nos vamos. ¡Que nos injuria! Oímos y callamos. ¡Que nos da golpes! Los sufrimos con paciencia. Á otra parte con nuestra música, y el que no tenga fe, D. Paco, que se vuelva atrás, y se vaya bendito de Dios.

X

Á moco y baba lloraba la ciega oyendo estas fervientes razones, y las otras dos mujeres no volvían de su estupefacción. Nada quiso objetar Mancebo, no porque le faltaran argumentos, sacados de su acendrado positivismo, sino porque se encontraba en minoría, y temió deslucirse. «Bueno; todo eso está muy bien—dijo al fin.—No seré yo quien descom-

ponga el altarito. Acepto mi papel, y creo que para que esto marche, Sr. D. Angel, para que esto vaya como por carriles, lo primero es ir en busca de los fondos. Conviene, pues, que me dé usted un vale, ó...

Parecióle bien al otro esta previsión, y pidiendo pluma y tinta, escribió en un librito talonario que siempre llevaba consigo, y arrancada la hoja, se la dió á Mancebo, que presuroso salió á tomar el aire con ella. ¡Cuánto mejor se estaba en la calle que en aquel antro ahogado y mal oliente, oyendo gemidos de dolor, y mirando tanta miseria y desorden! Una de las dos vecinas llevóse el niño pequeño á su casa, y la otra se prestó á cuidar de la enferma sin ningún estipendio, por puro espíritu de compañerismo y caridad. Ambas recelaban que Zacarías armase al venir una grandísima tracamundana; mas contra la general creencia, ninguna tragedia ocurrió al presentarse el forjador de aceros, quien si al pronto oyó displicente y ceñudo las explicaciones de Angel, al poco rato de oirlas mostraba indiferencia de cuanto allí pasaba. Parecía hombre en quien se habían secado las fuentes del sentimiento y de la piedad. Por de pronto, la idea de que todos los gastos corrían de cuenta de aquel señor desconocido, que por las trazas debía de ser ó pastor protestante ó jefe de alguna congregación filan-

trópica de las muchas que salen ahora, fué mano de santo para domarle, pues estaba comido de trampas y acosado de usureros voraces. No mostró gran interés por su esposa ni por los niños.

Sobre el caso de haber amenazado de muerte á la hermanita, dijo que sí y que no; que nunca fué su intención matarla; que por aquellos días se ocultaba en la casa un amigo muy querido, guapo chico, acosado por la infame justicia. Hubo temor de una delación. Sospecharon de la monja... Él no quería faltar á las leyes de la hospitalidad, decidido á defender á su amigo de todos los guindillas y soplones del mundo. *Vele ahí* por qué levantó el gallo á la *socorrista*, creyendo que... Después se convenció de que no... Quiso pedirle perdón; pero la hermanita se fué el sábado por la tarde al Socorro, y no volvió más. Y el amigo también tomó el portante, buscando lugar más seguro. Refirió estas cosas el armero con indiferencia y sin ningún calor, como quien narra hechos vulgares y corrientes. «Si la Sor quiere volver—dijo al fin,—por mí que vuelva. Seremos amigos.

—Gracias—le contestó Guerra.—No es la mejor garantía la amistad de usted.

Transcurridas unas horas, Zacarías parecía menos hosco, y hasta se podían notar en él síntomas de gratitud. No se opuso á nada

de lo que las vecinas iban acordando al tomar la dirección de la casa; facilitaba lo que de él dependiese, y por fin, después de comer con escaso apetito lo que le dieron, salió sin decir oste ni moste, y no se le volvió á ver el pelo en todo el santo día.

Cuando llegó Mancebo con el dinero, ya el forjador de espadas no estaba allí. «Señor D. Angel—dijo el clérigo,—ya tenemos fondos. De paso he avisado al médico que usted me indicó. Llevaré nota clara de todos los gastos que vayan ocurriendo, y empiezo por disponer la compra de mañana, media libra de carne y un cuarto de gallina. Con la farmacia me entenderé directamente. Esto va bien. Pero dígame: ¿en esta campaña ha de ser todo gastos? ¿Y los santísimos ingresos dónde están?

—¿Los ingresos? Vendrán de arriba.

—¿Cómo de arriba?

—Del celaje. Veo que es usted hombre de poca fe, amigo D. Francisco. Los ingresos caerán de las alturas como el maná. *(Incredulidad de Mancebo)* ¿Qué es eso?... lo duda?

—No... así será. Es que como nunca he visto llover maná... Puede ser. Digo que á mí no me cayó nunca. Por lo demás me gustaría verlo caer.

—Sembrar y esperar. Sólo que estas cosechas no las da la tierra.

—Conformes. *(Sonriendo.)* Dios dirá.

Como hombre muy aficionado á enterarse del medio en que funcionaba, Mancebo revolvió toda la casa; subió al desván, salió á un patinillo trasero, fué de una parte á otra registrando, y el resultado de sus olfateos no debió de ser muy tranquilizador, porque llamando aparte á Guerra, le secreteó en la forma siguiente:

«Amigo D. Angel, me parece que estamos en un sitio sumamente peligroso. Mi opinión es que nos larguemos de aquí, mandando á esa señora al hospital. Examinada la localidad, hame dado en la naríz un tufillo de...

—¿De qué, hombre de Dios? Aquí tenemos al padre del miedo.

—Diga de la prudencia. Pues sospecho y casi casi afirmo que (*bajando más la voz*) estamos en una guarida de monederos falsos. ¿Qué, se ríe? Usted todo lo toma á risa. He visto por ahí instrumentos sospechosos, y arriba unas escrituras, ó más bien papeles estampados con rasgueos y garambainas como los de los billetes de Banco. D. Angel de mis entretelas, gran cosa es la caridad, pero hay que ver dónde y cómo se ejerce. Claro que no debe haber distinciones, y así lo mandó nuestro Señor Jesucristo que al mismo Judas infame dió su parte en la cena. Pero una cosa es la conciencia y otra la sociedad. Por-

que figúrese, D. Angel, que estamos aquí tan descuidaditos, hechos unos santos, y viene la policía y muy santamente nos coge á todos y ¡zapa! nos lleva á la cárcel... con muchísima santidad. ¡Qué susto, qué vergüenza!

—Querido Mancebo. ¿Qué nos importa que aquí fabriquen ó hayan fabricado moneda falsa? La nuestra, la que nosotros acuñamos, es de toda ley. Si usted tiene miedo á la policía y á la cárcel, váyase. Yo me quedo.

—¡Ah! pues yo también. (*Tragando saliva.*) Indico un peligro... pero á pié firme siempre, Sr. D. Angel.» Y para sí decía: «Menudo susto nos van á dar. Yo me lavo las manos. No estoy aquí más que para la contabilidad. Véanse mis papeles. Digo lo que decía don José Suárez al darme el dinero: «Veo los gastos; pero los ingresos ¿dónde demonios están?» Mucha plata tiene este D. Angel; pero la moneda suelta corre que es un primor. Cierto que tarde ó temprano empezará el goteo de las limosnas. Entonces, ¡qué gusto ser cajero de esta institución! Mi humilde opinión es que deberíamos echar una derrama, y llamar á las puertas de toda persona caritativa, diciendo: «Contribuid al socorro de la humanidad.» Pero quien manda manda... Veo el óbolo que sale y no veo el óbolo que entra. Y la caridad en grande escala necesita, como el comercio, su Debe y su Haber.»

En estas reflexiones estuvo hasta la hora en que Guerra le dijo que podía retirarse, lo que hizo de bonísima gana. Llegada la noche, las vecinas prepararon una frugal cena para D. Angel y Zacarías; pero éste no se dejó ver por allí, y la ciega y el señor de Turleque cenaron en buen amor y compaña. Quedó abierta la puerta por si el armero á deshora entraba, y se dispusieron á pasar la noche. La vecina enfermera montó la guardia en la alcoba. Lucía se acomodó en un rincón de la sala, apoyando la cabeza en una silla baja; y en un sillón de hule, derrengado y con todo el pelote á la vista, descabezó Angel su primer sueño. Desvelado estuvo más de tres horas, contándolas por el reloj de la cárcel vecina, y ya principiaba á aletargarse cuando la ciega, tocándole las rodillas, le dijo con apremiante voz: «Señor, señor, despierte... ¿No sabe lo que pasa? Que he recobrado la vista... Digo, como recobrarla solutamente no; pero el Señor me concedió la facultad un rato para que viera el mayor de los prodigios.

—¿Qué cuentas, pobre mujer?... ¿Estás segura de hallarte despierta? (*Poniéndole la mano en la frente.*)

—Señor, señor (*abrazándole las rodillas*), lo que le cuento es tan verdad como que Dios es nuestro padre. Desperté y veía. ¡Ay, yo sé lo que es ver, porque cuando niña ví, y me

acuerdo de cómo son las cosas! Desperté con vista, señor, y ví la habitación con todos sus trastos, y ese sillón con la lana de fuera, y usted dormido en él ó velando con los ojos cerrados. Ví ahí enfrente el armario de la loza, y la cómoda con aquellas láminas rotas y el perrito de yeso, ví la estera con tantísimos desgarrones, y la puerta de la alcoba abierta. Y la luz que alumbraba la sala ardía en un vaso, como una estrella que está muy lejos, chiquita, nadando sobre un dedo de aceite encima de tres dedos de agua. Le juro, señor, que lo ví, y que le cuento la verídica realidad. ¿Verdad que lo cree? Pues aún me falta decirle lo mejor. Ví á mi hermana salir de la alcoba, con un niñín en brazos, dándole de mamar.

—Eso sí que no puede ser. Lucía, ten juicio.

—Señor, que la Santísima Virgen me deje también muda si no es verdad que lo ví. María Antonia tenía sus pechos sanos y bonitos... Oigo todavía los chupetazos que daba el chiquillo.

—Lucía, si duermes aún, despierta, vuelve en tí.

—¡Ay, que no lo quiere creer! ¡Dios mío! ¿cómo se lo diré para que me crea? (*Retorciéndose los brazos.*) Y mi hermana se llegó á mí, y yo hablarle no podía, de tan trastornada como estaba. Por fin rompí y le dije... ¿qué

sé yo lo que le dije? Pero aquí me suenan todavía las palabras que me respondió: «Si tuvieras fe no te asombrarías de lo que estás mirando. Sana estoy, y he recobrado lo que perdí. Mírame bien: no creas que son prestados, que míos son, y muy míos. La Sor me los dió esta noche, arrancándoselos de su pecho y poniéndolos acá.» Y mi hermana volvió á la alcoba arrullando á la criatura, y diciendo: *milagro fuí, milagro soy.*

—¡Qué inocente eres, Lucía! Para que te convenzas de que soñaste, acércate al lecho de tu hermana, y pregúntale si es cierto que...

—Será que han desbaratado el milagro después de hacerlo. Yo juro que ví y oí lo que le cuento, señor. Cuando mi hermana se metió en la alcoba, ¿sabe? ví salir de ella á la monjita del Socorro y entrar en el cuarto donde duermen los niños. Viendo esto, quedéme otra vez sin la facultad, y me volvieron las tinieblas en que vivo siempre.

—La hermana Lorenza no está aquí, ni en el cuarto de los pequeñuelos. Además, ni el chiquitín de tu hermana es de pecho ni duerme aquí esta noche.

—Señor, no me contradiga, no me lo niegue... Si lo que he visto no es verdad en este momento, lo será. Si el señor no lo ve así es porque no tiene fe.

—Fe tengo; pero no creo que tu hermana

recobre lo que perdió, ni menos que se pueda verificar ese traspaso de... No delires, hija.

—Lo he visto, lo he visto. *(Acentuando enérgicamente con las manos.)* ¡Tuve la facultad! El que viva sin fe, que me lo niegue.

—Entra en el cuarto de los niños, palpa bien por todos lados, y si encuentras allí á la hermana Lorenza, creeré tu historia, y seré el primero en proclamar el milagro.

De puntillas entró la ciega en el cuarto, y Guerra, movido de una curiosidad que no acertaba á explicarse, entró también. La una con el tacto y el otro con sus claros ojos cerciorároнse de que allí no había nadie más que la niña mayor, dormida. «¿Lo ves? ¿te convences?—le dijo el amo con pena, conduciéndola de la mano á la salita.

—No me convenzo, señor. Afirmo lo que afirmé, y creo lo que ví.

XI

Volvió Guerra á ocupar su sillón, y la candorosa ciega el lugar donde pasado había la primera parte de la noche. Rezaba á media voz. Poco después del diálogo referido, Angel sintió á María Antonia hablando quedamente con su enfermera. Acercóse á la puerta de la alcoba, y oir pudo estas desvariadas expresiones: «Hermana Lorenza, ángel de Dios, ¿y

qué debo daros en cambio de lo que me dáis? Me curáis con vuestra propia carne y me dáis vuestra sangre y vuestra vida.

Contestóle la vecina en términos cariñosos, llevándole el genio, y la incitó al descanso y á tomar la pócima que la ofrecía. Pero María Antonia no se mostraba sensible á tan razonables exhortaciones; negábase á tomar el brevaje, y con descompasado mover de brazos y febril brillo de los ojos, decía: «Pero si estoy curada, Gumersinda. ¿No lo ves? ¿Pero no lo ves? Haz el favor de apartarte á un lado, que no me dejas mirar á la otra, á la bonita, á la que trae recados del Padre Eterno y al oído me los dice. No sé á cuento de qué os oponéis todas á que me cure la hermanita. Ella quiere, y vosotras, entrometidas, puercas, sinvergüenzonas, no la dejáis... es lo que veo... no la dejáis. Os habéis propuesto que yo me pudra en este puño de cama; pero no lo conseguiréis, no, no lo conseguiréis. Tengo mi ángel, que ahora está detrás de tí... le veo la toca blanca... y los ojos le bailan detrás de los tuyos que están fijos en mí. No, no me abandona la Sor salada, y en cuanto la dejéis acercarse á mí, me curará. Me lo prometió, de parte del señor de Dios, el cirujano presupotente, y lo ha de cumplir... *(Inquieta)* Pero hazte á un lado, mujer... ¡Que siempre has de plantarte entre la Sorita y yo, para no

dejarla que me cure! Gumersinda, tú antes no eras así. ¿Por qué te has vuelto tan mala? ¡Envidiosa! Como no has podido criar á tu hijo, porque se te secó la leche ¡ja, ja! no quieres que yo... Pues mira, yo pensaba criarte el tuyo... límpiate ese moco... criártelo junto con el mío, que para todos hay, y aún me sobra... mira... Si te da dentera de vérmelas, rabia y rabia y rabia.

Tenáz en la persuasión y en el cariño, ya asintiendo á los disparates que decía, ya refutándolos con gracejo, Gumersinda logró hacerle tomar el potingue, y la infelíz mujer se fué calmando poco á poco. Las expresiones de su delirio dejaron de ser inteligibles, cual si se alejara la voz que las pronunciaba, sumergiéndose en lo profundo.

Volviendo al deshecho sillón que de cama le servía, inútilmente trató Guerra de conciliar el sueño. Sintió roncar á la ciega, retorcida en mala postura, y algo habría dado por imitarla y descansar. «Esta bienaventurada —pensó, — estará regocijándose ahora con otro delirio milagrero, y despierta sostendrá que ha visto lo que sueña. ¡Dichosos los que no llevan aquí el terrible espejo de la razón, desvanecedor de los engaños de la fantasía, porque ellos están mejor preparados para la fe! Yo, con mi razón firme y bien educada, siéntome sujeto cuando quiero lanzarme á

creer, y mi propio sentido desvanece la dorada ilusión del milagro.

Tanto le inquietaron estos pensamientos, que no pudo permanecer en el sillón, y se puso en pié. Dió algunos paseos por la casa; pero el temor de hacer ruído y turbar á la enferma le sugirió la idea de echarse á la calle. Como la puerta no estaba cerrada, fácilmente y sin el menor bullicio salió. Amanecía ya, y una claridad pura y rosada despuntaba en el cielo. Oíase el gargoteo del Tajo que muy cerca de allí corre impetuoso entre aceñas rotas. Cantaban gallos. Enfrente, el muro rocoso que al río sirve de caja comenzaba á teñirse de variados tonos, y por encima de la cresta del monte en que está la Virgen del Valle apareció la estrella de la mañana con fulgor hermosísimo y virginal. Espectáculo tan bello le sumió en éxtasis, y no tenía alma más que para dirigir una ferviente invocación á las alturas sin fin, entonando á media voz el himno *Ave maris stella, Dei Mater alma.* Y después dijo la antífona *Salve Regina... vita, dulcedo et spes nostra.* No la había concluído cuando el astro comenzaba á palidecer, diluyendo su luz en la purísima diafanidad del cielo azul, limpio, inmaculado.

No tardó en sentir el caballero cristiano profunda fatiga, y se volvió á la casa. Al entrar, todos dormían incluso Gumersinda,

que rendida del sueño apoyaba su frente en el lecho de María Antonia. Trató de imitar á los demás, y al recostarse y cerrar los párpados, sintió un deseo vivísimo de ir al Socorro. ¿Pero cómo, á tal hora? No se daba cuenta de la verdadera razón de aquel insensato estímulo, en puridad un ansia loca de ver á Leré, de platicar con ella, de hacerle mil preguntas, de consultarle sobre dudas y cuestiones importantes, y más claro aún, ansia de contemplarla y extasiarse ante ella. Tan vivo era su anhelo, que se conceptuaba infelíz si al momento no lo realizaba. «Pero la hora es impropia—le dijo su razón.» Y el deseo: «Yo cambiaré la hora y haré que en vez de ser ahora las cinco sean las tres de la tarde. Para todo hay remedio.

«No seas loco—se dijo volviendo sobre sí y apreciando claramente su situación.—Vale más que descanses. Anoche no has dormido ni media hora. Y ten presente además que lo que comiste ayer no bastaría para alimentar á un pájaro. No, de aquí no te mueves hasta que venga Mancebo á relevarte, y Mancebo no vendrá hasta después de Tercia.

Este razonable temperamento duró poco. «Ahora mismo—pensaba,—ahora mismo voy. Me muero si no voy, si no la veo al instante.» Pero intentaba moverse y no podía. Su cabeza era de plomo, sus piernas de palo insensi-

ble. «Este sueño, este maldito sueño me mata, porque esto no es dormir, sino morirse, y morir sin verla es tristísima cosa...

Y hé aquí que á las once de la mañana, próximamente, despertaba en su casa de Guadalupe... y al despertar encontróse tendido en su lecho. La turbación y el desasosiego que se apoderaron de su alma no pueden ser descritos. Llamó... vino Jusepa.

«Jusepa, por tu vida, sácame de una horrible duda ¿cómo y cuándo he venido yo aquí? ¿Trajéronme en volandas los ángeles, las brujas, ó quién?... ¿Qué hora es?

—Son las once, señor... ¿Pero el señor no se alcuerda que vino esta mañana? Yo no sé cuándo allegó á casa, porque no estaba aquí. ¿Pero no se alcuerda que mus encontramos por el camino? Yo bajaba, el señor subía.

—Ah! sí, sí... *(Exprimiendo su memoria como un limón que ha dado ya todo el zumo.)* Yo venía, y más acá del puente te encontré y te dije «Jusepa, ¿á dónde vas?» y tú me contestaste: «Señor, á Toledo á un recado...» Sí, llegué aquí, y me eché vestido en esta cama, y caí como en un pozo. ¿Pero cómo vine yo acá, cuando mi propósito y mi deseo eran ir al Socorro?

Jusepa alzó los hombros y contrajo los labios en señal de su absoluta incapacidad para resolver las dudas del amo.

«Porque... *(En la mayor confusión)* aguárdate. Yo estaba... eso lo recuerdo bien... allá...! Ah! voy viendo más claro. Entran las imágenes de lo pasado en mi memoria poquito á poco, á retazos, que luégo tengo que juntar para que resulte el sentido... Sí, Mancebo llegó y me dijo: «Ya estoy aquí, D. Angel. Puede marcharse cuando guste. Usted necesita descanso.» Y entonces sin duda salí y me vine acá... Pero... esta maldita memoria no acaba de aclararse. Conservo la idea de haber querido venir con la ciega, de haberle dicho: «Lucía, vámonos.» Díme, ¿ha venido Lucía?

—Yo no la he visto, señor.

—Y cuando nos encontramos, ¿qué te dije yo?

—El señor, cuando yo le contesté: «voy á á un recado», me dijo: «anda y no te pierdas.» Y yo le dije digo: «señor, sé muy bien el camino.»

—Ah! ya, ya voy recordando. Díjete aquello, porque me pareció que ibas con un hombre, y que el hombre, al verme, se escondió detrás de las paredes en ruínas que hay más allá de la Venta del Alma.

—Señor *(Dominando su turbación)*... yo le juro que no diba con dengún hombre.

—¿Y qué? No eres tú mujer? Estás condenada á ser insensible? No es crimen amar, ni mucho menos. No tienes necesidad de decirle

á tus novios que se escondan de mí, pues yo no me como los novios de nadie.

—¿Novios yo? El señor olvida que soy casada.

—¡Ah! sí; tu esposo, hijo de Cornejo, está en presidio. Casi, casi eres viuda. En cualquier estado que se viva, nadie se exime del achaque de amar... y para todo hay bula... Bien, Jusepilla, bien; tus referencias ayudan mi memoria, y gracias á ellas, voy recordando mi caminata desde el cerro de las Melojas hasta aquí. ¿No es cierto que en el puente había unos hombres á caballo disputando con los de consumos? Pues lo mismo que doy ese detalle de lo que encontré en el camino, podría dar otros. Sí, sí, y cuando entré en el cigarral, salía Cornejo con dos trabajadores que me dijeron... No importa lo que me dijeron... Y allá, cuando pasaba por delante de Santa María la Blanca, ví á unos ingleses que salían de ver la sinagoga, y poco antes me había encontrado al chico segundo de Justina Mancebo, y hablé con él y le dije... Bueno, Jusepa, bueno: ahora, lo que más importa es que yo almuerce. Mi debilidad es tal, que las palabras para ponderarla se niegan á salir de la boca, y el pulmón no quiere darme aire para poderlas articular; tan incomodadas están conmigo todas las partes del cuerpo por el mal trato que les doy... Espera: al paso que

me haces el almuerzo, mandas un recado á D. Pito, si está, ó á Virones ó á la ciega, si ha vuelto, para que alguno de ellos me acompañe á la mesa. Tengo miedo de comer solo, porque me distráigo, se me enfría la comida, y hasta se da el caso de que me entre un bárbaro deseo de arrojarla por la ventana, sin probar de ella, por puro flujo de abstinencia, por la tecla de mortificación... Oye, Jusepa, vuelve acá: que llamen al niño Jesús al momento y me le traigan, que quiero charlar con él. *(Sale Jusepa.)* Sí; deseo saber lo que piensa de esto Jesusito. No dice nada que no sea una verdad profunda. Su inocencia no es otra cosa que la Teología disfrazada. Este niño no ha venido aquí por casualidad, ni debe de tener parentesco con Virones. Este niño es algo que no cae dentro del fuero de lo natural. En sus ojos, que parecen ver lo que nadie ve, se transparentan regiones luminosas, donde nada se ignora, donde no existen la duda ni la ignorancia terrestres. Son ventanas por donde lo infinito se entretiene en contemplar lo finito... para reirse de él. Mi cerebro parece que se vacía de toda idea. *(Con extremo desfallecimiento.)* No obstante, ahora recuerdo con perfecta claridad cuanto hice y ví y pensé en las primeras horas de la mañana. ¡Vaya que olvidar cosa tan clara y hechos tan bien determinados!. Poco después de Mancebo, que

me despertó, fué el médico, el cual examinó á María Antonia, y puso muy buena cara cuando la vendaron... Me dijo: «Cicatriza, sí señor, cicatriza. No lo creí; parece milagro.» Nos alegramos mucho de oírselo decir, y yo le pregunté: «¿Curará, Sr. D. Acisclo?» Contestóme con un gesto de optimismo y un *veremos* que me llenó de esperanza. ¿Pues no ha de curar, si puso sus manos divinas en ella la...? Ténte, cabeza, que te disparas... Pues sí, aquel ángel de Dios se arrancó su propia carne para... ¡Jusepa, Jusepa, que me muero de hambre!

XII

Señalan las crónicas al llegar á este punto dos hechos de suma importancia. Primero: que comió el señor de Guadalupe y Turleque con buen apetito. Segundo: que Jusepa le dió bastante mal de almorzar, guardando los bocados mejores para quien ella sabría. Iba llenando con ellos un cesto, en el rincón de su alacena, hasta que llegaba la hora de tomar soleta hacia la Degollada. La circunstancia de andar por allí bastantes jornaleros sacando piedra, amén de los que trabajaban en la explanación, favorecía de una parte las escapatorias de la villana, y de otra ponía en grandísimo peligro al majo madrileño, pues

no era fácil que con el contínuo pasar de gente pudiese *guardar el acónito,* como decía Jusepa. Pero de tal modo se habían despertado las facultades de ésta, juntamente con su energía afectiva, que discurrió los arbitrios más ingeniosos para rodear al D. Álvaro de las mayores seguridades posibles. Consiguió disfrazarle hábilmente con algunas prendas de su marido y otras que trajo de Toledo, y el galán pudo espaciarse un poco de noche, y aun de mañana, evitando el pasar por Guadalupe. En una de éstas, el perseguido caballero se fué á la ciudad, y contra lo que Jusepa esperaba no volvió ni aquel día, ni al siguiente, ni al otro. Desesperación y amargura de la loba, que á todas las ánimas habidas y por haber invocaba, y creyó firmemente que debía ir á hacerles compañía en el Purgatorio.

Por fin, en la noche del quinto día, volvió á presentarse el majo en su escondite, y cuando ella le vió, á punto estuvo de perder el sentido. Allá se traía el tal mil historias que atropelladamente contó á su amante para justificar tan larga ausencia: Que en Toledo se había encontrado á unos parientes que le brindaron protección; pero no fiándose de ellos, pues deseaban su muerte para heredarle, renunció al albergue que le ofrecían. Que el amigo que debió venir de Madrid con el dinero no había parecido aún, por lo cual era

forzoso esperarle unos días más. Su plan era, en cuanto llegase el amigo con los santos cuartos, salir pitando para Portugal á uña de caballo. Y juraba por sus ilustres antecesores que no daría un solo paso en el camino de su salvación, si ella, su angelote redentor, mil veces bendito, no le seguía. Hecha un puro arrope manchego y babeándose toda de satisfacción, Jusepa contestaba, como persona de conciencia, que de buen grado le seguiría si no fuera por el aquel de ser mujer casada. ¡Qué diría su familia; qué la comarca cigarralesca; qué Toledo, donde tanta gente la conocía; qué, en suma, todito el orbe católico!

Acalló tales escrúpulos el galán con fingidos arrebatos amorosos y con razones que acabaron de hacer perder el juicio á la ya dislocada Jusepa. En cuantito que él se pusiera en salvo, estableciéndose en las Alemanias, en los Estados Unidos de Nápoles, ó quizás á la parte Norte de las islas del continente de los Países Bajos, recobraría la recopilación de su personalidad, sin miedo ninguno á la justicia, y ¿á que no saben ustedes lo primero que haría? Pues escribir una carta al reverendo Papa para que, á vuelta de correo, le despachase el divorcio de su adorada. Eso es, y hágoto soltera. En seguida le daría su mano, y si la familia de él no lo miraba con buenos

ojos por ser su ángel un poco á la pata la llana, él se pasaría la familia por las narices. Además, al tiempo de casarse reclamaría el título de Barón que un tío suyo le usurpaba contra todo fuero, y hágote Baronesa. Parece que estas bolas de tan grosera calidad no habían de ser creídas por ninguna persona de mediano entendimiento, ni aun en las zonas más apartadas de la realidad social. Pues el tragadero de la loba hallábase dispuesto á pasar ruedas de molino aun mucho mayores, si el peine aquel hubiera querido administrárselas. Más atrevida en cada etapa de su aventura, llegó á concebir la temeraria idea de albergar al zorro majo en la propia casa de Guadalupe. Para esto era menester aguardar circunstancias favorables: que su tío Cornejo se quedase algunas noches en la choza de las canteras, y que el amo se fuera por algunos días á dormir á su casa de la calle del Locum, aunque en rigor la presencia del amo no estorbaba absolutamente, pues el buen hombre hallábase tan ido de la cabeza con aquellas gaitas de la religión, que era facilísimo burlarle y hacerle ver lo blanco negro.

Jusepa se equivocaba, pues si el señor de Guadalupe se corría un poco más allá de la realidad en la percepción de ciertos fenómenos relacionados con la vida espiritual, en todo lo referente al orden de su casa y á los

trabajos constructivos, solía mostrar un tino y penetración admirables. La prueba de esto la tuvo la propia Jusepa una tarde en que su amo, viendo lo mal que le servía, díjole con bondad: «Jusepa, á tí te pasa algo. Tú no eres la mujer de antes. Haces mal en tener secretos conmigo. Tú no riges bien de la cabeza, señal de que andas mal del corazón. Tú te compones, te acicalas, te distraes, y zancajeas por ahí más de lo que acostumbrabas.»

Púsose todo lo encarnada que podía, pues su piel de vejiga mantecosa era más sensible al lustre del sudor que á los arreboles de la vergüenza, y balbució algunas excusas y explicaciones. Tentada estuvo después de arrancarse á una confesión total con D. Angel; pero no se determinó á ello, por temor de disgustar al otro. ¡Lástima no contar con el amo, que era tan bueno, tan generoso, y seguramente estimaría en mucho las buenas partes del D. Álvaro, y le ampararía como caballero cristiano, poniéndole á salvo de los del tricornio!

Por sabido se calla que Guerra volvió puntualmente á la guardia en casa de Zacarías. Una mañana le sorprendió Mancebo, corriendo á encontrarle con expresiones y gestos de alegría. «Señor, señor, milagro tenemos.

—Qué... qué ocurre? *(Con viveza.)*

—Milagro precisamente no; pero... He que-

rido decir *maná*... Vamos, que ha empezado á caernos hoy por la mañana, y como siga, pronto será benéfica lluvia.

—¿No lo decía yo, D. Francisco? Para que aprenda á tener fe.

—Pues hoy me fuí á la botica de Zapatero con ánimo de pagarle todas las medicinas que se han traído desde que empezamos á trabajar aquí, y... ¿qué creerá usted? Sale el propio D. Pedro Zapatero y me dice que no es nada. Pues señor, bueno... Á este paso... Dice que siendo para obras de caridad y para cosa dispuesta por usted no cobra; que él también tiene su aquel de hombre pío, y que patatín y que patatán.

—Á ese Zapatero le hice yo un favor en Madrid años há. Tenía un hijo enfermo, que estudiaba farmacia, y yo... Pero me callo, que las buenas obras piden olvido.

—Pues hay más, mi querido patrón, señor D. Angel. Hoy está de Dios que sea día de maná. Me paso por casa de los Illanes y... oiga usted este golpe. Después de hablarme con entusiasmo de usted, Gaspar me dice que pone á nuestra disposición unos sacos de judías... Yo me figuro que estarán algo picadas... pero de todos modos se agradece, ¿no es verdad que se agradece?

—Ya lo creo. Picadas ó no, dígale que se estima muchísimo su donativo. Reciba usted

todo lo que le ofrezcan, aunque sea un trapo viejo, un alfiler ó un grano de arróz.

—Bien, bien, superlativo. Y ahora, para saber si están picadas ó no están picadas las tales judías *(con oficiosidad, haciendo gancho con el dedo índice en torno de la naríz)*, se me ha ocurrido una idea sumamente ingeniosa. Que me mande uno de los sacos á casa, y allí probaremos el género, y según como resulte, así se destinará á estas bocas ó á aquellas bocas.

—Perfectamente. Pruébelas usted, y si le convienen, puede continuar la cata hasta que se acaben.

—No tanto, si bien tenemos un mónstruo en casa que daría cuenta de ellas, aunque estuvieran más picadas que el alma de Judas... Magnífico. Yo creo, salvo el parecer de usted, que no sería malo que hablaran de esto los papeles públicos, pues así correría la voz del bien que estamos haciendo, y se animarían muchos á darnos maná. Pepito Illán, que plumea bien, pondría la noticia.

—No, no, no... Déjese de papeles y de bombos ridículos. Lo repruebo rotundamente. Ésto no es una empresa. La miseria y el dolor no necesitan avisos para cundir hasta nosotros. La piedad tampoco necesita las alas del reclamo para venir volando en nuestra ayuda.

Dióse por convencido Mancebo, y en aquel

punto entró el médico, que cada día se maravillaba más de lo bien que iban cicatrizando las terribles heridas de la enferma. Atribuíalo á su buena encarnadura, y á la eficacia y puntualidad con que se la cuidaba. Aseguró que en los hospitales rara vez se obtienen tan excelentes y prontos resultados, y que en toda su carrera clínica no había visto un caso semejante.

«Empezamos con pié derecho—dijo Guerra meditabundo.—Dios bendice nuestros primeros pasos. Adelante pues.

La vecina que se prestó á cuidar á María Antonia sin retribución alguna era una mujer dispuesta y agradable como pocas, alma expansiva, corazón puro, joya obscurecida y olvidada, como otras mil, enmedio de la tosquedad de las muchedumbres populares. Sentíase Guerra humillado por aquella mujer que practicaba la caridad sin ninguna petulancia, que se sacrificaba por sus semejantes sin dar importancia al sacrificio, que era buena sin decirlo y hasta sin saberlo, y como el botánico que encuentra una bonita y rara flor entre las breñas, y la corta para clasificarla, sometióla al siguiente interrogatorio:

«Usted quién es? Cuál es su gracia?

—Soy, señor, sin gracia ninguna, Gumersinda Díaz, natural de Tembleque, y mi marido es albañil.

—¿Cuánto gana?

—Ahora nada, señor, porque hay *paralisis* de obras. Pero cuando trabaja, trae nueve reales.

—Que vaya á Guadalupe, si se contenta con un jornal de peón; y cuando empiecen las obras, su medio duro no hay quien se lo quite. ¿Y cuántos hijos tienen?

—Seis... con perdón... *(Cortada.)* Pero... tengo que decirle una cosa... con desengaño, señor... porque no cuaja en mi natural la mentira. Monifacio y yo no somos mismamente casados. Vivimos así... pues.

—Amancebados es el nombre.

—Queremos casarnos por la Iglesia; pero el sacar los papeles y el tanto más cuanto de la Vicaría nos imposibilita, porque viceversa no tenemos dinero. Unas señoras que hablan para casar á los que viven con familia, le dijeron á una servidora que nos traerían los papeles y toda la incumbencia para las bendiciones; pero no han vuelto á parecer.

—Pues yo pago papeles, incumbencias y bendiciones. ¡Hala! á casarse tocan. Claro está que lo mismo les protejo casados que solteros. Es igual... Pero no está mal ponerse en regla. D. Francisco, ocúpese de arreglar esto. Tome nota... Calle y número de la casa. Pronto... y cuidado con los olvidos.

No se hizo de rogar Mancebo para salir en

seguimiento de aquella nueva necesidad, porque más le gustaba esparcirse de calle en calle que estar allí oliendo ungüentos y escuchando quejidos. «Á mí—decía,—que no me saquen de mi administración y del negocio callejero, olfateando dónde hay necesidades y procurando que todo se haga con buena economía. Trabajo por caridad, pues á todas estas, ¿qué voy yo ganando? Un triste saco de judías picadas. Y contento, eso sí. Por Dios y por el prójimo se desperna uno y se rompe la cintura... máxime cuando á la postre algo me ha de tocar; que también en mi casa hay apuros y escaseces, ¡zapa! también tengo allá cuadros bien lastimosos. Pues qué, ¿mis once bocas son bocas de ángeles? Y mi mónstruo, ¿es por ventura el vellocino de oro? Yo, bien lo sabe Dios que ve mi conciencia y mis manos, no he de tomar ni un real de todo este numerario que manejo. Nada se me ha de pegar... pero tenga presente el D. Angel este tan levantisco de mollera, que también nosotros somos de Dios, que Roque no lo gana, que los chicos parece que tienen dientes en los piés según se comen el calzado, y en fin... ya que no cobro sueldo ni tanto por ciento, no estaría de más que se pusiera en la lista mi propia casa. Ya sabemos lo que dijo el Apóstol: *El que bien administra, adquiere el premio de la gloria.* Bien ganado me lo tengo

ya. Pero no olvidemos que también dicen las Escrituras: *Repártase conforme á lo que cada uno necesite*... Justicia, Sr. D. Angel, equidad... y cuerda para todos.»

XIII

Conviene indicar que Zacarías se humanizó. Después de tres días de ausencia de la casa conyugal, apareció una mañana con semblante sombrío, extenuado y soñoliento, cual si hubiera sufrido largas vigilias ó si acabara de realizar enormes esfuerzos corporales. No se hallaba Guerra en la casa cuando entró, y sí Mancebo, que tuvo más miedo que vergüenza y no sabía qué decirle. El desdichado armero pareció interesarse por su mujer, mostrándose solícito con ella ¡á buena hora! y pesaroso del abandono en que la había tenido. Con Angel estuvo receloso y como avergonzado, balbuciendo excusas, alabando friamente lo que en su ausencia se hizo, y prometiendo enmendarse y cuidar de su familia como era su obligación. Bien se le conocía que le encantaba no tener que recurrir á su flaco bolsillo para las distintas necesidades que surgían. Creyérase que brujas ó duendes trasteaban en la casa. Llegar y encontrarse la comida pronta, y ver que nada faltaba, nada, y que los suministros de plaza y botica entra-

ban como por mano de los ángeles... vamos, parecía cosa de milagro. ¡Lástima que tal estado de bienandanza no fuese definitivo! Porque despedido de la Fábrica por faltón y pendenciero, ¿cómo resolvería el problema vital cuando su mujer se pusiera buena ó se muriese, que una ú otra solución habían de ser el desdichado término de aquella Jauja?

Siempre metido en sí, glacial y adusto, echaba largos párrafos con Angel, en que éste se lo decía todo, y el otro apoyaba ó contradecía ligeramente con frases cortas. Pero una noche, hallándose los dos en la sala, después de cenar juntos, mostróse el forjador de aceros más comunicativo, y puso en sus palabras un interés y calor enteramente nuevos en él para los que de poco tiempo le trataban.

«Señor, puesto que usted, por el flujo de la santidad, no quiere que nadie ande desconsolado, ni perseguido, ni hambriento, ni desnudo, ¿por qué no socorre á un hombre que es sin duda el más desgraciado de todo Toledo, con tantísima calamidad encima que no puede valerse? Amigo de usted fué, y aunque tenga sobre su conciencia dos ó tres... ó veinte casos gordos, no es malo de su natural de por sí, y si le amparan, haga cuenta de que hace una buena obra, porque ya ni el Diablo quiere cuentas con él.

Con prontitud y alegría se declaró Angel dispuesto á socorrerle, aunque fuera el más empedernido de los pecadores y el más avieso de los criminales. Bastaba con que Zacarías le dijese el nombre del tal, desechado por el Demonio mismo, y su residencia. Pero no quiso el otro soltar la prenda del nombre, hasta que el favorecedor no diese garantía de la formalidad de su propósito, dirigiéndose en persona á la morada de aquel sujeto, sin dar conocimiento á nadie de semejante paso, y dejándose guiar de Zacarías.

«Si es verdad que el señor quiere saber el nombre para favorecerle y no para delatarle, véngase conmigo, y cuando le vea sabrá quién es. Pero hemos de ir solos usted y un servidor... ¿Qué?... tiene miedo?

—No conozco el miedo, y menos ahora que antes. El paso es arriesgado. No sería gran disparate sospechar que me llevan á un sitio solitario ó á una guarida de ladrones y asesinos para robarme.

—No hay forma de que yo le pruebe que se equivoca. No puedo darle más fianza que mi palabra, y ésta no corre en la plaza como buena moneda, lo sé... Pero usted me cree ó no me cree, y si no quiere que vayamos, ¡Dios! no iremos.

—Pues sí que voy—replicó Angel con gallarda resolución.—No llevo armas. Voy con

la idea de hacer el bien y de socorrer á un desgraciado. Quizás en otro tiempo no habría llegado mi temeridad hasta tal extremo. Hoy sí, porque soy todo voluntad, héme impuesto una regla muy rigurosa, y á ella no faltaré ni delante de cien muertes. El miedo, ¿qué digo miedo? la prudencia no fué nunca santo de mi devoción. Riesgos terribles he corrido; he jugado mi vida más de una vez. Hoy que la vida no significa nada para mí, y sólo miro al alma que ningún ladrón me puede robar, en la cual ningún asesino, por armado que venga, me puede hacer ni un ligero rasguño; pues hoy, digo, en un paso como éste dado con Dios y por Dios, figúrese el buen Zacarías qué miedo tendré. Ninguno, hombre, ninguno. Esa cara fosca y esos pelos tiesos me dan tanto cuidado como si al encuentro me saliera una gallina. Con que, vamos ahora mismo.

Echóse el armero un chaquetón sobre las espaldas, y sin pronunciar palabra salió, seguido de Guerra. Obscurísima era la noche, y no había por allí ni asomos de alumbrado público. Anduvieron un buen trecho por las Carreras de San Sebastián en dirección contraria á la abandonada parroquia de este nombre, y al entrar en una de las veredas trazadas en los taludes ó vertederos, y que más parecen para cabras que para cristianos, Zacarías tuvo que dar la mano á su compañero,

pues todo el valor temerario de éste no le libraría de pisar en falso y rodar por aquellas movedizas pendientes hasta el río, cuyo clamor pavoroso en tan endiablado lugar hubiera llenado de pavura el más intrépido corazón.

«Vaya, Sr. D. Angel—dijo el huraño Zacarías parándose después que anduvieron un buen trecho,—sea usted franco, y confiéseme que tiene miedo. Porque ¿cómo no, si aquí, aunque el señor dé voces no habrá quien le favorezca, como no baje del Cielo algún angelote, de esos que pintan... y crea usted que no había de bajar... *¡pa chasco!*

—Cierto que la ocasión y el sitio para atacarme—dijo Guerra con aparente serenidad, —son que ni encargados al mismo Infierno; pero usted no me atacará. Créalo ó no lo crea, yo le aseguro que voy firmemente persuadido de que no me trae aquí para ninguna cosa mala. Así me lo hace ver mi fe.

—¿Pero de veras que no me tiene miedo? *(Sorprendido y como contrariado.)* Si parece mentira, ¡Dios!

—Vamos, que no temo, que estoy tan tranquilo como en mi casa.

—Y ya que no teme que yo le espanzurre aquí, ¿no se le pasa por el pensamiento la idea de que le puedo robar? Porque si yo saliera ahora diciendo: «Ea, D. Angel, entrégueme

todo lo que lleva, reloj inclusive», ¿qué remedio tenía más que aflojar?

—¡Dale! Tampoco eso se me ocurre. ¡Empeñado el hombre en que he de tomarle por un pillo! Pues no me da la gana.

—¡Ah, D. Angel! á mí no me convence usted de que está tranquilo, ni de que me cree persona formal. Mi fama no me abona; pero yo le juro que... Como si lo viera, sé lo que ahora está pensando usted, sí; va pensando que si le ataco, se defenderá con su fuerza muscular que es grande, superior á la mía.

—En efecto tengo buenos puños, y no es tan fácil derribarme. El que me atacara sin armas ya tendría para divertirse un rato, si yo me proponía defenderme. Pero es el caso que como cristiano, profeso el principio de que no debemos herir al prójimo ni aun en defensa propia. Así lo ordenó Jesucristo, y así lo hizo más patente con su conducta. Y si no, fíjese usted, ¿no le habría sido fácil, con sólo quererlo, poner patas arriba á Judas y á toda la canalla que fué con él á prenderle? Pues no lo hizo. De este modo nos enseñó á no defendernos del enemigo, á sucumbir, única manera de consagrar el derecho y la justicia. Corra la sangre del cordero y caiga sobre su matador. Así se destruye el mal: no hay otro modo.

Siguieron hacia abajo, silenciosos. El río

se oía cada vez más cercano, como si estuviera á dos ó tres varas del suelo que pisaban. Zacarías se detuvo y señaló una cruz que alzaba muy poco del suelo: «Aquí mataron hace dos años á un primo mío, mozo de estas Tenerías. Le cosieron á puñaladas y después le tiraron al río. No crea; es lo más fácil del mundo. El Tajo está aquí; se le puede pasar la mano por el lomo. ¿No le siente el resuello?

—Ya lo siento. Parece que nos quiere tragar. ¡Y qué ruído mete! Por lo que veo, amigo Zacarías, vamos á esos talleres de curtidos que se cerraron cuando el cólera.

—Sí, porque se murió aquí hasta el gato. ¿Qué tal, le gusta el paseo? Vamos; ya poco nos falta. ¿Ya se le va pasando el canguelo? No, D. Angel, no le hago daño; pero confiéseme que me ha tenido miedo.

—Que no lo confieso, aunque usted se arrepienta de sus buenas intenciones.

—¡Ajo! ¡Dios! que sí, que me temió. *(Con acento de ira.)* Pues qué? Soy yo algún mariquita? Yo quiero que después de tenerme miedo me agradezca el no haberle hecho nada. ¿Todo ha de ser agradecer yo?

—Hombre, pues si usted se empeña, agradeceremos. Vamos, no se apure por eso. Estoy agradecidísimo...

—Y reconozca que si él es caballero yo también lo soy.

—Se reconoce.

—Y que cuando tocan á ser cristiano, cada uno es cada uno.

—Lo declaro también.

—Pues conste que somos iguales.

Diciendo esto, dió un aldabonazo en una puerta que Angel no veía, y en el mismo instante oyeron ladrar un perro. Alguien, con exquisita precaución, inquirió desde dentro quién llamaba, y Zacarías contestó secamente: «abrir.» Al franquear la puerta, dejóse ver, á la escasa claridad que del interior venía, un hombre macilento, á quien Guerra de pronto no conoció. Más que por la fisonomía, por el metal de voz al dar las buenas noches, supo quién era... el mismísimo primogénito de Babel, desfigurado por la inanición, el cansancio y la longitud de su barba no tocada de la tijera en mucho tiempo. Parecía figura gótica de las más expresivas y espirituales, que acababa de descender del tímpano de una puerta del siglo XIII.

XIV

«Arístides—le dijo Guerra alargándole la mano.—No te había conocido, aunque venía pensando en tí. Cuando este buen amigo me habló de un desechado del Infierno, sospeché que eras tú.

Nada contestó á este saludo el *barón de Lancaster,* cuyo abatimiento y postración superaban á cuanto pudiera decirse. Guerra observó el local: una crujía abierta á la intemperie por el lado del Tajo, y que más parecía depósito de inmundicias que habitación de séres humanos, llena de objetos cuya forma no podía determinarse bien á la mortecina luz que la alumbraba, un farolillo semejante á los que arden colgados ante las imágenes en las calles toledanas. Mirando bien, se podían distinguir pilas de diversas formas, pellejos inflados, sacos de greda, y broza de tenerías, más perceptible al olfato que á la vista.

«Sí—dijo Arístides con voz cavernosa, sentándose sobre una caja en la cual había restos de comida entre papeles grasientos,—aquí me tienes. Pues yo, cuando entendí que Zacarías no venía solo, me figuré quién era. Sólo tú eres capáz de sobreponerte á toda consideración y de olvidar rencores antiguos para venir á consolar á estos desgraciados.

Al oir el plural, Guerra ahondó más con sus ojos en aquellas cavidades tenebrosas, y vió que allá en el fondo, sobre un montón de tablas, se alzaba una cabeza. Era la de Fausto, tendido boca abajo, estirados los cuatro remos. Despertó en el momento aquel, y alzándose sobre las patas delanteras (su aspecto era enteramente el de un animal), bostezó

y volvió á echarse, recogiendo las manos y apoyando en ellas la cabeza ladeada.

Zacarías sentado en un rincón no desplegaba sus labios.

«Pues ya ves cómo vivimos, si esto es vivir—prosiguió Arístides con dolorido acento. —Tú dirás: «muy gorda tiene que ser la que éstos han hecho para verse reducidos á tal miseria y á escurrir el bulto de este modo.» Pues te diré con el alma en los labios, sin atenuar nuestras culpas, que la penitencia no corresponde al pecado. Á tí se te debe decir la verdad, la verdad descarnada y seca, que duele al salir de la boca. Yo siento un consuelo en confesarme contigo sin quitarme ni un ápice de responsabilidad. Pues fué que alquilé los caballos para el circo, y hallándome muy raso de dinero, carcomido de acreedores y con mil necesidades angustiosas por satisfacer, los vendí, entiéndase los caballos, y... Después no pude pagar á la compañía; y ya ves... me armaron este lío... Sé que merezco la cárcel... pero mientras pueda defenderme de ella, me defenderé. Mi padre no ha querido ampararme, y con esos pujos de honradéz que le han entrado ahora, nos echó de casa á Fausto y á mí. Hemos peregrinado, como perros vagabundos, por diferentes corrales. Pase la falta de libertad; pase el vivir entre tanta porquería; pero el no comer, el

aniquilarse por falta de alimento, no se puede sufrir. Yo le dije á Zacarías ayer: «si no salgo pronto de esta situación tan... espiritualista, me tiro al Tajo.»

—Pues, aunque no es un consejo lo que te hace más falta—le dijo Guerra,—principiaré por dártelo. Resígnate, Arístides. Has faltado: es forzoso que padezcas. Preséntate á la justicia, ingresa en la cárcel. Yo te pasaré un diario mientras estés allí, para que tú y tu hermano no tengáis que comer el rancho de los presos. ¿Qué? ¿Haces ascos á mi proposición? Careces de espíritu cristiano y de todo sentido de justicia. Estás dañado hasta la médula.

—No, entendámonos. *(Acariciándose la barba.)* Lo que me dices, querido Angel, no puede ser más justo. Debo expiar mi culpa. Pero... ¿y lo que he sufrido ya, no vale nada?... los sonrojos, el hambre, la desnudéz, el frío y la pérdida de la libertad?

—Yo te daré alimentos y ropa. Todo lo tendrás, menos la libertad que no mereces, como reconocerás tú mismo si no te ciega el orgullo.

—No la merezco, es verdad; pero no puedo renunciar á ella, no puedo. La muerte me espanta menos que la cárcel con la lentitud del procedimiento criminal y las trapacerías de la curia. Mi desgracia consiste en un desequi-

librio monstruoso. Mejor soporto la deshonra que el dolor físico. Tengo la epidermis mucho más fina que la conciencia: no lo puedo remediar. Si quieres tú que me corrija, no me mandes á la cárcel, porque de ella saldría convertido en el más avieso de los criminales: lo adivino, lo siento en mí. ¡Ay! si yo me viera algún día sin trampas, y pudiendo vivir con cierta holgura, cree que sería un buen hombre, incapáz de causar á nadie ningún perjuicio... Si quieres favorecerme, proporcióname recursos para llegar con mis pobres huesos á la frontera de Portugal ó de Francia.

—No me pidas que favorezca la impunidad. *(Con energía.)* Yo no te delataré; yo te ocultaría si pudiera. Pero hemos de reconocer y confesar que también es cristiano el dueño de los caballos. Te daré de comer; te vestiré si estás desnudo; te visitaré en la cárcel si vas á ella. ¿No es esto bastante?

—¡Ay, es más de lo que yo merezco! *(Rebañando en su mente exhausta para buscar una idea.)* Pero... ¿qué te importa á tí, ni qué le importa á la cristiandad que yo me ponga en franquía? Si por pudrirme yo en la cárcel cobrara el de los caballos... Pero si no ha de cobrar... ¿Qué van ganando la justicia teórica ni la justicia práctica con que yo esté encerrado tres, seis ó más años?

—No me importa á mí la justicia oficial. Sí

me importa la moral, ó sea la que el cristianismo llama penitencia. Has faltado; tienes necesariamente que padecer.

—¿Te parece *(con desaliento)* que mi existencia ha sido un puro goce? ¿Qué sabes tú, hombre rico, dueño de tus actos, qué sabes tú lo que es padecer? Llamas padecer á imponerse una privación, ayunos y quisicosas místicas, que se practican con gusto por el recreo que dan á la imaginación. Yo te traería conmigo á mi escuela de sufrimientos; á esta escuela de las necesidades reales, hondas, que llegan á lo vivo; á la clínica de la mortificación impuesta por la fatalidad, no por caprichos de nuestra propia mente, y aprenderías lo que es padecer... Y en último caso, Angel *(levantándose con gallardía)*, yo me pongo en tus manos. La desesperación no me permite escoger entre éstos ó los otros remedios. Ó me mato, ó te obedezco en todo y por todo. ¿Dices que á la cárcel? Pues á la cárcel.

—No, yo no te mando á la cárcel. Te propuse que te impusieras tú mismo esa pena infamante, como expiación de tus delitos. No quiero yo echarte la cruz encima, sino que tú la tomes y andes con ella. Haz lo que gustes. Sin cruz no hay redención, Arístides.

—De modo que, en suma, ¿qué me das? ¿Comida y vestidos dentro de la cárcel?

—Ó fuera de ella si burlas á la justicia.

—Pues opto por lo segundo. De todas maneras, reconozco que eres un hombre excepcional, y que debiéramos besar la tierra que pisas... Seguiré defendiendo mi libertad como pueda. Algo es algo *(animándose)*, y con lo que me das para comer y vestir, quizás pueda ponerme en lugar seguro, aunque sea ayunando y en cueros vivos. Suceda lo que quiera, conste que te reverencio, que me pesa haberte ofendido, y que te adoraría si no conociera tu modestia. *(Con emoción.)* Sólo el hecho de haber venido á esta pocilga merece gratitud eterna. Discurre en qué forma puedo pagarte tantos beneficios.

—No necesito recompensa, pues nada vale lo que hago por tí. Es lo corriente, lo vulgar, lo que haría cualquiera.

—No, no te achiques. Favorecer al que ha sido nuestro enemigo, al que quizás lo fué hasta el día de ayer... eso, Angel, no es corriente ni vulgar. Y la prueba es que me parece que yo no lo haría. *(Vibrando, como si le aplicaran una corriente eléctrica.)* Ya ves si soy sincero. Desde mi imperfección admiro tu virtud sublime... y por lo mismo que estoy... tan bajo y tengo que alzar mucho la cabeza para verte, es mayor mi... admiración.

Poco más hablaron. Zacarías y Fausto no pusieron de su parte una sola palabra en este sombrío diálogo, perfectamente adecuado á

la inmunda lobreguéz del sitio y á la candileja angustiosa que lo alumbraba. Convinieron en que Angel enviaría sus socorros por mediación del amigo que allí le condujo, y con una despedida cordial terminó la visita. El caballero cristiano y su guía se retiraron de aquel antro de tristeza miserable. Menos locuáz á la vuelta que á la ida, y sin cuidarse tanto de inspirar miedo á su acompañante, Zacarías le llevó hasta su casa.

Dos días después de esto, hallándose Angel en su gabinete del cigarral de Guadalupe, recibió una extemporánea visita. Era el *barón de Lancaster*, de piés á cabeza transformado, sin barba ni bigote, con grosero traje de paño de Sonseca, faja negra, zapatones blancos, y sombrero de los más comunes. Pues el pícaro, en aquella traza tan desconforme con su figura y sus hábitos, había encontrado modos de resultar airoso, y hasta un poquitín elegante. Pero nada le desfiguraba como su buen humor, contraste rudo con las murrias tétricas de las Tenerías. Anticipóse á la curiosidad de Angel, explicándose en estos términos:

«No contabas conmigo en estos barrios. Pues, hijo mío, tú tienes la culpa de mi frescura. ¿Para qué eres tan bueno? Gracias á tu divina generosidad vivo y... he podido tomar esta facha. Francamente, me cuesta trabajo creer que no estamos en Carnaval... Pues

bien, aquí me tienes... á tu disposición. ¿Me denunciarás?

—¿Estás loco? ¡Denunciarte! Mi opinión, ya te lo dije, es que debes imponerte tú mismo el sacrificio de entregarte á la justicia; pero si te falta valor para sacrificar tu libertad, y vienes á que yo te dé asilo, cuenta con él. Para eso y para otras cosas de más empeño estoy aquí.

—Me has devuelto la vida—replicó Arístides tomando asiento con muestras de cansancio,—y si algún sacrificio grande pudiera yo hacer, haríalo por tí, amparándote como me has amparado. Pero no necesitarás nunca de mi inutilidad. Soy tan desgraciado, que ni siquiera puedo demostrar mi gratitud más que con palabras que se lleva el viento. No me creerás lo que voy á decirte, pues tengo la desdicha de que hasta mis intenciones han de ser tenidas por moneda falsa. Pero créaslo ó no, yo te digo que siento que no vivamos en tiempos de esclavitud para venderme á tí, y ser tu esclavo.

—Vamos, amigo Babel (*con gracejo*), tú, con tal de tomar cuartos...

—No me vendería por dinero. Tus beneficios no se pueden tasar, ni mi libertad tampoco. (*Con humildad un poco teatral.*) Juro que sería tu esclavo incondicionalmente.

—Yo no compro esclavos. Prefiero tenerte

por amigo, que es lo que me manda Jesucristo, verdadero y único Señor de nuestros cuerpos y de nuestras almas.

—Pues si no me quieres como esclavo, acógeme como peregrino. Me basta con que me dés un rincón en cualquier desván de tu casa. Quien hace cerca de un mes que no ha dormido en cama, no extrañará...

—¿Cama? En esa alcoba tienes la mía; acuéstate cuando quieras. En ella descansarás esta tarde y dormirás esta noche.

—¡Y que me digan á mí que no eres un ángel! No, no, descansaré muy bien en este sofá.

—Que no. Has de dormir en mi cama: es el mayor gusto que me puedes dar. Si te descuidas te trato como á esclavo, y te mando acostarte bajo pena de azotes.

—Pues obedezco... ¡Hermosa servidumbre! *(Insinuándose con exquisita flexibilidad.)* Si das las sobras de tu mesa á este infelíz que hace tanto tiempo no prueba comida caliente, completarás tu caridad...

—¿Sobras dices? Cenarás conmigo, y te obsequiaré como á huésped extraordinario.

—¡Ah! no creía yo en lo sublime; pero ya lo veo y lo toco. No, querido Angel, no merezco sentarme á tu mesa. Cumple con este pobre prójimo dándole una ración de la sopa boba que repartes á los acogidos de Turleque. Además, no quisiera que mi tío Pito me viese...

—No temas al pobre capitán, que no hará sino lo que yo le mande.

—Bendito tú mil veces... Pero á todas estas no he podido explicarte por qué estoy aquí. Zacarías nos entregó puntualmente lo que le díste el primer día para comprarnos ropa. Pero lo que le díste ayer... No te enfades... El pobrecillo tuvo una mala tentación, se fué maquinalmente al garito, y cátate que una mal intencionada sota le escamoteó lo que el filántropo de Guadalupe destinaba al socorro de nuestras miserias. Perdónale, que no sabe lo que se hace. El desdichado nos confesó casi llorando su culpa. Y lo que más le requemaba el alma era que tú llegaras á enterarte... Pues esta mañana, viéndonos sin auxilio mi hermano y yo, socorridos á medias, pues él había comido más que yo, y yo en cambio le ganaba en ropa, deliberamos. Con este arranque y esta espontaneidad que me ha dado Dios, opiné que debíamos acudir á tí, y contarte la verdad. Fausto que no, y que no. Suele pecar de altanería quijotesca. Recuerda que cierto día te ofendió gravemente de palabra, y no quiere humillarse á pedirte una limosna. En vista de que no podíamos ponernos de acuerdo, yo he venido, y él se ha quedado allá.

—¿En aquel inmundo albañal? Que venga, que venga también.

—Esperaba tu arranque generoso... Por más que se te pinche por ver si surge en tí un movimiento de cólera ó de inhumanidad, nada, nada. Te petrificáste en la perfección; eres otro hombre, fundido en crisol nuevo. (*Con énfasis.*) Delante de tí, se avergüenza uno de respirar y hasta de vivir.

Con esto terminó el coloquio, y los antes fieros enemigos, reconciliados ya, ¡singular caso de caballería cristiana! salieron juntos y se encaminaron á Toledo, separándose en San Juan de los Reyes. Ya entrada la noche, apareció de nuevo Arístides en Guadalupe, en compañía de un cojito con blusa enyesada como la de los albañiles. Los que alcanzaron á verles comentaron su llegada, expresando cada cual una opinión distinta.

«No vos calentéis la cabeza—dijo el *apóstol* Mateo, rascándose la suya,—en pensar si serán ó no serán estos ó los tales y cuales, aparentes ó viceversa efectivos, caballeros en traza de pobretes ó al revés. Yo vos aseguro que el primero que vino es *artista*, verbigracia, barbero, y que debe de venir para afeitar al amo y quitarle toda la barba y raparle la corona, porque se me antoja que es llegado el caso, mismamente lo veréis pronto, de ponerse D. Angel en la propia fisonomía y figuración de señor eclesiástico.

IV

Ensueño dominista.

I

En los días de estas vulgares ocurrencias poco dignas de ser contadas, volvió de la Sagra el clérigo D. Juan, lo que tampoco merece, bien mirado el caso, figurar en las páginas de la Historia. Diversos móviles le trajeron á Toledo al mes escaso de haberse ido, y entre ellos fué de más peso la necesidad de hacer algunas compras que el recrudecimiento de los achaques de Felisita, con vahidos frecuentes y dilatacion lacerante del diafragma (por haber sabido que el Penitenciario y otro canónigo se habían puesto como ropa de pascuas en la última reunión capitular.) Estas y otras razones precipitaron su vuelta, y al siguiente día de su llegada, que era domingo, se encaminó al Socorro, obedeciendo á un recadito que desde allí le enviaron.

Como día festivo, casi todas las hermanitas estaban en casa, pues según las reglas de su instituto, las que asistían enfermos que no se hallaran en situación de suma gravedad, retirábanse el sábado por la tarde, consagran-

do veinticuatro horas á la oración, al descanso y á recrear sus ánimos con distracciones inocentes. Cuando Casado entró, á eso de las cuatro, algunas rezaban en la capilla, y las más rebullían como colegialas en el patio de la casa, el cual, aunque con honores de jardín ó huerta, no podía negar que había sido corral de gallinas. La primera que salió á recibir á D. Juan fué la Madre Sor Victoria, que le dejó al poco rato en poder de Sor Lorenza y Sor Expectación, la negra de alabastro, ambas con el rostro muy encendido por haberse sofocado en el bullicioso juego de las cuatro esquinas.

«Don Juan—dijo Leré al sagreño,—dispénseme que le haya molestado. Quería hablar con usted, y como me dijeron que se marchaba pronto, no quise que se me escapara. Ya sé que lo de su señora hermana no es cosa de cuidado...

—Y aun sería menos, si Felisa no tuviera la maldita costumbre de hacer propias todas las desgracias ajenas; pero es una mujer que llora cuando le duelen las muelas á sus amigas, y que se suena cuando estornuda el señor Deán. Y usted, ¿qué tal? Vaya que se nos está poniendo muy guapa...

—Es favor.

—¡Qué colores, qué tez saludable y qué alegría de ojos! Se conoce que la mejor higiene

es vivir revolviendo enfermos asquerosos y oyendo lástimas y bramidos de dolor. ¡Estupendo trabajo! Nada existe en nuestros tiempos más digno de admiración y respeto. El Señor, que todo lo mira, reparte entre sus ministras los bienes de la salud perfecta y de la alegría del corazón, irradiaciones de una conciencia limpia como el sol... Y ahora que recuerdo: me dijo Porras que en una casa donde usted asistía, la quisieron matar.

—Fué más el ruído que las nueces. Cierto que aquel pedazo de bárbaro me amenazó dos ó tres veces. ¿Cree usted que tuve miedo? Ni pizca. Pero puse el caso en conocimiento de la Madre, como era mi deber, y la Madre me mandó retirar... Con que vamos al grano, don Juan, que no quiero entretenerle mucho. Yo desearía... pues... como usted tiene tanta influencia con D. Angel... que le hiciera comprender las dificultades de picar muy alto en eso de la Congregación que quiere fundar.

—Conozco á medias su proyecto, hija mía.

—Pues conózcalo á enteras, y verá que allí hay cosas muy bonitas, sí muy bonitas; pero...

—Pero que en la práctica, de puro bonitas se caen... y no hay medio de ponerlas en pié.

—Exactamente. De la forma, del modo con que D. Angel desarrolle su pensamiento depende que nosotras lo aceptemos ó no.

—Le prevengo á usted que él cuenta conque una gran parte de las *socorristas* se vayan con él.

—Iremos, ¿quién lo duda? tal vez en ramillete, con nuestra Madre en el centro, si la Congregación es autorizada en toda regla; pero me temo que con los planes demasiado... grandones de nuestro buen amigo...

—Poco á poco: no decirle á nuestro buen amigo que puede faltarle la autorización, porque fácil es que se lo lleve todo pateta, y que el fundador caiga con un golpe de ictericia. Lo que ha de hacer usted es ir recortándole poquito á poco los vuelos. La influencia de usted sobre él, en el orden espiritual y en las más puras formas que cabe imaginar, es decisiva, legítima influencia de lo divino sobre lo humano. No tiene más que extender su dedo sobre las constituciones escritas por él, y decirle: «borro esto, y esto y esto.» Puede que rezongue; puede que su voluntad, hecha á las iniciativas, cerdee un poco, pareciendo que se rebela y no transige; pero al fin transigirá. Créame á mí: coja las tijeritas, y con mucho mimo y mucha suavidad, hoy le corta usted una pluma, mañana otra, hasta dejarle las alas en disposición de no poder volar más arriba de cierta altura razonable. Yo no le he visto desde que he vuelto; pero mañana mismo...

Sor Expectación, que se alejó un instante, picada su curiosidad por el ruído de pasos y voces que en la próxima capilla se oía, volvió diciendo: «Si está ahí D. Angel... en la capilla. La Madre le enseña el San José que nos ha venido de Madrid... ¡Qué cosas tiene D. Angel! Dice que es un horrible adefesio de gusto francés, y que si le pegamos fuego, él le arrojará la primera cerilla.

Casado.—En nombrando al ruín de Roma... Yo me voy, Sor, y le encomiendo á su habilidad.

—No; quédese, por Dios. Á usted le hace más caso que á mí.

—¡Ay, hija mía! nos estimamos mucho; pero en el fondo no nos hacemos recíprocamente gran caso.

Entró Angel echando pestes contra la iconografía moderna, y al ver al sagreño, su sorpresa y alegría hiciéronle olvidar los horrores artísticos de que abominaba. Abrazáronse fraternalmente. La Superiora, que en pos de él entró, parecía un tanto amoscada de la irreverencia con que el caballero de Turleque, discurriendo como artista, se burlaba de la escultura que ella creía exactísimo retrato del Santo Patriarca. Reanudada la disputa, D. Juan, tomando el partido de Guerra, dijo más de cuatro cuchufletas á la Superiora, con quien, por ser primos, gran confianza tenía.

Rebatiólas la Madre Vitoria con más fe que sentido estético, y un cuarto de hora se llevaron los cinco enzarzados en una polémica que hubo de terminar quedándose cada cual con su opinión, y el San José tan espigado, tan fresco de mejillas y tan estiradito de cuello como le dejaran el carpintero y el pintamonas que de la nada de un pedazo de peral le habían sacado. Fuéronse la Madre y Sor Expectación, y no bien se quedaron solos los dos amigos y la hermanita, rompió D. Juan de esta manera:

«Hablábamos de usted, D. Angel, y yo decía que no he acabado de entender la nueva Congregación Guadalupense y Turlequina.

—Amigo Casado *(nervioso)*, no sea usted marrullero, y si tiene reparos que hacerme, hágalos de frente.

—¿Reparos? Al conjunto, á la idea total hay que quitarles el sombrero. Pero ciertos detalles de organización no me entran... Mejor que las descripciones detalladas, valdrán los ejemplos prácticos, para darme luz sobre ciertas particularidades. Vamos á ver: siéntese usted, y escuche y responda. Supongamos que yo no soy quien soy, sino un pobrecito de las calles, y que me caigo de hambre y tengo las carnes al fresco. He oído decir que de la parte allá del puente de San Martín hay una casa de Dios donde apañan á todo el que llega,

y arrastrándome como puedo me voy hacia ella...

—Llama usted á la *Puerta de la Caridad:* se le abre al momento...

—Y me encuentro delante de un conserje de sotana ó de una portera con tocas, que me toman el nombre...

—No le toman nada. Le conducen sin pérdida de tiempo al departamento de hombres, donde le visten si es que llega mal de ropa, y pasa usted al gran refectorio, donde habrá próximamente cincuenta ó sesenta plazas...

—¿De asilados ó de hermanos?

—No hay diferencia para el caso. En la misma mesa comen unos y otros. Supongamos que llega mi hombre á la hora de comer y que todos los sitios están ocupados: hay treinta y cinco acogidos y quince hermanos profesos. Pues uno de éstos se levanta, le deja á usted su puesto y se va á comer á la cocina.

—¡Ah!... ya... *(Con asombro.)* Pues mire, eso es nuevo, novísimo de puro viejo. Volvemos á los primitivos tiempos de la Iglesia, á la fraternidad pura.

Leré oía y callaba, con suprema modestia.

«Bueno, bueno. Pues tocan á recogerse. Supongo que me llevarán á un dormitorio...

—No, señor. ¿Qué? ¿creía usted que los hermanos duermen cada uno en su celda, y que almacenamos á los asilados en dormitorios de

cuartel ó de colegio? (*Con acento muchacón.*) No hay más que celdas: en ellas duermen los profesos siempre que no haya un acogido que las ocupe. De modo que llega D. Juan, y si tenemos todos los departamentos ocupados, un hermano le deja su celda y su lecho, y se va á dormir á un banquito del cláustro.

—Ya... ¿Y si me da un tifus, viruela ó el trancazo?

—Pues en la propia celda donde ha dormido, se le cuida y se le cura, ó se le amortaja. No hay salas de hospital donde los enfermos son colocados como casos clínicos, donde el dolor y la muerte se multiplican por el número de camas puestas en fila.

—Muy bien, muy bien, si la práctica responde á la hermosura de la idea... Vamos á otra cosa. Figurémonos que en vez de ser yo el tipo ese que he dicho, soy un perdis, un criminal, un bandolero, que arrepentido de veras ó de mentirijillas, me planto allá, tiro de mi campana...

—Se le recibe lo mismo. Nadie le pregunta si es bandido ó qué demonios es. Á usted le tocará decirlo, si ha ido con la intención de descargar su conciencia y buscar consuelo en la paz de aquella familia religiosa. Y no crea que la casa le servirá de escondite contra la justicia, porque ésta tiene la puerta abierta de día y de noche para entrar y registrarlo

todo. Vamos, que si el hombre se ha colado allí por librarse de la Guardia civil, se lleva chasco.

—No; debo suponer que si voy allá es porque temo á mi propia conciencia más que á la policía. Enterado. Los hermanos me consuelan, me reconcilian con Dios, me quitan de la cabeza mis malos pensamientos... Bueno. Pero supongamos que en vez de darme por seguir las vías pacíficas y espirituales, me da por lo contrario, y me rebelo y armo camorra, y la emprendo á bofetada limpia con el primer *turlequino* que me echo á la cara...

—En ese caso, el profeso que reciba un porrazo, con él se queda. Está prohibida la defensa. Para casos muy extraordinarios, que espero sucedan rarísima vez, tendremos dos ó tres hermanos del orden seglar que cojan al rebelde agresor, y sin causarle daño alguno le acompañen á la *Puerta de la Esperanza,* y le hagan salir por ella... Confío mucho en la oxigenación moral, en los efectos saludables y rápidos de la mansedumbre y de la persuasión evangélica.

—Hermosísimo como idea; pero en la práctica...—observó Casado mirando á la hermanita, que ni con palabras ni con la expresión del rostro dejaba entender su pensamiento.

—¡La práctica!—exclamó Guerra excitándose.—Ya veía yo venir la muletilla. Es el

comodín que sirve para amparar las rutinas más estúpidas. La práctica, amigo mío, no puede menos de responder á toda buena teoría. No seamos timoratos; no pensemos mal de la realidad, juzgándola como la infalible desilusión de nuestras ideas, como el hálito vicioso y malsano que ha de convertirlas en humo. Cultivemos la idea sin desconfiar de la realidad, que vendrá ¿pues no ha de venir? á dar forma y vida al pensamiento, pues para eso existe. El mundo físico, ¿qué es más que un esclavo del mundo ideal y el ejecutor ciego de sus planes? Basta, D. Juan, basta. No nos asustemos con el coco de la práctica, con ese fantasmón traído á nuestros tiempos por un positivismo huero y sin substancia. No; la realidad es mejor de lo que usted cree. Cabalmente desea ella, en los desmayados tiempos que alcanzamos, que le echen ideas grandes, ideas sublimes para materializarlas y darles cuerpo y vida, en bien de los humanos y para gloria de quien hizo los astros y el polvo de la tierra. Y si me apuran, diré que la realidad hállase hoy como hastiada de su pedestre y vil trabajo, con tanta vulgaridad económica y mecánica, y anhela, ¡vive Dios! remontarse á más altas esferas.

Don Juan, aturdido, no supo qué contestar. Leré, con toda su modestia y compostura grave, no pudo disimular la absoluta concor-

dancia de su pensamiento con el de su espiritual amigo.

II

Dejó pasar Casado el buen efecto que en los dos escuchantes produjeron las exaltadas razones de Guerra, y prosiguió luégo su analítica información. «Pues ahora, mudémonos el sexo. Ya no soy quien soy: ni pordiosero de las calles, ni perdulario ni asesino, y me convierto en señora. Supongo que en lo fundamental regirá del lado de las mujeres la misma ley que del lado masculino. Vamos, que las hermanas viven en celdas, y abandonan su cuartito y su cama á la primera mujer que llega de la calle; que comen en un gran refectorio, cuyos puestos ocupan hasta que...

—Exactamente.

—Y del lado femenino habrá niños de pecho, otros ya crecidillos, y no faltarán biberones para los primeros y escuela para los segundos. Todo ello se cae de su peso. Pero vamos allá: figurémonos que yo soy una mujerona de rompe y rasga, que creyéndome arrepentida, ó estándolo de veras, ó fingiéndolo, me meto en la santa compañía de estas señoras; y una vez que me albergan y me llenan el buche, me sublevo, y empiezo á echar veneno de mi boca inmunda, y la em-

prendo á trastazos con las santísimas hermanas...

—Don Juan (*interrumpiéndole.*) ¡Si hoy tiene usted congregaciones destinadas á domar mujeres de mala vida, y las monjas se desenvuelven muy bien de todos esos peligros! Empiece por tener en cuenta el efecto moral de la simple convivencia con personas que son la pureza misma. Claro que á lo mejor salta un disgusto... Hay hijas de muchas madres... Pero verá usted como no ocurren tragedias ni en el lado de los hombres ni en el de las mujeres, y que por un caso de ineficacia de los medios evangélicos, habrá mil de reconocido triunfo contra el mal. Lo único que debo añadir es que en esta Casa de Dios se prohibe castigar al prójimo aun en defensa propia. El ó la que recibe algún ultraje de palabra ó de obra, se aguanta y espera más. Se ha dicho «no matarás», y hay que cumplirlo á la letra.

—No es que me parezca mal. Yo voy poniendo objeciones, para que usted, al contestármelas, presente rodeadas de claridad las ideas que constituyen su fundación. Soy aquí lo que se llama el *abogado del diablo* en las controversias ó juicios contradictorios de canonización. Ya comprendo mejor el sentido genuínamente cristiano que ha de tener eso, que yo llamaría *Domus Domini*, si no se ha pensado en otro nombre mejor. ¿Qué tal?

¿Acepta el título? Me alegro. Alguna parte he de tener yo en obra tan grande. Y ya veo que por ley de retórica popular, van ustedes á llamarse *doministas*... En fin, bastante hemos hablado ya los del lado masculino. ¡Qué bien nos vendría que Sor Lorenza nos dijera su opinión! Porque ella, ahí donde usted la ve, con su boquita cerrada y su aire de angelical ignorancia, tiene mucho talento, y de fijo se calla muy buenas cosas. Pero no vale; las tiene que decir.

—¿Yo? D. Juan (*con timidéz graciosa*), ¿pero cómo quiere que yo hable delante de dos personas de tantísimo talento? Déjenme oir y callar y aprender, que mucho aprende quien poco sabe.

—Vamos, que no se atreve. Pero yo le adivino el pensamiento y voy á expresarlo por ella. La hermana Lorenza piensa que si *Domus Domini* se establece con la aprobación pontificia, y á falta de ella con la del superior inmediato, á las *socorristas* les faltará tiempo para convertirse en *doministas*, y ella será la primera que vaya. ¿Acierto?

—Sí señor.

—Pero Sor Lorenza cree que el proyecto es demasiado vasto, que abarca mucho...

—Un poquitito grande me parece—dijo Leré soltándose como con andadores,—pero eso no me quita las ganas de entrar. Ni el exceso

de trabajo ni el peligro me acobardan... A mí no me asusta la grandeza más que por una cosa: porque sea un inconveniente para la aprobación; vamos, que á los superiores les parezca el *dominismo* demasiado largo de talle y digan: «á recortar, á simplificar», y en esto de si se recorta ó no se recorta, se pase el tiempo y no se haga nada.

—No—dijo Guerra con gran vehemencia, —el miserable expedienteo no entorpecerá esta obra.

—Apláquese—indicó Casado, poniéndole la mano en el hombro;—la hermanita se ha expresado con grandísimo sentido; y ahora voy á permitirme declarar una cosa que la Sor tiene entre ceja y ceja, y que no se atreve á decir.

—Don Juan — manifestó Leré, soltando briosamente los andadores y lanzándose á la expresión animosa de sus ideas,—no se tome ese trabajo. Yo lo diré, pues nada importa que resulte un disparate.

—¡Ay, cómo se suelta la muy charlatana! Pues no quiero cederle la palabra, y yo seré quien lo diga, que derecho tengo á ello por el trabajo que me ha costado adivinarlo. Me llamo Juan Claridades. Á la Sor le parece mal que los dos sexos vivan en un mismo edificio... y no venga usted con eso de que son alas... ¡qué alas ni qué música! ¿Dejarán de estar

próximos, y de verse contínuamente? Esas arcadas que según el arquitecto separan á las *sores* de los *frates,* me parecen á mí... vamos, no me atrevo á decirlo... Arcaditas, ¿eh? Usted no ha oído que *entre santa y santo pared de cal y canto?*

—Don Juan—dijo Guerra nervioso, mascándose el bigote,—si cree que debemos ser esclavos de la vulgaridad y de las rutinas...

—Pero hijo mío, si la vulgaridad y las rutinas son una segunda atmósfera dentro de la cual respiramos, fuera de la cual es casi segura la asfixia? Ya sé yo que en principio es hermosa la aproximación, la fraternidad entre caballeros cristianos y señoras cristianísimas. Pero usted no cuenta con la vocinglería del mundo, con eso que... Vamos, aquí sale también la realidad, que á usted le parece tan complaciente, y que yo tengo por persona de muchas esquinas, á quien hay que mirar mucho antes de meterse con ella.

—Mire, D. Angel, venga acá, oiga—dijo Leré con las formas de persuasión más encantadoras.—Á mí no me asusta que los hermanos estén tan cerca de nosotras, ni hago maldito caso de las arcadas. Ponga usted una muralla de la China ó un hilo de seda; lo mismo me da. Pero el mundo es muy malicioso... Ya, ya le veo venir. Usted, con el *no importa,* lo resuelve todo. Tratándose de la

conciencia, está bien el *no importa.* Yo digo: «que hablen de mí lo que quieran; no miro más que á Dios.» Pero aquí se trata de dar forma á un edificio que al público pertenece, y que de él y de la confianza de todos ha de vivir después, y no podemos estrenarnos escandalizando á ese mismo público. ¿Qué necesidad tiene usted de que la gente desconfíe y se ría de los *doministas,* y haga mil catálogos? ¿No será lástima que por ese detalle le nieguen la aprobación, y se quede con sus proyectos muertos de risa, sin poder realizar todo el bien que traen consigo?

—Declaro—afirmó D. Juan con entusiasmo, batiendo palmas,—que esta Sor tiene más caletre que un concilio. ¡Qué bien dicho y con qué poquitas palabras!

Guerra, un tanto desconcertado, no sabía qué razones oponer á las de su amiga, la cual impávida prosiguió de esta suerte:

«Don Angel, créame á mí. Modifique esa parte importante. No se alucine con la idea de la unidad: deje la unidad para lo esencial, y en la forma transija. Fuera esas alas y esas arquerías. En el edificio de Turleque y Guadalupe pónganos á nosotras solas. Encárguenos los ancianos y los niños, y los enfermos incurables; échenos todo el trabajo que quiera. Pero á los hermanos se los lleva usted lejos, cuanto más distantes mejor. ¿No tiene

usted otra finca que llaman la Degollada, en el monte que fué de la Sisla? Pues allá planta usted su casa de varones, y establece en ella la regla *dominista* en la forma proyectada. Ellos en su casa, nosotras en la nuestra, y Dios en todas partes. De este modo el proyecto nace vivo. De la otra manera me temo que nazca muerto... ó moribundo.

Conticuere omnes. El primero que rompió el largo silencio fué Casado, diciendo á su amigo con un poquito de sorna:

«¿Lo ve usted?... ¿se convence ahora?

Angel no se convencía; pero no hallaba en su mente ideas ni palabras para contradecir á la doctora. Porque ante los juicios de ella sus juicios enmudecían avergonzados, como el rústico que es llevado ante la majestad de un rey. Polemista valiente y flexible, habría destruído con facilidad tales objeciones si don Juan ó el propio Concilio de Trento se las hicieran. Pero hechas por Leré, venían armadas de punta en blanco, revestidas de invulnerable coraza y con el estoque ondulado del arcángel. ¿Qué cristiano se les atrevería? Estaba de Dios que la opinión de quien decía no tener ninguna imperase siempre, y que la voluntad rectilínea del hombre cediese á la oblícua y soslayada de la mujer. No era nuevo el caso, pues se viene repitiendo en la humanidad *de poco tiempo á esta parte,* desde Adán y

Eva nada menos; como que nuestra proto-abuela fué la primera que se puso los pantalones.

Á las excitaciones de Casado, contestó al fin: «¿Qué tengo que decir sino que se hará cuanto ella disponga? Construiremos la casa de varones al extremo oriental de la Sisla.

—Así, así—dijo Leré radiante de júbilo,—es como llegan á ser verdad las grandes ideas. Yo creo, como usted, que la realidad se presta á todo lo que quieran hacer de ella; creo también que es llegado el momento de encargarle á la realidad obras más grandes que estas menudencias que se estilan ahora. Pero hay que dárselas poquito á poco, para que no se asuste. Antes que transformar lo que ya existe, conviene hacerle creer que se le dejará como está, para que lo existente no chille y nos ahogue. Si quiere usted ir lejos, empiece por andar despacito, y siéntese de vez en cuando. El que á mucho aspira, debe ser parsimonioso y cauto. Que la gente no se entere de que es cosa muy grande lo que se va á establecer, porque resultará que no comprendiéndolo, lo creerá malo. Vale más que se diga: «esto no es nada, es lo mismo que ya conocemos», y así entrará la idea en los moldes de la realidad. Una vez dentro, lo que entró encogido, va creciendo, creciendo, y los moldes se ensanchan por sí ó se rompen, y la rea-

lidad pone otros, sin asustarse de nada... ¿Qué, se ríen ustedes de los disparates que digo?

—¡Disparates, hija mía!—exclamó D. Juan gozoso.—Si habla usted con toda la sabiduría del amigo Salomón.

—Irán los varones á la Degollada—repitió Angel meditabundo, pues aquella idea se le metió en el magín, atormentándole ya como idea fija.—¿Qué más tienes que decir?

—Nada más. Yo no dispongo nada. Digo lo que se me ocurre, y usted hace después lo que cree más conveniente. Todo su plan me parece oro molido. Por lo que á nosotras toca, algunas de mis compañeras y yo nos prestamos gustosas á ayudarle, siempre que vaya por delante la conformidad de nuestros superiores. Iremos con el mismo hábito, con la misma regla. El exceso de trabajo no nos importa. Échenos usted viejos imposibilitados, enfermos corruptos, niños, mujeres de mala vida. Nos repartiremos los servicios, según los gustos y aptitudes de cada cual, para atender á todo. Que los asilados tengan libertad de salir cuando les plazca, á mí no me asusta. Que se prohiba el defenderse de los ultrajes, no es nuevo para mí. Que sea ley no temer el contagio de las enfermedades pegadizas, paréceme muy bien. Que nos hallemos á todas horas dispuestas á morir, es cosa de clavo pasado. Que estemos obligadas á dejar

nuestra celda y nuestra cama á la menesterosa que llega, encaja perfectamente con la idea que tengo de la caridad. Que no tengamos puesto en la mesa sino cuando no haya ninguna mujer hambrienta que lo ocupe, también me agrada. ¿Qué más quiere que le diga? No se me ocurre más. Mis ideas son pocas y de escasa substancia. Estos señores, que tanto saben, perfilarán bien la labor, y nos darán una cosa que sea el asombro del mundo.

—Si algo resulta que sea admiración del mundo—afirmó Guerra fervoroso,—no será obra mía, sino de quien me abrió estos horizontes. Yo no soy nadie.

—¡Ay, Dios mío!—dijo Casado.—¿Pero es esto un certamen de modestia?... Por de pronto las *socorristas,* piedra angular del gran edificio, han de influir poderosamente en los destinos y en el desarrollo de la *Domus Dominis;* y como ahora resultan dos casas, busquemos un plural más determinado que el *Domus,* y digamos *Civitates Domini.* ¿Qué tal? ¿Me luzco para encontrar títulos? *Las Ciudades de Dios* es lindo rótulo, D. Angel. Ya me están entrando ganas á mí de hacerme ciudadano de esas místicas poblaciones. Sí señor, pediría plaza, si no me lo vedara el convencimiento de mi inutilidad.

—Don Juan, véngase—propuso Leré con entusiasmo.—Sea usted allí, como en el siglo,

el amigo y el consejero del fundador, que pronto, prontito, ha de vestir también el traje de sacerdote. ¿Cuándo será ello, D. Angel? No olvide, con tanto pensar en la jaula, que es usted el primer pájaro que la tiene que habitar.

—Será...—manifestó Guerra algo confuso, —cuando este D. Juan me dé por bien preparado.

—Será...—indicó el sagreño.—No hay prisa. Digo, como prisa, alguna hay, y en todo el curso del presente año, tendremos el gusto de oirle al caballero de Turleque y Guadalupe la primera misa.

—Me dice el corazón—agregó la de los ojos temblones,—que el Señor ha de ponernos por delante un caminito de prosperidades.

—*Amén*—murmuró Casado, entornando los ojos, y pensando en el caminito de la Sagra.

—Y ahora, mis respetables señores D. Juan y D. Angel—dijo Sor Lorenza poniéndose en pié,—me van ustedes á hacer un favorcito, que es tomar la puerta, porque tengo que ir á la capilla á rezar el rosario. Esto no quiere decir que yo les despida...

—Sino que nos manda á paseo...—dijo Casado riendo.—Es que al lado de Sor Salomona se nos pasan las horas insensiblemente. Adiós, hermana.

—Señores *doministas*, adiós.

Angel salió sin chistar, dejándose el alma entre las tocas de la inspirada *socorrista*.

III

Don Juan absorto y Guerra fascinado paráronse en la puerta de la calle, y se miraron.

«Pero diga usted, D. Angel, esta monjita ¿tiene en el cuerpo algún serafín con borla de doctor?

—¡Dios mío!... tiene el Espíritu Santo, el Verbo, la Santísima Trinidad, ó qué sé yo.

—Comprendo la atracción espiritual, la influencia... Mucho cuidado, amigo. ¿No teme usted el vértigo?

—Si no fuera, como es, la santidad misma, temería... Pero... Concluirá por hacer de mí un pedazo de santo. Ya no tengo ideas, ya no tengo planes. Ella se encarga de pensar por mí. En la esfera del pensamiento, yo no soy yo, soy ella. Ya lo ve usted: me da forma, como si yo fuera un líquido y ella el vaso que me contiene.

—¡Qué cosas! (*Suspirando.*) Y no es el primer caso. ¡Qué agudeza de mujer, qué suavidad para insinuarse! Parece que funda el amigo y quien funda es ella. ¡Canario con el sentido práctico de la niña! Yo me felicito de que por sugestión de esa hermana salomónica

haya usted salvado el mayor de los inconvenientes para la fundación. Ahora encontrará facilidades para todo, y las *Civitates Domini* podrán ser un hecho dentro de corto plazo. (*Andando despacio hacia Santo Tomé.*) Y en cuanto á ordenarse usted, insisto en que no nos precipitemos. Aguarde á que el expediente de la Congregación se resuelva en Palacio...

—Ahora mismo voy á ver al arquitecto. (*Con resolución.*) Hay que variar radicalmente...

—Sí, sí, los varones á la Degollada. Estarán allí muy bien. ¡Lástima que el proyecto no abrace también el fomento de la agricultura, porque en este caso, no les faltaría un hermano arador!

—También, también. Les pondré un gran trozo de huerta, para trabajar en el culto sagrado de la madre tierra.

—Calma, calma. Enfrene por Dios esa imaginación, que ya se dispara otra vez. Usted, cuando le recortan por un lado, se ensancha por otro. ¡Pícara iniciativa! Créame, sin el tío Paco de la hermanita, que es la que trae las mermas de la realidad, los proyectos de quien yo me sé no llegarían nunca á la prosa y vulgaridad del hecho.

—Bien implantadas mis ideas—dijo Guerra con profética seguridad,—aunque la implantación sea gradual, como quiere Leré, llegará

día en que esta congregación ejerza una poderosa influencia en el mundo.

—No picar tan alto. Conténtese con favorecer á los desgraciados, y con practicar sin ruído las obras de misericordia.

—Pero practicadas las obras de misericordia estrictamente y á la letra, puede venir una grande y verdadera revolución social.

Detuviéronse. Anochecía ya. D. Juan le miró á la cara, y observó que los ojos del neófito despedían centellas.

«Déjese de revoluciones—le dijo con bondad,—y sea humilde en sus propósitos. Achíquese, si quiere ser grande.

—Don Juan, no sé cómo usted no lo comprende. La aplicación rigurosa de las leyes de caridad, que Cristo Nuestro Señor nos dió, aplicación que hasta el presente está á la mitad del camino entre las palabras y los hechos, traerá de fijo la reforma completa de la sociedad, esa renovación benéfica que en vano buscan la política y la filosofía... Pues qué, ¿hay quien se atreva á declarar perfecto el estado social, ni aun en las naciones cristianas, ni siquiera en las que obedecen al sucesor de San Pedro? ¿No estamos viendo que todo ello es un edificio caduco y vacilante que amenaza caer y cubrir de ruínas la tierra? La propiedad y la familia, los poderes públicos, la administración, la iglesia, la fuerza pública,

todo, todo necesita ser deshecho y construído de nuevo.

—¡Don Angel!... (*asustado.*)

—¿Pues qué creía usted? ¿que los que tenemos algo en la cabeza podemos dejar de pensar en esto? Yo jamás pondré mano en la política. Dadas mis ideas y mis sentimientos de ahora, miro todo eso como un mundo microscópico; no me ocupo de él. Pero si no soy político, soy misionero, y arrojo una simiente... menudita, menudita, de la cual saldrá una planta cuyas raíces minarán toda la tierra.

—¡Don Angel, D. Angel...!

—Yo no pronunciaré discursos, yo no echaré mi voto en una urna, yo no emplearé un arma, ni aun la más inofensiva. Mi misión es practicar las obras de misericordia estrictamente, á la letra. Dentro de algunos años, verán si hay muchedumbres ó no hay muchedumbres al lado mío. Y no me diga usted que la Iglesia... ya le veo venir. No, la Iglesia no practica la caridad más que en la parte que le conviene, para sostener su organización temporal. Yo me río de la organización temporal de la Iglesia, y mis *ciudades* son de una consistencia indestructible. Deje usted que pase tiempo, y verá. Tal vitalidad tiene esta idea, que si los que la establecemos morimos á manos de la envidia ó de la estúpida intervención del Estado, los que la recojan después

serán más fuertes. Yo no lo veré quizás. Pero otras generaciones de *doministas* se encontrarán dueñas de una inmensa fuerza espiritual, y sin quererlo, se les formará entre las manos, por pura ley física, la sociedad nueva.

—Don Angel de mis pecados, si la hermana salomónica le oye á usted, le va á calentar las orejas.

—Pero sin aguardar á las generaciones futuras *(con exaltación)*, se verán en nuestro propio tiempo fenómenos que han de causar maravilla. Yo no pienso hacer propaganda directa de mi Congregación. Ella sola cundirá rápidamente por su natural propiedad difusiva. Verá usted cómo el estado eclesiástico se transforma. El clero catedral está llamado á morir y renacer en nosotros.

—Eh... poco á poco...

—No se asombre, D. Juan. La influencia social del ascetismo positivo y altruista será tan grande, que no pueda sostenerse aquel organismo caduco. El Estado no sabrá sustraerse á esta lógica inflexible, y dejará que las Catedrales pasen á nuestras manos por endósmosis, amigo mío, por equilibrio. No desmerecerá por eso el culto, ni serán menores su magnificencia y poesía. Verá usted entonces... y no creo que esto tarde mucho... verá usted, digo, ocupados todos los asientos del soberbio coro; la capilla de música será lo que

antes fué; las ropas y alhajas lucirán como en los tiempos más gloriosos de las artes, y el cláustro no será un accesorio baldío, sino que contendrá escuelas, hospitales, talleres de industrias artístico-religiosas, y todo lo concerniente al grandioso instituto *dominista.*

—¡Don Angel, por María Santísima! *(tentándole la cabeza)* ¡que se le afloja, que se le cae el tornillo!

—Delirio y sueño fueron los acontecimientos decisivos del mundo antes de convertirse en hechos naturales y corrientes. Pues qué, D. Juan amigo, ¿hemos de ser meros plagiarios de las Congregaciones extranjeras? ¿No tronamos juntos contra esa caterva de instituciones que sólo responden á fines de utilidad inmediata, y no entrañan este principio mío de entereza cristiana y de interpretación literal del Evangelio? Pues yo quiero renovar el carácter profundamente evangélico de las órdenes antiguas, y vaciarlo en los moldes de la vida contemporánea. Mi obra es genuinamente española. ¿No decía usted que estamos muertos, espiritualmente hablando, y que se nos concluyen las iniciativas religiosas? ¿No echaba de menos el nervio y la acción de nuestros ascetas y fundadores?

—Es cierto, sí, ¡qué diantre!... pero...

—Pues aquello no puede resucitar sino en la forma que propongo: el espiritualismo en-

carnado en las materialidades de la existencia, pues si Dios se hizo Hombre, su doctrina tiene que hacerse Sociedad. Verá usted, al poco tiempo de establecernos, qué energías formidables se concentran en nuestras manos. Ningún poder, de estos artificiosos y convencionales que ahora se estilan, tendrá consistencia para resistirnos. La atracción será de tal calidad que todo cuerpo chico se unirá forzosamente al cuerpo grande.

—Como idea pura, Sr. de Guerra, no me parece mal; pero yo dudo que los hechos sean tales como usted con tanto salero los pinta. Lo veremos, lo veremos; digo, lo verá el que viva, pues ello será cosa de siglos...

—No tanto quizás. (*Disparado.*) No tardará mucho en verificarse la absorción del clero catedral por el *dominismo* avasallador, y los provinciales de nuestro instituto serán jefes de cada diócesis, y el general vendrá á ser cabeza de toda la Iglesia española. Se reirá usted de mí, D. Juan, si le digo que, andando el tiempo, el Estado mismo se ha de subordinar á nosotros. ¿Cómo no, si el Estado quedará reducido para entonces á funciones de escasa importancia? Los pueblos se administrarán solos y repartirán libremente sus ingresos y gastos. La beneficencia, la enseñanza, la penitenciaría, las bellas artes, la agricultura, serán *doministas*. ¿Qué será el Estado? nada

más que un ligador, un compulsador de energías y funciones extrañas. Fuera ejército. La constante práctica del *dominismo* ha demostrado su inutilidad. Fuera diplomacia, pues siendo universal el *dominismo,* él se basta y se sobra para mantener la concordia entre las grandes familias del Universo.

—Si no creyera—dijo D. Juan gravemente, poniéndose guapo de puro feo,—que habla usted sin saber lo que dice, amigo D. Angel, pensaría que con toda su vocación religiosa y su misticismo, no ha dejado de ser tan revolucionario como cuando se desvivía por alterar el orden público, antes de venir á Toledo. Por mucho que se modifique externamente, entusiasmándose con el simbolismo católico y volviéndose tarumba con la poesía cristiana, detrás de todos estos fililiés está el temperamento de siempre, el hombre único, siempre igual á sí mismo. Pero como todo eso que ha de traernos el *dominismo* será para dentro de una docena de siglos, ó, como si dijéramos, el día del Juicio por la tarde, no le hago caso, y si tan largo me lo fías, ya puede usted delirar todo lo que quiera.

—Yo no mido el tiempo futuro, no sostengo que sea tarde ni temprano. Señalo la idea y sus probables desarrollos. Ella misma se encargará de la cronología, imposible de apreciar por mí ni por nadie.

—Dígame, ¿y todas esas cosas se las va á decir á la hermana Lorenza?

—No... sí, se las diré... no (*confuso y sin saber por dónde salir*), no es esto de su incumbencia. En nada se opone el vuelo del *dominismo* á la modestia y á la sencilléz de los planes de Leré. Ella ve lo inmediato con claridad admirable: verá lo remoto cuando se encuentre en un punto de mira más elevado. ¿Qué hago yo más que sacar consecuencias de sus ideas acerca de la práctica absoluta de las obras de misericordia? Leré es la inspiración inicial, y si no se da cuenta hoy de los alcances de sus ideas, ¿qué importa? Dentro de su cerebro y en su corazón puro, todo amor á Dios y á la humanidad, existe la totalidad del *dominismo*, como existe el pájaro dentro del huevo. Allí está todo en substancia: no falta más que el aire exterior que amplificará las formas embrionarias... Observaría usted esta tarde que todo lo esencial le pareció muy bien. ¿Qué más sanción se quiere? Y créalo usted, el superior eclesiástico no puede menos de aprobar mi plan, que es la interpretación más ceñida y leal del dogma. La autoridad no se fijará en el probable desarrollo histórico de la institución, el cual yo solo veo claramente, de tanto meditar en él. Pero los demás no lo ven, no... la rutina les cría cataratas.

—Amigo D. Angel (*tratando de aplacarle*),

no se remonte; no desprecie la autoridad, á la cual tiene que someterse, si persiste en ser eclesiástico.

—Ya lo creo que persisto, y eclesiástico seré, y usted lo ha de ver. Me someto; pero tengo inteligencia, que debo á Dios, no al que me imponga la tonsura; pienso y siento con estímulos de mi alma, que de muy alto reciben su impulso inicial. No pienso ser nunca un organillo que se toca desde fuera con manubrio. No; mi música dentro de mí está. (*Deteniéndose, obligados por el interés vivo del diálogo, y mirándose frente á frente.*) Pues bien, le hablaré á usted con toda franqueza. Yo no entraré en la familia eclesiástica con miras cismáticas ni de rebeldía; yo seré uno de tantos en el orden canónico. Pero el *dominismo* está conmigo, planta magnífica que echará hojas y ramas, y pronto será un árbol corpulento. Yo no haré más que regarlo, y el *dominismo* crecerá y dará fruto. Vendrán las consecuencias naturales de toda idea: la lógica hará lo que ella tan bien sabe hacer. ¿Cree usted, hablando en confianza, que la actual unidad de la Iglesia podrá subsistir desde el momento en que el suelo de nuestra nación eche de sí un árbol tan hermoso como éste cuya semilla va á caer en tierra? No, diga usted que no. Veo para dentro de un plazo no muy largo... (*con inspiración*) veo, sí, como le estoy

viendo á usted, la emancipación de la Iglesia española, la ruptura con esa Roma caduca, y el establecimiento del papado español.

Don Juan, como si le apuntaran con un revólver, dió un brinco hacia atrás, y se puso á cuatro varas de distancia.

«Don Angel de todos los demonios... ¿qué es eso? ¡Hasta ahí podían llegar las bromas! No puede desprenderse de su levadura turbulenta y sediciosa... *Vade retro.* Si lo que ha dicho no es chanza, olvídese del santo de mi nombre. Allá se entienda con su *dominismo* y sus locuras. Yo no puedo, no puedo seguirle por esos caminos vitandos, y recojo velas, y me desligo de todo compromiso de padrinazgo... Entiéndase solo, y llévele esas monsergas cismáticas al señor Cardenal; verá qué órdenes le da, ¡canario!

—Amigo D. Juan, no hay que tomarlo por la tremenda. (*Atrayéndole, tomándole el brazo para andar juntos otra vez.*) Yo creí que usted no se asustaba de una apreciación histórica, de una profecía, pues todos somos algo profetas. Mi cisma es puramente especulativo. Sosiéguese y apadríneme sin ningún recelo, que no le daré ningún disgusto, ni antes ni después de las órdenes. Aprecie con un criterio elevado lo que le he dicho, y...

—Hombre, cada uno tiene su alma en su almario... No es que le falten á uno ideas so-

bre todas las cosas pretéritas y futuras. Yo no me asusto de nada que sea especulativo, y tengo manga ancha para las profecías. Pero quiero vivir en paz con la Iglesia, de la que soy hijo sumiso; vivo felíz en mi subordinación, y no gusto de buscarle tres piés al gato.

—Lo que dije fué apreciación pura de historiador ó de filósofo, olvidándome del clérigo que apunta en mí. No, no renuncie á ser mi padrino, ni á instruirme en lo que aún ignoro. Pues qué, ¿nos hemos de arrancar la inteligencia?

—Hombre, no... pero... (*Contemporizando.*) Esas cosas son muy graves... y cuando se piensan, no se deben decir.

—En público no; pero entre amigos, entre hombres estudiosos...

—En ningún caso. (*Parándose.*) Déjese de profetizar nada contrario á la jerarquía inmutable y universal de la cabeza de la Iglesia. El tiempo traerá lo que quiera. ¿Á qué nos metemos nosotros en eso? Si la historia pasada nos marea, la historia futura ¿qué hará si no volvernos locos? Dejemos al tiempo su oficio; vivamos en paz con lo vigente, que es nuestra segunda atmósfera, y no pretendamos quitarle á Dios su función sublime, que es alterar las cosas y ponerlas patas arriba, cuando le da la santa gana de hacerlo. Él es el gran reformador, el gran revolucionario:

nosotros, pobres bichos imperceptibles, no debemos hacer más que vivir en la gota de agua donde nos pone, y ver y callar, alabándole siempre, y mirando con cuánta gracia y soltura lleva los siglos por delante hasta su consumación.

Nada contestó Guerra á estas sesudas palabras. Detuviéronse á la puerta de la casa del arquitecto, y se despidieron apretándose cariñosamente las manos, y deseándose una buena noche, pues ya se había puesto el sol, las calles se anegaban en sombra, y transpuntaba en el cielo la luna nueva como una hoz de plata.

«Eso; vea pronto al arquitecto—le dijo Casado,—y que le modifique las trazas. Los hombres lejos, lejos... No la encharquemos... Y váyase luégo á Guadalupe, y descanse y procure dormir, que bien lo necesita.

V

A Bargas.

I

De la calle de la Misericordia poco tardó Casado en llegar á la suya, y por el camino iba pensando acerca de su amigo cosas que no es bien se queden inéditas. «¡Qué barullo en aquella cabeza, Santa Bárbara bendita! Las intenciones buenas, el corazón generoso; pero no puede contener el temperamento que se le dispara... Quiere ser asceta, y sin pensarlo, cátate revolucionario. ¡Pobre D. Angel, en qué parará!... Por un lado creo salvadora la influencia de la hermanita, y por otro le tengo más miedo que á un arma cargada á pelo. No sé qué pensar de este caso extrañísimo; no sé si alegrarme de que el hombre se ordene, ó echarme á temblar. Mi razón y mi experiencia no me dan la clave de esta naturaleza en que facultades y sentimientos tan diversos se confunden y entrelazan, y por más vueltas que le doy al acertijo, no lo puedo descifrar.»

Con estas cavilaciones entró en su casa, y

habría continuado revolviéndolas en su caletre, si no diera de narices un encontronazo tremendo con doña Catalina de Alencastre que esperándole estaba, y ya tenía medio trastornada á Felisita.

«¡Pero D. Juan—exclamó la noble señora corriendo á él con los brazos abiertos,—que ha estado en un tris que nos vayamos á la Sagra sin verle! Hoy, cuando me dijeron «está en Toledo», cogí la mantilla, y me vine como un cohete por esas calles.

—Yo también... no quepo en mi pellejo de puro gozoso, viendo á mi señora doña Catalina tan campante, y con cara de Páscuas.

—¡Ay, no, D. Juan! Por un lado contenta estoy, pues lo de Dulce parece cosa hecha. Pero por otro, ¡ay, mis hijos, mis pobres hijos! Nadie sabe á dónde han ido á parar. Paréceme que se han muerto los pobrecitos, y no puedo arrancar de mí la pena que me causa el no saber en qué rincón del mundo se han metido. Ellos se merecen lo que les pasa, porque otros más destornillados no creo que existan; pero soy madre, y no puedo menos de... *(Lloriqueando.)* En fin, sea lo que Dios quiera... Por el lado de mi hija *(echándose á reir)* todas son bienandanzas... Ya Casiano se arrancó, y me alegro, porque estaba la niña como San Alejo al pié de la escalera, sin saber si bajaba al Cielo ó subía al Infierno, digo... lo

contrario... ¡Cómo tengo la cabeza! Pues sí, Casiano es nuestro, amigo D. Juan. La Virgen del Sagrario se ha portado como quien es, y yo le estoy muy agradecida.

Al oir esto, la viuda por poco pierde el conocimiento; pero se dominó. La pirosis le abrasaba las entrañas. No tuvo más remedio que hacer el duo á su hermano, expresando las mismas congratulaciones con menos sinceridad.

«Felicito á la familia y felicito á Casiano —dijo el clérigo,—y me felicito yo, porque así no habrá más consultas.

—Gracias, gracias, D. Juan santísimo y reverendísimo—chilló doña Catalina soltando una risa epiléptica, que alborotó más los nervios de la viuda, poniéndolos vibrantes como cuerdas de violín heridas por el arco.

—Pero no ha llegado todavía el momento de dejar libre y horro á nuestro grande amigo y consejero—agregó la rica-hembra,—y he venido á suplicarle que se pase por allá y eche unos exorcismos á la niña, porque desde anoche se me ha puesto muy triste... ya ve usted, cuando debía bailar de gusto...! sí señor; y habiéndola reprendido por su tristeza, díjome que, sin despreciar á Casiano, más que dar el sí á un hombre, le gustaría dárselo al Sér Supremo, metiéndose monja. ¿Ha visto usted qué patochada? De algunos días á esta

parte, la niña se me ha vuelto tan babosa con la religión, que toda la mañana se la lleva en las iglesias, besuqueando reliquias y diciéndoles secreticos á las imágenes. Francamente, esto me da mala espina.

Felisita sentía que se le atravesaban en el esófago lo menos diez ó doce cuchillos muy afilados, y que la saliva que tragaba se le volvía pintura verde de persianas.

«Pues eso no está mal—dijo el socarrón de Casado.—Buena preparación para el matrimonio es la vida mística. En suma, ¿qué quiere usted de mí? Que vaya y la...?

—Eso es: que vaya usted y la coja por su cuenta, y le eche un par de párrafos de esos que usted sabe. Yo creo que no cerdea; pero, vamos... podría... La imaginación es una gran lunática, y á lo mejor sale por los registros más absurdos. Yo que para agarrar la ocasión por los cabellos me pinto sola, he resuelto que nos vayamos mañana á Bargas, donde se celebrará la boda lo más á prisita posible. ¿No le parece bien esta determinación? (*Con nerviosa risotada.*) El llanto sobre el difunto, y quitamos á la niña de esta atmósfera de santurronería, y de otras atmósferas que aquí hay, no sea que sus nervios nos hagan alguna trastada.

—Admirable partido. Á Bargas con el negocio—dijo Casado,—y que el cura de allá

les eche las bendiciones en cuanto lleguen. Estas cosas, doña Catalina, cuanto más á paso de carga, mejor.

—Bendita sea su boca, D. Juan. Pues nos vamos mi hija y yo solas, con el novio... Ya sabrá que á Simón le trasladaron á Albacete.

—No lo sabía... Por muchos años.

—Yo me alegro, porque la sombra de mi marido no me gusta para estas cosas. Él es bueno, sí, y más honrado que los ángeles. Pero como no viene de cepa ilustre, á lo mejor le mete á usted la pata, y... No, no; que se vaya á la Mancha, y redondee su capitalito. Lo que siento ¡ay! es marcharme sin saber qué es de mis hijos, en dónde benditos de Dios se han metido. (*Moqueando.*) Todo no puede ser felicidad, y por buenos y nobles que seamos, no merecemos que Dios nos haga nuestro santísimo gusto en todo. ¿Á dónde iríamos á parar?...

—Claro; ¡á dónde iríamos á parar, si nuestros deseos se cumplieran sin tasa! La felicidad se nos indigestaría y reventaríamos de dichosos. Más vale así. Doña Catalina, bienandanzas por un lado, sufrimientos por otro, hoy se llora y mañana se ríe, y así se va uno defendiendo en esta vida mortal, que no es más que un engaño, una ilusión, un sueño, comunmente de los más tontos. Con que...

—Nada, D. Juan (*levantándose*), que le es-

tamos muy agradecidas, y espero que no me faltará mañana. Salimos á la una.

Felisita, al despedirla, de buena gana le habría clavado las uñas en el rostro; pero la cortesía pudo más que su saña nerviosa, y recíprocamente se rociaron la cara con mil lisonjas y floreos de urbanidad.

Puntual y atento, D. Juan se personó al siguiente día en la casa babélica á punto que las dos señoras ponían su ropa en los baules. D. Simón le secuestró el primero, acorralándole detrás de una mesa, para decirle que se alegraba de cambiar de provincia, por el oprobio que sus hijos le habían arrojado á la cara en Toledo y Madrid. Felizmente, ninguna de las indecentadas de Arístides y Fausto le alcanzaban á él. El Ministro, satisfechísimo de su gestión, quería llevarle á la Secretaría.

Á Dulce la encontró D. Juan melancólica, pero firme en las líneas que su destino le marcaba. No vacilaría, no, pues la generosidad de Casiano era como uno de esos tablones flotantes á los cuales hay que asirse irremisiblemente en caso de naufragio. Cierto que su espíritu, en los últimos días, había sentido querencias hondas hacia lo espiritual y religioso; pero el sentimiento de la realidad á todo se impuso. Á pesar de haber rezado tanto y pedido infinitas veces perdón á Dios y á la Virgen por la mala conducta de antaño,

aún no las tenía todas consigo, y su conciencia no acababa de serenarse, por aquello de encajar al bargueño moneda falsa en vez de la de ley que él se merecía.

Sobre esto la tranquilizó D. Juan en el ratito que hablaron á solas, diciéndole que nada de lo concerniente al pasado borrascoso ignoraba Casiano, y que pues él así la quería, no resultase ella más papista que el Papa. Grandes elogios hizo Dulce de su futuro, poniéndole en los cuernos de la luna, asegurando que, sin sentir por él ese entusiasmo que es la flor fina del querer, le estimaba y le respetaba y... vamos, le quería honradamente como á su amparo y sostén en esta vida mortal. ¡Y qué noblote, qué sencillo, qué buenazo! Todo cuanto ella le decía, era para él como los santos Evangelios. Su generosidad no tenía límites: después de llenarles la casa de pollos y gallinas, de quesitos y chorizos, de jamones y conejos, últimamente le llevó un regalo tan magnífico como delicado, que estuvo anunciando algunos días sin precisar lo que era, manteniendo así en gran tensión la curiosidad de las Babeles. Era un soberbio vestido de bargueña, de lo más fino, con todos sus arrequives y faralaes, el cual agradó mucho á Dulce, que lo halló pintiparado para su cuerpo y talle, como si le hubiera tomado medidas la más hábil modista, y doña Cata-

lina, del entusiasmo que le entró, estuvo si se dispara ó no se dispara con aquello de los Reyes.

En resumen, Dulce esperaba felicidades en su matrimonio. Luégo preguntó á D. Juan si no iría alguna vez á Bargas, porque era muy sensible que no se volviesen á ver. Replicó el clérigo que aunque las más de sus propiedades radicaban en país sagreño, algo tenía también en la patria de su amigo, así como éste poseía intereses en tierra de Cabañas. De modo que se comunicarían frecuentemente.

«Don Juan—dijo doña Catalina metiendo su cucharada,—allá nos veremos, y hemos de brincar juntos por aquellos campos de Dios. Paréceme mentira que pronto sentaremos nuestros reales en mi bendita patria. Yo le juro á usted que de esta hecha me vuelvo pastora, cojo un cayado y me lanzo en trenza y en cabello por aquellas dehesas, llevando por delante mis ganados.

—Todos seremos pastores—agregó Casado con cierta emoción.—¡Viva el campo, viva la paz de la aldea, viva la agricultura! Nos haremos todos rústicos, y rústicamente viviremos en la mejor de las Arcadias, con bienes comunes, y comunes goces y penas. No, penas no, porque en aquella región de sosiego no las habrá.

—Don Juan—indicó Dulce algo conmovida. —Que todo eso que ha dicho no se quede en jarabe de pico. Seremos todos rústicos, todos pastorcitos, y formaremos una sola familia...

—Eso es, y ¡viva la tierra generosa, madre de todo bien!

—¡Vivaa!

—Don Juan—chilló doña Catalina, llevándose á los ojos la punta del pañuelo,—no me podré acostumbrar á dejar de ver su cara preciosa.

—Señora—replicó el clérigo,—no me adule usted tanto que me voy á trastornar.

—No, no me vuelvo atrás; «su cara preciosa» he dicho y lo sostengo. Esa fama de hombre feo que le han dado á usted es una injusticia, y yo me pronuncio contra ella.

—Eso mismo digo yo cuando me miro al espejo. Injusticia. No lo entienden.

—Bueno, convengamos en que es feo; pero con una fealdad bonita.

—Ó bonitura fea: lo mismo da. Bien dicen que el que no se consuela... Yo, sin embargo, no necesito consolarme, porque voy muy á gusto por el mundo con mi mascaroncito de picaporte.

—Pero es usted muy salado, D. Juan—dijo Dulce con toda su alma;—pero muy salado.

Llegó el momento de partir, y Casado las acompañó hasta la posada de donde salía el

coche, llevándoles el cesto de la merienda, porque ellas y D. Simón no tenían ya manos para más líos, paquetes y sacos. Casiano las esperaba; subieron al estrecho vehículo, y éste no tardó en partir por el Miradero abajo. Dulce por una portezuela y doña Catalina por otra saludaban con sus pañuelos al presbítero, el cual sentía y disimulaba una penita inexplicable, y al propio tiempo un contento... inexplicable también.

VI

Final

I

Confuso y trastornado salió D. Pito de Guadalupe una mañanita, trazando eses con su planta insegura, y encaminóse al monte como alma que llevan los demonios. Y no era la desgracia de sus amores el único motivo de aquel singularísimo estado cerebral, sino otras cosas inauditas que le pasaban, fenómenos subjetivos, desórdenes del sistema nervioso y del órgano de la vista. «Razón tienen—pensaba,—los que dicen que el abuso del empinar ataca las potencias intelectuales, y hace un lío de toda esta mecánica que tenemos en la sesera. ¿Qué es lo que me pasa, Señor de los Ejércitos de mar y tierra, Virgen del Carmen saladísima, que desde anoche acá no hago más que ver visiones? ¿Será que me voy á morir? En mis mayores borrascas de ginebra ó ron, siempre conservé claro el sentido; jamás ví lo blanco negro, ni me salieron fantasmas.»

El caso fué que la noche antes, habiendo entrado en la cocina con una regular estiva

de alcohol en su estómago, vió á dos hombres que le parecieron sus sobrinos Arístides y Fausto. El primero no era exactamente el mismo, sino una falsificación imperfecta, pues no tenía barba, y vestía de un modo muy estrambótico: el segundo sí que era pintiparado, con su patita coja y su cara de granuja. Quedóse atónito al verles, y se echó en un banco donde solía descabezar las monas antes de acostarse á dormirlas. Entreabriendo los ojos, atisbaba á los dos sujetos, que tuvo por almas del otro mundo evocadas al calor de su propia substancia alcohólica. ¡Cosa más rara! Ellos le miraban también, tumbados sobre esteras en el rincón de enfrente, y se reían los muy... D. Pito sentía comezón de hablarles para desvanecer su engaño; pero se le había puesto la lengua como un corcho, y no podía moverla. Dormido, decía: «No son, no son; y todo es obra de ese infernal Patillucas, que me tiene tirria... no sé por qué.»

Á la mañana siguiente, vió á Fausto dormido, junto á su camastro pajero... Tenía la cabeza más despejada, y pudo apreciar mejor los objetos reales. Era él, Fausto... ¿Cómo dudarlo, si viéndole estaba? Para cerciorarse, le tocó, y era materia, cuerpo, ropa, no espectro ni vana ilusión de la retina. ¡Yemas! ¡Cuernos sacros del tío Carando pastelero! No podía ser, no podía ser. ¡Fausto allí! Y Arís-

tides, ¿dónde estaba? ¿Serían ellos realmente? ¡Los Babeles en Guadalupe, y con trazas de fugitivos cimarrones...!

Salió, pues, de estampía tirando de las hebras chamuscadas del bacalao que le dió Jusepa (con quien no cambiaba ya ni el saludo para demostrarle toda la dignidad de su enojo), y refrescada su cabeza por el aire matutino, decía: «No puede ser... Desde anoche me atormentan estas visualidades. Yo tengo algo en los ojos y en el caletre. Esta mecánica no va bien. ¿Cómo es posible que el amo admita...? No, no: todo ello es flaqueza de mi cerebro. Beberemos agua fresca, y metiéndome en el aljibe las cataratas del Niágara, quizás vea las cosas al derecho.» Después, pensándolo mejor, se acogió al principio de *similia similibus;* se fué á Turleque, donde tenía en reserva una botella de coñac, y no paró de hacerle carantoñas hasta el medio día. Por la tarde hallábase tumbado debajo de una encina en la Degollada, viendo en el kaleidoscopio de su mente el Banco de Terranova con los flotantes témpanos de hielo, después la majestad espaciosa del Golfo en calma chicha, y por fin el Canal de la Mancha, con cielo calimoso y marejada, el faro de Wulf Rock demorando por la amura de estribor.

Próxima ya la noche, se levantó con el cuello tan dolorido que no podía moverlo, y

anduvo un trecho á gatas. Buscando la vertical estuvo largo rato, hasta que pudo tenerse en pié y medio, y tomó el camino de Guadalupe cantando entre dientes una canción gaditana, de la cual una sílaba se tragaba y otra escupía. Sentado después en una piedra junto á espeso zarzal, se pasó más de media hora meditando en su suerte mísera. La cabeza se le despejó. Ya cogía el garrote para levantarse y partir, cuando oyó la voz de Jusepa por el lado de la Degollada. Instintivamente se deslizó de la peña, escabulléndose al amparo de un matojo que le cubría el cuerpo. La voz sonaba más cerca, alternando con otra voz, de hombre. Deslizóse D. Pito suavemente á cuatro patas, aproximándose á la vereda por donde la moza y su acompañante habían de pasar. Apenas respiraba, y su cuerpo y su alma no eran más que curiosidad... Pasaron, charlando. Claramente les vió á la luz crepuscular, y el zorro, que por la parte del acechante caminaba, fué mejor visto que la loba.

El viento esparció las cláusulas de aquella conversación idílica. Algunas sílabas sueltas quedaron vibrando en las orejas del capitán. No había oído más que: *no... si tú... tal vez...* pronunciado por la voz masculina, y unos como gruñidos de Jusepa. Largo rato estuvo el acechante sin poderse mover... lelo, idiota, incapáz de pensar, como si se le remontara

á la cabeza todo el aguardiente que había bebido en su vida. Incorporado y con las manos libres se persignó dos ó tres veces, diciendo: «Ó yo me he muerto y estoy penando en el séptimo Purgatorio, ó todo es figuración y linterna mágica de mis propias facultades de ver. Ó el Diablo se divierte conmigo, zarandeándome como una pelota, ó el chaval ese que va con Jusepa es mi hijo Policarpo. Ví sus andares, que no fallan; ví su cara, oí su metal de voz... ¿Pero cómo demonios...? ¿de dónde...? No puede ser. Visiones tenemos, y sigue en mi jícara este turbión de fantasmas que me trastorna. Pito, serénate, no hagas caso de quimeras. Tan Policarpo es ese como yo el Papa... Pero esa yegua montuna, tarascona, ¿qué líos trae por aquí? ¡Tanto despreciar mi simpática personalidad para embarbetarse luégo con el primer mequetrefe que asoma!» Al llegar aquí sus pensamientos, entróle tal furor que se puso en pié de un salto, y blandiendo el garrote, echó á correr... «¡Ah! ya caigo; ya entiendo ¡Carando! lo que esto significa. (*Parándose meditabundo.*) El Diablo... sí, no puede ser otra cosa... ese grandísimo perro, cabrón, sucio, indecente, me ha jugado la gran partida serrana. Aceptó lo que le dije de volverme joven; y ¿qué ha hecho el muy puerco? Pues rejuvenecerme, no en mi propio sér y substancia, sino

inventando un sér que es mi hijo, ó como si dijéramos, yo mismo en edad tierna. Eso no vale, eso no es lo tratado, ¡canalla! ¡Me caso con tus cuernos infernales! (*Pateando, dando puñetazos en el aire y retorciéndose como un condenado.*) ¡Pillo, gitano tramposo, maldita sea tu madre y la leche que mamastes! Suelta mi alma, suéltala, ó te arranco los ojos, ¡yemas furibundas del tío Carando y de la geodesia de las mismísimas bolas del zancarrón de Mahoma!» Vomitando estos y otros disparates siguió con desordenada marcha, retrocediendo á lo mejor, haciendo molinete con el garrote, y apaleando las encinas. De pronto se paraba, y en tono zumbón seguía sus retahilas: «Pero si á la vista está que el Lucifer ese es bobo y no sabe lo que se pesca. ¡Buen pastel ha hecho! Yo le podría refregar los hocicos diciéndole una cosa que no sabemos más que Dios y yo. Poli no es mi hijo: me lo pasó de contrabando la bribona aquella, y yo hice lo que los de la Aduana cuando les untan. ¡Triste de mí!... Véase lo que trae la debilidad de carácter, y el ser uno bueno y no gustar de camorras en la familia. Dejé pasar al chico... por aquello de que el pobrete no tenía culpa, y ahora... (*pateando otra vez*) ¡vaya un pago que me dan, por culpa de los celestiales infiernos y por la pastelera vejiga del barbudo Satanás marrano, mil veces hijo de

todas las serpientes y escorpiones del Paraíso acuático y terrestre...!

Dirigióse á Turleque, diciendo: «Mi hijo es *Naturaleza,* y nadie más que *Naturaleza,* aquel cacho de ángel, bueno y leal...» Ya Virones y los demás huéspedes habían cenado, y aunque la cigarralera, más benigna que Jusepa con los rezagados, le ofreció potaje caliente, él no quiso tomarlo, ni tampoco irse á Guadalupe en busca de mejor cena, pues había cogido aborrecimiento á su primitiva morada desde que en ella se le aparecieron los fantasmas babélicos. Quedóse allí, entre *apóstoles,* y Virones, tirando de un pitillo, le dió conversación sin sacar de él substancia alguna. Á las insinuaciones de D. Eleuterio contestaba el pobre mareante: «No le dé usted vueltas, padre, no tengo más hijo de verdad que *Naturaleza,* ese borrego de Dios... Yo le engendré... yo... ¿No lo cree? pues no lo crea. No es *Naturaleza* hijo del pecado, sino de la virtud. El Señor le bendiga y le aumente sus días...»

II

Al siguiente extrañó Guerra no ver á don Pito por ninguna parte. Dijéronle que había dormido en Turleque, y recelando que engolfado en su feo vicio se hallaba, corriendo un

temporal duro, fué allá con ánimo de exhortarle, no á la templanza, cosa imposible, sino á emborracharse decorosamente, pues eran ejemplo muy feo en Turleque aquellas turcas hondas, monumentales, empalmando el día con la noche. D. Eleuterio le dió noticias del infelíz capitán, que vagaba por las espesuras hecho una lástima, á ratos como lelo, á ratos dando brincos, y sin acertar á decir más que una sola frase, esto es, que él era el *padre de la Naturaleza.*

Por la tarde se fué el señor á Toledo, y al volver, ya de noche, vió á Fausto paseándose por los alrededores de Guadalupe. No se hablaron. En el aposento de arriba, despacho ó saleta de estudio comunicada con la alcoba, hallábase Arístides, que no salía, temeroso de que le viesen, y al entrar Guerra le dijo: «Me avergüenza el estar inactivo entre tanta actividad, querido Angel, y no poder serte útil en algo. ¿No podrías encargarme algún trabajo de gabinete?... pues ya sabes que yo no sirvo para cargar piedras.

—Ya veremos—le contestó Angel.—Aún no has descansado. Tienes mala cara. Tú no estás bien.

—¿Qué he de estar bien? He pasado el día dormitando en este sofá, á veces tiritando de frío, á veces ardiendo en calor y sudando copiosamente. Creo que me he traído de aquel

húmedo muladar de las Tenerías un germen de calentura maligna.

—¿Quieres que llamemos un médico?

—No... Quizás no sea nada. Más bien moral que física es tal vez mi enfermedad, y efecto de la tristeza que me agobia. Tanta humillación, y el no ver delante de mí más que miseria, deshonra y artes diabólicas para poder vivir, me abaten el ánimo y me hacen aborrecer la vida. Porque fíjate bien: ¿para qué estoy yo en el mundo? ¿Para qué vivo? ¿No valdría más para mí y para los demás que me llevara Dios?

—Fuera pensamientos tristes. Jusepa, luz.

Entró la moza con un quinqué de petróleo, y entonces pudo Angel observar las mustias facciones de su enemigo amigo, que postrado en el sofá clavaba en la verde pantalla los ojos soñolientos y enrojecidos. «Veamos ese pulso —díjole Guerra sentándose á su lado.—Pues mira, me parece que tienes fiebre, y un poquito alta.

—No diré que no. Siento ahora mucho calor. Los párpados se me cierran como compuertas de plomo, y no respiro con facilidad.

—Duerme bien esta noche, y mañana... si no estás bien, haré venir á D. Acisclo. No temas; es de toda mi confianza.

—Bien; pero esta noche no consiento en ocupar tu cama. Tamaña generosidad me

abruma. No me avergüences más de lo que ya lo estoy. No me pongas ante los ojos de una manera tan patente lo pequeño y miserable que soy junto á tí.

—Esta noche dormirás también en mi cama—replicó el señor de Guadalupe en tono imperioso, que no permitía réplica.—Lo mando yo. Si me respetas, como dices, principia por no disgustarme.

—Pero si duermo perfectamente aquí. Con que me des una manta...

—Que no. Basta. Ahora cenaremos. Que Jusepa nos traiga la cena aquí; *(despejando la mesa de planos, libros y papeles)* y que suba Fausto á cenar con nosotros.

Hízose todo como él mandaba, y puso la villana los manteles; mas el segundo Babel se resistió á subir, porque le daba vergüenza, según Jusepa dijo. Fué preciso que el mismo caballero cristiano bajara y lo trajera casi por una oreja, para vencer su cortedad auténtica ó fingida. Menos flexible que su hermano, Fausto no encontraba en su menguado repertorio ninguna fórmula de gratitud. La blusa de albañil le caía muy bien, y no se clareaba en él el disfráz como en el refinado *barón de Lancaster*, que mientras más se empeñaba en no ser caballero más lo parecía. Cohibido y balbuciente, el cojo no acertó á decir á su favorecedor las frases de ordenanza,

Pero su turbación no le quitaba el apetito, y devoraba como si aquella fuese la primera vez que comía después de tres meses. Angel, que cenaba muy poco, les sirvió á los dos sopa, un riquísimo cabrito en cazuela, y vino en abundancia. Arístides, desganado, no hacía más que picar, bebiendo medianamente.

«Anda, anda—dijo á su hermano,—que ahora no puedes quejarte. Bien te llenan el buche. Ya ves qué bueno es este hombre, y qué lección nos da de olvidar los agravios.

—Verdad que sí—replicó el cojo.—¡Dichosos los ricos, que pueden ser buenos, y hasta santos siempre que les dé la gana! El pobre es esclavo de la maldad, y cuando quiere sacudirse la cadena, no puede.

—¿Qué barbaridades estás rezongando ahí? —le dijo Guerra.—Quisiera yo cogerte por mi cuenta para enseñarte á no mirar la pobreza como una maldición de Dios.

—Pues cógeme, ¡caracoles! ¿qué más quiero yo? Pues si yo tuviera un protector, ¡puñales! sería como los querubines... ¿Pero á mí quién me protege? Un rayo. Cuando uno se pone de uñas con la ley, ya es cosa perdida, y hasta las buenas intenciones se le vuelven crímenes, sin pensarlo tan siquiera.

—¡Bonita teoría!—observó Guerra bromeando.—Ahora, más que exponer tu sistema moral te hace falta descanso. Vete abajo,

y que Jusepa te acomode donde solía dormir D. Pito, que según creo se ha instalado en Turleque. Duerme todo lo que puedas, y no temas nada.

Pareció Fausto muy agradecido de que se le despidiera, porque se hallaba violentísimo en presencia de su favorecedor, y no fué menester que se lo mandaran dos veces para tomar el portante, dando secamente las buenas noches. Cogió su grasienta gorra de albañil que había dejado sobre una silla, y se fué. No bien se quedaron solos Arístides y Guerra, éste ordenó al otro que se acostara. Nuevos escrúpulos y resistencias delicadas del *barón,* que al fin, por no marear con etiquetas y cumplimientos, obedeció, echándose vestido y arropándose con una manta. Al acostarse tiritaba, dando diente con diente; al poco rato la reacción febril le hacía sudar; su frente y manos eran de fuego. «Tengo calentura—dijo á Guerra, que le tomaba el pulso;—pero de ésta no caigo. Mañana estaré bien. El caso es que no siento necesidad de reposo, sino de lo contrario, de actividad, de movimiento. Me levantaría sin cuidado ninguno, y me iría de paseo por esos campos.

—No, no, quietud es lo que te conviene.

—¿Crees tú que esto que me pasa no es para impresionar al más indiferente? ¡Verme acogido por tí con tanta generosidad! ¡Presen-

ciar este prodigio de misericordia humana, que es como si la divina se transplantara á la tierra! Bienaventurado Angel, ¡ojalá pueda yo darte pronto alguna prueba evidente de gratitud!

—No la necesito. Pero si me la das, mejor para tí.

—No ceso de pensar en tu conducta. (*Arropándose y volviendo á tiritar.*) Estas casas que has fundado, las que fundarás de nueva planta, según dicen, tengo para mí que han de influir grandemente en la sociedad futura. Yo veo aquí algo que se sale de la pauta normal. El cristianismo tuyo paréceme á mí como un restablecimiento de la pura doctrina evangélica.

—Así es—afirmó Guerra pasmado de aquella interpretación que no esperaba de semejante boca.

—Favorecer al enemigo, perdonar todas las ofensas, tratar al criminal como á un hermano, son lecciones que la pobre humanidad iba olvidando y que tú refrescas en su memoria, ¡y de qué modo! con el más elocuente de los ejemplos.

—Yo cumplo el principio. Lo demás vendrá por sus pasos contados—manifestó friamente el hidalgo de Guadalupe, queriendo ser modesto sin dejar de enaltecer su idea.

—Díme una cosa. (*Hecho un lío en la manta,*

fijando en su favorecedor una mirada profunda.) ¿Es cierto que perdonas todas las ofensas?

—Cierto es.

—¿Todas, todas absolutamente? Díme otra cosa: ¿quién te inspiró esa idea de enderezar el cristianismo, que anda, bien lo sabe Dios, un poco torcido? ¿La aprendiste tú solo?

—Estás hecho un Padre Ripalda. ¿Quieres examinarme? (*Sentándose junto al lecho.*) ¿Á qué ese flujo de preguntas?

—Es que despiertas mi curiosidad en grado sumo, y creo que acabarás por trastornarme. Tus ideas son seductoras y hacen prosélitos sin intentarlo.

—Mis ideas no son nuevas; interpreto y aplico la doctrina de Cristo, que hasta ahora es letra muerta en multitud de casos. Todo se reduce á muy poco, y mi explicación cabría, como vulgarmente se dice, en un librillo de papel de fumar. Anular la propia personalidad y no ver más que la del prójimo; no matar, no castigar, no defenderse; no alegar ningún derecho; hacer el bien á los demás y guardar el mal para sí; sucumbir siempre ante la ingratitud y la violencia. ¡Ya ves cuán sencillo! Tal sistema de conducta ha de producir, implantado bruscamente, algunas víctimas; pero la idea irá fructificando, y tras las víctimas vendrán los triunfadores. La perversidad concluirá por rendirse.

—¡Ay, da vértigo escucharte! Le llevas á uno con tu pensamiento á una altura desvanecedora, desde la cual todo se ve chico... ¿Crees tú que la perversidad se rendirá al fin? Á fuerza de inmolar víctimas, tal vez. Ya, ya voy comprendiendo. La humildad suprema concluirá por traer el supremo poder.

—Vaya, basta. Temo excitarte. No te calientes la cabeza. Á dormir se ha dicho.

—No tengo sueño (*Acalorado, saliendo de entre la manta como una momia desvendada.*) Díme otra cosa. He oído, y lo repito ante tí con todo miramiento, que esas ideas te las sugirió la hermanita del Socorro... esa á quien le tiemblan las pupilas. Me lo dijo no recuerdo quién. Á mi hermana no hay quien le quite de la cabeza que entre ella y tú no ha sido todo misticismo... Habladurías de mujeres.

—No digas disparates. (*Excitado.*) Me estás ofendiendo, Arístides, ofendiéndome gravemente.

—Y tú me estás perdonando antes de recibir la ofensa. Yo te digo lo que oí; pero no pienso de tí nada malo. (*Liándose otra vez en la manta.*) Entiendo que esa transformación que ha de venir empezará por lo eclesiástico, y que la estupidéz del celibato ha de pasar pronto á la historia. ¿Por qué no afrontas la reforma, rompiendo con la Iglesia, y casándote públicamente, según tu propio rito, con

tu inspiradora, con la que es ya tu mística dama?

—Cállate la boca—dijo el fundador separándose de él y volviendo al instante.—No blasfemes, no me injuries...

—¡Bah! no me haces tú creer que te parece injuria lo que acabo de decirte. ¿Es que no me crees digno de confiarme tus pensamientos? Mira *(incorporán lose en el lecho, con temblor de manos y castañeteo de dientes)*, no disimules conmigo: yo también sé adivinar; yo sé que te tendrías por dichoso si pudieras anticiparte á la supresión del celibato, celebrando un lindo matrimonio con tu monja tierna. Basta de comedias conmigo. Lo que te detiene es la dificultad material para hacer efectivo tu deseo. ¡Inocente, pusilánime! ¿De qué te sirve tanta divina ciencia? No tienes más que disponer que vuelva la hermana á casa de Zacarías Navarro, y allí celebras tus bodas...

Angel dió una vuelta sobre sí, cual si recibiera un golpe en la región encefálica, y fué á dar sobre la cama de Arístides. Rebotó de ella como una pelota, diciendo: «No seas animal, no pagues mis beneficios con ideas infames.

—¿Pero qué?... *(Echándose otra vez.)* ¿Crees tú que ella no lo desea más que tú? Con tanta luz en la cabeza, desconoces la eterna condición femenina. Te adora como á su amigo

espiritual, sueña contigo noche y día; pero todas esas efervescencias de la imaginación se traducen en el amor humano, en alianza dulcísima de vidas y sensaciones, por ley ineludible de la Naturaleza. Bien lo sabes tú; pero te lo disimulas á tí mismo, te engañas con artificios de inteligencia... Humanízate... En casa de Zacarías... podrás...

Guerra salió disparado hacia la otra habitación, y apoyó sus manos en la mesa, como si le abrumara un dolor muy vivo. Hallábase en situación moral semejante á la de aquella noche en que sintió sobre su pecho las patas del infernal macho. Terror de muerte llenaba su alma, y de la boca se le salían las mismas expresiones angustiosas de la noche de marras: «Huye, maldito, y no tientes al hijo de tu Dios.» Arístides completó su pensamiento con expresiones groseras. Angel, incapáz de reprimirse, corrió á él, le puso las manos en el pecho, le apretó contra el colchón, y rechinando los dientes le dijo: «Cállate ó te...»

Arístides exhaló un mugido. «Déjame, bruto—pudo clamar al fin.—¿No conoces que es broma?»

III

Profundo silencio reinó después de esto en las dos habitaciones. Sin hacer caso del otro,

que aletargado parecía, Angel se paseaba en el gabinete, meditabundo, con mucha idea que revolver y ponderar en su magín; mas no tan recogido en sí que dejara de poner atención en los ruídos extraños que en la parte baja de la casa sentía. Al principio no se fijó; pero vencida su abstracción del cuidado que aquellos rumores le dieron, salió á la puerta del cuarto, y asomándose á la escalera, obscura como boca de lobo, llamó á su criada.

«¿Quién habla ahí, Jusepa? Oigo una voz desconocida.

—Es este hombre, el D. Fausto—dijo la moza subiendo la mitad de los peldaños, hasta una altura en que no había suficiente claridad para que su amo pudiese verla.

—Es que yo siento otra voz de hombre, que no es la del D. Fausto.

La villana, antes de contestar, bajó dos ó tres escalones, buscando mayor obscuridad en que envolver su rostro.

«Señor, era un mozo de los de Turleque, que vino con Tirso, y porfiaban que les había de dar de cenar. Ya se fueron.

El amo se retiró de la escalera. No se sentía ruído alguno en la cocina, como no fuese la cháchara sorda de Jusepa imponiendo silencio á uno, que era sin duda Fausto, pero cuya voz no se oía. Media hora después, An-

gel se sentaba un instante en la mesa, y abría y cerraba el cajón de la derecha. Hojeó despacio un legajo de papeles que sobre el pupitre tenía, y se distrajo de su lectura sintiendo ó creyendo sentir cuchicheos en la escalera. Levantóse con rapidéz, impulsado de un presentimiento, y no había llegado á la puerta cuando ésta se abrió sin violencia, suavemente, y apareció Fausto... detrás de él otro hombre.

Con la viveza de juicio que le era propia, y con más serenidad de la que al caso correspondía, Guerra les dijo: «Vamos, era de esperar. Pagáis mis beneficios robándome.

Fausto dió algunos pasos dentro de la habitación, mudo y tétrico. Su acompañante se había quedado en la puerta, en la cual encajaba como en un marco y sobre fondo negro, figura chulesca llenando la página de un periódico taurino. Angel se acercó á él para ver quién era, pues la pantalla del quinqué arrojaba sobre la mesa casi toda la claridad, y lo demás de la habitación quedaba en penumbra verdosa. «¿Y quién es este tipo que viene contigo? Ah! es Policarpo. ¡Qué caro se vende! Adelante.

—¡Pamplinero!—exclamó Fausto sacudiéndose el temor que le embargaba, y buscando con los ojos á su hermano Arístides, que en aquel momento salía de la alcoba, sin manta,

tembloroso de brazos y piernas, más parecido á espectro que á persona viva.

—Eh... ¿ya estáis aquí?... *(Turbado y dominándose al instante.)* El primero que le toque á un pelo de la ropa, se verá conmigo... Angel no necesita que se le pidan los favores de esa manera para concederlos.

—¡Pamplinero tú también!—dijo Fausto sacando las uñas de su insolencia habitual.

Angel se retiró hacia la mesa, y de espaldas á ella se encaró con los tres, ya puestos en línea, y les dijo sin inmutarse:

«Bueno; sepamos pronto lo que queréis de mí.

—Queremos—contestó Poli, adelantándose en actitud fríamente atrevida y desvergonzada,—que nos entregues pronto todo el *parné* que tengas, porque...

—Porque á tí no te hace falta, que bien rico eres—declaró el cojo, queriendo dar á la intimación un carácter pacífico y casi amistoso,—y nosotros lo necesitamos para escaparnos á Portugal.

—¡Bárbaros! no se piden las cosas con tan malos modos—repitió Arístides adelantándose hasta el amo de la casa, como si quisiera protegerle.—Dejadme á mí, bestias, y Angel nos atenderá.

Hubo un momento, brevísimo, casi inapreciable, en que Angel quiso imponerse con una

mirada paternal, de conmiseración y reproche juntamente. Pero aquel fugáz propósito pasó como chispa, sin dejar rastro. Con desprecio y amargura les dijo, señalando al cajón derecho de la mesa: «Podéis llevaros lo poco que hay.»

Movimiento de Fausto y Poli hacia el mueble. Rápida interposición de Arístides, que con manotadas y voces teatrales quiso detenerles. «Atrás, atrás... No se procede así con este hombre... Es un santo, es nuestro bienhechor. Pedidle perdón del agravio que os impone la necesidad...»

Alargó los brazos hacia Angel como si abrazarle quisiera. La actitud del caballero cristiano había sido hasta entonces severamente despreciativa, como la resignación del sér superior insultado por sabandijas. Hizo un esfuerzo de presión terrible sobre sí para sostenerse en el temperamento seráfico del *dominismo*. ¡Qué hermosura, qué majestad ofrecerse indefenso á las injurias y al saqueo de semejante canalla! ¡Qué merito tan extraordinario dejarse pisotear; no proferir contra ellos ninguna expresión de protesta; no pedir auxilio ni hacer uso de su vigor muscular; proceder, en fin, ante los ultrajes, en perfecta imitación de la conducta del Divino Jesús! Pensándolo estaba Guerra, cuando vió á poca distancia de sí la cara de Arístides, flácida,

compungida, macilenta, con expresión de traidora amistad en los ojos febriles, y lo mismo fué ver aquella máscara que sacudírsele interiormente todo el mecanismo nervioso, y explotar la ira con crujido formidable. La manotada fué terrible. Restalló la cara de Arístides como la pelota disparada por la palma ardiente del pelotari, y el hombre, dando un brinco, fué á caer de cabeza contra el sofá, los piés por el aire. En el mismo instante Fausto y Poli se echaron sobre Guerra, que se preparó á parar la embestida. Su coraje le dió tiempo para pensar que si no traían armas fácilmente daría cuenta de los tres. Fausto intentó echarle mano al pescuezo, y el otro se había quitado la faja con intención sin duda de atarle. La lucha fué breve, y las dos manos fortísimas del señor de Turleque se defendían con bravura de las cuatro zarpas babélicas. El cojo cayó patas arriba.

«¡Infames ladrones, rateros viles!—vociferó la boca de Angel entre espumarajos de rabia,—me como á los tres... y aunque fuerais veinte.

Oyéronse los gemidos roncos de Arístides, que arrastrándose hacia la mesa decía: «No matar... cuidado con matar...»

Si Fausto no valía para nada, Poli era vigoroso. La desgracia de Angel fué que en las convulsiones de la lucha á brazo, cayó en

tierra, y el majo echóle encima todo el peso de su cuerpo. Aun esto no fué bastante, y Guerra se le sacudió. Ya le tenía dominado, cuando Fausto le abrazó por el cuello, tirándole hacia atrás, mientras el otro, irguiéndose lívido y jadeante, sacó de su cintura una navaja. Con el chasquido del resorte al abrirse la hoja, se confundió la voz del zorro diciendo: «Te voy á matar; te mato.

—Poli... que no... Poli, sangre no. No seas bestia—gruñó con clueca voz Arístides, revolviendo ya el cajón de la mesa.

Angel no se aterró ante el acero que el majo le mostraba. Por dicha suya, enredóse Fausto los piés en la faja con que había intentado amarrar al señor de Guadalupe, y cayó al suelo. Mientras se recobraba, Guerra se abalanzó al zorro, sujetándole la mano con que empuñaba el arma. En un tris estuvo que se la quitara, porque sus dedos eran como alicates. La intervención, aunque tardía segurá, de Fausto dió la ventaja al asesino, y Angel fué herido en el costado derecho. Al sentir la hoja fría atravesándole las carnes, sus manos destruyeron lo primero que encontraron por delante... Apenas se dió cuenta de que sus dedos estrujaban una cosa blanda. ¿Era un ojo, un labio ó una oreja de Fausto? En tal tumulto no era fácil saberlo. Vencido por el arma traicionera, el héroe de

Guadalupe cayó, bramando como fiera cazada.

«Estúpidos—gritó Arístides, con un acento que no se puede expresar sino diciendo que gritaba en voz baja;—sangre no... os he dicho que sangre no.

Poli, dejando en el suelo á la víctima que no se defendía ya, se miró las manos. Ni gota de sangre en ellas. Angel, más aturdido del golpe que en la cabeza recibió al caer, que agobiado por la herida, aunque grave no mortal inmediatamente, volvió pronto sobre sí. Su tremenda voluntad podía más que el desfallecimiento físico, y se incorporó en actitud rabiosa, clamando contra sus infames verdugos. «Os voy á matar... no valéis nada para mí.

—Atarle, atarle—dijo Arístides, que ya se había llenado los bolsillos con todo el numerario en billetes y plata que en el cajón halló.—¡Pobre Angel! esto le pasa por terco... No matarle digo, que es un buen hombre. Asegurarle... con muchísimo respeto.

¿Intentaría el león defenderse aún? Imposible. El hierro en cobarde mano le rindió, y su grande espíritu hubo de ceder á las fuerzas miserables que combinadas habían llegado á resultar superiores. Incapáz de desarrollar energía muscular, pasó por la prueba horrible de verse á los piés de aquella vil gentuza, conservando sus facultades. Le sujetaron los bra-

zos á la espalda con la faja de Poli, le condujeron á la alcoba, y con una cuerda que Fausto había traído liada á la cintura, le amarraron á las patas de hierro de la cama. Con venenoso sarcasmo le dijo Arístides, inclinándose para verle de cerca el rostro: «Si eres santo, ¿por qué no accedistes sin insultos ni provocaciones á lo que estos infelices te pedían? Lo que te pasa por tu culpa es. Yo he querido evitarte un disgusto. Si eres santo, perdónanos, y muérete pidiendo á Dios que nos lleve sanos y salvos á la frontera.»

Algo quiso contestarle Guerra, que al ver ante sí los encandilados ojos del *barón* y su cara mística con destellos infernales, sintió inundada su alma de un furor leonino, como si todo el coraje humano se condensara en ella. No pudo articular palabra; pero revolvió en su boca toda la saliva amarguísima que pudo, y... ¡chas! se la escupió con puntería certera. El salivazo se chafó en mitad de la cara de Arístides.

Tal ultraje habría tenido contestación, dada la impotencia de la víctima para defenderse, si no hubiera ocurrido algo que desconcertó á los tunantes. En la puerta del cuarto apareció Jusepa con cara de terror, la boca como de máscara trágica, erizadas las greñas, los ojos saliéndosele del casco, los dedos tiesos; y en cortadas frases que más bien eran

ladridos roncos decía: «Al amo... daño no... al amo no...

—Esa mujer nos pierde—observó Arístides con la rápida inspiración de un general en jefe. Al instante comprendieron los otros dos el peligro que corrían, pues Jusepa se lanzó otra vez á la escalera. Faltábale aliento para chillar; pero bien se veía que su intención era salir alborotando. Poli corrió tras ella y en el tercer peldaño le echó ambas manos al pescuezo. «Si chillas, te matamos»—le dijo Fausto sujetándola por los hombros. Hechos un revoltijo bajaron los tres á la cocina, tristemente alumbrada por el candil que pendía de la campana. La pobre Jusepa, clavando sus aterrados ojuelos perrunos en el guapo madrileño, pudo repetir con un resoplido su angustiada frase: «Al amo daño no.

—Á callar—dijo Poli con mujido fiero, atenazando el cuello de la pobre mujer entre sus manos. Jusepa cayó contra la mesa... y sus dedos rígidos se engarfaron inútilmente en la pechera y solapas del que para ella era don Álvaro. La mirada de interrogación suplicante que le echó no pudo ser entendida por aquel bárbaro ciego. Á las manos de Poli uniéronse pronto las de Fausto en la garganta y cogote de la loba infelíz, que agarrotada vomitó su propia lengua, y sus ojos se salieron del casco, fijos en su principal verdugo, quien no

acertó á ver en aquella mirada última la estupefacción del amor al sentirse inmolado y vendido. No era bastante, y Fausto le echó al cuello una delgada y fuerte cuerda del repuesto que en la cintura traía. Tiraron, y arrastrando el cuerpo de la villana hasta un ángulo de la cocina, dejáronlo allí, seguros de que ya no cantaría.

Arístides, cuyo afeminado temperamento no se avenía con las emociones de escena tan brutal y repugnante, abrió cauteloso la puerta de la cocina, reconociendo el campo para la retirada... Serena era la noche y obscura, pues la luna no había salido aún, y las estrellas apenas brillaban sobre el cielo brumoso. La Naturaleza les favorecía para la fuga, y sin necesidad de concertarse, deslizáronse fuera los malhechores, después de matar la agonizante luz del candil. El instinto les guiaba. La excitación de la pasada tragedia y el sentimiento del peligro que corrían, dieron á los tres ojos de lince y flexibilidades felinas. Junto á los cipreses y dirigidos por Poli, que ya había estudiado el terreno adyacente, saltaron la tapia que les separaba del campo propiamente cigarralesco, y por entre las sombras de los olivos y albaricoqueros fueron en demanda de la cerca exterior de la finca. Al saltarla, sintieron ladrar un perro del lado de Turleque, opuesto á la

dirección que llevaban. Apresuráronse por lo que pudiera tronar, y á los pocos minutos sólo Dios sabía por dónde andaban los audaces asaltadores de Guadalupe.

IV

Aquel perro que ladraba en Turleque tuvo en gran inquietud durante más de una hora al anciano cigarralero de la finca; el cual, sin moverse de su cama, no hizo más que manifestar á la cigarralera sus temores de merodeo de legumbres. Librada expresó su asentimiento con atronadores ronquidos. Los *apóstoles,* Virones, D. Pito y demás huéspedes no interrumpieron en toda la noche su plácido reposo. El primero que descubrió la tragedia de Guadalupe fué un mozo de Turleque, llamado Evaristo, que al levantarse á la alborada, echó de menos la petaca que le había dado el amo. Recordó que la tarde anterior, hallándose en el corral de Guadalupe después de sacar agua del pozo, había obsequiado con un pitillo á Virones, dejando la petaca sobre la piedra del lavadero, con intención de recogerla luégo. Fué allá, y al pasar por frente á la puerta de la cocina, notó que no estaba cerrada. Un impulso inexplicable determinó en él la acción de empujarla y mirar para dentro. ¡Santo Cristo de las Aguas!

Lo primero que vió, á la incierta claridad del día que apuntaba, fué la cara de Jusepa estampada en la pared, los ojos como huevos, fijos en la puerta, la cabeza dislocada, formando ángulo recto con el tronco yacente. El terror le hizo ver la cara á dos varas del cuerpo.

Pasado el primer espasmo de miedo, el pobre chico apretó á correr hacia Turleque dando voces. Virones salió á su encuentro. Confusión, gritos, tumulto. En cuatro zancajos, D. Eleuterio llegó á Guadalupe; tras él fueron Mateo, el cigarralero y otros, y la espantosa vista de Jusepa les dejó perplejos y aterrados. «¡El amo!—gritó Virones corriendo hacia arriba.» Viéronle en el suelo, atado á la cama, pero ya con los brazos libres, pues forcejeando toda la noche había conseguido desligarlos de la faja que por la espalda se los sujetaba. «Estoy vivo—murmuró Guerra al ver entrar el tropel de sus amigos; y ya no dijo más, desvaneciéndose en los brazos amantes que le desligaron y le tendieron en el lecho, casi caliente aún del infame cuerpo de Arístides. La consternación no permitió á los de Turleque determinar nada en los primeros momentos. Unos opinaban que el amo estaba muerto, otros que vivía. Le desnudaron; vieron la terrible herida del costado, y los coágulos de sangre en la ropa. Recobrándose de

nuevo, Angel repitió con voz apenas perceptible: «Estoy vivo.

—¡Vivo!—clamaron á una las voces conmovidas de aquellos fieles. Mateo, por sí y ante sí, salió á escape para Toledo en busca de un médico. El cigarralero juzgó más práctico mandar á Evaristo que corría como el viento. Que Mateo avisara á D. Juan Casado, á D. José Suárez... D. Pito fué el último que llegó, y al ver á Jusepa como acabada de espirar en garrote vil, le temblaron las piernas, y se le paralizó la voz... No acertaba á subir la escalera. Por ella bajó alguien que le dijo «está vivo», y se animó á subir. Al ver á su amigo y protector, rompió á llorar como un chiquillo, y le abrazó la cabeza. «Ya... esos pillos... Me lo temía... Que sepan que no es mi hijo... ese... ¡Virgen del Carmen, Señor, que no se muera el maestro...! Mátame á mí que no sirvo para nada.»

Reunióse mucha gente, y al fin se tomaron las determinaciones más elementales... lavar la herida, vendarla, dar alimento al señor. El cadáver de la loba dejáronle como estaba hasta que viniese el juez. En un coche, desempedrando caminos, llegó el médico; poco después en otro, echando chispas, Casado. La curia no fué hasta las doce. Angel declaró que desconocía en absoluto á los criminales... Tres hombres con máscara... En cuanto á có-

mo y por qué mataron á Jusepa, nada sabía. D. Pito aseguró conocer á los autores del robo y doble homicidio; pero tan disparatada y contradictoria resultó su deposición, que se le llevaron á la cárcel. Arrastrando la pata inválida y dándose golpes en la cintura para sujetarse los pantalones, partió para Toledo el buen capitán, y decía: «Yo lo descubriré todo... me caso con el arco iris... ¡Mentecato de mí que pensé que eran fantasmas! ¡Tómate fantasmas!... Yo cantaré claro... No me importa ir á la cárcel, ni al patíbulo, con tal que la paguen los que la hicieron.»

Después de prestar declaración, Angel no se dió cuenta de nada, ni siquiera de que le conducían á Toledo en una camilla, y le instalaban en su cama y alcoba de la calle del Locum. Al recobrar sus facultades, la primera persona que vió fué Teresa Pantoja, que lloraba sentada en una silla próxima á la cómoda. Causaron al herido gran extrañeza el Niño Jesús con zapatos de rasc, el retrato de Lorenzana y los acericos, cual si no hubiera visto en un siglo aquellos objetos. Incomensurable distancia ponía su mente entre el pasado y aquel presente triste, desilusión de la vida ante las evidencias de la muerte. Luégo vió entrar á D. Acisclo, con Casado y Palomeque, los tres desconcertados, haciendo de tripas corazón y procurando aparentar que se las

prometían muy felices. Hiciéronle mil preguntas: si le dolía por aquí, si le dolía por allá; inspeccionóle el médico, y no faltaron las expresiones de consuelo propias del caso. Pero el paciente les dijo con serenidad estóica: «Basta de pamemas, señores míos. Ya sé que me muero: me lo dice mi propia máquina, desgobernada ya, y rota. El morir no me asusta. Al contrario, entendiendo voy que es mi única solución posible. La muerte resuelve el problema de mí mismo, embrollado por la vida. Me resigno, y bendigo á Dios que me ha traído á este fin, porque así conviene á la justicia, á la lógica y al descanso de mi alma. Lo que deseo es que no se aparten de mí las personas que me son caras, las predilectas de mi corazón. Es lo único que se va ganando en este juego de la vida: el gusto y la alegría de amar.

Protestó D. Isidro contra la idea de morir, sosteniendo que él había visto casos de heridas más graves terminados con felicísima cura. Explanó teorías muy audaces sobre el diafragma, el peritoneo y el hígado, colocando estas partes donde mejor se le antojaba, y el médico tuvo la caridad de asentir á tantísimo despropósito. Casado no se metió en tales dibujos, y acercándose al herido le dijo en voz queda: «Como esto va largo, aunque no hay peligro de muerte, y necesitamos una

asistencia delicada, he dispuesto que venga esta misma tarde la maravilla del Socorro, Sor Lorenza.» Harto sabía el sagreño que ésta era la mejor medicina. «Bien, bien, don Juan—díjole su amigo;—sabe Dios que se lo agradezco con toda el alma. Esperaba de usted ese consuelo, porque usted me entiende.

Mal rato pasó aquella tarde, por la imposibilidad de tomar y retener el alimento, que al instante devolvía, y por los agudos dolores que difícilmente cedieron á las inyecciones de morfina. En uno de los descansos que le dió su mal, tuvo que prestar nueva declaración ante el Juzgado, y sencilla y noblemente se ratificó en lo depuesto por la mañana. No conocía á los agresores, ni podía sospechar quiénes eran. Entraron, quizás sobornando á la criada, y le hirieron mortalmente por apoderarse de la suma, no superior á tres ó cuatro centenares de pesetas, que destinaba al pago de jornales. Dicho esto, intercedió con el juez para que soltase al pobre D. Pito, absolutamente inculpable en la tragedia de Guadalupe. Su inocencia era palmaria, como se desprendía de las declaraciones de los huéspedes de Turleque, que á su lado le tuvieron toda la noche. El Juzgado no debía dar ningún valor probatorio á las manifestaciones del navegante, verdaderos delirios engendrados por la embriaguéz y por la monomanía persecutoria

que le afectaba, á consecuencia de antiguos disentimientos con sus sobrinos y su hijo.

No se había marchado la curia cuando recaló D. José Suárez, afectadísimo. Su alma burguesa y chapeada de sensatéz, fluctuaba inconsolable entre dos sentimientos de muy distinta calidad, la pena que el martirio de su pariente le causaba, y la rabia de considerar que toda aquella trapisonda era de la propia hechura del interfecto, ¿pues qué otra cosa podía resultar de tanto disparate, y de aquellas levas de *apóstoles* y perdidos? ¡Al Demonio se le ocurría encerrarse en Guadalupe entre gentuza incógnita, y gastar tontamente el dinero en mantener vagos, y en construir ratoneras para frailes y monjas! Con tales ideas, D. Suero tuvo para su sobrino cariños y reprimendas suaves, con aquello de «ahí tienes, ahí tienes los resultados... etc.» En la sala baja charló con los amigos y conocidos, tratando de inquirir si Angel había hecho testamento antes de la tragedia. Pero ni Teresa Pantoja ni Casado le sacaron de sus dudas, y se fué caviloso, recelando que su pariente repartiese el caudal de los Guerras y Monegros entre toda la caterva eclesiástica, monjil y *apostólica* que le había sorbido el seso.

En el tren de la noche llegó Braulio Rojas, á quien llamaron por telégrafo. Tan afligido estaba el buen administrador de Madrid,

que no quiso entrar en el cuarto de su señor y amigo, difiriendo para el siguiente día la penosa entrevista, y se fué á dormir á casa de D. Suero.

Mancebo, que pasó casi toda la tarde en la salita baja, sin subir á la alcoba por no molestar al enfermo, no podía con su alma de inquieto y descorazonado. Del disgusto se le había recrudecido el mal de los ojos, obligándole á ponerse las vidrieras, que á cada instante levantaba con el pañuelo para secar sus lágrimas. Pensaba que un hombre tan pío, tan benéfico, padre de los pobres y providencia de los necesitados, no se debía morir en tan lozana edad. Murieran antes los estafermos como él, ya inútiles y cansados de vivir. Pero Dios así lo disponía, y qué remedio había más que acatar los inexcrutables designios. En esto llegó Leré, con el envoltorio en que traía su ajuar casero de ministra de los enfermos. El tío salió de la salita para hablar con ella en el patio; mas con la opacidad verde de sus empañados anteojos, no pudo observar la consternación que en el rostro de la hermanita se pintaba. «¡Dios mío, qué pena! —exclamó ahogándose.— Me ha dicho don Aciscio que no hay esperanzas, que la muerte es segura.

—¡Ay, Jesús mío! Nada de esto habría pasado—dijo el clérigo poniendo toda su alma

en un suspiro,—si hubieran hecho caso de mí... si tú... Vamos, que tú tienes la culpa de toda esta tragedia, porque si cuando don Angel te quiso tomar... Vamos, no hay consuelo... ni sé lo que me digo. Señor, Señor, ¿verdad que yo acerté? ¿Verdad que yo dispuse con arte los caminos de la felicidad, y ellos con su clerigüicio los torcieron?

—No desbarre, tío—dijo Leré desentendiéndose de aquella idea.—¿Pero será cierto que no hay esperanza? Sí, sí, esperanza siempre hay. ¿Qué saben los médicos? Confiemos en Dios, pidámosle...

—Verás tú el caso que te hace. Fíate tú del petitorio. Cuando Él permite que las cosas vengan á esta extremidad dolorosa, es porque quiere meternos en la cabeza la idea de que no se juega impunemente con la lógica humana... ¡Ah! sabe mucho el de arriba. Humillémonos y reconozcamos que somos un polvillo miserable que va y viene con el viento... Ahora, hija mía, consuélale en sus últimos instantes; sé condescendiente y piadosa con él, entendiendo la piedad por todo lo alto; y si, como creo, se muestra sensible y amoroso contigo, que al fin el hombre nunca es más hombre que cuando se ve á dos dedos de la sepultura, no respondas á su cariño con los rigores de la *mistiquería*, ni te conviertas en el puerco-espín de los escrupulillos religiosos.

Llévale el genio que saque; baila al son que te toque; asiente á cuanto te diga, que ello ha de ser noble y honrado, aunque tierno; endúlzale las últimas horas, pues nuestro don Angel, bien lo he comprendido, te quiere siempre por lo humano, pesie á todos los transportes y deliquios etéreos. Si así lo hicieres, practicarás la verdadera caridad con el moribundo.

Contestóle la Sor que haría lo que su conciencia le dictara y lo que le inspirase Dios, pues harto conocía sus deberes de ministra de los enfermos, y la inmensa gratitud y consideración que á D. Angel por tan diferentes motivos debía.

En el patio y en la escalera oíanse susurros y cuchicheos. Los amigos entraban por turno en la alcoba del enfermo, y bajaban luégo á la sala á comunicarse sus impresiones, ora tristes, ora risueñas. Este ir y venir de gente llevó á los oídos del enfermo la especie de que había llegado la inspirada *socorrista*, y tiempo le faltó para pedir que comenzara sin dilación su preciosa, irremplazable asistencia.

V

«¿Sabes una cosa?—dijo Guerra á su amiga, después de mirarla extasiado, mientras ella se enteraba del plan curativo y ordenaba

las medicinas sobre la cómoda.—Paréceme que despierto ahora; que toda esta vida mía toledana es sueño; que apenas ha transcurrido el espacio de una noche entre aquel tiempo de Madrid y la hora presente. Mi herida, tus tocas destruyen esta ilusión. Ya no somos lo que éramos entonces, Leré. Han pasado muchas cosas que contra mi gusto reconozco por verdaderas. El tiempo ha dado mil vueltas; tú también cambiáste. Yo soy el que me encuentro ahora semejante al yo de entonces... ¿Te acuerdas de mi hija Ción, y de lo mona que era? ¿Te acuerdas de la pena que nos causó su muerte? ¡pobre niña!

—¡Vaya si me acuerdo!—replicó Leré suspirando.—¡Cuánto la queríamos!

—Me parece que te estoy viendo enojada porque yo le permitía hacer su gusto en todo. Entonces, Lereilla, empezaba yo á quererte; después te quise más y soñé con la dicha de casarme contigo... Luégo...

—Don Angel *(en pié junto á la cama)*, mire que no le conviene mucha conversación.

—Déjame acabar. Después nos volvimos místicos los dos, digo, me volví yo, por la atracción de tí, porque una ley fatal me desformaba, haciéndome á tu imagen y semejanza. ¿Te molestan estas cosas?

—No me molestan... pero... no se intranquilice, D. Angel. Procure dormir.

—Si estoy muy tranquilo. Mi conciencia es ahora como un espejo. Veo con absoluta claridad todo lo que hay en el fondo de ella. No me avergüenzo de nada de lo que siento, y cuanto siento paréceme digno de ser dicho, para que lo sepan mis amigos de acá; que Dios ya lo sabe.

—Todavía se ha de poner bueno y me ha de contar esas cosas bonitas, y yo he de oirlas con muchísimo gusto.

—¿Bueno yo? En eso no pienses. Tan seguro es que me muero como que tú eres una santa. ¡Y cuán á tiempo me voy de este mundo! El golpe que he recibido de la realidad, al paso que me ha hecho ver las estrellas, me aclara el juicio y me lo pone como un sol. ¡Bendito sea quien lo ha dispuesto así! Me voy del mundo sin ningún rencor, ni aun contra los que me maltrataron; me voy queriendo á todos los que aquí fueron mis amigos, y á tí sobre todos; pidiéndote que me quieras mucho y no me olvides nunca.

—Don Angel, por Dios *(echándose á llorar)*, ¿cómo es posible que yo le olvide...?

—Es la primera vez que te veo llorar por mí. Si tus lágrimas estuvieran corriendo hasta la consumación de los siglos, no expresarían toda la deuda de cariño que conmigo tienes... Y basta; no quiero cansarte. Dame agua, que tengo sed... *(Un momento después,*

tomando el vaso de manos de la monja.) ¿Sabes? Siento una alegría retozona esta noche. Es por el gusto de verte y de que me cuides tú... Toda la noche conmigo... y viéndote siempre que despierte, si es que duermo. Bien, bien. Que no entre nadie más aquí, con una sola excepción, D. Juan Casado. Si ese desea verme, que pase.

—¿Quiere que le llame? En la galería está.

Pasó D. Juan, y Guerra le hizo sentar en la silla más próxima al lecho. «Amigo mío, estoy muy charlatán, señal de alivio pasajero. Es una tregua que ha de durar poco, y la aprovecho para hacer una declaración delante de la hermana *¡alma soror!* y de mi mejor amigo. Declaro alegrarme de que la muerte venga á destruir mi quimera del *dominismo,* y á convertir en humo mis ensueños de vida eclesiástica, pues todo ha sido una manera de adaptación ó flexibilidad de mi espíritu, ávido de aproximarse á la persona que lo cautivaba y lo cautiva ahora y siempre. Declaro que la única forma de aproximación que en la realidad de mi sér me satisface plenamente, no es la mística sino la humana, santificada por el sacramento, y que no siendo esto posible, desbarato el espejismo de mi vocación religiosa, y acepto la muerte como solución única, pues no hay ni puede haber otra.»

Leré, sofocada, ahogándose en la confu-

sión del llanto y las palabras, se puso de rodillas y cruzó las manos para decir: «¡D. Angel, perdóneme si le he causado algún mal... perdóneme! No ha sido culpa mía... bien lo sabe Dios. Él lo ha dispuesto así: conformémonos todos con su santa voluntad.»

Algo quiso poner de su cosecha el sagreño, y no pudo. Hizo levantar á la hermanita, y procuró sosegar al uno y á la otra: «Vaya, vaya... Claro que nadie tiene la culpa. Estas cosas, estas desviaciones de la existencia estas... no sé qué, vienen así: las dispone Dios.»

La hermanita se levantó y seguía llorando. Angel, con notable tesón, agregó lo muy importante que aún restaba por decir:

«¡Que tú me has causado mal!... ¡Tonta, si te debo inmensos bienes! Gracias á tí, el que vivió en la ceguedad, muere creyente. De mi *dominismo*, quimérico como las ilusiones y los entusiasmos de una criatura, queda una cosa que vale más que la vida misma, el amor... el amor, si iniciado como sentimiento exclusivo y personal, extendido luégo á toda la humanidad, á todo sér menesteroso y sin amparo. Me basta con esto. No he perdido el tiempo. No voy como un hijo pródigo que ha disipado su patrimonio, pues si tesoros derroché, tesoros no menos grandes he sabido ganar.

Dicho esto, cayó en gran postración, sin

dolores ni sufrimientos agudos, pero con la inteligencia un tanto turbada, sin llegar al delirio. Era más bien como una opacidad ó depresión de las facultades de pensar y sentir. Durante toda la noche le asistieron Leré y Teresa, que no quiso acostarse. Bregaron ambas con él para hacerle tomar las medicinas, que rechazaba con repugnancia, convencido de su inutilidad. A la madrugada descansó algunos ratos. El desfallecimiento y la fiebre le adormecían, y la sed le despertaba: en esta lucha se iban gastando los pocas fuerzas subsistentes en tan vigorosa naturaleza. En los breves letargos, su cerebro reproducía con fugáz espejismo escenas y pasos de su vida, como la ejecución de los sargentos, la algarada de Septiembre y la muerte de doña Sales. Por la mañana, la presencia de Braulio, que le abrazó conmovido, trajo á su mente reminiscencias tristes de la época en que fué más insoportable y enfadoso el despotismo materno. Recordó los disentimientos con doña Sales, su matrimonio, su viudéz y otros mil sucesos y lances, casi desvanecidos ya en su memoria. Y para cada una de estas reversiones del pasado tuvo una palabra en su coloquio con el administrador fidelísimo, no olvidando preguntarle por todos los conocimientos de Madrid, sin omitir á ninguna persona de la clase de antipáticos. Pidióle no-

ticias del Sr. de Pez, de Bringas, de don Cristóbal Medina y del marqués de Taramundi, inquiriendo con gracejo si había llegado al fin *á la meta* de sus aspiraciones políticas.

No queriendo abandonar á su amigo durante la noche, Casado se quedó allí ocupando el cuarto en que había vivido el seráfico D. Tomé. Por la mañana, tomando chocolate, Palomeque y el sagreño sostenían en presencia de D. Acisclo una viva discusión médica, pues el anticuario se preciaba de no ser menos fuerte en inscripciones lapidarias que en la ciencia de Hipócrates, y sustentando la tesis optimista en el caso de Angel, desembuchó mil desatinos con la mayor frescura. Allí barajó el páncreas con el piloro y el endocardio con el canal raquídeo; pero D. Acisclo, que con Casado sostenía la tesis pesimista, echó el peso de su autoridad en la contienda, manifestando que el caballero cristiano no podía vivir. Tenía el hígado partido por la profunda cuchillada, gravemente afectado el peritoneo, y la hemorragia interna era un hecho patentizado por los vómitos de sangre digerida (pozos de café.) Sólo Dios evitaría la muerte, y para esto necesitaba permitirse un milagro, mandando las leyes fisiológicas á paseo. No se daba por convencido D. Isidro, que gozando de perfecta salud, despreciaba á los médicos y hacía chacota de sus doctrinas.

Por sabido se calla que todos los parroquianos de Turleque acudieron á informarse del estado de su favorecedor y amigo. Lucía se presentó la primera con las sayas por la cabeza, cogida del brazo de Mateo, y Cornejo, D. Eleuterio y Maldiciones no faltaron tampoco, atribulados y entontecidos. Salieron de allí con pocas esperanzas, viendo desvanecida en el humo de una vulgarísima realidad aquella ilusión de un vivir contínuamente placentero. Razón tenía Virones, que por el camino había venido echando latines y filosofando con amargo pesimismo. Todo lo bueno es humo, nube, sombra. El padecer y las necesidades que agobian son lo único real y tangible. ¡Pobre D. Angel! ¡Cuántos con menos motivo se habían colado en las páginas del Año Cristiano! La ciega no quiso abandonar á su señor, y con fidelidad perruna quedóse acurrucada á la parte afuera de la puerta, inmóvil y rezando entre dientes interminables letanías y misereres.

Don Juan se maravilló, al entrar á ver á su amigo, de verle bastante despejado; pero no cobró por esto esperanzas, porque bien veía la muerte pintada en el moreno rostro, cuya amarilléz lívida hacía más intensa la negrura de la barba y cabello. Sereno y melancólico, Angel sostenía una inocente broma, que Leré conllevaba con gracejo, movida

de una flexibilidad profundamente caritativa. Sus maneras, su tono, su franca risa eran lo más gracioso que se puede imaginar. Casado intervino para decir á su amigo una cosa importante. Aunque no existiera peligro de muerte, el buen cristiano debía estar siempre preparado para un cristiano morir... porque..

«Don Juan, dígalo claro y al derecho. Conmigo no se necesitan esos circunloquios... ¿Pero tanta prisa corre que...?

Parecía vacilante. El sagreño fijó en él una mirada profunda, y no advirtió disposiciones muy claras á la piedad.

«Como usted quiera... Yo, si usted me lo permite, propongo...

—No se apure—dijo Guerra.—En esto, como en todo, yo no haré nunca más que lo que disponga mi mujer.

Y como D. Juan se riera y la Sor también, esforzándose por poner en su rostro la máscara de una infantil alegría, Angel añadió: «No hay que reirse... Sepa usted que nos hemos casado anoche... *in artículo mortis.* Fué testigo el cardenal Lorenzana que ve usted ahí, y nos echó las bendiciones el Niño Jesús... En fin, ¿qué opina mi mujer de lo que dice el amigo de la casa?

—Yo ¿qué he de opinar?—replicó la *socorrista* apoyando las manos en el lecho, y contemplando muy de cerca la cara sellada por

la muerte.—Ya sabe cómo pienso. Si quiere que yo esté contenta y que le quiera mucho, póngase á las órdenes de D. Juan. ¡Si usted lo está deseando!... Como que á todos puede darnos lecciones de cristiandad y de amor á Dios.

—Bendita sea tu boca—le contestó Angel con ligero movimiento de su rostro hacia el de ella.—D. Juan salado, usted manda y yo obedezco. Reconozco que mi mujer es la que lleva aquí los pantalones, así en lo doméstico como en lo religioso. Ella es el alma, yo el cuerpo miserable. Santa mujer, ¡qué dicha ser su esclavo y salvarse con ella!

—Bueno—murmuró el sagreño, acariciándose una mano con otra.—Pues esta tarde...

Leré, deseando salir para romper á llorar, se aproximó á la puerta.

«No te vayas, Sora—le dijo Guerra.—¿Crees que necesito quedarme solo para confesar? Confesado estoy. Todo lo que yo pudiera decirle á este clérigo campestre, arador de mi alma, ya lo sabe él. Me ratifico, y nada tengo que añadir.

VI

Fué puesto en libertad D. Pito en la mañana de aquel día, y con toda la presteza que le consentía su pata momia, corrió á la calle

del Locum, ávido de ver á su maestro y protector. Temblaba el pobre viejo, y por más esfuerzos que hizo para no llorar, no pudo lograrlo, y lágrimas ardientes corrían por las rugosidades de su cara de corcho. Para envalentonarse y disimular su emoción, empezó á echar de la boca, al ver á Guerra, todas las especies picantes de su repertorio; y le besó repetidas veces la mano, diciendo que se casaba con los once mil millones de vírgenes, con el caballo blanco de Santiago y con todo lo casable. «No te tienes que morir, nostramo—añadió sorbiéndose el moco,—porque aquí estamos los fieles amigos para impedirlo por el santísimo escapulario de la Virgen del Carmen, y por los reverendísimos clavos de todita la recopilación geodésica y mareante del Calvario.

—Bien, Pitillo, eres un valiente y bravo amigo—le dijo Guerra.—Anda y díle á Teresa que te dé una botella de anisete ó ron. Te convido. Pobrecito, ¡qué sed habrás pasado en esa infame cárcel!

—No importa. No quiero beber hoy. Que no lo cato, ¡yemas!; lo juro por todas las potencias celestiales, y por el purísimo arco iris peneque de la inmaculada gloria que he de gozar cuando me muera.

Á renglón seguido quiso repetir lo que había dicho al juez; pero le llevaron fuera para

que no mareara al enfermo con tales retahilas. Á Palomeque y á Casado les contó que el juez no había hecho caso de sus declaraciones, creyéndole borracho y demente. La justicia se lo perdía, y por no escucharle no se descubriría jamás á los malhechores, pues como D. Angel, con increíble generosidad, manifestaba no conocerles, la causa era un montón de tinieblas. Insistió el capitán en que el peor de los criminales, Poli, no era hijo suyo, aunque por tal pasaba, y sin ningún rebozo refería toda la historia del contrabando, y por qué vino á ser putativo autor de semejante pillo. Virones, que llegó después, habló del caso de autos, dando las señas del cojo, á quien vió perfectamente en Guadalupe. Al otro nunca le echó la vista encima; pero por Mateo supo que vestía traje campesino y que no llevaba barba. «Y el tercero, ¿quién es?—agregó D. Eleuterio.—Sorprendidos de que la noche del crimen no durmiese Tirso en la casa, como de costumbre, le cogimos esta mañana por nuestra cuenta Cornejo y yo, y después de arrearle un buen pié de paliza, cantó. Nos ha dicho que hace lo menos quince días, la desgraciada Jusepa andaba en tratos, al parecer no muy honestos, con un mozo bien plantado, que se escondía en la casilla destechada del monte y se titulaba *gentilhombre primero del torco* de Madrid, huído por piques

con lidiadores de la grandeza. Tirso descubrió el enredo; pero Jusepa le tapó la boca con golosinas. La noche anterior á la del crimen, el desconocido caballero, que debía de ser un buen peine, anduvo rondando por Guadalupe, y se avistó con otros, probablemente con los huéspedes de D. Angel. La noche del suceso, cuando Tirso iba de la Degollada á Guadalupe, encontróse al sujeto cortejante de Jusepa, el cual trabó conversación con él, y dándole un puñado de duros, le pidió casi con lágrimas en los ojos un señalado favor. Era que fuese con una carta al caserío de Cañete, próximo á Algodor, y allí la persona á quien el papel iba dirigido le entregaría un caballo, el cual traería pronto á la Degollada y al sitio mismo donde el tipo aquel le hablaba. Prometióle mayor recompensa si cumplía fielmente el encargo. Cayó Tirso en la trampa, ó más bien ardid para tenerle alejado de Guadalupe hasta después de media noche. La carta era un papel en blanco, y ni en Cañete ni en parte alguna existía la persona á quien rotulada iba. Volvióse, pues, el pastor para acá sin respuesta, sin caballo y sin ganas de volver á ver al *gentilhombre,* contentándose con la propina recibida; y en el camino le entró sueño y echóse á dormir.

De todo esto se deducía la inocencia de Tirso, sin más delito en aquel caso que el de

su barbarie y cerrazón de mollera. Virones iba más allá, sosteniendo la inculpabilidad de Jusepa, pues su muerte desastrosa parecía declarar su desconocimiento de las malas intenciones de los bandidos. Cuando más, cuando más, fué culpable la moza de haber franqueado la puerta al peor de los tres criminales, ó de haberle puesto en connivencia con los dos que ya estaban dentro.

Abandonó Casado el grupo en que esta interesante conversación se sostenía, para acudir al lado de Guerra que le llamó. No quería el enfermo retrasar sus últimas disposiciones, y ya Braulio había ido por el notario. Sobrevino D. Suero sin necesidad de que le llamaran, y en el patio platicaba con Palomeque de diferentes asuntos, pues todo no había de ser hablar de tragedias y de si se puede vivir ó no con el hígado traspasado. Entre otras cosas, díjole que no volvería al Ayuntamiento si no con vara alta para su proyectado embellecimiento de la ciudad, contando con los mayores contribuyentes, los representantes en Cortes, el Cabildo y el Cardenal. Derribado San Servando, por tierra todas las murallas viejas y el recinto interior de la Puerta de Visagra, con el valor de la piedra se abriría una *arteria* entre Zocodover y la Catedral, la cual sería rodeada de jardines á la inglesa... No siguió el buen se-

ñor, porque Teresa le llamó desde una de las ventanas de la galería alta. «D. José, que haga el favor de subir.

—Dispénseme D. Isidro. Me llama mi pariente.

Y subió ligero. Aún no había llegado el notario; pero no tardó ni dos minutos, encontrándose en la puerta con Mancebo, á quien también mandaron un recadito. Evocando su poderosa voluntad, Guerra dictó sus disposiciones con ánimo entero, sin vacilar un momento, sin olvidar á nadie. El notario tomaba notas para redactar el documento, que sería leído y firmado después ante testigos. Las disposiciones eran un prodigio de memoria y de piedad cristiana. Incorporaron al herido en el lecho con un rimero de almohadas, y presentes el notario, Suárez, Casado, Braulio, Mancebo y Palomeque, dispuso la distribución de su hacienda en forma que había de ser memorable.

Las fincas de Guadalupe y Turleque, y el monte de la Degollada eran para la Congregación del Socorro, que levantaría allí su casa, utilizando en parte ó en total los planos del proyecto *dominista*. Cien mil duros en títulos del 4 por 100 heredarían además las hermanas, destinando la mitad al edificio y el resto para renta.

«¡Atiza!—decía para sí D. Francisco, al

oir esta cláusula.—No se quejarán las buenas señoras. Á poco más se lo maman todo.

Y D. José Suárez, también para su sayo: «Ya empieza el derroche por el lado de la religión. Me lo temía. Entre monjas y frailes nos dejan en cueros vivos.»

El testador recomendaba á las hermanas del Socorro que tomaran por su capellán á D. Eleuterio Virones; y si por alguna causa no quisieran hacerlo, rogábales que le empleasen por todo el tiempo de su vida en la finca, como sobrestante, conserje, guarda, hortelano, aparejador, mozo de mulas, ó en cualquier oficio semejante.

MANCEBO. *(Para sí.)*—¡Anda, anda, no te quejarás, gandul! ¡Qué más quieres! Hecho un patriarcón toda tu vida, y pudiendo decir con el latino: *Deus nobis hæc otia fecit.* ¡Ay de mí! Y al fin y á la postre ¡zapa! para los verdaderos necesitados, no habrá más que unas cuantas misas... Si este mundo está perdido.

Item.—Igualmente tendrían amparo en la nueva casa del Socorro, por todo el tiempo de sus días, Lucía, Mateo, Maldiciones, Cornejo, Tirso y los cigarraleros de Turleque; y las hermanas se comprometerían á mantenerles y vestirles, sin perjuicio de lo que el testador dispusiera en favor de ellos.

Llegó el caso de distribuir las cuatro casas que el testador poseía en Madrid. (Expecta-

ción bien disimulada. Suárez hacía figuras con sus dedos en el puño del paraguas, y Mancebo subía y bajaba las vidrieras á cada instante, limpiándose los ojos.) La casa de la calle de las Veneras, tasada en cuarenta mil duros era para... (La pausita que hizo aquí puso al borde del abismo de la consternación á algunos de los oyentes) era para el *mónstruo*... Mancebo no entendió bien, y contrayendo todas sus arrugas, puso una cara de indefinible estupidéz.

«Para un mónstruo—le dijo al oído con displicencia D. José Suárez, que á su lado estaba.—¿Y qué mónstruo es ese? ¿Es algún dragón del Apocalipsis?

—El mónstruo es mi sobrino, hermano de Lorenza—dijo Mancebo, quitándose de un tirón las gafas monumentales, y cayendo en la cuenta, algo tarde, de que había cometido la enormísima desconsideración de echarse á reir. Después hizo trompeta con su mano temblorosa para oir lo que faltaba. D. Angel nombraba curador ejemplar del mónstruo y administrador de la finca á D. Francisco Mancebo, Beneficiado de la Catedral, le relevaba de fianza, y para gastos de administración daba al D. Francisco diez mil duritos en...

La trompeta de Mancebo no pudo recoger el final del concepto, y mi hombre se volvió diciendo: «¿en qué...?

—En acciones del Banco de España—le dijo Suárez afectando gravedad.

La segunda casa, sita en la calle de Tudescos, dispuso el testador que fuese para Jesusito Virones.

Don Suero *(para sí, mordiéndose los pelos tricolores del bigotillo recortado.)* Ya tenemos otro mónstruo en campaña... Pero aquí todo se vuelve fenómenos y niños zangolotinos.

La casa de la calle de la Magdalena fué para Braulio, y la de la plazuela de Santa Cruz, que era la mejor por lo mucho que rentaba, para Teresa Pantoja.

Don Suero, limpiándose el sudor de la calva, pensó que aún quedaban las fincas de Toledo administradas por él, y sumas de cuantía en Amortizable, según las noticias que Braulio le había dado. Guerra hizo otra pausa para cobrar aliento, y salió después por donde menos pensaban los que maravillados y suspensos le oían. Dejaba una gruesa cantidad en valores públicos para socorro de impedidos, enfermos y menesterosos. Una junta patronal, formada por D. Juan Casado, don Isidro Palomeque y D. José Suárez (y para saber su conformidad les había convocado), se encargaría de administrar aquella suma y de distribuirla conforme á las minuciosas disposiciones que apuntó el testador. Los patronos podían designar sus sucesores en caso de

fallecimiento, y si alguno moría sin testar, los dos supervivientes cubrirían, de común acuerdo, la vacante. Entre las obligaciones ineludibles que á dicha junta señalaba, merecen citarse las siguientes: Á D. Pito se le daría cada dos días una botella del licor que él mismo designara, y todos los sábados cinco duros en metálico para que se los gastara libre y alegremente como mejor le conviniese, sin que nadie pudiera coartarle en la caprichosa satisfacción de sus deseos. Esto sin perjuicio de atender á su subsistencia en el caso (muy probable ciertamente) de que las hermanitas no quisieran tenerle consigo.

Item.—La junta pasaría una pensión de tres pesetas diarias á la hermana de la ciega, operada de ambos pechos, entregándosela en propia mano mensualmente; y si moría, pasaba la pensión á sus hijos. En cuanto á Zacarías Navarro, la junta le pagaría todas las deudas contraídas hasta la fecha del testamento.

Item.—Pensión igual á Gumersinda Díaz, habitante en una casa cuyas señas daría Mancebo. Pensión á Cornejo, y á los cigarraleros de Turleque. Recomendación expresa de atender con iguales socorros vitalicios á Lucía y á los *apóstoles*, siempre que las *socorristas*, por cualquier motivo justificado, no pudieran acogerles. Y por fin, pensiones á la asistenta de

Teresa, á Basilisa, á Lucas y á toda la servidumbre de la casa de Madrid. Al fallecimiento de estas personas, la junta aplicaría los auxilios á otras, quedando la elección al arbitrio de los patronos. Al despedir á los trabajadores de Turleque y Guadalupe, se entregaría á cada uno el jornal de un mes.

Don Suero tragaba quina y solimán viendo este desfile de pordioseros y gente ordinaria, llevándose cada cual entre las uñas un pedazo del pingüe caudal de los Guerras y Monegros. ¡Ay, si doña Sales levantara la cabeza! Angel miró á su pariente, y con la penetración que da la no esperanza de vivir, le adivinó los pensamientos. Ya quedaba poco, y no había más remedio que concluir. Las dehesas de Mazarambróz eran para María Fernanda, hija de D. José Suárez, y las casas de la calle de las Tornerías y de la plazuela de Valdecaleros para... (aquí una gran pausa, que tuvo en gran ansiedad á D. Suero...) para los padres de D. Tomé, residentes en Erustes.

«¡Pero qué memoria, qué memoria de hombre!—decía Mancebo.—No ha olvidado ni al gato.

Concluyó el generoso reparto con recuerdos para Palomeque, D. León Pintado, otros amigos del Seminario y clero Catedral, recuerdo también á D. Acisclo y una bonita suma por sus honorarios. Á Casado le dejó las

alhajas que habían sido de doña Sales, designando algunas para que á Dulce las entregara. Ordenó que se quemaran todos los retratos de familia que en su casa de Madrid había; que enterrasen á Jusepa en sepultura decorosa, pagada á perpetuidad, pues habiendo sido móvil de su pecado el amor, merecía respeto y lástima piadosa su trágico fin; que no se hiciera gestión alguna para perseguir á sus matadores, á quienes perdonaba, deseándoles paz y arrepentimiento. Á misas por su alma destinó por fin un buen pico, designando á Mancebo y á D. Laureano Porras para que distribuyeran la limosna entre sacerdotes necesitados.

Concluída la emisión de su última voluntad, tuvo el enfermo un rato de malestar hondísimo, con angustias, vómitos y rápido agotamiento de fuerzas. Los amigos, á excepción de Casado, retiráronse con dolorido semblante, pero alabando mentalmente la cristiandad del testador... y la misericordia divina.

VII

Dos horas después volvió el notario con el documento en forma legal, y leído que fué, firmaron el testador y los tres testigos.

«¡Qué tranquilo me he quedado—dijo Angel á la Sor,—al desprenderme de los bienes

terrestres! Á cada buen amigo entrego un poquitín de lo que fué mi patrimonio. Sólo á tí no te dejo nada material, porque te quedas con una cosa que vale más que todos los tesoros del mundo.

La hermana salomónica, agobiada por la tribulación, había perdido aquel superior ingenio para expresar las ideas y concretarlas en frases sencillas y elocuentes. Con tal furor le temblaban los ojos que no parecía sino que el Espíritu Santo revoloteaba dentro de su palomar, como en estrecha cárcel, rompiéndose las plumas y lastimándose las alas. Y como el caballero cristiano hablara con grave acento de su tránsito inevitable, rompió en llanto la mística doctora, y exclamó bebiéndose las lágrimas: «D. Angel, Dios que mira mi interior sabe que mi mayor gloria, mi más vivo deseo no son ni pueden ser otros que morirme con usted, y subirnos juntos á gozar de la vida que merecen los buenos.

—¿Juntos?... hoy no...—murmuró Guerra con el conocimiento un tanto turbado.—Otro día... Quien dice hoy dice mañana.

Sentía ganas de adormirse, y una calma profunda en todo su sér, como suave onda que le envolvía. Mientras Leré le arropaba, Angel le cogió las puntas de los dedos y se las besó.

«Quiero descansar dijo el caballero de

Turleque ladeándose sobre el costado izquierdo, del lado de la pared.

—Me parece bien: á dormir un ratito—indicó Casado mirando su reloj.—Á las tres...

—Ya, ya sé—murmuró el enfermo con voz que alejarse parecía.—Á las tres viene el Señor. Leré, *alma soror,* cuando venga me llamas.

Transcurrió media hora de triste sosiego y quietud expectante. Leré y D. Juan, sentados uno frente á otro, rezaban mirándose silenciosos... Por fin, Teresa entreabrió la puerta, dejando ver su rostro compungido... Aproximábase el Señor; la campanilla sonó en el portal... Llamaron al dormido caballero; pero no contestó, porque nadie contesta desde la eternidad.

—¡Oh, qué lástima!—exclamó pasmado el sagreño, llevándose las manos á la cabeza.

Leré, consternada, no acertó á expresar verbalmente dolor ni lástima. Su pena y su estoicismo eran mudos. Retiróse el Señor, lloraron todos los presentes, y la hermana del Socorro, pasada la impresión hondísima de la muerte de su amigo, recobró por merced divina la serenidad augusta sin la cual no fuera posible su trabajosa misión entre las miserias y dolores de este mundo. Conforme á la regla de la Congregación, recogió su ropa, salió con maravillosa entereza, y pasito á paso se fué al Socorro, mirando tristemente

las baldosas y piedras de la calle. Al llegar allá, diéronle orden de acudir sin pérdida de tiempo á la casa de un tifoideo.

Los fieles de Turleque, que acompañaban el Viático, prorrumpieron en llanto al saber que habían llegado tarde. Mancebo apenas podía tenerse en pié. D. Pito no se casaba con nadie. El atlético Virones, que era de los más desconcertados, salió á la calle, donde continuaba la ciega, en invariable actitud desde el día antes, las sayas por la cabeza formando capuchón. «Lucía — le dijo, — ya se acabó todo. Hemos perdido á nuestro divino señor.

—Lo sabía—replicó la ciega, volviendo hacia él las dos esferas vidriosas, cuajadas, inexpresivas de sus ojos muertos.—Poco antes de llegar el Señor, *ví* que el amo se transportaba... Se encontraron un poquito más allá de la puerta, y juntos se subieron... Recemos... por él no; por nosotros.

Santander.—Mayo de 1891.

FIN DE LA NOVELA

ÍNDICE

TERCERA PARTE

	Págs.
I.—El hombre nuevo	5
II.—Casado confesor y consejero	111
III.—Caballería cristiana	162
IV.—Ensueño dominista	287
V.—Á Bargas	321
VI.—Final	331

PQ
6555
A76
1920
pt.3
cop.2

Perez Galdós, Benito
Angel Guerra

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 14 06 12 015 8